

**GREG EGAN**

**EL INSTANTE ALEPH**



**Lectulandia**

Andrew Worth, periodista especializado en temas de divulgación científica, rechaza investigar una nueva y misteriosa enfermedad mental, la Angustia; en su lugar acepta un reportaje en la isla artificial de Anarkia, donde se celebra el Congreso del Centenario de Einstein y en el que se presentan a debate varias teorías candidatas a la TOE, la Teoría del Todo soñada por los físicos. Pero allí descubre una trama que amenaza la vida de los físicos más eminentes y se ve abocado a una carrera contrarreloj mientras se acerca el Instante Aleph, una catástrofe de dimensiones cósmicas que se extenderá por el tiempo hasta alcanzar el mismísimo Big Bang.

El Instante Aleph es una novela rigurosa que ataca con una valentía singular un tema que rara vez ha sido abordado por la ciencia ficción: la posibilidad de que se llegue a formular la TOE definitiva. Pero además, Greg Egan explora diversas y fascinantes premisas metafísicas y durante el trayecto elabora una de las novelas más complejas, personales y sugerentes que ha dado el género en toda su historia.

# Lectulandia

Greg Egan

## El instante Aleph

ePUB v1.1

Abraxas 24.07.11

---

más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)

---

Título: El Instante Aleph  
Autor: Greg Egan  
Título original: *Distress*  
Traductor: Adela Ibáñez  
ISBN: 9788493066376

# PRESENTACIÓN

*Greg Egan podría haber sido un espléndido escritor de terror.*

*Para comprobarlo basta con leer el primer capítulo de la novela que tienen entre manos. Adelante, hagan la prueba, no son más que unas pocas páginas. Yo espero aquí.*

*¿Listo? Bien.*

*¡Qué fantasía tan aterradora! De pronto te despiertas en un hospital, crees estar a salvo, pero no tardas en descubrir que simplemente te han resucitado durante unos segundos para cooperar en la investigación policial de ¡tu propio asesinato! Incluso la escena comienza con una frase, «De acuerdo. Está muerto. Adelante, habla con él», deliciosamente paradójica, señalándonos que el firme de la realidad puede desaparecer en cualquier momento.*

*Y de eso se trata. La experiencia de Daniel Cavolini es la de cualquier lector de Greg Egan. Estás leyendo tranquilamente, y de pronto, sin avisar, lo que habías considerado como base firme de tu existencia, desaparece y te encuentras flotando en el aire preguntándote cuándo empezará la caída. En las ficciones de Greg Egan, no sólo la realidad no es lo que parece; en ocasiones, simplemente no hay realidad a la que aferrarse. Poniendo en duda cualquiera de nuestras preciadas creencias, los relatos y novelas de Greg Egan siempre llevan con rigor y lógica sus ideas hasta las últimas consecuencias, y a pesar de ser ciencia ficción, producen ese sentimiento de terror metafísico que tanto amaba Philip K. Dick.*

*En particular, la búsqueda del fundamento final de la realidad es la base de la trilogía informal de la cosmología subjetiva, formada por Cuarentena, Ciudad permutación y la novela que hoy presentamos. Cosmología subjetiva porque la presencia de observadores inteligentes es imprescindible para la propia existencia del universo. En Cuarentena, la existencia de la mente humana fija una realidad cuántica entre las muchas posibles. En Ciudad permutación, es tarea de la mente ordenar el caos de puntos incoherentes del universo. En El Instante Aleph... No, mejor dejo que lo descubran por sí mismos.*

*Sí puedo decirles que El Instante Aleph es una novela apasionante, donde la fértil imaginación de su autor recrea un futuro cercano simultáneamente creíble, sólidamente anclado en las elucubraciones científicas, y extraño, porque sus habitantes (que para nosotros forman casi un catálogo teratológico: autistas voluntarios, muertos vivientes, nuevos géneros sexuales<sup>[1]</sup> y millonarios con ADN reconvertido) se han adaptado a vivir en él.*

*Por entre las peripecias de la novela, que se mueve inexorable hacia su conclusión rigurosa, Greg Egan introduce sus preocupaciones. Dos son claras, y es fácil leer algunos párrafos como declaraciones del autor. Tenemos la presencia*

*continua de la idea que afirma la ciencia debería ser una actividad regida por condicionantes culturales y raciales, en lugar de un cuerpo de conocimiento objetivo. Es una idea tonta para cualquiera con conocimientos científicos y el autor la ridiculiza continuamente. Pero hay una variante que a Greg Egan le toca más de cerca: la idea de que no se puede hacer ciencia ficción a secas, sino que hay que hacer ciencia ficción australiana (en su caso). Idea intolerable para un autor que ha defendido siempre su derecho a elegir libremente su forma de escribir.*

*Y otro tema que lo preocupa es el culto a la ignorancia, tan común hoy en día y que es el antagonista real de su obra. Para un autor que ha hecho del rigor el eje de su obra, la idea de no saber le parece absurda. Si no se sabe, es imposible decidir ni actuar. Uno de los personajes de la novela lo articula muy bien al describir el sistema educativo de Anarkia y no me resisto a citarlo: «Si las personas conocen las fuerzas biológicas que influyen sobre ellas y quienes las rodean, por lo menos tendrán la oportunidad de adoptar estrategias inteligentes para conseguir lo que quieren con un conflicto mínimo, en lugar de dar tumbos por ahí cargados de mitos románticos y buenas intenciones cortesía de algún filósofo político muerto».*

*Me alegra mucho que Greg Egan escriba ciencia ficción en lugar de terror. El efecto de Greg Egan sólo puede obtenerse en la ciencia ficción, que al ser una literatura primero de ideas y luego de todo lo demás, permite al lector experimentar directamente el impacto de una noción, de una cábala informada, sin que un personaje la debilite. Poco valen las distinciones literarias clásicas con Greg Egan; se escapa y, como Borges, se extravía periódicamente en la metafísica.*

*Greg Egan no escribe novela social. Greg Egan no escribe novela psicológica. Greg Egan escribe novela neurológica. Puestos a analizar el ser humano, ¿por qué hacerlo desde aproximaciones toscas como la sociología o la psicología? Greg Egan desciende a niveles más profundos. No es un autor fácil, pero es un autor rico que nos obliga a pensar sobre lo que damos por supuesto.*

*Pasen y lean. Y maravíllense.*

PEDRO JORGE ROMERO

*No es cierto que se habrá completado el mapa de la libertad  
cuando desaparezca la última frontera infame  
mientras aún tengamos que trazar los polos del trueno  
y delinear las arritmias de la sequía  
para desvelar los dialectos moleculares de la sabana y el bosque  
tan ricos como un millar de lenguas humanas  
y comprender la historia más profunda de nuestras pasiones  
más antiguas que cualquier mitología  
Por ello declaro que ninguna empresa tiene el monopolio de los números  
ninguna patente puede abarcar ceros y unos  
ninguna nación tiene soberanía sobre la adenina y la guanina  
ningún imperio gobierna las ondas cuánticas  
Y debe haber sitio para todos en la celebración del entendimiento  
porque hay una verdad que no se puede comprar ni vender  
imponer por la fuerza, contener  
ni evitar.*

*MUTEBA KAZADI, Technolibération (2019)*

# PRIMERA PARTE

## 1

—De acuerdo. Está muerto. Adelante, habla con él.

Eil bioético era un ásex lacónica y joven de pelo rubio estilo rasta. Su camiseta lucía el eslogan ¡NO A LA TOE! entre los anuncios de pago. Refrendó el impreso de autorización en la agenda electrónica de la forense y se retiró a una esquina. El traumatólogo y el enfermero apartaron el equipo de reanimación y la forense se abalanzó, jeringa hipodérmica en mano, a administrar la primera dosis de neuroconservante. Era inútil antes de la muerte legal, pues en cuestión de horas varios órganos acusaban su extrema toxicidad, pero el cóctel de antagonistas de glutamato, bloqueantes de los canales de calcio y antioxidantes detendría los procesos bioquímicos más perniciosos en el cerebro de la víctima casi de forma inmediata.

El ayudante de la forense la siguió de cerca con un carrito que contenía toda la parafernalia de la reanimación *post mortem*: una bandeja de instrumentos quirúrgicos desechables, varios estantes con equipo electrónico, una bomba arterial alimentada desde tres depósitos de cristal de unos veinte litros y algo parecido a una redcilla para el pelo hecha de cable superconductor gris.

Lukowski, el inspector de homicidios, estaba a mi lado.

—Worth, si todo el mundo estuviera equipado como tú —reflexionó en voz alta—, nunca tendríamos que hacer esto. Sería facilísimo reproducir el crimen desde el principio hasta el fin. Como si abriéramos la caja negra de un avión.

—Si todo el mundo tuviera derivaciones de nervio óptico, ¿no crees que los asesinos arrancarían los chips de memoria de sus víctimas? —Hablé sin apartar la vista de la mesa de operaciones. Luego podría eliminar nuestras voces con suma facilidad, pero quería una toma continua de la forense mientras conectaba el suministro de sangre.

—A veces. Pero nadie se entretuvo en dañar el cerebro de este tío, ¿no?

—Espera a que vean el documental.



El ayudante de la forense roció el cráneo de la víctima con una enzima depilatoria en aerosol, y a continuación apartó el pelo negro, rapado, con un par de pases de la mano enguantada. Mientras lo metía en una bolsita de muestras entendí por qué se mantenía compacto en lugar de dispersarse como la basura de una barbería: varias capas de piel iban incluidas en el lote. El ayudante pegó la «redecilla», una madeja de electrodos y detectores SQUID, al desnudo y rosado cuero cabelludo. La forense terminó de revisar el suministro de sangre y procedió a hacer una incisión en la tráquea, en la que introdujo un tubo conectado a una pequeña bomba que reemplazaría los pulmones colapsados. No para mantener la respiración; simplemente como ayuda para el habla. Era posible controlar electrónicamente los impulsos nerviosos hasta la laringe y sintetizar los sonidos que la víctima intentara emitir, pero al parecer la voz siempre resultaba menos confusa si se emitía experimentando algo parecido a la sensación táctil y auditiva que produce una columna de aire que vibra. El ayudante le colocó una venda acolchada sobre los ojos; en casos extremos, la víctima podía recuperar esporádicamente la sensibilidad de la piel de la cara, y dado que se eludía a propósito reanimar las células de la retina, era más fácil mentir, alegando algún tipo de lesión ocular que explicara la conveniente ceguera.

«En mil ochocientos ochenta y ocho —me imaginé como posible comentario—, los cirujanos de la policía fotografiaron las retinas de una víctima de Jack el Destripador, con la vana esperanza de descubrir el rostro del asesino embalsamado en los pigmentos sensibles a la luz del ojo humano...»

No. Demasiado previsible. Y demasiado engañoso; la reanimación no consistía en extraer información de un cadáver pasivo. Pero ¿cuáles eran las referencias alternativas? ¿Orfeo? ¿Lázaro? ¿«La pata de mono»? ¿«El corazón delator»? ¿*Reanimator*? Ni la mitología ni la ficción habían imaginado la verdad. Mejor ahorrarse las comparaciones fáciles y dejar que el cadáver hablara por sí mismo.

El cuerpo de la víctima sufrió un espasmo. Un marcapasos provisional obligaba a latir a su corazón dañado; utilizaba una potencia tan elevada que envenenaría todas las fibras musculares cardíacas con subproductos electroquímicos en cuestión de quince o veinte minutos como mucho. En lugar del suministro de los pulmones se introducía sangre artificial preoxigenada en el ventrículo izquierdo del corazón, se bombeaba una vez por todo el cuerpo, se extraía a través de las arterias pulmonares y se desechaba. A corto plazo, un sistema abierto daba muchos menos problemas que la recirculación. Las heridas de arma blanca a medio coser del abdomen y el torso estaban hechas un asco: supuraban un líquido muy fluido, escarlata, que caía por los conductos de drenaje de la mesa de operaciones, pero no suponían amenaza alguna; se le sacaba una cantidad de sangre cien veces mayor a cada segundo, deliberadamente. Nadie se había molestado en quitar las larvas quirúrgicas, de modo que éstas seguían trabajando como si nada hubiera cambiado: cosiendo y

cauterizando químicamente las venas más pequeñas con sus mandíbulas, limpiando y desinfectando las heridas, husmeando a ciegas en busca de tejido necrosado y coágulos que llevarse a la boca.

Mantener el flujo de oxígeno y nutrientes del cerebro era esencial, pero no revertiría el deterioro. Los verdaderos catalizadores de la reanimación eran los miles de millones de liposomas, cápsulas microscópicas de droga hechas con membranas lipídicas, que se administraban junto con la sangre artificial. Una proteína clave insertada en la membrana abría la barrera entre sangre y cerebro, permitiendo que los liposomas emergieran de los capilares cerebrales al espacio interneuronal. Otras proteínas hacían que la propia membrana se fundiera con la pared celular de la primera neurona adecuada que encontrase, vertiendo un elaborado paquete de maquinaria bioquímica que volvía a suministrar energía a la célula, limpiaba una parte de los detritus moleculares de las lesiones isquémicas y la protegía del shock provocado por la reoxigenación.

Le habían introducido también otros liposomas, hechos a medida para los distintos tipos de células: las fibras musculares de la cavidad bucal, la mandíbula, los labios, la lengua y los receptores del oído interno. Todos contenían drogas y enzimas de efectos similares: secuestraban la célula moribunda y la obligaban, brevemente, a reunir sus recursos en un último e insostenible estallido de actividad.

No se trataba de una reanimación total llevada hasta extremos heroicos. Este tipo de reanimación sólo se permitía cuando la supervivencia del paciente dejaba de tenerse en cuenta porque habían fallado todos los intentos de mantenerlo con vida.

La forense echó un vistazo a la pantalla del carrito del material. Seguí su mirada; había ondas que mostraban el errático ritmo del cerebro y gráficos de barras que fluctuaban midiendo la cantidad de toxinas y productos de desecho que se extraían del cuerpo. Lukowski, expectante, se acercó. Lo seguí.

El ayudante pulsó un botón de un teclado. La víctima se contorsionó y tosió sangre, en parte todavía suya, oscura y coagulada. Las ondas de la pantalla se dispararon y se volvieron más pausadas y regulares.

Lukowski agarró la mano de la víctima y la apretó. El gesto me pareció cínico, aunque no sabía si reflejaba un impulso compasivo sincero. Eché un vistazo al bioético. En ese momento, en su camiseta ponía: LA CREDIBILIDAD ES UN ARTÍCULO DE CONSUMO. No sabía si se trataba de un mensaje patrocinado o de una opinión personal.

—¿Daniel? ¿Danny? —dijo Lukowski—. ¿Me oyes?

No hubo ninguna respuesta física aparente, pero las ondas cerebrales bailaron. Daniel Cavolini era un estudiante de música de diecinueve años. Lo habían encontrado alrededor de las once, sangrando e inconsciente, en una esquina de la estación de Town Hall. Todavía conservaba el reloj, la agenda electrónica y los

zapatos, por lo que era improbable que se tratara de un atraco fortuito que se hubiera desmadrado. Me había pasado quince días con la brigada antihomicidios esperando que sucediera algo como esto. Las órdenes judiciales para la reanimación sólo se expedían si había sospechas fundadas de que la víctima podía identificar a su agresor; era poco probable conseguir una descripción verbal útil de un desconocido, y mucho menos un retrato robot del asesino. Lukowski había despertado a un juez justo después de medianoche, en cuanto el dictamen estuvo claro.

A medida que más y más células reanimadas empezaban a recibir oxígeno, la piel de Cavolini adquiría un extraño tono carmesí. La molécula intrusa portadora de la sangre artificial, que le confería aquella tonalidad, era más eficaz que la hemoglobina, pero como el resto de las drogas reanimadoras, resultaba tóxica en última instancia.

El ayudante de la forense pulsó unas cuantas teclas más. Cavolini empezó a contorsionarse y a toser de nuevo. Había que mantener un delicado equilibrio: era necesario aplicar pequeñas descargas eléctricas al cerebro para restablecer la coherencia de los impulsos principales que producían la consciencia, pero demasiada intromisión externa podía borrar los restos de la memoria reciente. Incluso después de la muerte legal, las neuronas podían permanecer activas en lo más recóndito del cerebro y mantener la representación simbólica de los patrones asociados a los recuerdos recientes durante varios minutos. La reanimación podía restablecer de forma temporal la infraestructura neuronal necesaria para extraer esos vestigios, pero si ya se habían extinguido, o si se sepultaban en el intento de recuperarlos, el interrogatorio no tenía sentido.

—Ya estás bien, Danny —dijo Lukowski con voz tranquilizadora—. Estás en el hospital. A salvo. Pero tienes que decirme quién te ha hecho esto. Dime quién empuñaba el cuchillo.

Un suspiro ronco surgió de la boca de Cavolini: una sílaba débil, aspirada, y luego silencio. Se me puso la carne de gallina con un horror premonitorio de pata de mono, pero al mismo tiempo sentí un estúpido arranque de júbilo, como si una parte de mí se negara a aceptar que ese signo de vida no era un signo de esperanza.

Cavolini lo intentó de nuevo y la segunda tentativa fue más prolongada. Su exhalación artificial, desprovista de control voluntario, hizo que sonara como si se estuviera ahogando; el efecto era digno de lástima, pero en realidad no le faltaba oxígeno. Su discurso era tan entrecortado y tortuoso que no pude entender ni una palabra, pero tenía una matriz de sensores piezoeléctricos pegada a la garganta y conectada a un ordenador. Dirigí la vista hacia la pantalla.

*¿Por qué no puedo ver?*

—Llevas los ojos vendados —dijo Lukowski—. Tenías un par de venas dañadas, pero ya te las han curado; no habrá secuelas, te lo prometo. Así que... quédate quieto y relájate. Cuéntame qué ha pasado.

*¿Qué hora es? Por favor, tengo que llamar a casa. Tengo que decirles...*

—Ya hemos hablado con tus padres. Están de camino y llegarán enseguida.

Eso era cierto, pero aunque hubieran aparecido dentro de los noventa segundos siguientes, no les habrían permitido entrar en la habitación.

—Estabas esperando el tren para volver a casa, ¿verdad? Andén cuatro. ¿Te acuerdas? El de las diez y media para Strathfield. Pero no has llegado a cogerlo. ¿Qué ha pasado?

Vi cómo la mirada de Lukowski se fijaba en el gráfico que había debajo de la ventana de transcripción, en el que media docena de curvas ascendentes, que registraban las constantes vitales restablecidas, se completaban con los pronósticos intermitentes del ordenador. Todas las estimaciones alcanzaban su cota más alta en un plazo aproximado de un minuto y luego descendían de forma abrupta.

*Tenía un cuchillo.*

El brazo derecho de Cavolini empezó a temblar, y sus laxos músculos faciales volvieron a la vida por primera vez, adoptando una mueca de dolor.

*Todavía me duele. Ayúdeme, por favor.*

Eil bioético observó con calma unas cifras de la pantalla, pero decidió no intervenir. Cualquier anestesia eficaz mermaría demasiado la actividad neuronal e impediría continuar con el interrogatorio. Era todo o nada, abandonar o proseguir.

—La enfermera ha ido a buscar analgésicos —dijo Lukowski suavemente—. Aguanta, tío, no tardará. Pero dime, ¿quién tenía el cuchillo?

En ese momento, ambos tenían la cara empapada de sudor; el brazo de Lukowski estaba rojo hasta la altura del codo.

«Si te encontraras a alguien en el suelo agonizando en un charco de sangre —pensé—, le harías las mismas preguntas, ¿verdad? Y le dirías las mismas mentiras alentadoras.»

—¿Quién ha sido, Danny?

*Mi hermano.*

—¿Tu hermano tenía el cuchillo?

*No, él no. No recuerdo qué ha pasado. Pregúntemelo después. Ahora estoy demasiado confuso.*

—¿Por qué has dicho que ha sido tu hermano? ¿Ha sido él o no?

*Claro que no ha sido él. No le diga a nadie que he dicho eso. Estaré bien si deja de confundirme. ¿Puede darme los calmantes, por favor?*

Su cara se contrajo y se paralizó, se contrajo y se paralizó, como una secuencia de máscaras, haciendo que su sufrimiento pareciera estilizado, abstracto. Empezó a mover la cabeza adelante y atrás; débilmente al principio, luego con velocidad y energía frenéticas. Supuse que sufría algún tipo de ataque: las drogas reanimadoras estarían estimulando en exceso alguna vía neuronal dañada.

Entonces levantó la mano derecha y se arrancó la venda.

Su cabeza dejó de dar sacudidas de inmediato; tal vez la piel se había vuelto hipersensible y la venda le provocaba una molestia insoportable. Parpadeó varias veces y miró con los ojos entrecerrados hacia las brillantes luces de la habitación. Pude ver cómo se le contraían las pupilas, mientras movía los ojos resueltamente. Levantó un poco la cabeza y examinó a Lukowski; a continuación bajó la vista y miró su cuerpo y los extraños adornos que lo decoraban: el chillón cable plano del marcapasos, los pesados tubos de plástico del suministro de sangre, las heridas de cuchillo llenas de gusanos blancos resplandecientes. Nadie se movió, nadie habló, mientras inspeccionaba las agujas y los electrodos enterrados en su pecho, el extraño torrente rosa que fluía de él, los pulmones destrozados, el respirador artificial. La pantalla quedaba a su espalda, pero todo lo demás estaba ahí y podía asimilarlo de un vistazo. Lo supo casi de inmediato; pude ver cómo caía sobre él el peso de la comprensión.

Abrió la boca y la volvió a cerrar. Su expresión cambió deprisa; a través del dolor asomó un repentino destello de puro asombro, y luego una casi placentera comprensión de toda la extrañeza, y puede que incluso el perverso virtuosismo, de la hazaña a la que lo habían sometido. Durante un instante pareció realmente alguien que admiraba una broma genial, atroz y sanguinaria hecha a su costa.

Entonces, entre los jadeos de la respiración asistida se oyó claramente su voz.

—No... creo... que... esto... sea... una... buena... id... dea —dijo—. No... quie... ro... hablar... más.

Cerró los ojos y se hundió en la mesa. Las constantes vitales descendían rápidamente.

—¿Cómo es que le han funcionado las retinas? —preguntó Lukowski girándose hacia la forense. Estaba pálido, pero aún sujetaba la mano del chico—. ¿Qué ha hecho? Estúpida... —Levantó la otra mano como si fuera a golpearla, pero se contuvo. En la camiseta del bioético ponía: EL AMOR ETERNO ES UNA MASCOTA. HECHA CON EL ADN DE TU SER QUERIDO.

—Tenía que forzarlo, ¿verdad? —le gritó la forense a Lukowski, sin ceder terreno—. ¡Tenía que insistir una y otra vez en lo del hermano, mientras su índice de tensión hormonal subía directamente al rojo!

Me pregunté quién decidía cuál era el índice de adrenalina normal para el caso de haber muerto por heridas de arma blanca, pero por lo demás estar relajado. A mi espalda, alguien soltó una larga lista de obscenidades incoherentes. Me volví y vi al enfermero, que había venido con Cavolini desde la ambulancia; ni siquiera me había dado cuenta de que seguía en la habitación. Miraba fijamente al suelo, con los puños cerrados, y temblaba de ira.

Lukowski me cogió por el codo manchándome de sangre sintética.

—Podrás filmar la siguiente, ¿de acuerdo? —me susurró, como si esperara que sus palabras no quedaran registradas en la pista de sonido—. Nunca había ocurrido algo así, nunca, y si le enseñas a la gente un problema técnico entre un millón como si fuera...

—Creo que las directrices del Comité Taylor sobre limitaciones opcionales —aventuró con timidez el bioético— establecen que...

—¿Quién ha pedido tu opinión? —dijo el ayudante de la forense, encarándose con él—. El procedimiento no es asunto tuyo, patética...

Una alarma estridente se disparó en alguna parte de las entrañas electrónicas del equipo de reanimación. Como un niño frustrado que ataca un juguete roto, el ayudante de la forense se inclinó sobre el teclado y lo aporreó hasta que cesó el ruido.

En el silencio que siguió entrecerré los ojos, invoqué a **Testigo** y dejé de grabar. Había visto suficiente.

Entonces Daniel Cavolini volvió en sí y empezó a gritar.

Vi cómo lo llenaban hasta arriba de morfina mientras esperaban a que las drogas reanimadoras acabaran con él.

## 2

Acababan de dar las cinco cuando bajé por la colina desde la estación de Eastwood. El cielo estaba pálido e incoloro y Venus se apagaba lentamente en el este, pero la calle ya tenía el mismo aspecto que tendría durante el día. Sólo que en aquel momento estaba inexplicablemente desierta. En el vagón también había viajado solo. Era la hora del último hombre vivo.

Los pájaros trinaban con fuerza en la tupida línea de arbustos que delimitaba las vías del tren y en el laberinto de parques arbolados que se desplegaba por el barrio residencial colindante. Muchos de los parques parecían auténticos bosques, pero todos los árboles, todos los arbustos, se habían creado artificialmente, como mínimo a prueba de incendios y sequías, diseñados para no tener que despojarse de molestas e inflamables ramitas, cortezas y hojas. El tejido muerto de la planta se reabsorbía, se canibalizaba. Lo había visto en secuencias fotográficas a intervalos definidos (un tipo de fotografía que yo nunca hacía): una rama marchita entera de color marrón se encogía y volvía al tronco vivo. Casi todos los árboles producían una pequeña cantidad de electricidad, en última instancia a partir de la luz solar, pero la química del proceso era compleja y permitía la emisión continua de la energía almacenada veinticuatro horas al día. Raíces especializadas buscaban los superconductores del subsuelo, serpenteando a través de los parques, y descargaban su aportación. Una corriente de dos voltios y cuarto se podía considerar segura, pero se requería una resistencia cero para que la transmisión fuera eficaz.

También se había modificado parte de la fauna: las urracas eran dóciles incluso en primavera, los mosquitos odiaban la sangre de los mamíferos y las serpientes más venenosas eran incapaces de hacer daño a un niño. Ligeras ventajas sobre sus primos salvajes, vinculadas a la bioquímica de la vegetación artificial, garantizaban a las especies alteradas el dominio de esta microecología, y pequeños inconvenientes les impedían prosperar si conseguían escapar a una de las verdaderas reservas naturales, alejadas de la población humana.

Tenía alquilado un pequeño módulo independiente dentro de un grupo de cuatro. Estaba rodeado por un jardín que no requería mantenimiento y que se mezclaba a la perfección con la vegetación de las zonas verdes al final de un callejón sin salida. Llevaba ocho años viviendo allí, justo desde mi primer trabajo para SeeNet, pero aún me sentía un intruso. Eastwood estaba a sólo dieciocho kilómetros del centro de Sydney, lo que todavía parecía tener un inexplicable peso sobre los precios inmobiliarios, aunque cada vez menos gente tuviera motivos para ir allí. No me podría haber comprado la vivienda ni en cien años. El alquiler, que apenas podía permitirme, era simplemente un oportuno subproducto de los elaborados planes de evasión de impuestos de su propietario, y probablemente era cuestión de tiempo que

el aleteo de una mariposa en los mercados del mundo financiero volviera a las cadenas de televisión algo menos generosas, o al dueño menos necesitado de infravalorar sus propiedades, para que me echaran y me dejaran caer cincuenta kilómetros al oeste, de vuelta a las afueras a las que pertenecía.

Me acerqué con cautela. Mi casa debería haberme parecido un refugio después de lo ocurrido por la noche, pero me quedé dudando en la puerta, con la llave en la mano, durante casi un minuto.

Gina estaba despierta, vestida y con el desayuno a medias. No la había visto desde la misma hora del día anterior; era como si no me hubiera ido.

—¿Qué tal el rodaje? —preguntó. Le había mandado un mensaje desde el hospital explicándole que al final habíamos tenido suerte.

—No quiero hablar de ello.

Me retiré al salón y me hundí en una silla. La acción de sentarme pareció repetirse en mi oído interno; seguía bajando, una y otra vez. Fijé la vista en el dibujo de la alfombra y la sensación desapareció lentamente.

—Andrew, ¿qué ha pasado? —Me siguió hasta la habitación—. ¿Es que algo ha salido mal? ¿Tendrás que volver a grabar?

—He dicho que no quiero...

Me contuve, levanté la vista, la miré y me obligué a concentrarme. Estaba desconcertada, pero todavía no se había enfadado. «Regla número tres: cuéntale todo, por muy desagradable que sea, a la primera oportunidad. Tanto si te apetece como si no. Cualquier otra cosa la interpretará como una exclusión deliberada y se la tomará como una afrenta personal.»

—No tendré que volver a grabar —dije—. Se acabó. —Le conté lo que había pasado.

—¿Merecía la pena algo de lo que... «extrajisteis»? —Gina tenía el rostro descompuesto—. ¿La mención de su hermano tiene algún sentido, o sencillamente padecía una lesión cerebral y desvariaba?

—Aún no está claro. Es evidente que el hermano tiene un historial violento; estaba en libertad condicional por agredir a su madre. Lo han detenido para interrogarlo..., pero podría quedar en nada. Si la víctima hubiera perdido la memoria reciente, podría haber creado una reconstrucción falsa del apuñalamiento, con la primera persona capaz de hacerlo que le viniera a la mente. Y puede que no cambiara su versión para proteger a nadie, sino, simplemente, porque se hubiera dado cuenta de que tenía amnesia.

—Incluso si el hermano lo mató... —dijo Gina—, ningún jurado aceptaría un par de palabras, de las que además se retractó de inmediato, como prueba válida. Si lo condenan, no tendrá nada que ver con la reanimación.

Era difícil refutárselo; tuve que hacer un esfuerzo para recuperar algo de



perspectiva.

—No, en este caso no. Pero en otras ocasiones ha sido crucial. La palabra de la víctima por sí sola nunca bastaría en un juicio, pero se ha juzgado por asesinato a personas que en otras circunstancias ni siquiera se habrían considerado sospechosas. A veces, las declaraciones efectuadas durante la reanimación ponen a los investigadores sobre la pista correcta y les permiten encontrar pruebas para obtener una condena.

—Puede que eso haya pasado una o dos veces —dijo Gina con desdén—; pero aun así, no merece la pena. Deberían prohibir todo el procedimiento: es obsceno. —Dudó—. No vas a usar esas secuencias, ¿verdad?

—Pues claro que voy a usarlas.

—¿Vas a mostrar a un hombre agonizando en una mesa de operaciones sorprendido en el momento en que se da cuenta de que aquello que le ha devuelto la vida va a arrebatarla? —Hablaban con calma. Parecía más incrédula que escandalizada.

—¿Qué quieres que utilice en su lugar? —dijo—. ¿Un montaje en el que todo sale de la forma prevista?

—No. Pero ¿por qué no un montaje en el que todo sale mal? Exactamente como pasó anoche.

—¿Para qué? Ya ha pasado y lo tengo filmado. ¿A quién beneficiaría una reconstrucción?

—A la familia de la víctima, para empezar.

«Es probable —pensé—. Pero ¿acaso una reconstrucción les iba a hacer menos daño? Y en cualquier caso, nadie los obliga a ver el documental.»

—Sé razonable —dijo—. Este material tiene fuerza; no puedo tirarlo a la basura así como así. Y tengo derecho a usarlo. La poli y el hospital me habían dado permiso para estar allí. Y conseguiré la autorización de la familia.

—Quieres decir que los abogados de la cadena los intimidarán para que firmen algún documento de renuncia «por el interés general».

No tenía respuesta para eso; era exactamente lo que pasaría.

—Tú has dicho que la reanimación es obscena —dijo—. ¿Quieres que la prohíban? Pues esto, sin duda, favorecerá tu causa. Es la mejor dosis de frankenciencia que podría pedir un estúpido ludita.

—Me he doctorado en física de materiales, paleta —Gina parecía herida; no sabía si estaba fingiendo—, así que no me llames...

—No lo he hecho. Sabes a qué me refería.

—Si aquí hay un ludita, ése eres tú. Todo este proyecto me empieza a sonar a propaganda edenita. ¡ADN basura! ¿Cuál es el subtítulo? ¿«La pesadilla de la biotecnología»?

—Caliente.

—Lo que no entiendo es por qué no has incluido ni una sola historia positiva...

—Ya lo hemos discutido otras veces —dije agotado—. No depende de mí. Las cadenas no compran nada a no ser que tenga un enfoque claro. En este caso, los inconvenientes de la biotecnología. Ése es el tema elegido, es de lo que va. No pretende ser objetivo. La objetividad desconcierta al personal de marketing; no se puede dar mucho bombo a algo que contiene dos mensajes contradictorios. Pero al menos contrarrestará los himnos de alabanza a la ingeniería genética que todo el mundo entona últimamente. Y junto con el resto, sí que muestra una visión de conjunto, añadiendo lo que los demás han obviado.

—Eso es tendencioso. —Gina seguía impertérrita—. «Nuestro sensacionalismo compensa su sensacionalismo.» Es mentira. Sólo consigue polarizar la opinión pública. ¿Qué hay de malo en presentar los hechos de forma tranquila y razonable? Contribuiría a que la reanimación y unas cuantas atrocidades degradantes más quedaran al margen de la ley, sin recurrir a toda la consabida mierda de la transgresión contra la naturaleza. Mostrando los excesos, pero poniéndolos en su contexto, ayudarías a la gente a tomar decisiones con conocimiento de causa sobre lo que le pide a las autoridades reglamentarias. Me parece que *ADN basura* va a incitar al público a salir a la calle y poner una bomba en el laboratorio biotecnológico más cercano.

—Vale, me rindo —dije después de acurrucarme en el sillón y apoyar la cabeza en las rodillas—. Todo lo que dices es verdad. Soy un gacetillero anticientífico, manipulador y sensacionalista.

—¿Anticientífico? —dijo frunciendo el ceño—. Yo no diría tanto. Eres sobornable, vago e irresponsable, pero todavía no eres terreno abonado para las Sectas de la Ignorancia.

—Tanta fe me conmueve.

Me dio con un cojín afectuosamente, creo, y volvió a la cocina. Me tapé la cara con las manos y la habitación empezó a dar vueltas.

Debería haber estado radiante. Se había acabado. La reanimación era la última secuencia de rodaje para *ADN basura*. Se acabaron los multimillonarios paranoicos que se convertían en ecosistemas autónomos andantes. Se acabaron las aseguradoras que diseñaban implantes actuariales de uso personal para vigilar la dieta, el ejercicio y la exposición a la polución de sus clientes, con el fin de calcular una y otra vez la fecha y el motivo más probables de su muerte. Se acabaron los Autistas Voluntarios que presionaban por el derecho a mutilarse quirúrgicamente el cerebro para alcanzar la condición que la naturaleza les había negado...

Entré en mi estudio y desenrollé el umbilical de fibra óptica del costado de la consola de edición. Me levanté la camisa, me quité un resto incalificable del ombligo

y extraje la tapa de color carne con las uñas, dejando al descubierto un pequeño tubo de acero inoxidable que terminaba en un puerto láser opalescente.

—¿Estás haciendo otra vez cosas obscenas con esa máquina? —me gritó Gina desde la cocina.

Estaba demasiado cansado para pensar en una réplica ingeniosa. Conecté el cable y la consola se encendió.

La pantalla lo mostraba todo a medida que se descargaba. Ocho horas de trabajo en sesenta segundos. La mayor parte era una imagen borrosa incomprensible, pero de todos modos aparté la mirada. No me apetecía revivir nada de lo que había pasado esa noche, por muy brevemente que fuera.

Gina entró con un plato de tostadas; pulsé un botón para ocultar la imagen.

—Sigo sin entender cómo puedes tener cuatro mil terabytes de RAM en la cavidad abdominal y ninguna cicatriz visible —me dijo.

—¿A esto lo llamas tú invisible? —le pregunté mirando el conector.

—Demasiado pequeño. Los chips de ochocientos terabytes tienen una anchura de treinta milímetros. Me he leído el catálogo del fabricante.

—Ya estamos. Más puntillosa que Sherlock... Pero las cicatrices se pueden borrar, ¿no?

—Sí. Pero... ¿te habrías borrado las marcas de tu principal rito de iniciación?

—Ahórrate el rollo antropológico.

—Tengo una teoría alternativa.

—No confirmo ni niego nada.

Deslizó la mirada por la pantalla en blanco de la consola, hasta fijarla en el póster de Repo Man que había en la pared: un policía motorizado de pie tras un coche desvencijado. Me llamó la atención y señaló el rótulo: ¡NO MIRES EN EL MALETERO!

—¿Por qué no? ¿Qué hay en el maletero?

—No puedes aguantarlo más, ¿verdad? —dije riéndome—. Necesitas ver la película.

—Sí, sí.

La consola pitó. Me desenganché. Gina me miró con curiosidad; la expresión de mi rostro debió de dejar traslucir algo.

—Entonces ¿a qué se parece más? ¿A follar o a cagar?

—Yo diría que a confesarse.

—Tú no te has confesado en la vida.

—No, pero lo he visto en el cine. Era una broma. No se parece a nada en absoluto.

Eché un vistazo al reloj y me besó en la mejilla, dejándome pegadas migas de tostada.

—Tengo prisa. Duerme un poco, so idiota. Tienes una pinta horrible.

Me senté y la oí moverse de un lado a otro, muy deprisa. Todas las mañanas tenía que hacer un viaje de noventa minutos en tren hasta el centro de investigación de turbinas eólicas del CSIRO, al oeste de las Montañas Azules. Normalmente me levantaba a la misma hora que ella; era mejor que despertarse solo.

«La quiero —pensé—. Y si me concentro, si sigo las reglas, no hay razón para que no dure.»

Mi récord de dieciocho meses se aproximaba, pero no tenía nada que temer. Lo batiríamos fácilmente.

—Entonces —dijo asomándose por la entrada—, ¿de cuánto tiempo dispones para el montaje?

—Ah. Tres semanas exactamente. Contando hoy. —La verdad es que no quería que me lo recordaran.

—Hoy no cuenta. Duerme un poco.

Nos besamos. Se marchó. Giré la silla para colocarme frente a la consola en blanco.

Nada había terminado. Tendría que ver morir a Daniel Cavolini cien veces más antes de poder librarme de él.

Me arrastré hasta el dormitorio y me desnudé. Colgué la ropa en el armario de limpieza y lo encendí. Los polímeros de los diversos tejidos expulsaron toda la humedad en una suave exhalación, convirtieron los restos de suciedad y el sudor seco en un polvillo fino y lo expelieron electrostáticamente. Observé cómo se amontonaba en el receptáculo; siempre era de un azul desconcertante: algo relacionado con el tamaño de las partículas. Me di una ducha rápida y me metí en la cama.

Puse el despertador a las dos de la tarde.

—¿Quiere que le prepare un tratamiento de melatonina para que se despierte a tono mañana por la noche? —preguntó la unidad farmacéutica que había junto al reloj.

—Sí, vale.

Pegué el dedo al tubo que recogía las muestras, cuando me extrajo sangre sentí un pinchazo apenas perceptible. Los modelos no invasivos de RMN llevaban en venta un par de años, pero todavía eran caros.

—¿Quiere algo que le ayude a dormir en este momento?

—Sí.

La farmacia emitió un débil zumbido mientras creaba un sedante a la medida de mi estado bioquímico actual, en una dosis proporcional al tiempo que me proponía dormir. El sintetizador interno empleaba una gama impresionante de catalizadores programables, diez billones de enzimas electrónicamente reconfigurables unidas a un chip semiconductor. Cuando se sumergía en el pequeño depósito de moléculas

precursoras, el chip era capaz de reunir unos cuantos miligramos de cualquiera de las diez mil drogas disponibles. O al menos, de cualquiera para la que yo tuviera software, siempre que siguiera pagando la cuota por las licencias.

La máquina vomitó una pequeña pastilla, todavía tibia. La mastiqué.

—¡Con sabor a naranja después de una noche dura! ¡Te has acordado!

Me tumbé y esperé a que la droga me hiciera efecto.

Había visto la expresión de su cara, pero sus músculos estaban agarrotados, sin control. Había oído su voz, pero el hálito con el que hablaba no era suyo. No tenía forma de saber lo que él había experimentado.

Ni «La pata de mono» ni «El corazón delator».

Más bien «El entierro prematuro».

Pero no tenía ningún derecho a llorar por Daniel Cavolini. Iba a vender su muerte al mundo.

Ni siquiera tenía derecho a sentirme identificado con él, a imaginarme en su lugar. Como indicó Lukowski, no podría haberme pasado a mí.

### 3

Una vez vi una moviola en una urna de cristal de un museo. El celuloide de treinta y cinco milímetros recorría un camino tortuoso a través de las entrañas de la máquina, pasando adelante y atrás entre dos carretes impulsados por correas que estaban sujetos por unos brazos verticales tras la diminuta pantalla. El gemido del motor, el rechinar de los engranajes, el zumbido de helicóptero de las palas del obturador — sonidos que procedían de una grabación de la máquina en funcionamiento que se mostraba en un panel de la parte inferior de la urna— hacían que pareciera más una trituradora que una herramienta de montaje.

Una imagen sugerente. «Lo siento mucho, pero esa escena se ha perdido para siempre. La moviola se la ha comido.» La práctica habitual, por supuesto, era trabajar con una copia del original (normalmente un negativo imposible de ver, de todos modos), pero la idea de que el desliz de un diente del engranaje convirtiera en confeti varios metros de valioso celuloide se me quedó grabada desde entonces, una fantasía gloriosa e ilícita.

La consola de montaje 2052 Affine Graphics que tenía desde hacía tres años era incapaz de destrozarse nada. Todas las tomas que le cargaba se grababan en dos chips de memoria independientes de sólo lectura, y además se codificaban y se enviaban a las filmotecas de Mandela, Estocolmo y Toronto. Todas las modificaciones que se llevaran a cabo posteriormente suponían sólo una reordenación de las referencias del intocable original. Podía escoger fragmentos del metraje original (y era metraje, sólo los horteras usaban el pretencioso neologismo «bytaje») con un criterio tan selectivo como deseara. Podía parafrasear, sustituir e improvisar sin que ningún fotograma del original resultara dañado o se descolocara hasta el punto de no poderse reparar o recuperar.

En realidad no envidiaba a mis homólogos de la era analógica; la meticulosa mecánica de su oficio me habría vuelto loco. La fase más lenta de la edición digital era la toma de decisiones, y sabía por experiencia que no conseguía acertar hasta el décimo o duodécimo intento. El programa podía forzar el ritmo de una escena, ajustar todos los cortes, eliminar paseantes inoportunos e incluso mover edificios enteros si era necesario. Se encargaba de todos los detalles del proceso; nada distraía del contenido.

Así que todo lo que tenía que hacer con *ADN basura* era transformar ciento ochenta horas de tiempo real en cincuenta minutos coherentes.

Había rodado cuatro historias y ya sabía por qué orden las pondría: una progresión gradual del gris al negro. Ned Landers, la biosfera andante. El implante de las compañías de seguros Guardián de la Salud. El grupo de presión Autistas Voluntarios. Y la reanimación de Daniel Cavolini. SeeNet me había pedido exceso,

transgresión, frankenciencia; no me supondría ningún problema darles exactamente lo que querían.

Landers hizo fortuna con los ordenadores secos, sin biotecnología, pero había comprado varias empresas dedicadas a la I+D de genética molecular para que lo ayudaran en su transformación personal. Me pidió que lo grabara en una cúpula geodésica estanca llena de dióxido de azufre, óxidos de nitrógeno y compuestos de bencilo; yo en traje de buzo, él en bañador. Lo intentamos, pero el exterior del cristal de la escafandra no paraba de empañarse con residuos orgánicos cancerígenos, así que tuvimos que volver a quedar en el centro de Portland. Aunque la cúpula nociva me pareció muy prometedora, el cielo azul inmaculado del estado, que impulsaba a California a promulgar leyes de emisión nula de todos los contaminantes conocidos, resultó ser un escenario mucho más surrealista.

—No necesito respirar si no quiero —me confió Landers, rodeado de una evidente abundancia de aire limpio y puro.

Esta vez lo convencí para que se dejara entrevistar en un pequeño parque cubierto de hierba frente a la modesta oficina central del grupo NL. (Al fondo, unos niños jugaban al fútbol, pero la consola estaría atenta a cualquier problema de continuidad y me permitiría solucionarlo pulsando una tecla.) Landers rondaba los cincuenta años, pero podía pasar por un joven de veinticinco. De complexión fuerte, pelo rubio, ojos azules y reluciente piel rosada, parecía más un granjero de Kansas en versión de Hollywood (en sus buenos tiempos) que un millonario excéntrico con el cuerpo plagado de algas modificadas y genes extraños. Lo veía en la pantalla plana de la consola y lo escuchaba por unos simples altavoces. Podría haberme conectado la grabación directamente a los nervios óptico y auditivo, pero casi todos los espectadores utilizarían una pantalla o unos cascos, y necesitaba asegurarme de que el programa creaba una trama rectilínea de pixels estable y verosímil a partir de la taquigrafía visual comprimida que producían mis retinas.

—Los simbioses que pueblan mi torrente sanguíneo pueden transformar dióxido de carbono en oxígeno indefinidamente. Consiguen energía solar a través de la piel y ceden toda la glucosa que pueden, pero con eso no me basta para vivir y necesitan una fuente alternativa de energía en la oscuridad. Ahí entran en juego los simbioses del estómago y los intestinos; tengo treinta y siete tipos distintos, y entre todos pueden procesar cualquier cosa. Puedo comer hierba. Puedo comer papel. Podría alimentarme de neumáticos usados, si encontrara la forma de cortarlos en trozos suficientemente pequeños para tragármelos. Si mañana desapareciera de la Tierra la vida vegetal y animal, yo podría sobrevivir comiendo neumáticos usados durante mil años. Tengo un mapa que muestra todos los vertederos de neumáticos de la zona continental de los Estados Unidos. Está previsto que casi todos se sometan a recuperación biológica, pero he entablado demandas judiciales para asegurarme de

que perduren unos cuantos. Aparte de mis motivos personales, creo que forman parte de nuestra herencia para las generaciones venideras y no deberíamos tocarlos.

Retrocedí e intercalé imágenes de microscopio de las algas y bacterias hechas a medida que poblaban su sangre y su aparato digestivo, y a continuación puse un plano del mapa de los vertederos de neumáticos que me había enseñado en su agenda. Jugueteé con una animación que había preparado, un esquema de sus ciclos personales de carbono, oxígeno y energía, pero todavía no tenía claro dónde quedaría bien.

—Así que es usted inmune al hambre y a las extinciones masivas, pero ¿y los virus? —provoqué—. ¿Qué hay de las armas biológicas y las epidemias accidentales? —Eliminé mis palabras; eran redundantes y prefería inmiscuirme lo menos posible.

Sin embargo, el cambio de tema resultaba un poco incongruente tal y como estaban las cosas, así que sinteticé una toma de Landers diciendo:

—Además de usar simbiosis —programé la voz para que se fundiera a la perfección con sus verdaderas palabras—, estoy reemplazando gradualmente las estirpes celulares con mayor potencial de infección vírica. Los virus se componen de ADN o ARN, comparten la composición química básica con cualquier otro organismo del planeta. Por eso pueden infiltrarse en las células humanas para reproducirse. Pero el ADN y el ARN se pueden elaborar con una composición química totalmente nueva: con pares base no estándar que ocupen el lugar de los normales. Un nuevo alfabeto para el código genético: en lugar de guanina con citosina, adenina con timina, en lugar de G con C, A con T; puedo tener X con Y, W con Z.

Cambié sus palabras a partir de «timina» por: «Se pueden utilizar cuatro moléculas alternativas que no se dan en la naturaleza». Tenía el mismo sentido y dejaba más clara la cuestión. Pero cuando pasé la escena otra vez no sonaba auténtica, así que volví al original.

Todos los periodistas parafraseaban a los entrevistados; si me negara rotundamente a usar esa técnica no tendría trabajo. El truco era hacerlo con honradez, lo que resultaba tan difícil como imponer el mismo criterio a todo el proceso de montaje.

Inserté unos cuantos gráficos de patrones moleculares de ADN normal que mostraban cada uno de los átomos de los pares base que enlazaban los filamentos de la hélice, y codifiqué con colores y rotulé un ejemplo de cada base. Landers se había negado a especificar las bases no estándar que utilizaba, pero encontré muchas posibilidades en la bibliografía. Hice que el programa de gráficos sustituyera las bases de la hélice por cuatro nuevas bases posibles, y repetí el zoom a cámara lenta y la rotación de la primera toma con este hipotético segmento del ADN de Landers. Corté y volví a su cabeza parlante.



—Por supuesto, la simple sustitución de base por base en el ADN no es suficiente. Las células necesitan enzimas íntegramente nuevas para sintetizar las nuevas bases, y casi todas las proteínas que interaccionan con el ADN y el ARN han de adaptarse al cambio, así que los genes de esas proteínas se tienen que «traducir»; no basta con volver a escribirlos en el nuevo alfabeto. —Improvisé unos cuantos gráficos que ilustraban la cuestión, robando un ejemplo de cierta proteína de enlace nuclear de uno de los artículos científicos que había leído, pero volviendo a dibujar las moléculas con un estilo distinto para no violar los derechos de autor—. Todavía no somos capaces de manipular todos los genes humanos que hay que traducir, pero hemos creado unas estirpes celulares específicas que funcionan bien, con minicromosomas que sólo contienen los genes necesarios.

»Me han cambiado el sesenta por ciento de las células madre de la médula ósea y del timo por versiones que usan neoADN. Las células madre dan origen a las células sanguíneas y a las del sistema inmunológico. Mi sistema inmunológico ha tenido que retroceder temporalmente a un estado de inmadurez para que la transición se lleve a cabo sin complicaciones. He tenido que pasar de nuevo por algunas de las fases infantiles de supresión para eliminar cualquier cosa que pudiera provocar una respuesta autoinmune. Pero, fundamentalmente, ahora soy capaz de meterme un chute de VIH puro y reírme de ello.

—Pero existe una vacuna totalmente eficaz...

—Desde luego. —Corté mis palabras e hice que Landers dijera: «Desde luego, existe una vacuna adecuada».

—Y además —continuó—, tengo simbioses que me dotan de un segundo sistema inmunológico independiente. Pero ¿quién sabe lo que nos depara el futuro? Sea lo que sea, estaré preparado. No anticipándome a los detalles, cosa que nadie puede hacer, sino asegurándome de que ninguna célula vulnerable de mi organismo hable el mismo lenguaje bioquímico que cualquier virus de la Tierra.

—¿Y a largo plazo? Se requiere un montón de infraestructura muy caro para dotarle de todas esas salvaguardas. ¿Y si esa tecnología no perdura lo suficiente para sus hijos y nietos? —Todo esto resultaba redundante, así que lo deseché.

—A largo plazo, por supuesto, mi objetivo es modificar las células madre que producen mi esperma. Carol, mi mujer, ya ha empezado un programa de recolección de óvulos. Cuando hayamos traducido todo el genoma humano y sustituido los veintitrés cromosomas del esperma y los óvulos, todo lo que hagamos será hereditario. Cualquier hijo nuestro tendrá neoADN puro, y todos los simbioses se transmitirán de madre a hijo en el útero.

»También traduciremos el genoma de los simbioses a un tercer alfabeto genético para protegerlo de los virus y eliminar cualquier riesgo de intercambio de genes accidental. Será nuestra cosecha y rebaño, nuestro por derecho de nacimiento, un

dominio inalienable que vivirá en nuestra sangre para siempre.

»Y nuestros hijos serán una nueva especie. Más que una nueva especie: todo un nuevo reino.

Los futbolistas del parque gritaron entusiasmados; alguien había metido un gol. Lo dejé en la cinta.

De repente, Landers sonrió radiante, como si estuviera imaginando esa extraña Arcadia por primera vez.

—Eso es lo que estoy creando. Un nuevo reino.

Me pasaba dieciocho horas al día sentado frente a la consola, y me obligaba a vivir como si el mundo se hubiera reducido no ya a la habitación misma, sino a las horas y lugares atrapados en el metraje. Gina me dejaba hacer; había sobrevivido al montaje de *Escrutinio excesivo de la identidad sexual*, así que ya sabía lo que le esperaba.

—Me comportaré como si te hubieras ido de la ciudad —dijo alegremente—. Y como si el bulto de la cama fuera una gran bolsa de agua caliente.

La farmacia me programó un pequeño parche cutáneo para el hombro que administraba dosis de melatonina o de un bloqueante de melatonina, cuidadosamente sincronizadas y calibradas, que incrementaban o reducían la señal bioquímica normal de la glándula pineal, transformando los altibajos habituales de la capacidad de atención en una planicie seguida de una sima muy profunda. Todas las mañanas me despertaba, tras cinco horas de sueño REM enriquecido, con los ojos tan abiertos y con tanta energía como un niño hiperactivo y con la cabeza dándole vueltas a miles de sueños evanescentes (la mayoría elaboradas mezclas del trabajo de montaje del día anterior). Hasta las doce menos cuarto de la noche ni siquiera bostezaba, pero quince minutos después me extinguía como una llama. La melatonina es una hormona circadiana natural, mucho más segura y precisa que los estimulantes rudimentarios como la cafeína o las anfetaminas. (He probado la cafeína varias veces; me hacía sentir concentrado y lleno de energía, pero mi criterio se iba a la mierda. El uso generalizado de la cafeína explicaba muchas cosas sobre el siglo XX.) Sabía que cuando dejara la melatonina sufriría una breve fase de insomnio y somnolencia diurna: una sobredosis provocada por los intentos del cerebro de contrarrestar el ritmo impuesto. Pero los efectos secundarios de las alternativas eran peores.

Carol Landers no quiso que la entrevistara. Qué pena, habría sido un golpe maestro conversar con la próxima Eva mitocondrial. Landers no quiso comentar si su mujer usaba o no los simbioses; quizá esperaba a ver si él seguía floreciendo o alguna cepa de bacterias mutantes experimentaba una explosión demográfica y le provocaba una crisis tóxica.

Se me permitió hablar con algunos de los directivos de Landers, entre los que se encontraban dos genetistas encargados de casi toda la I+D. Se mostraron evasivos

cuando hablaba de cualquier cosa que no fueran tecnicismos, pero su actitud en general parecía indicar que cualquier tratamiento voluntario que contribuyera a proteger la salud de un individuo y que no supusiera una amenaza para el público era éticamente intachable. Tenían algo de razón, al menos desde el punto de vista del riesgo biológico; trabajar con neoADN no implicaba ningún peligro de recombinaciones accidentales. Incluso si tiraban al váter todos sus experimentos fallidos e iban a parar directamente al río más cercano, ninguna bacteria natural podría absorber los genes y utilizarlos.

Sin embargo se necesitaba algo más que I+D para convertir en realidad la visión de Landers de la perfecta familia superviviente. Realizar cambios hereditarios en cualquier gen humano era ilegal en los Estados Unidos (y en casi todos los lugares), exceptuando una lista de unas cuantas «reparaciones autorizadas» para erradicar enfermedades como la distrofia muscular y la fibrosis quística. La leyes podían revocarse, claro, pero hasta el principal abogado especializado en biotecnología de Landers insistía en que cambiar los pares base, e incluso traducir unos cuantos genes para albergar ese cambio, no violaría en realidad el espíritu antieugenésico de las leyes vigentes. No alteraría el aspecto de los niños en lo tocante a la altura, la complexión y el color. No afectaría a su coeficiente de inteligencia, ni a su personalidad. Cuando mencioné la cuestión de su presunta esterilidad (exceptuando el incesto), adoptó la interesante postura de que no sería culpa de Ned Landers el que los hijos de otras personas fueran estériles con respecto a los suyos. A fin de cuentas, no había personas estériles, sino parejas estériles.

Un experto en la materia de la Universidad de Columbia dijo que todo eso era una gilipollez: sustituir cromosomas enteros, cualesquiera que fueran sus efectos sobre el fenotipo era, sencillamente, ilegal. Otro experto de la Universidad de Washington no estaba tan seguro. Si hubiera dispuesto de tiempo, probablemente habría reunido un centenar de comentarios irrefutables de eminentes juristas que expresaran todos los matices de opinión imaginables sobre el tema.

Hablé con unos cuantos detractores de Landers, entre los que se encontraba Jane Summers, una asesora biotecnológica independiente establecida en San Francisco y miembro destacado del grupo Biólogos Moleculares por la Responsabilidad Social. Seis meses antes (en un artículo para la revista electrónica semipública del BMRS, que mi buscador siempre escrutaba con diligencia) afirmó tener pruebas de que varios miles de personas acaudaladas de los Estados Unidos y otros lugares habían encargado una traducción de su ADN, célula tipo por célula tipo. Afirmaba que Landers era el único que lo había hecho público para servir de señuelo: un excéntrico solitario, que restaba importancia al asunto convirtiéndose en la fantasía ridícula (casi quijotesca) de un hombre. Si los medios de comunicación hubieran hecho pública la investigación sin asociarla a una persona en concreto, se habría desatado la paranoia:

no habrían existido límites para los posibles miembros de la anónima elite que planeaba divorciarse de la biosfera. Pero como todo había salido a la luz y se limitaba al inofensivo Ned Landers, en realidad no había nada que temer.

Aquella teoría tenía mucho sentido y Summers no aportó ninguna prueba. Me puso en contacto de mala gana con una fuente de la industria que supuestamente estaba implicada en un trabajo de traducción de genes para un cliente distinto, pero la fuente lo negó todo. Cuando la presioné, Summers se volvió evasiva. O en realidad no tenía nada, o había llegado a un acuerdo con otro periodista y mantenía alejada a la competencia. Era decepcionante, pero al final no disponía de tiempo ni de recursos para continuar con la historia por mi cuenta. Si en verdad había una conspiración de separatistas genéticos, tendría que conformarme con leer la exclusiva en el *Washington Post* como cualquier otro.

Terminé con una mezcla de comentarios de otros especialistas: bioéticos, genetistas y sociólogos, casi todos minimizaban la importancia del asunto. «El señor Landers tiene derecho a vivir su vida y a criar a sus hijos como mejor le parezca. No perseguimos a los Amish por su endogamia, sus extrañas ideas acerca de la tecnología y su deseo de independencia. ¿Por qué perseguirlo a él prácticamente por los mismos delitos?»

El montaje definitivo duraba dieciocho minutos. En la versión que se emitiría sólo entraban doce. Corté sin contemplaciones, resumiendo y simplificando, procurando hacer un buen trabajo, pero sin preocuparme demasiado por la pérdida de detalles. Casi todas las emisiones en tiempo real de SeeNet servían únicamente para captar la publicidad y conseguir reseñas en los medios de comunicación más conservadores. *ADN basura* estaba programado para un miércoles a las once de la noche; la inmensa mayoría de la audiencia se conectaría a la versión completa interactiva cuando le viniera bien. Además de tener la trama principal un poco más larga, la interactiva se aderezaría con enlaces opcionales a otras fuentes: todos los artículos de publicaciones técnicas que había consultado en mi investigación (y todos los que se citaban a su vez); otras noticias sobre Landers (y sobre la teoría de la conspiración de Jane Summers); las leyes pertinentes estadounidenses e internacionales; e incluso enlaces al cenagal de jurisprudencia potencialmente relevante.

La noche del quinto día de montaje dentro del plazo previsto —un buen motivo para una pequeña celebración— até todos los cabos sueltos y revisé el segmento por última vez. Intenté olvidarme de todos los recuerdos del rodaje y de todas mis ideas preconcebidas para observar la historia como un espectador de SeeNet que no hubiera visto nada sobre el tema con anterioridad, excepto unos cuantos anuncios engañosos del documental.

Me sorprendió la simpatía que inspiraba Landers. Creía que había sido más duro con él, que por lo menos le había dado la oportunidad de condenarse con el

concienzudo relato de sus ambiciones surrealistas. Sin embargo, parecía más jovial que lunático; daba la impresión de que bromeaba con el público. ¿Alimentarse de neumáticos? ¿Chutarse VIH? Lo contemplaba asombrado. No podía distinguir si realmente había un ligero trasfondo de ironía deliberada en su actitud, un indicio de autodesprecio que de algún modo se me había escapado hasta entonces, o quizá sólo era que todo el asunto imposibilitaba que un espectador cuerdo interpretara sus palabras de otra manera.

¿Y si Summers tenía razón? ¿Y si Landers era un señuelo, una distracción, un payaso consumado? ¿Y si en realidad varios miles de las personas más ricas del planeta tenían intención de conseguir para sí y su descendencia un aislamiento genético perfecto, una inmunidad absoluta contra todos los virus?

¿Importaba? Los ricos siempre se habían separado de la chusma, de una forma u otra. Los niveles de contaminación seguirían descendiendo, hubiera o no simbioses de algas que hicieran innecesario el aire puro. Y si alguien más elegía seguir los pasos de Landers, no supondría una gran pérdida para el patrimonio genético de la humanidad.

Sólo quedaba una pequeña pregunta por responder, e intenté no pensar demasiado en ella.

Inmunidad vírica absoluta... ¿contra qué?

## 4

En Biosistemas Delphic fueron extremadamente generosos. No sólo me concertaron diez veces más entrevistas con sus relaciones públicas de las que podría haber hecho de disponer de tiempo, sino que también me colmaron de ROM repletos de micrográficos seductores y animaciones deslumbrantes. El software de los organigramas del implante Guardián de la Salud se presentaba en forma de fantasías aeroografiadas de imposibles máquinas cromadas, cintas transportadoras azabache que llevaban incandescentes pepitas de plata de «datos» de subproceso en subproceso. Esquemas moleculares de proteínas en procesos de interacción envueltos en preciosistas e innecesarios mapas de densidad de electrones, velos de auroras rosa y azules que se fundían y combinaban, transformando el enlace químico más humilde en una fantasía microcósmica. Podría haberlo ambientado con Wagner o Blake y vendérselo a los miembros de Renacimiento Místico, para que se lo pusieran una y otra vez siempre que quisieran quedarse boquiabiertos de numinosa incompreensión.

Aun así, me abrí paso por ese cenagal y al final mi esfuerzo se vio recompensado. Enterradas entre el tecnoporno y la ciencia psicodélica había unas cuantas tomas que merecía la pena rescatar.

El implante Guardián de la Salud utilizaba el último chip programable que se había probado: una selección de proteínas muy elaboradas enlazadas a silicio, en muchos aspectos como el sintetizador de la farmacia, pero diseñado para contar moléculas en vez de fabricarlas. La generación anterior de chips usaba una multitud de anticuerpos muy específicos, proteínas con forma de Y implantadas en el semiconductor siguiendo un patrón ajedrezado, como campos colindantes de cien cultivos distintos. Cuando una molécula de colesterol, insulina o lo que fuera chocaba por casualidad exactamente con el campo adecuado y se topaba con un anticuerpo combinable, se le unía el tiempo suficiente para que se detectara el minúsculo cambio en la capacidad eléctrica y fuera registrado en un microprocesador. Con el tiempo, este recuento de colisiones casuales daba la cantidad de cada sustancia en sangre.

Los nuevos sensores utilizaban una proteína que se parecía más a una planta atrapamoscas inteligente que a una plantilla de anticuerpos pasiva y con un único objetivo. La «ensayina» en estado receptivo era una molécula alargada con forma de campana, un tubo que se abría hasta formar un embudo ancho. Esta disposición era metaestable; la distribución de la carga en la molécula la hacía extremadamente sensible, como un conjunto de resortes. Cualquier cosa de tamaño suficiente que chocara contra la superficie interna del embudo provocaba instantáneamente una onda de deformación que se tragaba y envolvía en vacío al intruso. Cuando el microprocesador detectaba que se había activado la trampa, podía sondear la molécula cautiva en busca de una forma de la ensayina que se le ajustara aún más. Ya

no había más colisiones desperdiciadas, que no combinaban; no más moléculas de insulina que chocaran contra anticuerpos de colesterol sin aportar ninguna información. La ensayina siempre sabía con qué tropezaba.

Era un avance técnico digno de hacer público, de explicarlo, de desmitificarlo. Cualesquiera que fueran las repercusiones sociales del implante Guardián de la Salud, no era posible presentarlas aisladas, separadas de la tecnología que hacía posible el dispositivo, ni al contrario. Cuando las personas dejaban de entender cómo funcionaban en realidad las máquinas que las rodeaban, el mundo que habitaban se disolvía en un paisaje onírico incomprensible. La tecnología avanzaba sin control, sin debate, provocando adoración u odio, dependencia o alienación. Arthur C. Clarke comentó, refiriéndose a un posible encuentro con una civilización alienígena, que una tecnología suficientemente avanzada sería indistinguible de la magia. Pero si un periodista científico tenía una responsabilidad por encima de todas era la de evitar que los humanos aplicaran la ley de Clarke a su propia tecnología.

(Nobles sentimientos... y ahí estaba yo traficando con frankenciencia, porque ése era el nicho que había tenido que cubrir. Acallé mi conciencia, o la atonté durante un rato, con las trilladas ideas sobre caballos de Troya y cambiar el sistema desde dentro.)

Cogí los gráficos de la ensayina en acción de Biosistemas Delphic e hice que la consola les quitara la decoración excesiva para que se pudiera ver con claridad qué sucedía. Descarté los comentarios exagerados y escribí otros. La consola los mandó al perfil de dicción que había elegido para la narración de *ADN basura*, una clonación de muestras de un actor inglés llamado Juliet Stevenson. La pronunciación del inglés estándar, hace tiempo desaparecida, todavía se entendía con facilidad en todo el mundo anglófono, a diferencia de cualquier acento británico contemporáneo. Aunque cualquier espectador que quisiera oír una voz distinta podía cambiarla a su antojo. Yo escuchaba a menudo programas doblados a los acentos de las regiones que me resultaban más difíciles de seguir, como el sudeste de los Estados Unidos, Irlanda del Norte y el este de África Central, con la esperanza de acostumbrar mi oído a ellos.

**Hermes**, mi software de comunicaciones, estaba programado para filtrar a casi cualquier persona de la Tierra mientras trabajaba en el montaje. Lydia Higuchi, la productora ejecutiva de SeeNet al cargo del Pacífico Oeste, era una de las raras excepciones. La llamada sonó en mi agenda, pero la desvié a la consola; la pantalla era más grande y clara. La cámara estampó su señal con las palabras AFFINE GRAPHICS EDITOR MODEL 2052-KL y un código de hora. No resultaba muy sutil, ni se pretendía que lo fuera.

—He visto la versión definitiva del material de Landers —dijo Lydia sin rodeos—. Es buena. Pero quiero que hablemos de lo que va después.

—¿El implante Guardián de la Salud? ¿Hay algún problema? —No intenté

ocultar mi enfado. Le había enseñado trozos del metraje sin montar, y todas mis notas de posproducción. Si quería que cambiara algo importante, llegaba jodidamente tarde.

—Andrew —dijo riéndose—, para el carro. No hablo de la siguiente historia de *ADN basura*, sino de tu próximo proyecto.

La miré como si me hubiera planteado con indiferencia la posibilidad de un viaje inminente a otro planeta.

—No me hagas esto, Lydia —dije—. Por favor. Sabes que en estos momentos no puedo pensar en ninguna otra cosa de forma racional.

—Supongo que habrás seguido la historia de la nueva enfermedad —dijo después de asentir con comprensión—. Ya no se trata de ruido; se han recibido informes oficiales de Ginebra, Atlanta y Nairobi.

—¿Te refieres al síndrome de ansiedad clínica aguda? —le pregunté con un nudo en el estómago.

—También conocido como Angustia. —Parecía saborear la palabra, como si ya la hubiera incluido en su vocabulario de materias altamente telegénicas. Se me ensombreció el ánimo más aún.

—Mi buscador ha ido recopilándolo todo —dije—, pero no he tenido tiempo de ponerme al día. —«Y francamente, en estos momentos...»

—Se han diagnosticado unos cuatrocientos casos, Andrew. Eso supone un aumento del treinta por ciento en los últimos seis meses.

—¿Cómo pueden diagnosticar algo si no tienen ni idea de lo que es?

—Proceso de eliminación.

—Sí, yo también creo que es una chorrada.

—Seamos serios —dijo, parodiando un breve gesto de sarcasmo—. Se trata de una enfermedad mental completamente nueva. Posiblemente contagiosa. Posiblemente provocada por un agente patógeno que se le ha escapado al Ejército.

—Posiblemente traída por un cometa. Posiblemente un castigo de Dios. Es increíble cuántas posibilidades hay, ¿verdad?

—Sea cual sea la causa —dijo encogiéndose de hombros—, se propaga. Hay casos en todas partes excepto en la Antártida. Es una noticia de primera plana, y más. La junta lo decidió anoche: vamos a dedicar un especial de treinta minutos a la Angustia. Destacados y bombardeo publicitario que culminarán en una emisión mundial sincronizada en horario de máxima audiencia.

«Sincronizada» no significaba lo que debería: en la jerga de la red quería decir en la misma fecha y a la misma hora local para todos los espectadores.

—¿Mundial? Te refieres al mundo anglófono.

—Me refiero al mundo mundial. Estamos culminando los preparativos para la venta a cadenas en otros idiomas.

—Bueno... Pues bien.



—¿Te estás haciendo de rogar, Andrew? —dijo Lydia con una rígida sonrisa de impaciencia—. ¿Tengo que deletreártelo? Queremos que lo hagas tú. Eres nuestro especialista en biotecnología, la elección lógica. Y harás un gran trabajo. Así que...

Me llevé una mano a la frente e intenté averiguar por qué sentía tanta claustrofobia.

—¿Cuánto tiempo tengo para decidirme? —dije.

—Lo emitiremos el veinticuatro de mayo —contestó con una sonrisa aún más amplia, que significaba que estaba sorprendida, molesta o las dos cosas—. Dentro de diez semanas a partir del lunes. Tienes que empezar la preproducción en cuanto termines *ADN basura*. Así que necesitamos tu respuesta cuanto antes.

«Regla número cuatro: Háblalo todo antes con Gina. Aunque no reconozca que se ofende si no lo haces.»

—Mañana por la mañana —dije.

—Está bien —me dijo no muy contenta.

—Si decido que no —me armé de valor—, ¿hay algo más en marcha?

—¿Qué te pasa? —dijo Lydia visiblemente sorprendida—. ¡Emisión mundial en máxima audiencia! Ganarás cinco veces más que con *Escrutinio*.

—Lo sé. Y, créeme, te agradezco la oportunidad. Sólo quería saber si había alguna opción.

—Siempre puedes ir a buscar monedas en la playa con un detector de metales. —Vio la cara que ponía y se ablandó. Levemente—. Hay otro proyecto que va a entrar en preproducción —continuó—. Aunque casi se lo he prometido a Sarah Knight.

—Cuéntame.

—¿Has oído hablar de Violet Mosala?

—Desde luego, es... ¿física? ¿Una física sudafricana?

—Dos de dos, impresionante. Sarah es una gran admiradora suya; me dio la paliza hablando sobre ella durante una hora.

—¿Cuál es el proyecto?

—Un perfil de Mosala, que tiene veintisiete años y ganó el premio Nobel hace dos. Pero eso ya lo sabías, ¿no? Entrevistas, biografía, valoraciones de sus colegas, bla, bla, bla. Su trabajo es puramente teórico, así que no hay mucho que mostrar salvo simulaciones de ordenador, y nos ha ofrecido sus propios gráficos. Pero el núcleo del programa será el congreso del centenario de Einstein.

—¿No fue en el mil novecientos setenta y algo? —Lydia me fulminó con la mirada—. Ah, el centenario de su muerte —dije—. Encantador.

—Mosala asistirá al congreso. El último día, tres de los físicos teóricos más importantes del mundo presentarán versiones rivales de la TOE, la Teoría del Todo. Y no dispones de tres intentos para adivinar quién es el gran favorito.

Me mordí la lengua y contuve las ganas de decir: «No es una carrera de caballos,

Lydia. Pueden tardar cincuenta años en averiguar cuál de las teorías es la correcta».

—¿Cuándo se celebra el congreso?

—Del cinco al dieciocho de abril.

—Tres semanas a partir del lunes —palidecí.

—No te da tiempo, ¿verdad? —dijo complacida después de pensarlo un poco—.

Sarah lleva meses preparándose.

—Hace un momento —contesté irritado— me hablabas de empezar la reproducción de *Angustia* en menos de tres semanas.

—Para eso no necesitas prepararte. ¿Cuánto sabes de física moderna?

—Bastante —contesté fingiendo indignación—. Y no soy estúpido. Puedo ponerme al día.

—¿Cuándo?

—Encontraré el tiempo. Trabajaré más deprisa; terminaré *ADN basura* antes de lo previsto. ¿Cuándo se emitirá el programa de Mosala?

—A principios del año que viene.

Eso significaba ocho meses de relativa cordura, en cuanto se acabara el congreso.

—No te entiendo —dijo Lydia mirando el reloj con insistencia—. Un especial de alta prioridad sobre *Angustia* sería el punto culminante lógico de todo lo que has hecho durante los últimos cinco años. Después de eso podrías pensar en dejar la biotecnología. Además, ¿a quién voy a poner en tu lugar?

—A Sarah Knight.

—No seas sarcástico.

—Le diré lo que has dicho.

—Por mí no te cortes. No me importa lo que haya hecho en política; sólo ha realizado un programa de ciencia, y trataba de cosmología alternativa. Era bueno, pero no lo bastante para que la ascienda directamente a algo como esto. Se ha ganado quince días con Violet Mosala, pero no una emisión de máxima audiencia sobre el virus más importante del mundo.

Nadie había descubierto ningún virus relacionado con la *Angustia*; llevaba una semana sin ver las noticias, pero mi buscador me habría avisado de una novedad de esa magnitud. Tenía la desagradable sensación de que si no hacía yo el programa se titularía: «Cómo un patógeno perdido del Ejército se convirtió en el sida mental del siglo XXI».

Vanidad pura. ¿Qué me creía, que era la única persona del mundo capaz de desinflar los rumores y la histeria que suscitaba la *Angustia*?

—Aún no he decidido nada —dije—. Debo comentarlo con Gina.

—De acuerdo —dijo Lydia con escepticismo—. Háblalo con Gina y llámame por la mañana. Escucha —volvió a mirar el reloj—, tengo que dejarte. Algunos tenemos trabajo. —Abrí la boca para protestar—. Te pillé —dijo con una dulce sonrisa,

señalándome con dos dedos—. Los autoruchos no tenéis sentido del humor. Adiós.

Me aparté de la consola y me quedé sentado mirándome los puños cerrados, intentando averiguar qué sentía; aunque sólo fuera para poder dejarlo todo de lado y volver a *ADN basura*.

Había visto una breve noticia en la que salía alguien con Angustia unos meses atrás. Estaba en una habitación de hotel de Manchester, cambiando de canal entre una cita y otra. Una joven de aspecto saludable pero desaliñado estaba tumbada en el pasillo de un edificio de viviendas de Miami. Agitaba los brazos con frenesí, pegaba patadas en todas direcciones, sacudía la cabeza y todo su cuerpo se retorció adelante y atrás. Sin embargo, no me pareció que sufriera una simple disfunción neurológica: todo estaba demasiado coordinado, era demasiado intencionado.

Antes de que la policía o los enfermeros pudieran mantenerla inmóvil, al menos lo bastante para clavarle una aguja e inyectarle algún tranquilizante muy potente por orden judicial, como el Camisa de fuerza o el Medusa —ya lo habían intentado sin éxito con los aerosoles—, se desmoronó y gritó como un animal agonizante, como un niño poseído por una furia solipsística, como un adulto en las garras de la más negra desesperación.

No podía dar crédito a lo que veía y oía, y cuando piadosamente la dejaron en estado de coma y se la llevaron, me esforcé por convencerme de que no había sido nada fuera de lo normal, sino una especie de ataque epiléptico, alguna rabieta psicótica, o en el peor de los casos, un dolor físico insufrible cuya causa se identificaría con facilidad y se trataría.

Nada de lo cual resultó cierto. Las víctimas de Angustia rara vez tenían un historial de enfermedades neurológicas o mentales, y no mostraban síntomas de lesiones o enfermedades. Nadie tenía la más remota idea de cómo tratar la causa de su sufrimiento; el único «tratamiento» en curso consistía en la administración continuada de fuertes sedantes.

Cogí mi agenda y toqué el icono de **Sísifo**, mi buscador inteligente.

—Prepara un resumen sobre Violet Mosala —dije—, el congreso del centenario de Einstein y los avances de los últimos diez años en teoría de campo unificado. Necesito digerirlo todo en unas... ciento veinte horas. ¿Es factible?

Hubo una pausa mientras **Sísifo** se bajaba las fuentes relevantes y las examinaba.

—¿Sabes qué es un MTT? —me preguntó.

—¿Un Monstruo de Tripa Tensa?

—No. En este contexto, un MTT es un Modelo de Todas las Topologías.

Me sonaba vagamente; probablemente había ojeado un breve artículo sobre el tema cinco años atrás.

Hubo otra pausa, mientras se bajaba y evaluaba más material introductorio elemental.

—Ciento veinte horas bastarían para escuchar y asentir —añadió—. No para hacer preguntas inteligentes.

—¿Cuánto para...? —gemí.

—Ciento cincuenta.

—Adelante.

Pulsé el icono de la unidad farmacéutica.

—Vuelve a calcular mi dosis de melatonina. Dame dos horas más de atención máxima al día, desde este momento.

—¿Hasta cuándo?

El congreso empezaba el cinco de abril. Si entonces no era un experto en Violet Mosala, sería demasiado tarde. Pero no podía correr el riesgo de desligarme de los ritmos forzados de la melatonina y caer en patrones erráticos de sueño a mitad de rodaje.

—Hasta el dieciocho de abril.

—Lo lamentarás —dijo la farmacia.

No era una advertencia genérica, sino una predicción basada en la experiencia de cinco años de íntimo conocimiento bioquímico. Pero no tenía elección, y si pasaba la semana posterior al congreso sufriendo una arritmia circadiana grave, sería desagradable, pero no acabaría conmigo.

Hice unos cálculos mentales. De alguna manera, acababa de sacar de la nada cinco o seis horas de tiempo libre.

Era viernes. Llamé a Gina al trabajo.

«Regla número seis: Sé imprevisible. Pero no demasiado a menudo.»

—A la mierda *ADN basura* —dije—. ¿Quieres ir a bailar?

## 5

Fue idea de Gina que nos adentráramos en la ciudad. Las Ruinas no me atraían en absoluto y la vida nocturna cerca de casa era mucho mejor, pero (regla número siete) no valía la pena discutirlo. Después de que el tren entrara en la estación de Town Hall y subiéramos con las escaleras mecánicas dejando atrás el andén donde habían matado a Daniel Cavolini a puñaladas, me olvidé de todo y sonreí.

—Hay algo aquí que no siento en ningún otro lugar —dijo Gina mientras se colgaba de mi brazo—. Una energía, una vibración. ¿Lo notas?

—No más que en Pompeya —contesté después de mirar las paredes de la estación alicatadas con azulejos blancos y negros, a prueba de pintadas y literalmente asépticas.

El centro demográfico de Sydney quedaba al oeste de Parramatta desde hacía por lo menos medio siglo, y probablemente ya se habría extendido hasta Blacktown a aquellas alturas. Pero la muerte del centro histórico empezó en los años treinta cuando las oficinas, los cines, los teatros, las galerías de arte reales y los museos públicos se quedaron obsoletos más o menos a la vez. Desde la primera década del siglo se habían conectado cables de fibra óptica de banda ancha a todas las fincas de viviendas, pero la red tardó veinte años más en madurar. En los años veinte se demolieron los edificios desvencijados, de normas incompatibles, equipo informático ineficaz y sistemas operativos arcaicos que habían improvisado los dinosaurios de la informática y las comunicaciones de final de siglo. Y sólo entonces, después de años de prematuro despliegue publicitario y merecidas burlas y reacciones adversas, el uso de la red para el ocio y el teletrabajo pasó de ser una modalidad de tortura psicológica a convertirse en una alternativa natural y cómoda al noventa por ciento de los desplazamientos físicos.

Salimos a George Street. No estaba desierta ni mucho menos, pero había visto imágenes de la época en la que la población del país era la mitad y aun así dejaba en evidencia aquel exiguo gentío. Gina alzó la mirada y sus ojos reflejaron las luces; muchas de las antiguas torres de oficinas aún resplandecían, sus ventanas decoradas con baratas cubiertas luminiscentes que acumulaban la luz del sol para los turistas. Lo de «las Ruinas» era una broma, por supuesto: ni el vandalismo ni el tiempo habían dejado mucha huella, pero aquí todos éramos turistas que veníamos para quedarnos boquiabiertos con los monumentos legados, no por nuestros antepasados, sino por nuestros hermanos mayores.

Se reformaron pocos edificios para uso residencial, ya que la arquitectura y la economía nunca habían ido de la mano y algunos tradicionalistas urbanos hicieron una activa campaña en contra. Había okupas, desde luego, probablemente un par de miles, diseminados por todo lo que aún se llamaba el Distrito Central de Negocios,

pero sólo contribuían a enfatizar la atmósfera postapocalíptica. El teatro y la música en directo sobrevivían en las afueras, con pequeñas representaciones en escenarios pequeños o grupos colosales que arrastraban a las masas en estadios, pero la tendencia dominante era el teatro representado en la red en tiempo real y escenarios virtuales. (Se pronosticaba que la Ópera, cuyos cimientos estaban descomponiéndose, se hundiría en el puerto de Sydney en el año 2065, una idea muy agradable, aunque sospechaba que algún grupo de aguafiestas con sangre de horchata reuniría el dinero necesario para rescatar el inútil icono en el último momento.) Hacía mucho tiempo que el pequeño comercio tradicional se había desplazado por completo a los centros regionales. Algunos hoteles seguían abiertos en la periferia, pero en el corazón muerto sólo quedaban restaurantes y locales nocturnos diseminados entre las torres vacías como puestos de recuerdos entre las pirámides del Valle de los Reyes.

Nos dirigimos hacia el sur, a lo que antes había sido Chinatown; las fachadas decorativas semiderruidas de los desiertos emporios todavía lo atestiguaban, aunque no así la comida.

Gina me dio un ligero codazo y me llamó la atención sobre un grupo de personas que paseaba hacia el norte, al otro lado de la calle.

—¿Eran...? —preguntó cuando ya habían pasado.

—¿Qué? ¿Ásex? Creo que sí.

—Nunca estoy segura. Hay naturales que tienen el mismo aspecto.

—De eso se trata. Nunca se puede estar seguro, pero ¿por qué nos empeñamos en pensar que se puede descubrir algo importante de un desconocido a primera vista?

«Ásex» no era nada más que un término que englobaba una amplia gama de filosofías, formas de vestir, cambios cosméticoquirúrgicos y profundas alteraciones biológicas. Lo único que les ásex tenían en común entre sí era que sus parámetros sexuales (neuronales, endocrinos, cromosómicos y genitales) sólo eran asunto suyo, normalmente (pero no siempre) de sus amantes, probablemente de su médico y en ocasiones de unos pocos amigos íntimos. Lo que en realidad hacían para reflejar esa actitud iba desde algo tan nimio como marcar la casilla «A» en los impresos del censo hasta elegir un nombre ásex, reducirse el pecho o el vello corporal, modificarse el timbre de la voz, operarse la cara, hacerse un embolsamiento (cirugía para retrotraer los genitales masculinos) y someterse a todos los cambios necesarios hasta alcanzar la completa asexualidad física y neuronal, hermafroditismo o exotismo.

—¿Y por qué molestarse en mirar a la gente para intentar adivinar? —dije—. Masc, fem, ásex... ¿A quién le importa?

—No me hagas quedar como una intolerante cualquiera —dijo Gina frunciendo el ceño—. Sólo siento curiosidad.

—Perdona —me disculpé apretándole la mano—. No quería decir eso.

—Tú te pasaste un año sin pensar en nada más —dijo soltándose—; fuiste tan

mirón y metomentado como te dio la gana. Y encima te pagaban. Yo sólo vi el documental terminado. No entiendo por qué supones que debería tener una opinión formada sobre la migración sexual, por el simple hecho de que tú hayas dado el tema por zanjado. —Me incliné y le di un beso en la frente—. ¿A qué ha venido eso?

—Porque eres la espectadora ideal, por no mencionar todas tus otras virtudes.

—Creo que voy a vomitar.

Giramos hacia el este, en dirección a Surry Hills, y entramos en una calle aún más tranquila. Un joven meditabundo caminaba a solas con paso enérgico, era muy musculoso y probablemente se había hecho la cirugía facial..., aunque, de nuevo, no había manera de saberlo con certeza. Gina me miró, todavía enfadada, pero incapaz de resistirse.

—Eso —dijo, suponiendo que era un umasc— aún lo entiendo menos. Si alguien quiere una complexión como ésa..., bueno. Pero ¿para qué cambiarse la cara? Como mucho, lo podrían tomar por un masc sin ella.

—Cierto, pero que lo confundieran con un masc sería un insulto: ha emigrado de ese género con tanta convicción como cualquier ásex. Si se hacen umasc es para distanciarse de la debilidad patente de los masc naturales de hoy día. Declaran que su «identidad consensual», y deja de reírte, es mucho menos masculina que la nuestra, que efectivamente pertenecen a otro sexo. Con eso pretenden decir que «un simple masc no puede hablar en mi nombre, como tampoco podría hacerlo una fem».

—Ninguna fem puede hablar en nombre de todas las fems, en lo que a mí respecta —dijo Gina fingiendo mesarse los cabellos—. ¡Pero no me siento en la obligación de transformarme en ufem o ifem para demostrarlo!

—Bueno, claro. Yo opino lo mismo. Siempre que un cretino engreído escribe un manifiesto en nombre de todos los masc, prefiero decirle a la cara que no dice más que chorradas en lugar de desertar del género y dejar que se crea que habla en nombre de los que quedan. Pero ésa es la razón más común que las personas aducen para la migración sexual, que están hartas de tantos autoproclamados figurones sexopolíticos y pretenciosos gurús de Renacimiento Místico que afirman representarlas. Y hartas de que las calumnien por crímenes sexistas reales e imaginarios. Si todos los masc son violentos, egoístas, dominantes, jerárquicos... ¿qué se puede hacer salvo cortarse las venas o migrar de masc a imasc o a ásex? Si todas las fems fueran víctimas débiles, pasivas, irracionales...

—Ahora caricaturizas a los caricaturistas. —Gina me dio un golpe de amonestación en el brazo—. No creo que nadie hable así.

—Porque te mueves en los círculos equivocados. ¿O debería decir en los adecuados? Pero creía que habías visto el programa. Algunas personas que entrevisté hicieron esas mismas declaraciones, palabra por palabra.

—Entonces la culpa es de los medios de información por darles publicidad.

—En parte tienes razón —dije. Habíamos llegado al restaurante, pero nos quedamos fuera—. Aunque no sé cuál es la solución. ¿Cuándo conseguirá alguien que se alce y proclame: «Sólo hablo en mi nombre» tanta cobertura como alguien que dice hablar en nombre de la mitad de la población?

—Cuando la gente como tú se la dé.

—Sabes que no es tan sencillo. Y... piensa, ¿qué habría pasado con el feminismo o con el movimiento por los derechos civiles si no se permitiera a nadie hablar en nombre de cualquier grupo, sin su consentimiento unánime por escrito? Sólo porque algunos de los lunáticos de hoy en día sean parodias de los antiguos líderes, no significa que nos irían mejor las cosas si los productores de televisión hubieran dicho: «Lo siento, doctor King; lo siento, señora Greer; lo siento, señor Perkins, pero si no evitan esas generalizaciones y limitan sus declaraciones a sus circunstancias personales, tendremos que quitarles el micrófono».

—Eso es historia antigua. —Gina me miró con escepticismo—. Y sólo defiendes esa postura para eludir tu responsabilidad.

—Por supuesto. Pero el caso es que la migración sexual es una cuestión política en un noventa por ciento. Algunos medios de comunicación todavía la tratan como una moda decadente y arbitraria que imita la reasignación de género de los transexuales, pero la mayoría de los emigrantes de género se limita a asexuarse superficialmente. No van más allá; no lo necesitan. Es un acto de protesta, como darse de baja de un partido político, renunciar a la ciudadanía o desertar del campo de batalla. Aunque ignoro si se estabilizará en un nivel bajo y hará que se tambaleen las actitudes que provocan la emigración hasta el punto de erradicarlas, o si la población acabará dividida equitativamente entre los siete géneros dentro de un par de generaciones.

—Siete géneros —dijo con una mueca—, y todos parecen monolíticos. Todo el mundo estereotipado de una mirada. Siete etiquetas en lugar de dos no es progreso.

—No. Pero quizá a largo plazo sólo habrá ásex, umasc y ufems. Los que quieran estar encasillados lo estarán, y los que no, serán un misterio.

—No, no, a la larga no tendremos más que cuerpos virtuales y todos iremos de misteriosos o de reveladores a días, según nuestro estado de ánimo.

—Lo espero impaciente.

Entramos. Gustos Antinaturales estaba en un edificio reformado de unos antiguos grandes almacenes. Era un lugar de aspecto tenebroso aunque bien iluminado, comunicado mediante un gran agujero elíptico en el centro de cada planta. Acerqué mi agenda al torniquete de acceso, una voz nos confirmó la reserva y añadió: «Mesa quinientos diecinueve. Quinta planta».

—Quinta planta: peluches y lencería. —Gina sonrió con picardía.

—Pórtate bien —dije mientras echaba una ojeada al resto de los comensales, en



su mayoría parejas de umasc y ufems—, o la próxima vez iremos a cenar a Epping.

Al menos tres cuartas partes del local estaban llenas, pero tenía menos capacidad de lo que aparentaba; el agujero central ocupaba casi todo el volumen del edificio. En lo que restaba de cada planta, camareros humanos de esmoquin se movían entre las mesas cromadas; todo muy arcaico y estilizado, casi propio de los Hermanos Marx. No era un gran admirador de la Cocina Experimental; en realidad éramos conejillos de indias que probábamos productos inocuos, pero manipulados genéticamente y sin verificar. Gina dijo que por lo menos la comida estaría subvencionada por los fabricantes, pero yo no estaba tan seguro. Últimamente, la Cocina Experimental estaba tan de moda que probablemente atraía a una muestra estadística significativa de comensales para cada novedad, incluso sin descuentos.

La mesa nos mostró la carta cuando nos sentamos, y los precios parecían confirmar mis dudas sobre la subvención.

—¿Ensalada de alubias carmesí? —gemí—. No me importa de qué color sean, quiero que me digan a qué saben. Lo último que comí aquí tenía el aspecto de las judías y sabía igual que la col hervida.

Gina se tomó su tiempo, seleccionó los nombres de media docena de platos para ver el producto acabado y las pantallas de datos sobre el diseño de los ingredientes.

—Es posible averiguarlo si se presta un poco de atención —dijo—. Sabiendo qué genes han cogido, de dónde y por qué, se puede hacer una buena predicción del sabor y la textura.

—Sigue, deslúmbrame con tu ciencia.

—La cosa verde con forma de hojas será como pasta con sabor a espinacas —dijo después de pulsar el botón de CONFIRMAR PEDIDO—, pero el hierro que contenga lo absorberemos con tanta facilidad como el de la carne, y las espinacas pasarán a la historia. Las cosas amarillas que parecen maíz sabrán como un cruce de tomate con pimiento verde aromatizado con orégano, pero los nutrientes y el sabor se ven menos afectados por las malas condiciones de almacenamiento y la excesiva cocción. Y el puré azul sabrá casi a queso parmesano.

—¿Por qué azul?

—Lleva un pigmento azul, una enzima fotoactiva, en las nuevas lactobayas de autofermentación. Podrían eliminarlo cuando lo procesan, pero resulta que se convierte directamente en vitamina D y es mucho más seguro que metabolizarla de la manera normal, con rayos ultravioleta en la piel.

—Alimentos para gente que nunca ve el sol. ¿Cómo podría resistirme? —Pedí lo mismo.

El servicio fue rápido y las predicciones de Gina más o menos correctas. En conjunto resultó bastante agradable.

—Es un desperdicio que te dediques a las turbinas eólicas —dije—. Podrías

diseñar la colección de primavera de Agrónomos Unidos.

—No me digas. Gracias, pero ya tengo todo el estímulo intelectual que necesito.

—Por cierto, ¿qué tal va el gran Harold?

—Sigue siendo el pequeño Harold y es probable que continúe así una temporada.

—El pequeño Harold era el prototipo a escala 1:1000 de una turbina de doscientos megavatios—. Aparecen modos de resonancia caótica que se nos habían escapado en las simulaciones, y todo indica que tendremos que volver a evaluar la mitad de los supuestos del modelo del programa.

—No lo entenderé nunca. Conocéis toda la física básica, las ecuaciones básicas de la dinámica de la circulación del aire y disponéis de tiempo de acceso ilimitado a superordenadores...

—¿Cómo es posible que metamos la pata? Porque no podemos calcular el comportamiento de miles de toneladas de aire en circulación por una estructura compleja a partir de un análisis molécula por molécula. Todas las ecuaciones de grandes cantidades de fluidos son aproximaciones y estamos trabajando deliberadamente en una región en la que fallan las aproximaciones que mejor se entienden. No es que entre en juego nada nuevo ni mágico en la física, sino que estamos en una zona de penumbra, a medio camino entre dos conjuntos de supuestos sencillos muy cómodos de usar. Y hasta ahora, el mejor grupo nuevo de supuestos no es ni cómodo ni sencillo. Ni siquiera es correcto, a la vista de los resultados.

—Lo siento.

—Es frustrante —dijo encogiéndose de hombros—, pero de una forma interesante que evita que me vuelva loca.

Sentí una punzada de añoranza; sabía muy poco de esa parte de su vida. Me explicaba todo lo que yo podía entender, pero seguía sin tener ni idea de qué le rondaba por la cabeza cuando estaba sentada en su puesto de trabajo haciendo malabarismos con simulaciones sobre la circulación del aire o cuando trepaba por el túnel de viento haciendo ajustes en el pequeño Harold.

—Ojalá me dejaras grabarlo.

—Ni lo sueñes, señor Frankenciencia —dijo lanzándome una mirada torva—. No antes de que me digas categóricamente si las turbinas eólicas son buenas o malas.

—Sabes que no depende de mí —contesté encogiendo los hombros—. Y cambia todos los años. Se publican nuevos estudios, el apoyo a las alternativas viene y va...

—¿Alternativas? —Me interrumpió con amargura—. Plantar bosques transgénicos fotovoltaicos que ocupan diez mil veces el terreno necesario por megavatio me suena a vandalismo medioambiental.

—No te lo discuto. Podría hacer un documental en el que presentara las turbinas como algo positivo, y si no lo vendo de inmediato, esperar a que vuelva a cambiar la tendencia.

—No puedes permitirte hacer nada por libre.

—Cierto, tendré que encontrar un hueco entre otras grabaciones.

—Yo no lo intentaría —dijo Gina riéndose—. Ni siquiera puedes arreglártelas para...

—¿Qué?

—Nada. Olvídalo. —Hizo un gesto con la mano, retractándose del comentario. Podría haberla presionado, pero habría sido una pérdida de tiempo.

—Hablando de rodar... —dije. Le describí los dos proyectos que me había ofrecido Lydia. Gina me escuchó pacientemente, pero cuando le pedí su opinión creo que la desconcerté.

—Si no quieres hacer *Angustia*, no lo hagas. No es asunto mío.

—También te afecta a ti —dije dolido—. Supondría un montón de dinero. —Noté cómo se ofendía—. Lo único que digo es que podríamos irnos de vacaciones o algo así. Salir al extranjero la próxima vez que tengas un permiso. Si es que te apetece.

—No voy a tomarme un permiso en los próximos dieciocho meses —dijo Gina con frialdad—. Y puedo pagarme mis vacaciones.

—Olvídale. —Me acerqué para cogerle la mano; se apartó irritada.

Comimos en silencio. Miraba fijamente el plato, repasando las reglas, e intentaba averiguar en qué me había equivocado. ¿Habría roto algún tabú sobre el dinero? Teníamos cuentas separadas y pagábamos el alquiler a medias, pero los dos nos ayudábamos en muchas ocasiones y nos permitíamos pequeños lujos. ¿Qué debería haber hecho? ¿Aceptar *Angustia* sólo por el dinero y preguntarle después si le apetecía que nos lo gastáramos en algo que valiera la pena?

Quizá dedujo que esperaba que ella eligiera mis proyectos y se ofendió porque no sabía apreciar la independencia que me ofrecía. La cabeza me daba vueltas. La verdad era que no tenía ni idea de lo que ella pensaba. Era todo demasiado difícil, demasiado resbaladizo. Y no encontraba nada que decir para arreglar las cosas sin arriesgarme a empeorarlas más.

—¿Dónde se celebrará el congreso? —preguntó Gina al rato.

Abrí la boca y me di cuenta de que no lo sabía. Saqué la agenda y consulté rápidamente el resumen que había preparado **Sísifo**.

—Ah, en Anarkia.

—¿Anarkia? —Se rió—. Con lo quemado que estás de tanta biotecnología, te mandan a la isla de coral artificial más grande del mundo.

—Sólo huyo de la mala biotecnología. La de Anarkia es buena.

—Oh, ¿en serio? Díselo a los gobiernos que mantienen el embargo. ¿Estás seguro de que no te meterán en la cárcel cuando vuelvas a casa?

—No voy a comerciar con los malvados anarkistas. Ni siquiera voy a grabarlos.

—Anarcosindicalistas, dilo bien. Aunque ellos no utilizan esa denominación,

¿verdad?

—¿A quién te refieres con «ellos»? —dije—. Dependerá de a quién se lo preguntes.

—Deberías haber incluido un fragmento sobre Anarkia en *ADN basura*. A pesar del embargo, prosperan, y todo gracias a la biotecnología. Compensaría lo del cadáver parlante.

—Pero entonces no podría haberlo titulado *ADN basura*, ¿verdad?

—Cierto. —Sonrió.

No sabía qué había hecho, pero me había perdonado. Sentí que el corazón me latía con fuerza, como si me hubieran rescatado en el último momento del borde de un abismo.

El postre que elegimos sabía a cartón con nieve, pero rellenamos con amabilidad el cuestionario de la mesa antes de irnos.

Nos dirigimos hacia el norte subiendo por George Street hasta Martin Place. En el antiguo edificio de correos había un local nocturno llamado Cuarto de Clasificación. Ponían música *njari* de Zimbabue, con temas múltiples, hipnótica, martilleante pero no metronómica, y que dejaba marcas de ritmo en el cerebro igual que los arañazos rastrillan la carne. Gina bailaba extasiada y la música estaba tan alta que hablar resultaba, afortunadamente, casi imposible. En este lugar sin palabras no podía meter la pata.

Nos fuimos poco después de la una. En el tren de vuelta a Eastwood nos sentamos en un extremo del vagón y nos besamos como adolescentes. Me preguntaba cómo se las apañaban en la generación de mis padres mientras conducían sus preciosos coches en aquel estado. (Mal, sin duda.) El viaje a casa duró diez minutos, casi demasiado poco. Quería que todo se desarrollara lo más despacio posible. Quería que durara horas.

Paramos una docena de veces mientras bajábamos por el camino de la estación. Nos quedamos tanto tiempo frente a la puerta de casa que el sistema de seguridad nos preguntó si habíamos perdido las llaves.

Cuando nos desvestimos, nos metimos juntos en la cama y se me nubló la vista, pensé que era un efecto secundario de la pasión. Pero cuando se me durmieron los brazos me di cuenta de lo que pasaba.

Me había pasado con los bloqueantes de melatonina, y eso había mermado las reservas de neurotransmisores de la región del hipotálamo donde se controla la capacidad de atención. Había tomado prestado demasiado tiempo y la planicie se derrumbaba.

—No me lo puedo creer —dije afligido—. Lo siento.

—¿El qué?

Todavía mantenía la erección. Me obligué a concentrarme, me estiré y pulsé un

botón de la farmacia.

—Dame media hora —dije.

—No. Límite de seguridad...

—Quince minutos —rogué—. Se trata de una emergencia.

—No hay ninguna emergencia —dijo la farmacia después de dudar y consultar el sistema de seguridad—. Estás a salvo en la cama y la casa no sufre ninguna amenaza.

—Despedida, a reciclar.

—¿Ves lo que pasa cuando transgredes los límites naturales? —dijo Gina más divertida que decepcionada—. Espero que grabes esto para *ADN basura*. —La burla sólo la hacía mil veces más deseable, pero yo ya sufría lapsos de microsueños.

—¿Me perdonas? —dije apesadumbrado—. Quizá mañana podamos...

—No creo. Mañana te quedarás trabajando hasta la una de la madrugada y no voy a esperarte levantada. —Me cogió por los hombros y me volvió boca arriba, se arrodilló y se puso a horcajadas sobre mi estómago. Protesté un poco. Se inclinó sobre mí y me besó en la boca con ternura—. Vamos. No querrás desperdiciar esta oportunidad única, ¿verdad? —añadió mientras extendía la mano y me tocaba la polla. Noté que respondía a su tacto, pero ya apenas parecía formar parte de mi cuerpo.

—Violadora —murmuré—. Necrófila. —Quise hacer un largo y encendido discurso sobre el sexo y la comunicación, pero Gina parecía dispuesta a refutar mi tesis antes de que pudiera empezar—. Mira que llega a ser oportuno.

—¿Eso es un sí o un no? —dijo.

—Adelante. —Dejé de intentar abrir los ojos.

Empezó a pasar algo vagamente agradable, pero mis sentidos se desvanecían y mi cuerpo caía dando vueltas en el vacío.

Escuché una voz, a años luz, que me susurraba algo sobre dulces sueños.

Pero me sumergí en la oscuridad sin sentir nada. Y soñé con las silenciosas profundidades del océano.

Soñé que me precipitaba por unas aguas oscuras. Solo.

## 6

Tenía entendido que Londres se vio muy afectada por la llegada de la red, pero tenía menos de ciudad fantasma que Sydney. Las Ruinas eran más extensas, pero se explotaron con mucha más diligencia, incluyendo las últimas torres de cristal y aluminio que se construyeron para los banqueros y agentes de bolsa en el cambio de milenio. Las últimas imprentas de «tecnología avanzada» que «revolucionaron» la edición de periódicos (antes de que quedaran totalmente obsoletos) se calificaron de históricas y el sector turístico se hizo cargo de ellas.

A pesar de todo, no tuve tiempo de visitar las silenciosas tumbas de Bishopsgate y Wapping. Fui con un vuelo directo a Manchester, una ciudad que parecía prosperar. Según el resumen que me había hecho **Sísifo**, el equilibrio entre los precios inmobiliarios y el de las infraestructuras favoreció a la ciudad en los años veinte, y miles de empresas del sector de la información, con una gran plantilla de teletrabajadores, pero que también necesitaban una pequeña oficina central, se trasladaron allí desde el sur. Este resurgimiento industrial reforzó el sector académico, y la Universidad de Manchester mantenía un liderazgo mundial reconocido al menos en una docena de materias que incluían la neurolingüística, la química neoproteica y las técnicas avanzadas de visualización.

Volví a pasar lo que había grabado en el centro de la ciudad, lleno de peatones, bicicletas y *quads*, y elegí unas tomas como referencia. Había alquilado una bicicleta, yo solo, en uno de los almacenes automatizados que había a la salida de la estación Victoria; diez euros y era mía durante un día. Era un modelo Whirlwind reciente, una máquina preciosa: ligera, elegante y casi indestructible, fabricada en la cercana Sheffield. Podía comportarse como una bici de pedales si se quería (una opción que se añadía fácilmente y que alegraba a los puristas masocas), pero no había ninguna conexión mecánica entre los pedales y las ruedas; en esencia, era una bici eléctrica propulsada por energía humana. Bobinas de superconductores ocultas en el chasis almacenaban energía a corto plazo para suavizar la aportación del ciclista y aprovechar al máximo la energía de frenado. Ir a cuarenta kilómetros por hora no requería más esfuerzo que andar a paso ligero y las cuestas apenas tenían importancia; el ascenso y el descenso casi se contrarrestaban mutuamente, entre la energía perdida y la ganada. Debía de valer unos dos mil euros, pero el sistema de navegación, los faros y los candados eran casi a prueba de manipulación: para robarla habría necesitado una pequeña fábrica y un doctorado en criptología.

Los tranvías llegaban casi a cualquier sitio de la ciudad, pero el carril bici cubierto también, así que había ido en la Whirlwind a la cita de la tarde.

James Rourke era el directivo a cargo de las relaciones con la prensa de la asociación Autistas Voluntarios. Era un masc delgado y anguloso de treinta y pocos

años, y en persona me dio la impresión de estar muy incómodo; mantenía poco contacto visual y no evidenciaba ningún tipo de lenguaje corporal. Se expresaba con soltura, pero distaba de ser telegénico.

Sin embargo, al verlo en la pantalla de la consola me di cuenta de lo equivocado que había estado. Ned Landers había puesto en escena una actuación deslumbrante, tan pulida y perfecta que no dejaba lugar para preguntarse qué había bajo la superficie. Pero lo de Rourke no era ninguna actuación, y el efecto resultaba a la vez hipnótico e inquietante. Ver aquel reportaje justo después de los portavoces de Biosistemas Delphic, elegantes y seguros de sí mismos (dentadura y piel a cargo de Masarini de Florencia; sinceridad de Condicionamiento Operativo), sería como despertarse de un sueño de una patada en la cabeza.

Tendría que atenuarlo como fuera.

Yo tenía un primo autista total, Nathan. Sólo lo había visto una vez, cuando éramos niños. Era uno de los pocos afortunados que no padecían ninguna otra lesión cerebral congénita, y en aquella época todavía vivía con sus padres en Adelaide. Me enseñó su ordenador, y mientras describía todas sus características de forma exhaustiva no sonaba muy distinto de cualquier otro niño entusiasta de trece años apasionado por la técnica con un juguete nuevo. Pero después empezó a enseñarme sus programas favoritos: solitarios aburridos, juegos de memoria raros y rompecabezas geométricos; me parecieron arduas pruebas de inteligencia en lugar de juegos. No prestó ninguna atención a mis comentarios sarcásticos. Me quedé allí, insultándolo cada vez con más saña, y él se limitó a mirar la pantalla y sonreír, no tolerante sino ajeno.

Me había pasado tres horas entrevistando a Rourke en su pequeño apartamento; AV no tenía oficina central en Manchester ni en ningún otro lugar. Contaba con miembros en cuarenta y siete países, casi mil personas en el mundo, pero sólo Rourke accedió a hablar conmigo y únicamente porque ése era su trabajo.

Por supuesto, no era autista total. Pero me enseñó la imagen de su escáner cerebral.

Volví a pasar la grabación sin montar.

—¿Ve esta pequeña lesión en el lóbulo frontal izquierdo? —El puntero señaló un espacio negro diminuto, un minúsculo vacío en la materia gris—. Ahora compárelo con la misma región de un individuo de veintinueve años autista total. —Otro espacio negro, tres o cuatro veces mayor—. Y aquí tiene un sujeto no autista de la misma edad y sexo. —Ninguna lesión—. La patología no es siempre tan obvia; la estructura puede sufrir malformaciones en lugar de no estar presente, pero estos ejemplos demuestran que existe una base física precisa para nuestras peticiones.

La toma pasaba en ángulo de la agenda a su cara. **Testigo** creó una suave transición desde un punto fijo de cámara a otro, además de suavizar los movimientos

rápidos y bruscos de los globos oculares que recorrían la escena una y otra vez incluso cuando se fijaba la mirada de forma subjetiva.

—Nadie le negará que tiene lesiones en la misma zona del cerebro —dije—. Pero ¿por qué no agradecer que sean lesiones leves y dejarlo estar? ¿Por qué no considerarse afortunado por poder funcionar en sociedad y seguir con su vida?

—Ésa es una pregunta complicada. Para empezar, depende de lo que se entienda por «funcionar».

—Puede vivir sin estar internado en una institución. Desempeñar trabajos especializados. —La ocupación principal de Rourke era la de ayudante de investigación de un lingüista de la universidad: no se trataba exactamente de un empleo para minusválidos.

—Desde luego —dijo—. Si no pudiéramos nos clasificarían como autistas totales. Ése es el criterio que define el autismo parcial: podemos sobrevivir en la sociedad normal. Nuestras deficiencias no son abrumadoras y normalmente somos capaces de fingir para compensar gran parte de nuestras carencias. A veces, incluso podemos convencernos a nosotros mismos de que nada va mal. Durante un tiempo.

—¿Durante un tiempo? Tienen trabajo, dinero, independencia. ¿Qué más hace falta para funcionar?

—Relaciones interpersonales.

—¿Se refiere a relaciones sexuales?

—No necesariamente, pero son las más complicadas. Y las más... reveladoras. —Pulsó una tecla de su agenda y apareció un complejo mapa neuronal—. Todas las personas, o casi todas, intentan de manera instintiva entender a los otros seres humanos. Adivinar lo que piensan. Prever sus acciones. Conocerlos. Las personas crean en el cerebro modelos simbólicos de los demás. Estos modelos actúan como representaciones coherentes, relacionando toda la información que se puede observar en realidad: habla, gestos, acciones pasadas. —Mientras hablaba, el mapa neuronal se disolvió, y se formó en su lugar un diagrama funcional del modelo de una «tercera persona»: una elaborada red de bloques etiquetados con rasgos objetivos y subjetivos—. También contribuyen a hacer suposiciones fundamentadas sobre los aspectos que no se pueden saber de manera directa: motivos, intenciones, emociones.

»Esto sucede con muy poco o ningún esfuerzo consciente por parte de casi todas las personas, que tienen una habilidad innata para crear modelos de otros individuos. Se perfecciona con el uso durante la infancia y un aislamiento absoluto paralizaría su desarrollo, del mismo modo que la oscuridad total inutilizaría los órganos visuales. La educación no tiene relevancia cuando hay una carencia de tal magnitud. Las únicas causas del autismo son las lesiones cerebrales congénitas o, más adelante, los daños físicos adquiridos en el cerebro. Hay factores de riesgo genéticos que implican una propensión a las infecciones virales en el útero, pero el autismo en sí no es una



simple enfermedad hereditaria.

Ya había grabado a un experto de bata blanca que decía casi lo mismo, pero el conocimiento detallado de los miembros de AV de su condición era una parte crucial de la historia, y la explicación de Rourke era más clara que la del neurólogo.

—La estructura del cerebro afectada ocupa una pequeña región del lóbulo frontal izquierdo. Los detalles específicos que describen a los otros individuos están repartidos por todo el cerebro, como cualquier recuerdo, pero esta estructura es el único lugar en el que estos detalles se integran de forma automática y se interpretan. Si está dañada, las acciones de otras personas se pueden percibir y recordar, pero pierden cualquier relevancia especial. No generan las mismas asociaciones obvias y no tienen el mismo sentido inmediato. —Volvió a aparecer el mapa neuronal, esta vez con una lesión. De nuevo se transformó en un diagrama funcional, ahora claramente trastocado y cubierto por docenas de líneas rojas discontinuas que mostraban las conexiones perdidas—. Probablemente, la estructura en cuestión empezó a evolucionar hacia su forma humana actual en los primates, aunque tenía precursores en los mamíferos anteriores. En el año dos mil catorce, un neurólogo llamado Lamont identificó y estudió esta estructura en los chimpancés por primera vez. Unos años después se trazó el mapa de la versión humana.

»Puede que el primer papel crucial que desempeñó el área de Lamont fuera posibilitar el engaño, aprender a ocultar las verdaderas intenciones mediante el entendimiento de la percepción ajena. Si sabes aparentar que eres servil o cooperativo, con independencia de lo que tengas en mente, tienes más oportunidades de robar comida o echar un polvo rápido con la pareja de otro. Pero entonces, la selección natural subió la apuesta y favoreció a quienes podían ver qué había tras la treta. Una vez inventada la mentira no podía haber vuelta atrás; el desarrollo fue a más.

—Así que los autistas totales no pueden mentir ni distinguir si alguien miente —dije—. Pero ¿y los autistas parciales?

—Algunos pueden y otros no. Depende del tipo de lesión. No somos todos idénticos.

—De acuerdo, pero ¿qué hay de las relaciones?

—La creación correcta de modelos de otras personas puede favorecer la cooperación tanto como el engaño. —Rourke apartó la vista, como si el tema le provocara un dolor insoportable, pero continuó sin dudar; parecía un orador profesional que pronuncia con fluidez un discurso conocido—. La empatía puede mejorar la cohesión social en muchos aspectos. Pero a medida que los primeros humanos desarrollaron un mayor grado de monogamia, al menos en comparación con sus antepasados inmediatos, los procesos mentales implicados en el emparejamiento se complicaron. La empatía por nuestra pareja reproductora alcanzó una condición

especial: su vida podía ser, en determinadas circunstancias, tan crucial para la transmisión de los genes como la propia.

»Desde luego, casi todos los animales protegen de manera instintiva a sus crías y parejas, incluso en su detrimento; el altruismo es una estrategia de comportamiento antigua. Pero ¿cómo se puede compatibilizar el altruismo instintivo con la conciencia humana de la propia identidad? Cuando emergió el ego, un sentido creciente del "yo" detrás de cada acción, ¿cómo se evitó que ensombreciera todo lo demás?

»La respuesta es que la evolución inventó la intimidad. La intimidad nos permite atribuir algunas o todas las cualidades determinantes asociadas con el ego, el modelo del yo, a modelos de otras personas. Y no sólo lo posibilita, sino que lo hace placentero. Un placer reforzado por el sexo, pero que no está restringido al acto en sí. A diferencia del orgasmo. Y entre los humanos, ni siquiera está restringido a las parejas sexuales. La intimidad es la creencia, recompensada por el cerebro, de que se conoce a los seres queridos casi de la misma forma que a uno mismo.

La palabra «queridos» me sorprendió mucho en medio de toda esa sociobiología. Pero la utilizó sin el más leve indicio de ironía o afectación, como si fundiera a la perfección los vocabularios de la emoción y la evolución en un solo lenguaje.

—¿Incluso el autismo parcial imposibilita la intimidad al no poder crear un modelo de otra persona suficientemente correcto para conocerla en realidad? —pregunté.

—Como he dicho antes, no somos todos idénticos. —Rourke no creía en las respuestas sencillas—. A veces los modelos son bastante precisos, tanto como los de cualquiera, pero no se recompensan: se han perdido las partes del área de Lamont que hacen que casi todas las personas se sientan bien con la intimidad y la busquen activamente. A los que les ocurre esto se los considera fríos, distantes. Y a veces sucede lo contrario: buscan la intimidad, pero sus modelos son tan insuficientes que no pueden aspirar a encontrarla. Pueden faltarles las aptitudes sociales necesarias para establecer relaciones sexuales duraderas, e incluso si son lo bastante inteligentes y cuentan con suficientes recursos para sortear los problemas sociales, el cerebro puede juzgar que el modelo es defectuoso y negarse a recompensarlo. Así que el impulso nunca se satisface, porque físicamente resulta imposible.

—Las relaciones sexuales son difíciles para todos —dije—. Se ha llegado a decir que ustedes simplemente se han inventado un síndrome neurológico que les permite eludir la responsabilidad de enfrentarse a los problemas como cualquiera hace a diario.

—¿Y deberíamos sobreponernos e intentarlo con más ganas? —dijo Rourke mirando fijamente al suelo y sonriendo con indulgencia.

—Eso o permitir que les hagan un injerto para curar la lesión.

Se podía extraer una pequeña cantidad de neuronas y células gliales del cerebro

sin causar daños, retrotraerlas a un estado embrionario, multiplicarlas en un tejido de cultivo y volverlas a introducir en la zona dañada. Se mantenían artificialmente los niveles hormonales que marcan el estado embrionario para engañar a las células, hacerles creer que estaban en un cerebro en desarrollo y guiarlas en un nuevo intento de crear las conexiones sinápticas necesarias. El porcentaje de éxitos era insignificante para los autistas totales, pero para los enfermos con lesiones relativamente leves se acercaba al cuarenta por ciento.

—Los Autistas Voluntarios no nos oponemos a esa opción. Lo único que pedimos es la legalización de la alternativa.

—¿El aumento de la lesión?

—Sí. Hasta incluir la extirpación del área de Lamont.

—¿Por qué?

—Esta pregunta también es complicada. Cada uno tiene sus motivos. Para empezar, diría que se trata de una cuestión de principios. Deberíamos disponer del mayor número posible de opciones. Como los transexuales.

Era una referencia a otro tipo de neurocirugía que fue muy polémico en su momento: la RNG o «reasignación neuronal de género». Hacía casi un siglo que las personas que nacían con un desequilibrio entre el género neuronal y el físico podían operarse el cuerpo, cada vez con más precisión. En los años veinte apareció otra opción: cambiar el género del cerebro, alterar el mapa neuronal integrado de la imagen corporal para que coincidiera con el cuerpo real. Muchas personas, incluso muchos transexuales, hicieron una apasionada campaña en contra de legalizar la RNG; temían coacciones y la operación de bebés. Sin embargo, en los años cuarenta ya era aceptada en general como una opción legítima, que escogía libremente alrededor del veinte por ciento de los transexuales.

Entrevisté a personas que se habían hecho todo tipo de operaciones de reasignación para *Escrutinio excesivo de la identidad sexual*. Un masc neuronal de nacimiento con cuerpo de fem proclamó en estado de éxtasis, después de que le operaran el cuerpo y lo convirtieran en masc: «¡Lo conseguí! ¡Soy libre, estoy en casa!». Y otro en las mismas circunstancias que optó por la RNG miró su cara sin cambios en un espejo y dijo: «Es como si despertara de un sueño, una alucinación. Al fin puedo verme como soy en realidad». A juzgar por la respuesta de las pruebas de audiencia de *Escrutinio*, la analogía suscitaría una enorme simpatía... si permanecía en la versión final.

—El objetivo de cualquier operación de migración sexual consiste en convertirse en un masc o una fem sano —dije—. No tiene nada que ver con volverse autista.

—Pero también sufrimos un desajuste como los transexuales —replicó Rourke—. No entre el cuerpo y el cerebro, pero sí entre el deseo de intimidad y la incapacidad de conseguirla. Nadie, excepto unos cuantos fundamentalistas religiosos, tendría la

crueledad de decirle a un transexual que ha de aprender a vivir con lo que es y que esa intervención quirúrgica supondría una perversa autocomplacencia.

—Pero nadie les impide elegir la cirugía. Los injertos son legales y seguro que el porcentaje de éxitos mejora.

—Y, como he dicho, AV no se opone. Para algunas personas es la elección correcta.

—¿Cómo podría ser la incorrecta?

Rourke dudó. Sin duda se había preparado de antemano y había ensayado todo lo que quería decir, pero éste era el quid de la cuestión. Sus esperanzas de ganar el apoyo del público para su causa se basaban en que comprendiera por qué no quería que lo curaran.

—Muchos autistas totales padecen daños cerebrales adicionales y diversos grados de retraso mental —dijo con cuidado—. En general, en nuestro caso no es así. Sea cual sea el daño en el área de Lamont, la mayoría somos suficientemente inteligentes para entender nuestra condición. Sabemos que los no autistas pueden creer que han conseguido la intimidad. Pero en AV hemos decidido que nos iría mejor sin ese talento.

—¿Por qué mejor?

—Porque es un talento de autoengaño.

—Si el autismo implica la imposibilidad de comprender a los demás —dije— y la cura de la lesión les garantizara que esa pérdida...

—Pero ¿cuánto es comprensión y cuánto una vana ilusión de comprensión? —interrumpió Rourke—. ¿Es la intimidad una forma de conocimiento o sólo una falsa creencia reconfortante? A la evolución no le interesa si percibimos la verdad, excepto en el sentido más práctico. Y puede haber falsedades igual de prácticas. Si el cerebro necesita dotarnos de un sentido exagerado de nuestra capacidad de conocer a los demás para que el emparejamiento resulte compatible con la conciencia de la propia identidad, mentirá sin reparos tanto como sea necesario para que su estrategia tenga éxito.

Me había quedado callado, sin saber qué responder. Viendo a Rourke en pantalla mientras esperaba a que yo continuara, parecía tan cohibido y tímido como siempre, pero había algo en su expresión que me dejó helado. Creía sinceramente que su condición le otorgaba una sagacidad que no compartía ninguna persona normal, y aunque no le diéramos exactamente lástima con nuestra capacidad integrada de plácido autoengaño, no podía evitar considerarse dotado de una visión más amplia, más clara.

—El autismo es... una enfermedad trágica, una discapacidad —dije titubeando—. ¿Cómo puede... idealizarla en... un simple estilo de vida alternativo?

—No hago eso en absoluto —dijo Rourke con cortesía, pero desdeñoso—. He

conocido a más de cien autistas totales y a sus familias. Sé cuánto sufren. Si mañana pudiera erradicar esa condición, lo haría.

»Pero tenemos nuestras propias historias, nuestros problemas y nuestras aspiraciones. No somos autistas totales; la extirpación del área de Lamont en la madurez no nos dejará en el mismo estado que a alguien que haya nacido así. Casi todos hemos aprendido a compensar la carencia creando modelos de los demás de manera consciente, explícita. Supone un esfuerzo mucho mayor que el que requiere la habilidad innata, pero aunque perdamos lo poco que tenemos no nos quedaremos desamparados. Ni seremos egoístas, despiadados o incapaces de identificarnos con los demás, o cualquiera de las otras cosas que le gusta decir a la prensa amarilla. Y que nos concedan la cirugía que pedimos no implica que perdamos nuestros empleos ni mucho menos que tengamos que ingresar en una institución. Por lo tanto, no le supondrá un gasto a la comunidad...

—El gasto es el menor de los problemas —dije enfadado—. Está hablando de deshacerse deliberadamente, por medio de la cirugía, de algo que es... fundamental para los sentimientos humanos.

—Exacto —dijo Rourke después de levantar la vista del suelo y asentir, como si al fin hubiera dicho algo en lo que estábamos totalmente de acuerdo—. Y hemos vivido durante décadas con una verdad fundamental sobre las relaciones humanas: que elegimos no rendirnos a los reconfortantes efectos de un injerto cerebral. Todo lo que queremos hacer ahora es completar nuestra elección. Que dejen de castigarnos por nuestra renuncia a vivir engañados.

Al final conseguí dar forma a la entrevista. Me aterrorizaba parafrasear a James Rourke; con casi todas las personas resultaba bastante fácil juzgar lo que era justo y lo que no, pero aquí pisaba terreno resbaladizo. Ni siquiera estaba seguro de que la consola pudiera imitar sus gestos de forma convincente; cuando lo intenté, el lenguaje corporal parecía absolutamente incorrecto, como si el programa, para llenar el vacío, bombeara uno tras otro todos sus supuestos predeterminados (que normalmente servían para desarrollar un perfil gestual casi completo a partir del sujeto). Acabé por no cambiar nada; simplemente extraje las mejores frases, las monté con otro material y recurrí a la narración cuando no me quedaba otro remedio.

Hice que la consola me mostrara un diagrama de los segmentos que había utilizado en el montaje, cortes diseminados a lo largo de toda la secuencia lineal del metraje completo. Cada toma y cada secuencia entera de película estaba claramente marcada: etiquetadas con la hora, el lugar y un fotograma de muestra al principio y al final. Había unas cuantas tomas de las que no había sacado nada. Las puse por última vez para asegurarme de que no me había dejado nada importante.

Había unas secuencias en las que Rourke me enseñaba su «despacho», un rincón

de un piso de dos habitaciones. Vi una fotografía suya, en la que tendría veintipocos años, con una fem de la misma edad aproximadamente.

—Mi ex mujer —contestó cuando le pregunté quién era.

La pareja estaba en una playa abarrotada, algún sitio con aspecto mediterráneo. Estaban cogidos de la mano e intentaban mirar a la cámara, pero los habían sorprendido, incapaces de resistirse, mientras intercambiaban una mirada cómplice. Con mucha carga sexual, pero también conocimiento mutuo. Si esto no era un retrato de intimidad, era una imitación muy buena.

«A veces, incluso podemos convencernos de que nada va mal. Durante un tiempo.»

—¿Cuánto tiempo estuvo casado?

—Casi un año.

Sentía curiosidad, por supuesto, pero no le pedí más detalles. *ADN basura* era un documental científico, no un reportaje sórdido; su vida privada no era asunto mío.

También había una conversación informal que mantuve con Rourke un día después de la entrevista. Paseábamos por los jardines de la universidad, justo después de grabarlo mientras trabajaba ayudando a un ordenador a examinar las pautas del habla hindi en busca de cambios vocálicos. (Normalmente trabajaba en su casa, pero yo estaba desesperado por cambiar de escenario, aunque supusiera distorsionar la realidad.) La Universidad de Manchester tenía ocho recintos universitarios repartidos por la ciudad y estábamos en el más moderno. A los paisajistas se les había ido la mano con la vegetación manipulada: hasta la hierba tenía un verdor imposible. Durante los primeros cinco segundos, incluso a mí me pareció que la toma era un fotomontaje mal hecho, con el cielo rodado en Inglaterra y la tierra en Brunei.

—¿Sabe? —dijo Rourke—. Envidio su trabajo. Con AV tengo que concentrarme en una estrecha área de cambios, pero usted tiene una visión global de todo.

—¿De todo? ¿Se refiere a los avances en biotecnología?

—Biotecnología, visualización, inteligencia artificial... todo. Toda la batalla de las palabras «S».

—¿Las palabras «S»?

—La pequeña y la grande —dijo con una sonrisa enigmática—. Es por lo que se recordará este siglo. Una batalla de dos palabras. Dos definiciones.

—No tengo ni la más remota idea de lo que dice. —Pasábamos por un bosque en miniatura en mitad del patio interior, denso y exótico, tan caprichoso e inquietante como una jungla pintada por un surrealista.

—¿Qué es lo más condescendiente que puede ofrecerse a hacer por las personas con las que no está de acuerdo o a las que no entiende? —me preguntó mirándome.

—No lo sé. ¿Qué?

—Curarlas. De ahí la primera «S». De salud.

—Ah.

—La tecnología médica está a punto de convertirse en supernova, por si no lo había notado. Así que, ¿con qué fin se va a utilizar todo ese poder? El mantenimiento o la creación de la salud. Pero ¿qué es la salud? Olvide las gilipolleces obvias que todo el mundo supone. Cuando el último virus, el último parásito y el último oncogén se borren del mapa, ¿cuál será el objetivo final de la sanidad? ¿Que todos representemos nuestro papel predestinado en algún orden natural paradisíaco? —Se detuvo para señalar con gesto irónico las orquídeas y las azucenas que florecían a nuestro alrededor—. Y devolvernos a la única condición para la que nuestra biología está optimizada: cazar y recolectar, y morir a los treinta o los cuarenta. ¿Es eso? O... ¿poner a nuestra disposición todas las formas de existencia técnicamente posibles? Quien se apropia la autoridad de delimitar la frontera entre la salud y la enfermedad se apropia de... todo.

—Tiene razón —dije—. Es una palabra insidiosa, de significado variable, y probablemente siempre será polémica. —Tampoco podía discutirle lo de la condescendencia. Los de Renacimiento Místico siempre se ofrecían para «curar» a la población mundial de su «entumecimiento psíquico» y transformarnos en seres humanos perfectamente equilibrados. En otras palabras: copias perfectas suyas, con las mismas creencias, prioridades, neurosis y supersticiones.

—¿Cuál es la otra palabra «S»? La grande.

—¿De verdad no la adivina? —dijo inclinando la cabeza, y mirándome con astucia—. Le daré una pista. ¿Cuál es la forma más pobre intelectualmente que se le ocurre para ganar una discusión?

—Va a tener que explicármelo. No se me dan bien los acertijos.

—Decir que su oponente carece de sentimientos.

Me había quedado callado, avergonzado de repente o por lo menos incómodo, preguntándome hasta qué punto lo habían ofendido algunas de las cosas que dije el día anterior. El problema de volver a ver a las personas después de entrevistarlas es que a menudo se pasan todo el tiempo analizando la conversación, minuto a minuto, y llegan a la conclusión de que han quedado mal.

—Es el arma semántica más antigua que existe —añadió Rourke—. Piense en todas las categorías de personas a las que se califica como carentes de sentimientos o faltas de humanidad en distintas culturas y en diferentes épocas. Personas de otras tribus. Personas con distinto color de piel. Esclavos. Fems. Enfermos mentales. Sordos. Homosexuales. Judíos. Bosnios, croatas, serbios, armenios, kurdos...

—¿No cree que hay una ligera diferencia entre meter a alguien en una cámara de gas y usar la frase de forma retórica? —dije a la defensiva.

—Por supuesto. Pero suponga que me acusa de carecer de sentimientos. ¿Qué significa en realidad? ¿Qué se supone que he hecho? ¿Asesinar a alguien a sangre

fría? ¿Ahogar a un cachorro? ¿Comer carne? ¿No haberme emocionado con la Quinta de Beethoven? ¿O sólo ser incapaz de tener, o buscar, una vida emocional idéntica a la suya en todos los aspectos? No ser capaz de compartir todos sus valores y aspiraciones.

No contesté. Oía el zumbido de los ciclistas en la oscura jungla detrás de mí. Empezó a llover, pero la cubierta nos protegía.

—La respuesta correcta es: cualquiera de las anteriores —continuó Rourke alegremente—. Por eso es tan jodidamente pobre. Cuestionar la humanidad de alguien es situarlo en el mismo grupo que a los asesinos en serie, lo que evita el problema de decir nada inteligente sobre sus opiniones. Y exige un vasto consenso imaginario, el respaldo completo de una mayoría indignada. Cuando afirma que los Autistas Voluntarios intentan librarse de sus sentimientos, no sólo define esa palabra como si tuviera un derecho divino que se lo permite, sino que también da a entender que cualquier otro habitante del planeta, reencarnaciones de Adolf Hitler y Pol Pot aparte, está de acuerdo con usted punto por punto. ¡Depongan ese bisturí —declamó a los árboles con los brazos extendidos—, se lo imploro... en nombre de la humanidad!

—De acuerdo —dije sin convicción—. Quizá debería haberme expresado de otro modo ayer. No pretendía insultarlo.

—No me ha ofendido —dijo Rourke divertido, negando con un gesto—. Es una batalla, a fin de cuentas, no debo esperar una rendición inmediata. Es usted leal a una definición restrictiva de la gran «S» y quizá incluso cree sinceramente que los demás la comparten. Yo apoyo una definición más amplia. Estaremos de acuerdo en discrepar. Nos veremos en las trincheras.

¿Restrictiva? Abrí la boca para negar la acusación, pero no supe cómo defenderme. ¿Qué podría haber dicho? ¿Que una vez hice un documental que simpatizaba con los que emigraban de género? (Qué magnánimo.) ¿Y que ahora tenía que compensarlo con una historia de frankenciencia sobre los Autistas Voluntarios?

Así que él dijo la última palabra (por lo menos en tiempo real). Me dio la mano y nos despedimos.

Volví a pasar la toma una vez más. Rourke resultaba sorprendentemente elocuente, casi carismático, a su extraña manera, y todo lo que decía era relevante. Pero su terminología particular, los estallidos maníacos... Resultaba demasiado raro, confuso y polémico.

Dejé la toma sin utilizar; no incluí nada.

Había acudido a otra cita en la universidad: una tarde con el famoso GIVM (Grupo de Investigación de Visualización Médica) de Manchester. Me pareció una oportunidad demasiado buena para desperdiciarla; al fin y al cabo, la visualización estaba detrás de la identificación definitiva del autismo parcial.

Eché un vistazo a lo que había rodado. Gran parte del material era bueno y



probablemente podría sacar un reportaje independiente de cinco minutos que valiera la pena para uno de los programas de entrevistas de SeeNet, pero estaba claro que la concisa presentación de la agenda de Rourke me había proporcionado todas las imágenes de escáner cerebral que necesitaba para *ADN basura*.

En el principal experimento que grabé, una estudiante voluntaria leía poesía en silencio mientras el escáner titulaba la imagen de su cerebro con cada verso que leía. Había tres subtítulos que se calculaban de manera independiente, basados en los datos primarios visuales, en el reconocimiento de la forma de las palabras y en las representaciones semánticas del cerebro. El último sólo coincidía con los otros brevemente, antes de que el significado estricto de la palabra se difuminara en una nube de asociaciones. Sin embargo, por muy convincente e inquietante que resultara, no tenía nada que ver con el área de Lamont.

Al final de la jornada, una de las investigadoras, Margaret Williams, directora del equipo de desarrollo del programa, me propuso que me metiera en el escáner. Quizá querían darle la vuelta a la tortilla, escrutarme y grabarme con sus máquinas como yo había hecho con ellos durante las últimas cuatro horas. Williams fue muy insistente, como si creyera que se trataba de una cuestión de justicia.

—Podrías grabar el punto de vista del sujeto —dijo—. Y podríamos echar una ojeada a tus extras ocultos.

—No sé si los campos magnéticos afectarán al equipo —me resistí.

—En absoluto, te lo prometo. Casi todo debe de ser óptico y lo demás lo protegeremos. Coges aviones constantemente, ¿verdad? ¿Pasas por los detectores de seguridad?

—Sí, pero...

—Nuestros campos no son más potentes. Incluso podríamos intentar leer la actividad de tu nervio óptico con el escáner y comparar los datos con tu grabación directa.

—No llevo el módulo de descarga encima. Está en el hotel.

—Qué pena —dijo frunciendo los labios, frustrada; obviamente se moría de ganas de decirme que me callara, obedeciera y entrara en el escáner—. Y supongo que tendrás problemas con la garantía si improvisamos un cable y una interfaz.

—Me temo que sí. El programa registraría el uso de un equipo no estándar y me vería en un grave aprieto en la próxima revisión anual.

—Antes hablabas de los Autistas Voluntarios. —Aún no estaba dispuesta a rendirse—. Si quieres algo espectacular para ilustrarlo, podríamos visualizar tu área Lamont mientras piensas en una serie de personas. Lo grabamos todo y te lo ponemos luego. Así podrías mostrar a los espectadores una copia en tiempo real de cómo funciona el asunto. No una animación pulcra, sino en carne y hueso, capturada en el acto. Las neuronas bombeando iones de calcio, las sinapsis disparándose. Podríamos

transformar la arquitectura neuronal en un diagrama funcional; calibrar e identificar los rasgos simbólicos. Disponemos de todo el programa...

—Te agradezco mucho la oferta —dije—, pero... ¿qué clase de periodista de segunda sería si recurriera a utilizarme como sujeto de mis historias?

Dos semanas antes de la fecha prevista para el comienzo del congreso del Centenario de Einstein firmé un contrato con SeeNet para *Violet Mosala: defensora de la simetría*. Mientras garabateaba mi nombre en el documento digital con el lápiz electrónico de la agenda, intentaba convencerme de que me habían dado el trabajo porque lo haría bien, no simplemente porque había abusado de mi posición para pedir un favor. Sin duda, a Sarah Knight le faltaba experiencia, tenía cinco años menos que yo y había dedicado su carrera principalmente al periodismo político. Confesar que era una fan de Mosala incluso podía haberla perjudicado; nadie de SeeNet quería una efusiva hagiografía. Pero a pesar de toda la profesionalidad que alegué, sólo había podido echar un vistazo al resumen de **Sísifo** y seguía sin tener una idea exacta de lo que estaba aceptando.

Lo cierto era que no me importaban los detalles; lo único que contaba era dejar atrás *ADN basura* y huir tan lejos como pudiera de *Angustia*. Después de doce meses sumergido en los peores excesos de la biotecnología, el mundo prístino de la física teórica relucía en mi mente como un paraíso matemático anestesiado, donde todo era frío, abstracto y gloriosamente intrascendente..., una imagen que se fundía a la perfección con el copo de coral blanco de Anarkia, que se extendía por el Pacífico azul como una estrella fractal perfecta. Una parte de mí entendía demasiado bien que si me tomaba a pecho esos preciosos espejismos acabaría decepcionado, e incluso me esforcé por imaginarme las maneras más desagradables en las que me devolverían a la realidad. Podía contraer una variedad de neumonía o de malaria resistente a múltiples medicamentos, cepas a las que los nativos eran inmunes. Por culpa del bloqueo no dispondría de las farmacias avanzadas que analizaban los organismos patógenos y diseñaban una cura en el acto, y estaría demasiado débil para coger un vuelo de vuelta a la civilización. No era una hipótesis descabellada; el bloqueo había matado a cientos de personas a lo largo de los años.

Aun así, cualquier cosa sería mejor que encontrarme cara a cara con una víctima de *Angustia*.

Dejé un mensaje para Violet Mosala. Supuse que todavía estaba en su casa de Ciudad del Cabo, aunque el programa que contestaba su teléfono no daba ningún detalle. Me presenté, le agradecí su generosidad por concedernos parte de su tiempo para el proyecto y solté un montón de clichés de cortesía. No dije nada que la animara a devolverme la llamada; sabía que en una conversación en tiempo real no tardaría mucho en revelar mi ignorancia total sobre su vida y obra. Neumonía, malaria..., ponerme en ridículo. No me importaba. Sólo podía pensar en escapar.

Me mentalicé para obligarme a revivir la reanimación de Daniel Cavolini, pero debería haber sabido desde el principio que era absurdo. El proceso de montaje nunca era una recreación del pasado; recordaba más a una autopsia. Trabajé en la secuencia con frialdad, y a medida que le daba forma, la tarea de imaginarme la reacción de un espectador que la viera por primera vez se convirtió más en una cuestión de cálculo e instinto que en algo relacionado con lo que sentí durante el suceso. Incluso la versión final, superficialmente fluida e inmediata, me parecía una reanimación *post mortem* de una reanimación *post mortem*. Había sucedido, y se había acabado; la fugaz ilusión de vida que creó la tecnología daba igual, y era tan incapaz de salir de la pantalla y caminar por la calle como cualquier otro cadáver inquieto.

Luke, el hermano de Daniel, fue acusado de asesinato y declarado culpable. Me conecté al sistema de los archivos del juzgado y eché una ojeada a la grabación de las tres vistas que se habían hecho hasta el momento. El juez había solicitado un informe psiquiátrico en el que se concluía que Luke Cavolini padecía ataques esporádicos de «ira injustificada» que no lo distanciaban lo suficiente de la realidad para declararlo enfermo mental y administrarle un tratamiento contra su voluntad. Estaba capacitado y era culpable, y entendía perfectamente lo que había hecho, incluso tenía un «motivo»: una discusión la noche anterior por una cazadora que le había cogido a Daniel. Acabaría en una cárcel normal, por lo menos durante quince años.

La grabación del juicio era de dominio público, pero no tenía tiempo para utilizarla en la versión que se emitiría. Así que redacté un breve epílogo para el reportaje de la reanimación ciñéndome estrictamente a los hechos: los cargos presentados y la declaración de culpabilidad. No mencioné el informe psiquiátrico; no quería enredar las cosas. La consola leyó las palabras sobre una imagen congelada de Daniel Cavolini gritando.

—Fundido a negro —dije—. Pasa los rótulos.

Eran las cuatro y siete minutos de la tarde del martes veintitrés de marzo.

Había terminado *ADN basura*.

Dejé una nota en la entrada para Gina y fui andando hasta Epping a vacunarme para el viaje que se avecinaba. Los científicos de Anarkia publicaban «informes del tiempo» locales, meteorológicos y epidemiológicos en la red, y a pesar de los demás extraños actos de ostracismo político, los organismos pertinentes de la ONU trataban estos datos como si procedieran de un estado miembro consagrado. Resultó que no se registraban brotes de neumonía ni malaria, pero había estallidos recientes de varias cepas nuevas de adenovirus. Ninguna era mortal, pero todas podían debilitarme y arruinar mi estancia. Alice Tomasz, mi médico de cabecera, descargó secuencias de péptidos que mimetizaban las proteínas virales de superficie adecuadas, sintetizaban su ARN y ensamblaban los fragmentos creando un adenovirus inocuo a medida. Todo

el proceso duró unos diez minutos.

—Me gustó *Escrutinio excesivo de la identidad sexual* —dijo Alice mientras yo inhalaba la vacuna viva.

—Gracias.

—Aunque lo del final, lo de Elaine Ho sobre el género y la evolución, ¿de verdad te lo crees?

Ho afirmaba que los humanos se habían pasado los últimos millones de años invirtiendo el dimorfismo sexual y las diferencias de comportamiento de los antiguos mamíferos. De forma gradual habíamos desarrollado anomalías bioquímicas que interferían activamente en los antiguos programas genéticos de las vías neuronales específicas de cada sexo. Los esquemas independientes todavía eran hereditarios, pero el efecto de las hormonas sobre el útero impedía que se desarrollaran por completo: en esencia, «masculinizaban» el cerebro de los embriones femeninos y «feminizaban» el cerebro de los masculinos. (La homosexualidad era el resultado que se obtenía cuando el proceso sobrepasaba, muy ligeramente, el límite normal.) A largo plazo, incluso si adoptábamos una postura edenita y renunciábamos a la ingeniería genética, los sexos seguirían convergiendo. Alteráramos o no la naturaleza, la naturaleza se alteraba a sí misma.

—Me pareció una buena manera de acabar el programa. Y todo lo que decía era cierto, ¿no?

—¿En qué estás trabajando ahora? —preguntó Alice sin comprometerse.

No me apetecía confesar que era el autor de *ADN basura*, pero también me asustaba mencionar a Violet Mosala por si resultaba que mi doctora sabía más sobre la TOE en la que trabajaba Mosala que yo. No era un temor infundado; daba asco lo mucho que sabía Alice sobre cualquier tema.

—En nada, en realidad. Estoy de vacaciones.

—Me alegro por ti. Pero no te relajes demasiado —dijo mientras volvía a mirar mi expediente en la pantalla del escritorio que incluía los datos de mi farmacia.

Me sentí como un idiota al que han pillado mintiendo descaradamente, pero al salir de la consulta dejó de importarme. La sombra de las hojas moteaba la calle y la brisa del sur era suave y fresca. Había terminado *ADN basura* y me sentía aliviado, como si sufriera una enfermedad que creía mortal y acabaran de anunciarme que tenía curación. Epping era una tranquila zona residencial de las afueras: un médico, un dentista, un pequeño supermercado, una floristería, una peluquería y un par de restaurantes (no experimentales). Sin Ruinas; demolieron la zona comercial quince años atrás y destinaron el terreno a bosques manipulados. Sin vallas publicitarias (aunque las camisetas con anuncios casi compensaban la pérdida). Las pocas tardes de domingo en que no teníamos nada que hacer, Gina y yo veníamos paseando hasta aquí sin ningún motivo especial y nos sentábamos junto a la fuente. Cuando volviera

de Anarkia, con ocho meses enteros para montar lo de Violet Mosala, disfrutaríamos de más días así de los que habíamos disfrutado en mucho tiempo.

Cuando abrí la puerta de la entrada, Gina estaba de pie en el recibidor, como si me estuviera esperando. Parecía nerviosa. Preocupada.

—¿Qué pasa? —le pregunté, acercándome a ella.

—Andrew, sé que ningún momento es bueno, pero he esperado... —dijo apartándose y levantando los brazos, casi como si se defendiera de un atacante.

Al final del recibidor había tres maletas.

El mundo se alejó de mí. Todo lo que estaba a mi alrededor dio un paso atrás.

—¿Qué sucede? —le pregunté.

—No te enfades.

—No estoy enfadado. —Era cierto—. Pero no entiendo nada.

—Te he dado todas las oportunidades posibles de arreglar las cosas —dijo Gina—. Y tú has seguido igual, como si nada hubiera cambiado.

Algo raro le pasaba a mi sentido del equilibrio; sentía como si oscilara violentamente, aunque sabía que estaba totalmente quieto. Gina tenía un aspecto triste y le tendí los brazos como si pudiera consolarla.

—¿No podías decirme que algo iba mal? —pregunté.

—¿Era necesario? ¿Estás ciego?

—Puede que sí.

—No eres un niño, ¿verdad? No eres estúpido.

—Sinceramente, no sé qué debería haber hecho.

—No, claro que no —dijo riéndose con amargura—. Sólo empezaste a tratarme como una especie de... obligación ardua. ¿Por qué ibas a pensar que había algo de malo en eso?

—Que empecé a tratarte... ¿Cuándo? —dije—. ¿Te refieres a las tres últimas semanas? Sabías lo del montaje. Creía que...

—No estoy hablando de tu trabajo de mierda —gritó Gina. Quería sentarme en el suelo, encontrar algo de estabilidad, orientarme, pero temía que interpretara mal la acción—. Por favor, no te quedes ahí cortándome el paso —añadió con frialdad—. Me estás poniendo nerviosa.

—¿Qué crees que voy a hacer? ¿Cogerte prisionera? —No me contestó. Pasé por su lado y entré en la cocina. Se giró y se quedó en la puerta de cara a mí. No tenía ni idea de qué decirle. No sabía por dónde empezar—. Te quiero —añadí.

—Te lo advierto, no empieces.

—Si la he cagado, déjame intentar arreglarlo. Me esforzaré más.

—Eso es lo peor de todo. El esfuerzo es jodidamente obvio.

—Siempre pensé que... —La miré a los ojos. Oscuros, expresivos, de una belleza imposible. Incluso en aquel momento, su sola visión se abrió camino a través de todo

lo que pensaba y sentía, y me convirtió en parte en un niño indefenso, encaprichado. Pero todavía estaba concentrado; siempre lo estaba, siempre prestaba atención. ¿Cómo había llegado a esto? ¿Qué señales había pasado por alto? ¿Cuándo? ¿Cómo? Quería exigirle fechas, horas y lugares.

—Es demasiado tarde para cambiar nada —dijo Gina apartando la mirada—. He encontrado a otro. Llevo tres meses saliendo con él. Si ni siquiera lo sabías, ¿qué clase de mensaje necesitabas? ¿Tenía que traerlo a casa y tirármelo delante de ti?

—No me importa lo que hayas hecho —dije lentamente con los ojos cerrados; no quería oír aquello: sólo era ruido que complicaba aún más las cosas—. Todavía podemos...

—¡A mí sí me importa! —dijo a gritos avanzando hacia mí—. ¡Egoísta imbécil! ¡Me importa! —Las lágrimas le resbalaban por el rostro. Por encima de todo me esforzaba en comprender, ansiaba abrazarla, seguía sin poder creer que yo era la causa de todo su dolor—. ¿No ves cómo eres? —añadió con desdén—. ¡Soy yo la que acaba de decirte que me he tirado a otro a tus espaldas! ¡Soy yo la que se larga! Y aun así, me duele mil veces más de lo que te dolerá a ti cualquier cosa en la vida.

Debería haber pensado lo que hice a continuación, haberlo planeado, pero no recuerdo haber ido al fregadero en busca de un cuchillo, no recuerdo haberme abierto la camisa. Me encontré de pie en la puerta de la cocina, haciéndome cortes de un lado al otro del estómago con la punta de la hoja.

—Siempre quisiste cicatrices —dije con calma sin detenerme—. Aquí tienes unas cuantas.

Gina se abalanzó sobre mí y me tiró al suelo. Empujé el cuchillo lejos, debajo de la mesa. Antes de que pudiera levantarme, se sentó sobre mi pecho y empezó a darme bofetadas y puñetazos.

—¿Crees que eso duele? —me gritó—. ¿Crees que es lo mismo? Ni siquiera sabes cuál es la diferencia, ¿verdad? ¿Verdad?

Me quedé tumbado en el suelo sin mirarla mientras me aporreaba la cara y los hombros. No sentía nada; sólo esperaba a que todo terminara, pero cuando se levantó dispuesta a marcharse, lloriqueando mientras se tambaleaba por la cocina, de repente me entraron ganas de hacerle mucho daño.

—¿Qué esperabas? —dije tranquilo—. No puedo llorar cuando toca, como tú. Mi nivel de prolactina no está por la labor.

Oí cómo arrastraba las maletas por la entrada. Me imaginé que la seguía hasta la calle y me ofrecía a llevarle algo, que le montaba una escena. Pero mi deseo de venganza se había desvanecido. La quería, deseaba que volviera... y seguro que todo lo que se me ocurriese para intentar demostrárselo le dolería, seguro que empeoraría las cosas.

Cerró la puerta de la casa de un portazo.

Me acurruqué en el suelo. Sangraba aparatosamente; intentaba soportar tanto el hedor metálico y la irremediable sensación de incontinencia como el propio dolor, pero sabía que los cortes no eran profundos. No me habría cortado una arteria llevado por los celos y la ira: en todo momento sabía perfectamente lo que hacía.

¿Debía avergonzarme por eso? ¿Avergonzarme de no haber roto los muebles, no haberme destripado ni haber intentado matarla? Todavía me dolía el desprecio de Gina, y si antes nunca sabía lo que pensaba, cuando me tiró al suelo comprendí una cosa: como no me había dejado llevar por mis emociones, como no había perdido el control..., a sus ojos era algo menos que humano.

Envolví las heridas superficiales con una toalla y le dije a la farmacia lo que había pasado. Zumbó unos cuantos minutos y exudó una pasta de antibióticos, coagulantes y un adhesivo parecido al colágeno. Se secó sobre mi piel quedando como un vendaje ajustado.

La farmacia no tenía ojos, pero me planté al lado del teléfono y le enseñé nuestra obra.

—Evita los movimientos abdominales bruscos. E intenta no reírte demasiado — dijo.



## 8

—Me han dicho que venga —dijo Angelo sombrío.

—Entonces será mejor que entres. —Me siguió por el recibidor hasta la salita—. ¿Cómo están las chicas? —le pregunté.

—Bien. Son agotadoras.

Maria tenía tres años y Louise dos. Angelo y Lisa trabajaban en su casa, en habitaciones insonorizadas, y se encargaban de las niñas por turnos. Angelo era matemático en una universidad virtual nominalmente canadiense; Lisa era química de polímeros de una empresa con fábricas en Holanda.

Era amigo de Angelo desde la universidad, pero no conocí a su hermana hasta que nació Louise. Gina había ido a visitar a la madre y a la recién nacida al hospital; me enamoré de ella en el ascensor antes de saber quién era.

—Creo que sólo quiere saber cómo estás —dijo Angelo con cautela cuando se sentó.

—Le he enviado diez mensajes en diez días. Ya sabe cómo estoy.

—Dice que has dejado de mandárselos de repente.

—¿De repente? Diez actos de humillación ritual son todo lo que conseguiré si no responde. —No pretendía que mis palabras sonaran duras, pero Angelo empezaba a parecer un emisario de paz abandonado en medio de un campo de batalla—. Dile lo que quiera oír —añadí riéndome—. Dile que estoy destrozado, pero que me recupero deprisa. No quiero que se sienta insultada, pero tampoco culpable.

—Está pasándolo muy mal —dijo con una sonrisa forzada, como si yo hubiera hecho un chiste de mal gusto.

—Lo sé, y yo también lo llevo mal —dije lentamente, apretando los puños—, pero ¿no crees que se sentirá mejor si le dices que...? —No terminé la frase—. ¿Qué te ha dicho que me contestes si te pregunto si hay alguna oportunidad de que vuelva?

—Que no.

—Claro. Pero... ¿lo decía de verdad? ¿Qué tenías que contestar a eso?

—Andrew...

—Olvídalo. —Nos envolvió un silencio largo y extraño. Consideré la posibilidad de preguntarle dónde estaba y con quién, pero sabía que no me lo diría. Y la verdad era que no quería saberlo—. Mañana me voy a Anarkia.

—Sí, eso he oído. Buena suerte.

—Hay otro periodista que quiere el proyecto. Sólo tendría que hacer una llamada...

—No te molestes —dijo negando con un gesto—. No cambiaría nada.

Volvimos a quedarnos en silencio. Al cabo de un rato, Angelo buscó en un bolsillo de la cazadora y sacó un frasquito de plástico con pastillas.

—Tengo unos cuantos D —dijo.

—Antes no tomabas esa mierda —gruñí.

—Son inofensivos —dijo mirándome dolido—. Me gusta desconectar de vez en cuando. ¿Qué hay de malo en eso?

—Nada.

Los desinhibidores no eran tóxicos ni adictivos. Producían una ligera sensación de bienestar e incrementaban el esfuerzo necesario para concentrarse en algo, como una moderada dosis de alcohol o cannabis, aunque con menos efectos secundarios. Su concentración en sangre se autolimitaba; cuando sobrepasaba cierto nivel, la molécula catalizaba su propia destrucción, así que tomarse un bote entero era lo mismo que tragarse una pastilla.

Angelo me ofreció el frasquito. Cogí un D con desgana y lo dejé en la palma de la mano.

El alcohol casi había desaparecido de la vida de la sociedad educada cuando yo tenía diez años, pero su uso como «lubricante social» se evocaba siempre como algo indudablemente beneficioso, y sólo se consideraban patológicos la violencia y los daños que ocasionaba al organismo. Sin embargo, me parecía que la bala mágica que había ocupado su lugar era una síntesis del auténtico problema. Por fortuna habían desaparecido la cirrosis, las lesiones cerebrales, diversos tipos de cáncer y los peores accidentes de tráfico y crímenes del mundo de la droga, pero yo todavía no estaba dispuesto a aceptar que los seres humanos eran físicamente incapaces de comunicarse o relajarse sin la ayuda de drogas psicoactivas.

—Vamos, no te matará —dijo en tono de reproche después de tragar una pastilla—. Todas las culturas humanas conocidas han utilizado algún tipo de...

Fingí que me metía la pastilla en la boca, pero la escondí en la palma. A la mierda todas las culturas humanas conocidas. Sentí una punzada momentánea de culpa, pero no tenía ganas de discutir. Además, mi mentira era bienintencionada. Me imaginaba más o menos lo que Gina le había dicho a su hermano: «Que se coloque o no hablará». Me había enviado a Angelo con la esperanza de que me liberara, lo soltara todo y me «curase». Un gesto conmovedor por parte de ambos, y lo menos que podía hacer a cambio era reducir el número de mentiras que tendría que contarle para que se creyera que me había ayudado.

A medida que la sustancia química bloqueaba algunas vías neuronales, a Angelo se le pusieron los ojos vidriosos. Se me ocurrió que James Rourke debería haber añadido a su lista una tercera palabra «S» contra la que luchar: sinceridad. Freud había lastrado la cultura occidental con la extraña idea de que las declaraciones espontáneas siempre eran, por arte de magia, las más veraces. Que la reflexión no aportaba nada y que el ego se limitaba a mentir o a censurar. Era una idea fruto de la conveniencia más que nada: identificó la parte de la mente más fácil de esquivar, con

trucos como la libre asociación de ideas, y declaró que el producto que quedaba de todo eso era la sinceridad.

Pero ahora que mis palabras estaban químicamente santificadas y por fin se las tomarían en serio, fui directo al grano.

—Mira, dile a Gina que lo superaré. Siento haberle hecho daño. Sé que he sido egoísta y voy a intentar cambiar. Todavía la quiero, pero sé que se ha terminado. — Busqué algo más que decir, pero ella no necesitaba saber nada más.

—No entendía por qué siempre rompías con las fems. —Angelo hizo repetidos gestos de asentimiento, como si yo hubiera dicho algo nuevo y profundo—. Creía que era cuestión de mala suerte, pero tienes razón: eres un bastardo egoísta. Lo único que te importa en realidad es tu trabajo.

—Cierto.

—¿Qué vas a hacer para resolverlo? ¿Dedicarte a otra cosa?

—No. Vivir solo.

—Pero eso es peor —dijo con una mueca—. Te convierte en el doble de egoísta.

—¿En serio? —Me reí—. ¿Quieres explicarme por qué?

—¡Porque ni siquiera lo intentas!

—¿Y sólo lo puedo intentar a costa de otras personas? ¿Y si estoy harto de hacerles daño y decido no intentarlo más? —Esta simple idea pareció confundirlo. Se había aficionado a los D siendo adulto y quizá lo afectaban más que a alguien que hubiera desarrollado una tolerancia desde la adolescencia—. Creía sinceramente que podía hacer feliz a otra persona y a mí mismo —añadí—. Pero después de seis intentos creo que he demostrado que no puedo. Así que haré el juramento hipocrático: No dañes. ¿Qué hay de malo en eso?

—No te imagino viviendo como un monje —dijo sin convicción.

—A ver si te aclaras. Primero soy un egoísta y luego un beato. Espero que no pongas en entredicho mi habilidad masturbatoria.

—No, pero las fantasías sexuales plantean un pequeño problema: hacen que desees aún más la realidad.

—Puedo hacerme ásex neuronal —dije encogiendo los hombros.

—Muy gracioso.

—Bueno, siempre es una opción. —Me estaba hartando de todo el estúpido ritual, pero si lo despedía demasiado pronto corría el riesgo de que le diera a Gina un informe de la catarsis que no llegara al aprobado. Los detalles no importaban, podía guardárselos, pero tenía que ser capaz de decirle con cara seria que habíamos estado desnudando nuestras almas hasta la madrugada—. Siempre decías que no te casarías —añadí—. Que la monogamia es para los débiles y que la promiscuidad es más sincera y satisfactoria para los implicados.

—Tenía diecinueve años cuando dije eso. —Angelo empezó a reírse pero se

contuvo—. ¿Qué te parecería si desenterrara unas cuantas maravillosas películas tuyas de la misma época?

—Si tienes copias, pon tú el precio. —Parecía inconcebible, pero dediqué cuatro años de mi vida y miles de dólares fruto de diversos trabajos por horas a hacer media docena de dramas experimentales pretenciosos en extremo. Mi versión *butoh* submarina de *Esperando a Godot* era quizá la peor obra de la era del vídeo digital.

—Sin embargo —dijo Angelo mirando fijamente la alfombra, súbitamente pensativo—, en aquella época lo creía. La idea de una familia me sonaba a estar enterrado vivo. —Se estremeció—. No podía imaginarme nada peor.

—Así que has madurado. Enhorabuena.

—No seas gilipollas.

—Lo siento. —No bromeaba; le había tocado una fibra sensible.

—Nadie madura —dijo—. Es una de las peores mentiras que se pueden decir. Las personas cambian. Las personas se comprometen. Se encuentran atrapadas en situaciones que no desean... y les sacan el mejor partido posible. Pero no intentes decirme que es una especie de glorioso ascenso predestinado a la madurez emocional porque no es verdad.

—¿Ha ocurrido algo entre Lisa y tú? —le pregunté preocupado.

—No —dijo con un gesto de disculpa—. Todo va bien. La vida es maravillosa. Las quiero a todas. Pero... —Apartó la mirada, tenía todo el cuerpo en tensión—. Sólo porque me volvería loco si no fuera así. Sólo porque tengo que hacer que funcione.

—Pero lo haces, funciona.

—Sí —dijo poniendo mala cara, frustrado porque yo no captaba el quid de la cuestión—. Y ya ni siquiera me cuesta mucho. Es pura rutina. Pero... creía que habría algo más. Creía que si se pasa de valorar una cosa a valorar otra es porque se ha aprendido algo nuevo, se ha entendido algo mejor. Y no es eso en absoluto. Lo único que hago es darle valor a lo que tengo. Así es, ésa es toda la historia. La gente siempre hace una virtud de la necesidad. Idealiza aquello de lo que no puede escapar.

»Quiero a Lisa y a las niñas de verdad... pero no hay ninguna razón más profunda que el hecho de que es lo mejor que puedo hacer con mi vida en estos momentos. No puedo refutar nada de lo que dije cuando tenía diecinueve años, porque ahora no sé más. No soy más sabio. Lo que me molesta son todas esas mentiras pretenciosas de los cojones que nos inculcaron sobre crecer y madurar. Nadie fue sincero y admitió que el amor y el sacrificio son sólo lo que ponemos en práctica para no enloquecer cuando nos encontramos en otro tipo de encerrona.

—Estás hasta el cuello de mierda —dije—. Espero que no tomes D en las fiestas.

Pareció dolido durante un momento, pero luego lo entendió: le estaba prometiendo mantener la boca cerrada. No iba a echarle en cara una palabra sobre

esto cuando estuviera sobrio.

Lo acompañe a la estación justo antes de la medianoche. Soplaban una brisa cálida y había diez mil estrellas.

—Buena suerte con Anarkia.

—Buena suerte con tu informe.

—Ah. Le diré a Gina... —Su voz se fue apagando mientras fruncía el ceño como un afásico.

—Ya se te ocurrirá algo.

—Sí.

«A fin de cuentas, ella me ha ayudado —pensé mientras miraba cómo se iba el tren—. He conseguido olvidarme de lo nuestro, durante un rato. Lo superará y yo también. Y mañana estaré en una isla del Pacífico Sur intentando marcarme un farol para salir indemne de mis dos semanas con Violet Mosala.»

En otro tipo de encerrona.

¿Qué más podía pedir?

# SEGUNDA PARTE

## 9

La isla viva y artificial de Anarkia estaba anclada a un *guyot* sin nombre: un volcán extinto, sumergido y plano en su parte superior, en medio del Pacífico Sur. A treinta y dos grados de latitud, quedaba fuera de las aguas jurisdiccionales de las naciones polinesias del norte, en aguas internacionales sin reivindicar (demandas ridículas de los colonizadores de la Antártida aparte). Parecía remota, pero sólo estaba a cuatro mil kilómetros de Sydney, a menos de dos horas de vuelo directo.

Me senté en la sala de tránsito de Pnom Pen e intenté estirar los músculos del cuello. El aire acondicionado me dejaba tieso, pero la humedad se colaba impunemente en el edificio. Pensé en dar una vuelta por la ciudad, que no conocía de primera mano, pero sólo disponía de cuarenta minutos entre los vuelos y probablemente me llevaría la mitad de ese tiempo conseguir el visado.

Nunca había entendido por qué el gobierno australiano era un defensor acérrimo del bloqueo contra Anarkia. Los sucesivos ministros de Asuntos Exteriores de los últimos veintitrés años habían despotricado sobre «su influencia destabilizadora en la zona», pero en realidad contribuía considerablemente a aligerar la tensión: aceptaba más refugiados del efecto invernadero que cualquier otra nación del planeta. Y aunque era cierto que los creadores de Anarkia habían infringido incontables leyes internacionales y utilizaban miles de secuencias patentadas de ADN sin permiso, una nación fundada por la invasión y la masacre (actos solemnemente lamentados en un tratado firmado hace doscientos cincuenta años) no debería proclamar una posición moral superior.

Estaba claro que habían condenado a Anarkia al ostracismo por meras razones políticas. Pero nadie que estuviera en el poder se sentía en la obligación de dar explicaciones.

Así que me senté en la sala de tránsito, anquilosado después de un vuelo de cuatro horas en la dirección incorrecta, e intenté leer los apartados de la lección de física de

**Sísifo** que me había saltado en la primera lectura. Estaban marcados en azul acusatorio y resultaban mortificantes para la vista siempre que les dirigía la atención.

*Al menos dos medidas generalizadas incompatibles se pueden asociar a  $T$ , el espacio de todos los espacios topológicos de base numerable. La medida de Perrini [Perrini, 2012] y la medida de Saupe [Saupe, 2017] se definen para todos los subconjuntos acotados de  $T$ , y son equivalentes si se restringen a  $M$ , el espacio de las variedades de Hausdorff paracompactas de dimensión  $n$ , pero dan resultados contradictorios para conjuntos de espacios más atípicos. Sin embargo, la relevancia física (si existe) de esta discrepancia no está clara.*

No lograba concentrarme. Desistí, cerré los ojos e intenté dormir, pero la siesta parecía ser bioquímicamente imposible. Dejé la mente en blanco e intenté relajarme. Al cabo de un rato sonó mi agenda y me anunció el vuelo de enlace con Dili: recogía los avisos del sistema de transmisión de la habitación un momento antes de que los anunciaran los altavoces plurilingües. Me dirigí al control de seguridad y, mientras lo pasaba, me acordé del escáner de Manchester que logró extraer poesía del cerebro de una estudiante. Sin duda, dentro de veinte años se descubrirían las intenciones de los atacadores desarmados con tanta facilidad como una bomba o un cuchillo. El archivo de mi pasaporte incluía información detallada sobre mis anomalías internas sospechosas para asegurar a los nerviosos funcionarios de seguridad que no me había llenado de cables con el propósito de estallar en las alturas. Quizá la gente plagada de sueños involuntarios de enloquecer a veinte mil metros necesitaría certificados análogos de inocuidad en el futuro.

No había vuelos a Anarkia desde Camboya. China, Japón y Corea estaban a favor del bloqueo, así que Camboya se unió a sus principales socios comerciales para evitar ofenderlos. Lo mismo hizo Australia, aunque su condena entusiasta de los «anarkistas» fuera más allá de lo que exigía el realismo político. Sin embargo, había vuelos de Pnom Pen a Dili y desde allí podría alcanzar mi destino.

No era ningún misterio que ni siquiera se planteara una línea Sydney-Dili. Después de que Indonesia se anexionara Timor Oriental en 1976, se repartió los beneficios, los yacimientos petrolíferos de la franja de Timor, con su socio capitalista, Australia. En el año 2036, con medio millón de timorenses orientales muertos y dada la irrelevancia de los pozos de petróleo (las algas transgénicas producen moléculas de hidrocarburos de cualquier forma y tamaño a partir de la energía solar por una décima parte de lo que cuesta la leche), el gobierno de Indonesia, coaccionado más por sus ciudadanos que por cualquiera de sus aliados, accedió por fin a regañadientes a las peticiones de autonomía de la provincia de Timor Timur. La independencia formal tuvo lugar acto seguido en el año 2040, pero quince años más tarde todavía no se habían resuelto las demandas contra los ladrones de crudo.

Embarqué por el tubo y me senté. A los pocos minutos, una fem vestida con un sarong rojo intenso y una blusa blanca se sentó a mi lado. Intercambiamos gestos de saludo y sonrisas.

—No te puedes imaginar el lío que llevo —dijo—. Una vez entre mil que mis compatriotas organizan un congreso fuera de la red y han elegido el lugar del mundo más inaccesible.

—¿Te refieres a Anarkia?

—¿Tú también? —me preguntó con simpatía. Asentí—. Pobrecito —continuó—. ¿De dónde vienes?

—De Sydney.

—Soy de Kuala Lumpur —dijo, aunque yo habría jurado que su acento era de Bombay—, así que tú lo has tenido peor. Me llamo Indrani Lee.

—Andrew Worth —dije mientras nos dábamos la mano.

—Desde luego —añadió—, no presento ninguna ponencia. Y las actas estarán disponibles en la red un día después de que termine el congreso. Pero... si no acudes te pierdes todo el cotilleo, ¿verdad? —Sonrió con complicidad—. La gente se muere de ganas de hablar fuera de la red sabiendo que no se grabará nada, ni quedarán rastros para las auditorías. Así que cuando llega el momento de un encuentro cara a cara están dispuestos a contarte todos sus secretos en cinco minutos. ¿No te parece?

—Eso espero. Soy periodista, cubriré el congreso para SeeNet. —Una confesión arriesgada, pero no entraba en mis planes hacerme pasar por un especialista en TOE.

Lee no mostró, aparentemente, ningún desdén. El avión empezó su ascenso casi vertical; yo tenía un asiento económico en el pasillo central, pero mi pantalla me mostró Pnom Pen mientras retrocedía debajo de nosotros: una sorprendente mezcla de estilos, desde templos de piedra (reales y falsos) cubiertos de enredaderas hasta cerámica negra reluciente, pasando por edificios de descolorido estilo colonial francés (ídem). La pantalla de Lee comenzó a mostrar la grabación del procedimiento de emergencia; mi reciente cúmulo de vuelos en aviones idénticos me permitió ahorrármelo.

—¿Puedo preguntarte cuál es tu especialidad? —dije cuando terminó la grabación—. Ya sé que obviamente la TOE, pero ¿con qué enfoque?

—No soy física. Me dedico a algo que se parece más a tu trabajo.

—¿Eres periodista?

—Socióloga. O si prefieres el título completo, estudio la dinámica de las ideas contemporáneas. Así que, si la física está a punto de alcanzar el punto final, es mejor estar cerca para ser testigo del acontecimiento.

—¿Quieres estar presente para recordarles a los científicos que sólo son sacerdotes y cuentistas? —Había intentado hacer un comentario gracioso, ya que el de ella había sido irónico y quería estar a la altura, pero las palabras brotaron como



una acusación.

—No soy miembro de ninguna secta de la ignorancia —contestó con una mirada reprobatoria—, y me temo que llevas veinte años de retraso si piensas que la sociología es un caldo de cultivo para ¡Ciencia Humilde! o Renacimiento Místico. Hoy en día, en el mundo académico, están todos metidos en los departamentos de historia. —Su expresión se suavizó y pasó a una resignación cansina—. Aunque todavía somos el blanco de todos los ataques. Es increíble, los investigadores médicos siguen echándome en cara un par de estudios mal planteados de los ochenta como si yo fuera la responsable.

Me disculpé y ella le quitó importancia con un gesto. Un carrito robot nos ofreció comida y bebida y la rechacé. Era absurdo, pero la primera parte de mi camino en zigzag a Anarkia me había dejado en peor estado que un vuelo sin escalas por todo el Pacífico.

Mientras la frondosa jungla vietnamita daba paso a agitadas aguas de color gris intercambiamos chistes sobre el panorama y más lamentos sobre las penalidades para llegar al congreso. A pesar de mi metedura de pata me intrigaba la profesión de Lee y al final reuní el valor necesario para volver a sacar el tema.

—¿Qué es lo que te atrae de los físicos para dedicarte a estudiarlos? Quiero decir, si se tratara de la ciencia, podrías hacerte física en lugar de observarlos desde fuera.

—¿No es exactamente eso lo que planeas hacer tú los próximos quince días? —dijo con un gesto de incredulidad.

—Sí, pero mi trabajo es muy distinto del tuyo. En definitiva sólo soy técnico en comunicaciones.

—Los físicos de este congreso acuden para hacer progresos en las Teorías del Todo, ¿no? —dijo después de echarme una mirada de «ya me encargaré de eso luego»—. Desechar las malas y perfeccionar las buenas. Sólo les interesa el producto final: una teoría que funcione, que encaje con los datos conocidos. Es su trabajo, su vocación, ¿de acuerdo?

—Más o menos.

—Por supuesto, son conscientes de que todos los procedimientos que utilizan para elaborarlas van más allá de las matemáticas: el intercambio y la refutación de ideas, la colaboración y la rivalidad. No pueden evitar saberlo todo sobre el politiquero, las camarillas, las alianzas. —Sonrió declarando su inocencia—. No utilizo ninguna de esas palabras en sentido peyorativo. La física no está desacreditada como repiten sin cesar grupos del estilo de Primera Cultura, sólo porque algo tan normal como el nepotismo, la envidia y algunos actos esporádicos de violencia extrema desempeñen un papel en su historia. Pero no esperarás que los propios físicos pierdan el tiempo en escribir todo eso para la posteridad. Quieren purificar y pulir sus valiosos retazos de teorías y luego contar breves y elegantes mentiras sobre

cómo las elaboraron. ¿Y quién no? No importa, al menos en un aspecto: la mayor parte de la ciencia se puede valorar sin conocer ninguno de los detalles de sus orígenes humanos. Pero mi trabajo consiste en meter mano en tantas historias verdaderas como pueda. No para «destronar» a la física, sino por su propio interés como disciplina independiente. Una rama emancipada de la ciencia —añadió con reprobación burlona—. Y créeme, ya no tenemos envidia de sus ecuaciones. Un día de éstos vamos a aventajarlos. Los físicos siguen combinando sus teorías o descartándolas. Nosotros no paramos de inventar otras nuevas.

—Pero ¿cómo te sentirías si hubiera metasociólogos que te miraran por encima del hombro y grabaran todos los apaños que improvisas continuamente? —dije—. ¿Si te impidieran salir airoso con tus mentiras?

—No me gustaría nada, desde luego —confesó sin dudar—, e intentaría encubrirlo todo, pero de eso va el juego, ¿no? Los físicos lo tienen muy fácil con su materia, aunque no conmigo. El universo no puede ocultar nada: olvídate de todas las tonterías antropomórficas victorianas sobre desvelar los secretos de la naturaleza. El universo no miente; sólo hace lo que hace y no hay más que añadir. La gente es justo al revés. No hay nada a lo que dediquemos más tiempo, energía e ingenio que a enterrar la verdad.

Desde el aire, Timor Oriental era una densa y confusa multitud de campos a lo largo de la costa y lo que parecían ser jungla y sabana autóctonas en las tierras altas. Una docena de hogueras diminutas punteaban las montañas, pero los agujeritos ennegrecidos bajo las columnas de humo quedaban empequeñecidos por las cicatrices de antiguas minas abiertas. Hicimos una espiral sobre la isla con un giro helicoidal de ciento ochenta grados y vimos cientos de pueblecitos aparecer y luego alejarse.

Los campos no mostraban pigmentos de marcas comerciales (aparte de los logos de la biotecnología de cuarta generación). Al menos en apariencia, los granjeros resistían la tentación de saltarse las normas y sólo utilizaban viejos cultivos sin patentar. La producción agrícola para la exportación casi había desaparecido; incluso el hiperurbanizado Japón podía alimentar a su población. Sólo los países más pobres, que no podían permitirse las cuotas de las licencias de los productos de vanguardia, tenían que luchar por su autosuficiencia. Timor Oriental importaba alimentos de Indonesia.

Justo después del mediodía aterrizamos en la minúscula capital. No había tubo y tuvimos que andar por el alquitrán abrasador. El parche de melatonina del hombro, preprogramado por mi farmacia, iba aproximándose paulatinamente al horario de Anarkia, dos horas de retraso con respecto a Sydney, pero Dili estaba a dos horas en sentido contrario. Por primera vez en mi vida me afectó el desfase horario: me dolía físicamente la visión del sol cegador del mediodía y caí en la cuenta de lo

misteriosamente eficaz que era casi siempre el parche; podía aterrizar en Fráncfort o Los Ángeles sin la menor sensación de extrañeza. Me preguntaba cómo me sentiría si el reloj de mi hipotálamo se hubiera sincronizado obedientemente a las franjas horarias locales durante todas las absurdas vueltas de mi plan de vuelo. ¿Era mejor, peor o moleestamente normal que parte de mi percepción del tiempo quedara al desnudo como un simple fenómeno bioquímico?

El aeropuerto de una planta estaba repleto de personas que despedían o daban la bienvenida a los viajeros, más de las que había visto en Bombay, Shanghai y México DF, y contaba con más personal uniformado del que me había encontrado en ningún otro aeropuerto del planeta. Estaba detrás de Indrani Lee en la cola para pagar los doscientos dólares de tasas de tránsito de la ruta casi monopolística a Anarkia. Era una simple extorsión, pero resultaba difícil condenar su oportunismo. ¿Cómo si no un país de este tamaño iba a conseguir las divisas necesarias para comprar alimentos?

—Con gran dificultad —contestó **Sísifo** después de que pulsara unas cuantas teclas de la agenda electrónica.

Timor Oriental no disponía de ninguno de los minerales exóticos que todavía era necesario extraer para satisfacer la demanda mundial restante después del reciclaje, y hacía mucho tiempo que se lo había despojado de cualquier cosa que pudiera resultar útil para la industria local. Las leyes internacionales prohibían el comercio del sándalo autóctono y, en cualquier caso, las especies de las plantaciones transgénicas producían un material mejor y más barato. Un par de multinacionales de la electrónica construyeron fábricas de montaje de componentes en Dili, durante el breve periodo en el que parecía que se había aplastado el movimiento independentista, pero todas cerraron en los años veinte cuando la automatización llegó a ser más barata que cualquier mano de obra. Eso les dejó el turismo y la cultura. Pero ¿cuántos hoteles se podían llenar aquí? (Dos pequeños, con un total de trescientas plazas.) Y ¿cuántas personas podían ganarse la vida en la red como escritores, músicos o artistas? (Cuatrocientas siete.)

En teoría, Anarkia se enfrentaba a todos esos problemas básicos y más. Pero Anarkia era una renegada desde el principio, su misma tierra se creó con biotecnología sin licencia. Y nadie pasaba hambre allí.

A causa del desfase horario, tardé en darme cuenta de que casi todas las personas que estaban en el aeropuerto no habían ido en realidad para saludar a sus amigos. Lo que había confundido con equipaje y regalos eran mercancías, y los que no viajaban eran comerciantes que acompañaban a sus clientes: turistas, viajeros y gente de la localidad. Había un par de tiendas oficiales de aspecto agobiante en una esquina, pero todo el edificio parecía servir también como mercado.

Seguía en la cola. Cerré los ojos e invoqué a **Testigo**; una secuencia de movimientos del globo ocular despertó al software de mis tripas, que generó la

imagen de un panel de control y la envió al nervio óptico. Observé la ventana SITUACIÓN del panel, en la que aún ponía Sydney. Lo borró servicialmente. Imité el tecleo vertical con una mano y escribí Dili. Miré directamente a GRABAR para resaltar las palabras, y abrí los ojos.

—Dili: domingo cuatro de abril del dos mil cincuenta y cinco, cuatro y treinta y cuatro minutos, diecisiete segundos GTM. *Bip* —confirmó **Testigo**.

El departamento de aduanas cobraba las tasas de tránsito y parecía que su equipo informático no funcionaba. En lugar de hacer que nuestras agendas lo solucionaran todo mediante un breve intercambio de datos, teníamos que firmar papeles, mostrar los carnets de identidad materiales y recibir una tarjeta de embarque de cartón con un sello oficial impreso. Estaba casi seguro de que, a la menor oportunidad, me encontraría con algún inconveniente sin importancia, pero la funcionaria de aduanas, una fem de habla suave con apretados rizos estilo Papúa bajo la gorra, me obsequió con la misma sonrisa paciente que a los demás y tramitó mi papeleo igual de deprisa.

Paseé por el aeropuerto, sin intención de comprar nada en realidad, con la única idea de filmar la escena para mi álbum de recuerdos. La gente gritaba y regateaba en portugués, bahasa e inglés, y según **Sísifo** en tetum y vaiqueno, dialectos locales que resurgían poco a poco. Probablemente funcionaba el aire acondicionado, pero el calor de la multitud contrarrestaba su efecto; a los cinco minutos ya estaba sudando a mares.

Los comerciantes vendían alfombras, camisetas, piñas, cuadros al óleo, estatuas de santos. Pasé por un puesto de pescado seco y tuve que hacer un esfuerzo para que no se me revolviera el estómago; el olor no suponía ningún problema, pero por mucho que me enfrentara a la visión de animales muertos para el consumo humano, siempre me mareaba más que ver cualquier cadáver.

Los cultivos transgénicos igualaban o superaban todas las ventajas nutritivas de la carne. Todavía existía un pequeño comercio cárnico en Australia, pero se hacía con discreción y mucho disimulo.

Vi unas perchas con lo que parecían chaquetas Masarini, por la décima parte de lo que habrían costado en Nueva York o Sydney. Les acerqué la agenda, que encontró una de mi talla, interrogó la etiqueta del cuello y zumbó con aprobación, pero yo tenía mis dudas.

—¿Son chips de identificación auténticos o...? —pregunté al adolescente delgado que estaba al cargo. Me sonrió inocentemente y no dijo nada. Compré la chaqueta, arranqué la etiqueta y le devolví el chip—. Seguro que puedes aprovecharlo —añadí.

—Creo que he encontrado a alguien más que acude al congreso —me dijo Indrani Lee, a la que encontré junto a un puesto de software.

—¿Dónde? —Sentí una mezcla de ansiedad y pánico; si se trataba de Violet Mosala en persona aún no estaba preparado para enfrentarme a ella. Seguí la mirada

de Lee hasta una anciana fem blanca que discutía apasionadamente con un vendedor de pañuelos. Su cara me resultaba vagamente conocida, pero de perfil no conseguía identificarla—. ¿Quién es? —pregunté.

—Janet Walsh.

—No hablarás en serio.

Pero era ella.

Janet Walsh era una novelista inglesa muy galardonada y una de los miembros más destacados de ¡Ciencia Humilde!. Se puso de moda en los años veinte con *Las alas del deseo* («Una fábula deliciosa, pícaro e incisiva», *The Sunday Times*). Era la historia de una raza alienígena, que resulta que tenía exactamente el mismo aspecto que los humanos... exceptuando que los machos nacían con unas grandes alas de mariposa que les salían del pene y que se dañaban y sangraban inevitablemente cuando perdían la virginidad. Las alienígenas hembras (que carecían de himen) eran insensibles y brutales. Después de que durante casi toda la novela cualquiera que pasara cerca lo violara y sometiera a abusos, el héroe descubría una técnica mágica que permitía que sus alas perdidas volvieran a crecerle sobre los hombros y salía volando hacia la puesta de sol. («Trastoca alegremente todos los estereotipos sexuales», *Playboy*.)

Desde entonces, Walsh se especializó en relatos morales referentes a la maldad de la «ciencia masculina» (sic), una actividad mal definida pero siempre funesta que incluso las fems podían ejercer si se iban por el mal camino, aunque, aparentemente, esto no era excusa para cambiarle la etiqueta. Cité su comentario más jugoso sobre el tema en *Escrutinio excesivo de la identidad sexual*: «Si es arrogante, soberbio, dominante y deshumanizador ¿cómo podríamos llamarlo sino masculino?».

—¿Por qué? —pregunté—. ¿Por qué está aquí?

—¿No te has enterado? Probablemente estarías ya de viaje, yo lo vi en la red justo antes de partir. Alguien de la prensa amarilla la contrató como enviada especial para cubrir el Congreso Einstein. Creo que los de Informes Mundiales.

—¿Que Janet Walsh va a informar de los progresos en las Teorías del Todo? —Incluso para Informes Banales era surrealista. La idea de mandar a los miembros de la realeza británica para cubrir las hambrunas y a estrellas de culebrones para informar sobre las cumbres internacionales ni siquiera se le acercaba.

—Puede que «informar» no sea la palabra adecuada —dijo Lee con guasa.

—¿Puedo preguntarte una cosa? —dudé—. No he tenido la oportunidad de ver la reacción de las sectas ante el congreso. —**Sísifo** podía seleccionarme unas cuantas historias relevantes, pero yo quería un resumen que se limitara a lo esencial—. Supongo que no sabrás si se toman mucho interés.

—Han estado fletando vuelos directos desde todo el planeta durante toda la semana pasada —dijo Lee asombrada—. Si Walsh ha hecho el camino largo, justo en

el último momento, es sólo para cubrir las apariencias a favor de su jefe, dar una imagen superficial de imparcialidad. Anarkia estará a rebosar de sus seguidores. ¡Janet Walsh! Eso hace que el viaje merezca la pena —añadió alegremente.

—Dijiste que no eras una... —Me sentía traicionado.

—No soy una seguidora —dijo frunciendo el ceño—, pero Janet Walsh es una de mis aficiones. Durante el día estudio a los racionalistas, por la noche a sus opuestos.

—Qué... maniquea.

Walsh compró el pañuelo y se alejó del puesto. No venía hacia nosotros directamente, pero volví el rostro para ocultárselo. Nos habíamos visto una vez, en un congreso de bioética en Zambia; no fue agradable. Me reí con torpeza.

—Así que ¿éstas son tus vacaciones de trabajo ideales?

—Y las tuyas también, por supuesto. —Lee parecía perpleja—. Seguro que estabas ansioso por encontrar algo más que unos aburridos seminarios para grabar. Ahora tendrás a Violet Mosala contra Janet Walsh. La física contra las sectas de la ignorancia. Puede que incluso revueltas callejeras: la anarquía llega por fin a Anarkia. ¿Qué más podrías pedir?

El avión (matriculado en Portugal) se dirigió hacia el Sudeste por el océano Índico, ya que no tenía autorización para entrar en el espacio aéreo de Australia, Indonesia y Papúa-Nueva Guinea. Las aguas de color azul grisáceo barridas por el viento tenían un aspecto amenazador, aunque el cielo estaba despejado. Habíamos circundado el continente australiano y no veríamos tierra hasta que llegáramos.

Estaba sentado detrás de dos polinesios de mediana edad vestidos con trajes de chaqueta y que no paraban de hablar en francés en voz muy alta. Por suerte, su dialecto me resultaba tan poco familiar que casi podía desconectar; no emitían nada que valiera la pena escuchar por los auriculares y sin sonido no servían como tapones para los oídos.

**Sísifo** podía conectarse a la red por medio de infrarrojos y el enlace por satélite del avión, así que consideré la posibilidad de bajarme los informes que no me había leído sobre la presencia de las sectas en Anarkia, pero no tardaría en llegar y anticiparme me pareció masoquista. Me obligué a concentrarme de nuevo en los Modelos de Todas las Topologías.

El concepto de los MTT era bastante sencillo de exponer: Se considera que el universo posee, en el nivel más profundo, una mezcla de todas las topologías matemáticamente posibles.

Incluso en las teorías cuánticas de la gravedad más antiguas, el «vacío» del espaciotiempo se veía como una masa llena de agujeros virtuales y otras distorsiones topológicas más exóticas, que entraba y salía de la existencia. La apariencia uniforme en magnitudes macroscópicas y escalas de tiempo humanas era sólo el promedio

visible de un derroche de complejidad oculto. En parte, era como algo corriente: una lámina de plástico flexible no revelaba a simple vista nada sobre su microestructura, sus moléculas, sus átomos, sus electrones y sus quarks; pero el conocimiento de esos componentes permitía calcular propiedades físicas como, por ejemplo, los módulos de la elasticidad de la gran masa de la sustancia. El espaciotiempo no se componía de átomos, pero sus propiedades se entendían si se consideraba «construido» a partir de una jerarquía más intrincada de desviaciones de su aparente estado continuo y de curvatura suave. La gravedad cuántica había explicado por qué el espaciotiempo observable, sustentado por un número infinito de nudos y desviaciones invisibles, se comportaba como en presencia de masa (o energía), curvándose de la manera exacta necesaria para producir la fuerza gravitatoria.

Los teóricos de los MTT intentaban generalizar el resultado para explicar el (relativamente) uniforme «espacio total» de diez dimensiones de la Teoría del Campo Unificado —cuyas propiedades justificaban las cuatro fuerzas: fuerte, débil, gravitacional y electromagnética— como resultado final de un número infinito de estructuras geométricas elaboradas.

Nueve dimensiones espaciales (seis muy unidas) y una temporal eran lo que parecía ser el espacio total si no se examinaba a fondo. Sin embargo, cuando dos partículas subatómicas interactúan siempre queda la posibilidad de que el espacio total que ocupan se comporte como parte de una hiperesfera de doce dimensiones, o un toro de trece dimensiones, o una figura en forma de ocho de catorce dimensiones o como cualquier otra cosa. De hecho, igual que un simple fotón podía viajar por dos caminos distintos a la vez, cualquier combinación de esas posibilidades podía tener lugar, «interfiriendo entre sí» para alcanzar el resultado final. Nueve dimensiones espaciales y una temporal no eran sino un resultado promedio.

Los teóricos de los MTT todavía no se habían puesto de acuerdo sobre dos cuestiones importantes:

¿Qué quería decir exactamente «todas» las topologías? ¿Qué grado de singularidad podían tener las posibilidades que contribuían al espacio total promedio? ¿Tenían que ser, simplemente, aquellas que se podían hacer deformando y anudando una lámina de dimensión  $n$ , o era lícito incluir estados similares a un puñado (posiblemente finito) de granos de arena diseminados, donde las nociones como «número de dimensiones» y «curvatura espaciotemporal» dejaban de existir?

Y ¿cómo se calculaba exactamente el efecto promedio de todas estas estructuras diferentes? ¿Cómo debería expresarse y resolverse el sumatorio sobre el número infinito de posibilidades llegado el momento de verificar la teoría, de hacer una predicción y calcular una cantidad física tangible que un experimento pudiese medir?

Hasta cierto punto, la respuesta obvia a ambas preguntas era: «Utiliza el método que dé los resultados correctos». Pero las opciones que lo conseguían no eran fáciles

de encontrar y algunas olían a engaño. Las sumas infinitas eran notorias por ser irresolubles o demasiado arbitrarias. Anoté un ejemplo muy alejado de las ecuaciones tensoriales de los MTT, pero suficientemente bueno para ilustrar la cuestión:

$$\begin{aligned} \text{Si } S &= 1-1+1-1+1-1+1-... \\ \text{Entonces } S &= (1-1)+(1-1)+(1-1)+... \\ &= 0+0+0... \\ &= 0 \\ \text{Pero } S &= 1+(-1+1) + (-1+1) + (-1+1) \\ &= 1+0 + 0 + 0... \\ &= 1 \end{aligned}$$

Era una paradoja matemática muy sencilla, y la solución era que esta secuencia infinita en concreto no tenía ninguna suma definitiva. Todos los matemáticos se quedarían completamente satisfechos ante este veredicto; conocerían las reglas para salvar los escollos, y los programas informáticos podrían evaluar incluso los casos más difíciles. Sin embargo, no era sorprendente que la gente se sintiera tentada si era la teoría de un físico formulada tras muchos esfuerzos la que daba como resultado ecuaciones ambiguas similares, y había que elegir entre el estricto rigor matemático y una teoría sin ningún poder de predicción, o bien una teoría que rebosaba resultados preciosos en perfecto acuerdo con todos los experimentos aunque trampeará de forma pragmática con las reglas. A fin de cuentas, casi todo lo que había hecho Newton para calcular las órbitas planetarias habría indignado a los matemáticos de la época.

El enfoque de Violet Mosala era polémico por un motivo distinto. Le concedieron el premio Nobel por demostrar con rigor varios teoremas claves de topología general que eliminaron escollos y aclararon diversas ambigüedades y que los físicos de los MTT adoptaron de inmediato como una caja de herramientas matemáticas estándar. Había contribuido más que nadie a asentar la materia sobre cimientos sólidos y proporcionarle los medios para progresar con cuidado y mesura. Incluso sus detractores acérrimos aceptaban que sus desarrollos matemáticos eran meticulosos e irreprochables.

El problema era que introducía demasiados datos sobre el mundo en sus ecuaciones.

La prueba definitiva para una Teoría del Todo era contestar preguntas como: ¿Cuál es la probabilidad de que un neutrino de diez gigaelectronvoltios disparado contra un protón estacionario produzca la dispersión de un quark *down* en un ángulo determinado? O incluso algo tan sencillo como cuál es la masa de un electrón. Mosala encabezaba todas esas preguntas con la condición: «Dado que sabemos que el espaciotiempo tiene aproximadamente cuatro dimensiones, el espacio total tiene aproximadamente diez dimensiones y el equipo que se utiliza para llevar a cabo el



experimento se compone, aproximadamente, de lo siguiente...».

Sus partidarios decían que se limitaba a ponerlo todo en contexto. Ningún experimento se llevaba a cabo de forma aislada: la mecánica cuántica llevaba ciento veinte años insistiendo en ello. Pedir a una Teoría del Todo que predijera la posibilidad de observar un acontecimiento microscópico sin añadir la condición: «Hay un universo y contiene, entre otras cosas, equipo para detectar el suceso en cuestión», tendría tan poco sentido como preguntar: «Si se saca una canica de una bolsa ¿qué probabilidad hay de que sea verde?».

Sus detractores decían que utilizaba razonamientos circulares y que incorporaba los resultados que intentaba demostrar desde el principio. Los detalles que aportaba a sus cálculos incluían tanta información sobre la física conocida del equipo experimental que descubrían el pastel de manera indirecta pero inevitable.

Yo no era la persona más indicada para tomar partido por ningún bando, pero me daba la impresión de que los oponentes de Mosala eran unos hipócritas que utilizaban el mismo truco con un disfraz distinto: las alternativas que ofrecían postulaban un modelo cosmológico arbitrario. Afirmaban que «antes» del Big Bang y la creación del tiempo (o el suceso contiguo, para evitar la contradicción) no había nada más que un «preespacio» de simetría perfecta en el que todas las topologías tenían el mismo peso y el promedio de las cantidades físicas habituales era infinito. A veces, el preespacio se consideraba «infinitamente caliente»; se podía pensar en él como el caos perfectamente equilibrado en que se convertiría el espaciotiempo si se le administrara energía suficiente para que, literalmente, todo llegara a ser igual de posible. Todo y su opuesto; el resultado global era que no sucedía nada.

Pero alguna fluctuación local había perturbado el equilibrio de tal forma que dio origen al Big Bang. A partir de esa singularidad, nuestro universo irrumpió en la existencia. Cuando sucedió esto, lo «infinitamente caliente», la mezcla de topologías infinita e imparcial, se vio obligado a ser cada vez más parcial, porque ahora la temperatura y la energía significaban algo y, en un universo en expansión que se enfriaba, casi todas las viejas simetrías «calientes» serían tan inestables como el metal fundido vertido en un lago. Y cuando se enfriaron, las formas en las que se habían solidificado favorecieron topologías próximas a cierto espacio total de diez dimensiones, el que dio origen a partículas como los quarks y los electrones y a fuerzas como la gravitatoria y la electromagnética.

De acuerdo a este razonamiento, el único modo correcto de realizar el sumatorio sobre todas las topologías era incorporar el hecho de que nuestro universo emergió por casualidad del preespacio de una forma determinada. Los detalles de la ruptura de la simetría tenían que introducirse en las ecuaciones «a mano», porque no había ningún motivo por el que no hubieran podido ser completamente distintos. Y si no parecía que la física resultante de este accidente fuera propicia para la formación de

estrellas, planetas y vida, era porque este universo era sólo uno más de los muchos que se habían materializado a partir del preespacio, cada uno con un conjunto diferente de partículas y fuerzas. Si se habían probado todos los conjuntos posibles, no resultaba sorprendente que por lo menos uno hubiera resultado favorable para la vida.

Se trataba del viejo principio antropológico, el apaño que había salvado mil cosmologías. Yo no tenía nada que objetar, ni siquiera aunque los otros universos estuvieran destinados a ser hipotéticos para siempre.

Pero los métodos de Violet Mosala no me parecían ni más ni menos circulares que los demás. Sus adversarios tenían que «ajustar» unos cuantos parámetros de las ecuaciones para tener en cuenta el universo particular que había creado «nuestro» Big Bang. Mosala y sus partidarios se limitaban a describir experimentos reales en el mundo real con tanto detalle que «introducían» en las ecuaciones exactamente lo mismo.

Me parecía que los dos grupos de físicos confesaban, a desgana, que no podían explicar cómo se creó el universo... sin mencionar el hecho de que ellos estaban en él y buscaban la explicación.

La cabina se quedó en silencio cuando entramos en la zona nocturna. A medida que los pasajeros se dormían, las pantallas se apagaban una tras otra. Todos habían hecho un largo viaje, cualquiera que fuera su procedencia. Miré cómo se oscurecían los bancos de nubes bajo nosotros, un crepúsculo violento, rápido, metálico y amoratado; luego me conecté a un mapa de ruta mientras nos dirigíamos al noreste, dejando Nueva Zelanda fuera del campo de visión. Pensé en las sondas espaciales lanzadas en órbitas hacia Venus usando Júpiter como trampolín gravitatorio. Era como si tuviéramos que dar un enorme rodeo para adquirir suficiente velocidad, como si Anarkia se moviera demasiado deprisa para poder alcanzarla de otro modo.

Una hora después, la isla apareció por fin ante nosotros como una pálida estrella de mar varada. Seis brazos descendían suavemente de una planicie central. A sus lados, la roca gris daba paso a bancos de coral que perdían consistencia, pasando de una masa de afloramientos sólidos a una presencia con aspecto de encaje que apenas rompía la superficie del agua. Un resplandor azul pálido bioluminiscente perfilaba los bordes intrincados del arrecife, rodeado por una sucesión de otros tonos: las líneas de profundidad con códigos cromáticos de una carta de navegación viva. Una pequeña nube intermitente de luciérnagas naranja se agrupaba cerca de las axilas de la estrella de mar; no sabía si se trataba de barcos anclados en la bahía o de algo más exótico.

En tierra, unas cuantas luces diseminadas insinuaban el trazado ordenado de una ciudad. Me invadió una momentánea sensación de intranquilidad. Anarkia era tan bella como cualquier atolón y tan espectacular como un transatlántico... sin ninguna

de las cualidades tranquilizadoras de ninguno de ellos. ¿Cómo podía estar seguro de que aquel extraño artefacto no se hundiría en el mar? Estaba acostumbrado a permanecer sobre roca firme de mil millones de años de antigüedad o montarme en máquinas de una modesta escala humana. Durante mi existencia, esta isla no había sido nada más que una nube de minerales a la deriva en el Pacífico, y desde la posición en la que estaba no me parecía una idea descabellada que el océano emergiera a través de mil poros y canales invisibles para disolverla y engullirla en cualquier momento.

Sin embargo, a medida que descendíamos, la tierra se extendió a nuestro alrededor. Se veían las calles y edificios, y mi inseguridad se desvaneció. Un millón de personas había convertido aquello en su hogar, apostando su vida a su solidez. Si era humanamente posible mantener aquel espejismo a flote, no tenía nada que temer.

El avión se vació lentamente. Los pasajeros somnolientos e irritables empujaban para salir; muchos llevaban almohadas y mantitas y parecían niños que siguieran levantados después de su hora de irse a la cama. Allí sólo eran las nueve de la noche y los relojes biológicos de casi todos estarían de acuerdo, pero todavía estábamos adormilados, anquilosados y cansados. Busqué a Indrani Lee, pero no pude localizarla entre la multitud.

Había un control de seguridad al final del tubo, pero nadie del personal del aeropuerto a la vista ni equipo para interrogar a mi pasaporte. Anarkia no ponía restricciones a la inmigración y menos aún a la entrada de visitantes temporales, pero prohibía ciertas importaciones. Junto a la puerta había un cartel en varios idiomas en el que ponía:

NO DEJE DE INTRODUCIR ARMAS SI QUIERE.

NOSOTROS NO DEJAREMOS DE INTENTAR DESTRUIRLAS.

SINDICATO DEL AEROPUERTO DE ANARKIA

Dudé. Si no leían mi pasaporte ni tenían en cuenta la autorización de mis implantes, ¿qué me haría la máquina? ¿Incineraría el equipo valorado en cien mil dólares y de paso me freiría gran parte del aparato digestivo?

Sabía que exageraba; seguro que no era el primer periodista que pisaba la isla. Y seguro que el mensaje se dirigía a los visitantes de ciertas islas sudamericanas de propiedad privada, «reductos libertarios» que habían establecido los supuestos «refugiados políticos» de las reformas de la ley estadounidense sobre las armas de fuego de los años veinte. De vez en cuando, algunos intentaban convencer a Anarkia de su peculiar modo de pensar.

Sin embargo, no me acerqué durante varios minutos con la esperanza de que apareciera alguien de uniforme para quedarme tranquilo. Mi compañía de seguros se había negado a darme ningún tipo de cobertura mientras estuviera en Anarkia, y cuando en mi banco se enteraran de que había estado aquí tampoco les iba a gustar nada: todavía eran los propietarios de casi todos los chips de mis tripas. Legalmente, no era yo quien debía asumir el riesgo.

No apareció nadie. Pasé. El marco del escáner estaba suelto y tembló un poco cuando mi cuerpo atrapó una diminuta porción de flujo magnético, la soltó y la hizo rebotar como una goma elástica, pero ninguna descarga de microondas me chamuscó el abdomen ni saltó ninguna alarma.

El control daba paso a un aeropuerto moderno, no muy distinto de los que había visto en muchas pequeñas ciudades europeas, con un diseño de líneas limpias y asientos sueltos que la gente agrupaba en círculos. Sólo había tres mostradores de compañías aéreas y todos tenían logotipos más pequeños de lo normal, como si no

quisieran atraer mucha atención. Al hacer la reserva para ir allí, no había encontrado ningún vuelo anunciado abiertamente en la red y había tenido que mandar una solicitud expresa para obtener información. La Federación Europea, la India y muchos países africanos y latinoamericanos sólo ejercían el boicot mínimo sobre tráfico de tecnología punta que exigía la ONU; estas líneas aéreas actuaban dentro de la legalidad de sus países de origen. Aun así, cabrear a los japoneses, a los coreanos, a los chinos y al gobierno estadounidense, por no mencionar a las multinacionales de la biotecnología, siempre implicaba un riesgo. Cometer la ofensa con discreción no ocultaba nada, pero sin duda servía como gesto de obediencia y aminoraba la necesidad patente de dar ejemplo con alguno de los colaboracionistas.

Recogí la maleta y me quedé junto a la cinta transportadora para orientarme. Vi cómo se alejaban los otros pasajeros; algunos tenían amigos que les daban la bienvenida y otros se iban solos. Casi todos hablaban en inglés o francés, pues no había idioma oficial, pero prácticamente dos tercios de la población estaba compuesta por emigrantes de otras islas del Pacífico. Puede que vivir en Anarkia fuera siempre una decisión política en última instancia, y parecía que algunos refugiados del efecto invernadero estaban dispuestos a pasarse años en los campos de detención chinos con la esperanza de que los aceptaran en esa emprendedora tierra de sueños. Aunque suponía que, para alguien que había visto hundirse su casa en el mar, una masa terrestre que se autorreparaba (y crecía) tenía un atractivo especial. Anarkia representaba un cambio de fortuna: el sol y la biotecnología pasando hacia atrás la grabación de todo el desastre. Mejor que desafiar la tormenta. Fiyi y Samoa ya cultivaban nuevas islas propias, pero todavía no eran habitables y ambos gobiernos pagaban miles de millones de dólares en licencias y minutas de asesores por ese privilegio. Cargarían con la deuda hasta el siglo XXII.

En teoría, las patentes sólo tenían validez durante diecisiete años, pero las empresas de biotecnología habían perfeccionado la estrategia de volver a solicitar la misma cobertura con un enfoque distinto cuando se aproximaba la fecha de vencimiento: primero para la secuencia de ADN de un gen y todas sus aplicaciones, luego para la secuencia del aminoácido correspondiente, después para la forma y función de la proteína completa (con independencia de la composición química exacta). No conseguía permanecer indiferente ante el robo de conocimientos como si fuera un crimen sin víctimas; siempre me había inclinado a favor del argumento de que nadie derrocharía dinero en I+D si las formas de vida transgénicas no se pudieran patentar, pero era demencial que las herramientas más poderosas contra el hambre, las herramientas más poderosas contra el deterioro medioambiental y las herramientas más poderosas contra la pobreza... tuvieran un precio que estaba más allá del alcance de quienes las necesitaban.

Cuando me acercaba a la salida, vi a Janet Walsh que se dirigía en la misma

dirección y esperé a un lado. Walsh iba junto a un grupo de una media docena de mascs y fems, pero uno de ellos caminaba unos pocos metros alejado del séquito, con un andar suave fruto de la práctica y la mirada fija en ella. Reconocí la técnica al instante, y al que la aplicaba, un momento después: David Connolly, un fotógrafo de Informes Banales. Claro, Walsh necesitaba un segundo par de ojos. Les habría costado mucho convencerla para que se instalara toda esa asquerosa tecnología deshumanizante en su interior y, peor aún, su equipo la habría dejado fuera de todas las tomas. No tenía mucho sentido contratar a una celebridad como periodista si no salía en pantalla.

Los seguí a una distancia discreta. Un grupo de cuarenta o cincuenta partidarios la esperaba fuera en el aire cálido de la noche con pancartas luminiscentes (más telegénicas en la oscuridad relativa que en el interior) que cambiaban de forma sincronizada entre ¡CIENCIA HUMILDE! ¡BIENVENIDA, JANET! y ¡NO A LA TOE! Gritaron a coro cuando Walsh salió por la puerta. Se alejó de su halo de acompañantes para dar la mano y recibir besos; Connolly se situó detrás para grabarlo todo.

Walsh pronunció un breve discurso, sus mechones de pelo cano agitándose en la brisa. No se podía discutir su habilidad con las cámaras o las multitudes: tenía el don de aparentar dignidad y autoridad, sin parecer severa ni distante. Y admiraba su resistencia: mostraba más energía después del largo vuelo de la que yo habría conseguido reunir si peligrara mi vida.

—Quiero agradeceros que hayáis venido a saludarme; me emociona vuestra generosidad. Y también os agradezco que hayáis hecho el largo y arduo viaje a esta isla para que vuestras voces se unan a nuestra pequeña canción de protesta contra las fuerzas de la arrogancia científica. Por aquí hay personas que creen que pueden aplastar hasta la última fuente de dignidad humana, hasta el último manantial de enriquecimiento espiritual, hasta el último de los valiosos misterios que nos sustentan, bajo el peso de su «progreso intelectual». Que creen que pueden reducirnos a una ecuación y escribirla en una camiseta como un eslogan barato. Son personas que están convencidas de que pueden adueñarse de todas las maravillas de la naturaleza y los secretos del alma y decir: «Ya está. Esto es todo lo que hay». Pues estamos aquí para decirles...

—¡NO! —rugió la pequeña multitud.

—Pero si no pueden quitarte tu preciosa dignidad, Janet —dijo alguien a mi lado riéndose por lo bajo—, ¿para qué montar tanto número?

Me volví. Quien había hablado era un ¿ásex?, ¿de unos veinte años?; inclinó la cabeza y sonrió, dientes blancos que resplandecían en contraste con la piel negra, ojos tan oscuros como los de Gina, pómulos marcados como los de una fem, aunque, claro, no lo eran. Llevaba vaqueros negros y una camiseta holgada del mismo color,

en la que aparecían puntos de luz dispersos al azar como si tuviera que mostrar alguna imagen pero se hubiera cortado el suministro de datos.

—Menuda charlatana —dijo—. ¿Sabes que trabajaba para DRR? Con esas credenciales pensaba que tendría una retórica con más gancho. —Pronunció «creden-cia-les» en tono irónico con acento ¿jamaicano?; las siglas DRR correspondían a Dayton-Rice-Raley, la empresa de publicidad más grande del mundo anglófono—. Eres Andrew Worth —añadió.

—Sí. ¿Cómo...?

—Has venido a filmar a Violet Mosala.

—Cierto. ¿Trabajas con ella? —le pregunté. Me parecía demasiado joven para ser estudiante de doctorado; sin embargo, Mosala se lo había sacado a los veinte años.

—No la conozco —dijo haciendo gesto de negación. Seguía sin poder localizar su acento, a menos que procediera del Atlántico medio: a mitad de camino entre Kingston y Luanda. Dejé la maleta y le tendí la mano—. Akili Kuwale —añadió mientras la estrechaba con firmeza.

—¿Has venido al congreso?

—¿Para qué si no?

—Habrá otras cosas en Anarkia —dije encogiéndome de hombros. No me contestó. Walsh se había ido y su cuadrilla de animadores se dispersaba—. Mapa de transportes —le dije a la agenda.

—El hotel está a sólo dos kilómetros —dijo Kuwale—. A menos que la maleta pese más de lo que parece... no costará mucho ir andando, ¿no crees?

Éil no llevaba equipaje ni mochila, nada; habría llegado antes y había regresado al aeropuerto a... ¿conocerme? Tenía una necesidad perentoria de acostarme y no se me ocurría nada que quisiera decirme que no pudiera esperar a la mañana siguiente o no se pudiera contar en un tranvía, pero ése era el motivo principal para escucharle.

—Buena idea —dije—. Me vendrá bien un poco de aire fresco.

Kuwale parecía conocer el camino, así que guardé la agenda y le seguí. Era una noche cálida y húmeda, pero soplaba una brisa constante que se llevaba la sensación de opresión. Anarkia no estaba más cerca del trópico que Sydney y era probable que fuera más fresca en general.

El trazado del centro de la isla me recordaba a Sturt, una neópolis del interior de Australia, situada al sur, construida más o menos cuando se sembró Anarkia. Había calles anchas pavimentadas y edificios bajos, como mucho de seis pisos, la mayor parte de ellos con viviendas encima de comercios. Todo lo que estaba a la vista se había fabricado con roca de arrecife: un tipo de roca caliza reforzada y sellada con polímeros orgánicos «cultivada» en las canteras de los arrecifes interiores que podían autoabastecerse. Sin embargo, ninguno de los edificios tenía el tono del coral blanqueado; los oligominerales daban todos los colores del mármol: grises, verdes y

marrones brillantes, y rara vez, carmín oscuro vetado de negro.

La gente de nuestro alrededor parecía relajada y tranquila, como si todos hubieran salido a dar un placentero paseo sin ningún destino en mente. No vi ninguna bicicleta, pero tenía que haber alguna en la isla; los cables del tranvía llegaban a menos de medio camino de los extremos de la estrella, a cincuenta kilómetros del centro.

—Sarah Knight era una gran admiradora de Violet Mosala —dijo Kuwale—. Creo que habría hecho un buen trabajo. Esmerado. A conciencia.

—¿Conoces a Sarah? —pregunté desconcertado.

—Hemos estado en contacto.

—¿A qué viene esto? —Me reí cansado—. Sarah Knight es una gran admiradora de Mosala y yo no, ¿y qué? Tampoco soy un miembro de una secta de la ignorancia que haya venido a hacer una crítica feroz; la trataré con imparcialidad.

—Ésa no es la cuestión.

—Es la única cuestión que estoy dispuesto a discutir contigo. ¿Por qué piensas que es asunto tuyo cómo se haga este documental?

—No es así —dijo Kuwale con calma—. El documental no tiene importancia.

—Vale. Gracias.

—No te ofendas, pero no estoy hablando de eso.

—Bueno, ¿qué haces aquí exactamente? —dije después de andar unos cuantos metros en silencio. Esperé a ver si manteniendo la boca cerrada y fingiendo indiferencia provocaba un repentino estallido revelador, pero no—. ¿Eres periodista, física... o qué? ¿Socióloga? —Casi le pregunté si era de una secta, pero ni siquiera los miembros de grupos rivales como Renacimiento Místico o Primera Cultura se habrían burlado de la profunda sabiduría de Janet Walsh.

—Soy un observador interesada.

—¿Sí? Eso lo explica todo. —Sonrió abiertamente, como si yo hubiera hecho una broma. Vi la fachada curva del hotel en la distancia, delante de nosotros; la reconocí por la grabación de los organizadores del congreso.

—Pasarás mucho tiempo con Violet Mosala durante las próximas dos semanas —dijo poniéndose seria—. Puede que más que nadie. Hemos intentado mandarle algunos mensajes, pero ya sabes que no nos toma en serio. Así que... ¿Al menos estarás dispuesto a mantener los ojos bien abiertos?

—¿Por qué?

—¿Tengo que dártelo todo masticado? —dijo con el ceño fruncido y mirando nervioso a todos lados—. Soy de CA. De la corriente principal de CA. No queremos que le hagan daño. Y no sé hasta qué punto simpatizas ni hasta dónde estás dispuesto a llegar para ayudarnos, pero lo único que tienes que hacer...

—¿De qué estás hablando? —Le interrumpí alzando una mano—. ¿Que no queréis que le hagan daño? —Kuwale estaba consternada y, de repente, le noté



suspicaz—. ¿Corriente dominante de CA? —añadí—. ¿Se supone que tiene que sonarme de algo? Si Violet Mosala no os toma en serio —seguí al ver que no contestaba—, ¿por qué habría de hacerlo cualquier otro?

—Sarah Knight no accedió a nada de forma explícita, pero por lo menos comprendía lo que está pasando. —Kuwale estaba reconsiderando claramente su opinión sobre mí. Aún me preguntaba qué primera impresión le había causado—. ¿Qué clase de periodista eres tú? ¿Alguna vez sales a buscar información? ¿O te limitas a agarrarte a una teta electrónica y ver qué sale cuando mamas? —añadió mientras se dirigía a una bocacalle.

—No leo la mente —grité—. ¿Por qué no me cuentas lo que sucede?

Me quedé parado y vi cómo desaparecía entre la gente. Podría haberle seguido y exigirle respuestas, pero empezaba a sospechar que yo podía adivinar la verdad. Kuwale era un admirador de Mosala ofendida por los aviones cargados de sectarios que habían venido a burlarse de su ídolo. Y aunque en teoría no era imposible que algún miembro perturbado de ¡Ciencia Humilde! o Renacimiento Místico quisiera hacer daño a Violet Mosala, lo más probable era que sólo se tratara de una retorcida fantasía de Kuwale.

Llamaría a Sarah Knight por la mañana; seguro que había recibido una docena de mensajes extraños de Kuwale y al final se le había quitado de encima respondiéndole: «Ya no trabajo en eso. Ve a molestar a Andrew Worth, el capullo que me ha robado la historia. Aquí tienes una foto suya reciente». No podía culparla, era un acto de venganza insignificante.

—¿Qué quiere decir CA? —le pregunté a **Sísifo** mientras seguía hacia el hotel. Estaba muerto de cansancio y caminaba como un sonámbulo.

—¿En qué contexto?

—Cualquiera. Aparte de «corriente alterna». —Hubo una larga pausa. Miré el cielo y divisé la tenue fila de puntos equidistantes que se disipaban poco a poco hacia el este contra las estrellas y que aún me unían al mundo que conocía.

—Hay cinco mil diecisiete significados distintos que incluyen jerga especializada, argot subcultural, empresas registradas y organizaciones humanitarias o políticas.

—Entonces cualquier cosa que tenga que ver con el uso que le ha dado Akili Kuwale hace un momento. —Mi agenda almacenaba veinticuatro horas de sonido en memoria—. Es posible que Kuwale sea ásex.

—Los significados más probables son —dijo **Sísifo** después de digerir la conversación y volver a examinar su lista—: Control Absoluto, una consultora de Fiyi que trabaja en el Pacífico sur, Católicos Ásex, un grupo con sede en París que aboga por la reforma de la política de la Iglesia católica a favor de los emigrantes de género, Cartografía Avanzada, una empresa de simplificación de datos de satélites sudafricana...

—Entonces —dije después de escuchar los treinta primeros y los siguientes: las relaciones eran tan absurdas que no suponían nada más que ruido—, ¿cuál es el significado con pleno sentido, pero que no está en ninguna base de datos respetable? ¿Cuál es la respuesta que no puedo sacar de mi teta electrónica favorita?

**Sísifo** no se dignó a contestar.

Estuve a punto de disculparme, pero me contuve a tiempo.

Me desperté a las seis y media, unos segundos antes de que sonara la alarma del despertador. Atrapé fragmentos de un sueño que se escapaba: imágenes de olas que golpeaban y desintegraban el coral y la piedra caliza, pero si la sensación había sido amenazante se disipó enseguida. La luz del sol llenaba la habitación y hacía brillar las paredes gris perla de roca de arrecife pulida. Algunas personas hablaban en la calle de abajo; no distinguía las palabras, pero el tono parecía suave, amistoso y civilizado. Si esto era Anarkia, superaba con creces a despertarse con sirenas de policía de Shanghai o Nueva York. Me sentía más descansado y optimista de lo que me había sentido en mucho tiempo.

Y, por fin, iba a conocer al sujeto de mi reportaje.

La noche anterior había recibido un mensaje de Karin De Groot, la ayudante de Mosala. Mosala daba una rueda de prensa a las ocho y después estaría ocupada casi todo el día. A las nueve, Henry Buzzo, de Caltech, presentaba una ponencia que pretendía poner en entredicho todo un grupo de TOE. Sin embargo, entre la rueda de prensa y la ponencia de Buzzo, por fin tendría una oportunidad de comentar el documental con ella. Aunque no tenía que decidir nada en Anarkia, ya que si era necesario podría entrevistarla con calma cuando volviera a Ciudad del Cabo, me preguntaba si me vería obligado a cubrir su estancia como un periodista más.

Pensé en ir a desayunar, pero después de obligarme a comer en el vuelo desde Dili no había recuperado el apetito. Así que me quedé en la cama, leí por encima las notas de la biografía de Mosala una vez más y repasé mi posible plan de rodaje para los siguientes quince días. La habitación era funcional, casi ascética en comparación con muchos hoteles, pero estaba limpia y era moderna, luminosa y barata. Había dormido en camas menos cómodas y en habitaciones con decoración más lujosa aunque más lúgubre que costaban el doble.

Todo era demasiado bueno. Alrededores tranquilos y un tema nada traumático: ¿qué había hecho para merecer aquello? No averigüé a quién había enviado Lydia a la brecha para hacer *Angustia*. ¿Quién se pasaría el día en un psiquiátrico de Miami o Berna, mientras administraban calmantes sin cesar a una víctima en camisa de fuerza tras otra para comprobar los efectos de los medicamentos no sedantes sobre el síndrome o para sacar lecturas neuropatológicas inmaculadas gracias al efecto de los fármacos?

De mal humor, borré la imagen de mi mente. *Angustia* no era responsabilidad mía, yo no había originado la enfermedad y no había obligado a nadie a ocupar mi puesto.

Antes de irme a la rueda de prensa llamé a Sarah Knight a regañadientes. No me atraía la idea de enfrentarme a ella por primera vez desde que le robé lo de Violet

Mosala, pero mi curiosidad por Kuwale no se había disipado... Seguro que era una historia triste y sin sorpresas.

No tenía por qué preocuparme. En Sydney eran sólo las seis menos diez de la mañana y un contestador genérico cogió mi llamada. Aliviado, le dejé un mensaje breve y fui abajo.

El auditorio principal, repleto, bullía con las conversaciones del público expectante. Me había imaginado a cientos de manifestantes de ¡Ciencia Humilde! que protestaban en piquetes en la entrada del hotel o se peleaban con los guardias de seguridad y los físicos en los pasillos, pero no había ninguno a la vista. De pie junto a la entrada, me costó un rato localizar a Janet Walsh entre el público, pero cuando la vi fue muy fácil calcular la posición de Connolly en una fila delantera, situado a la perfección para pasar de Walsh a Mosala sin forzar casi el cuello.

Me senté en la parte de atrás de la sala e invoqué a **Testigo**. Las cámaras electrónicas del escenario grabarían al público y yo podía comprar la filmación a los organizadores del congreso si había algo que valiera la pena.

Marian Fox, presidenta del Sindicato Internacional de Físicos Teóricos, salió al escenario y presentó a Mosala. Pronunció todas las palabras de alabanza que cualquiera habría usado en su lugar: respetada, inspiradora, dedicada, excepcional. No me cupo duda de que era sincera, pero siempre me parecía que el lenguaje de los logros se deshacía en una autoparodia. ¿Cuántas personas del planeta eran excepcionales? ¿Cuántas podían ser únicas? No me hacía gracia que describieran a Mosala igual que a casi todos sus colegas mediocres, pero los panegíricos llenos de clichés no transmitían nada; se limitaban a perder su significado.

Mosala subió al estrado intentando comportarse con dignidad pero sin exagerar; un sector del público aplaudió con entusiasmo y mucha gente se puso en pie. Tomé nota mental de preguntar a Indrani Lee su opinión sobre cuándo y por qué estos extraños ritos de adoración, tan habituales para los actores y músicos, se habían empezado a practicar para un puñado de científicos célebres. Sospechaba que se debía a que las sectas de la ignorancia se habían esforzado tanto por despertar el interés popular por su causa que no era sorprendente que hubieran terminado por provocar un entusiasmo contrario igual de vehemente. Además, en muchos estratos sociales, las sectas eran la clase dirigente y no había un acto de rebeldía mayor que idolatrar a un físico.

—Gracias, Marian —dijo Mosala cuando cesó el ruido—. Y gracias a todos por venir. Les explicaré brevemente lo que hago aquí. Durante el congreso participaré en un montón de debates y contestaré preguntas sobre aspectos técnicos. Y, desde luego, me encantará comentar las cuestiones que suscite la ponencia que leeré el día dieciocho. Pero siempre se dispone de poco tiempo en esas ocasiones y queremos que las preguntas estén muy centradas. Sé que eso, a menudo, resulta molesto para los

periodistas, que preferirían informar sobre una gama más amplia de temas.

»Así que el comité de organización ha convencido a unos cuantos conferenciantes para ofrecer ruedas de prensa en las que no se aplicarán esas restricciones. Esta mañana me toca a mí. Por lo tanto, si hay algo que quieran preguntarme que se pueda considerar irrelevante en sesiones posteriores, ésta es su oportunidad.

Mosala se mostraba relajada e informal. En las grabaciones que había visto de sus apariciones anteriores no podía ocultar su nerviosismo, especialmente en la ceremonia de los Nobel. Aunque todavía no era una veterana experimentada, estaba claro que parecía más calmada. Tenía una voz profunda y vibrante, que podría convertirse en electrizante si se ponía a dar discursos, pero su tono se acercaba más al de una conversación que al de un discurso. Las cosas tenían buena pinta para Violet Mosala. Lo cierto era que pocas personas quedaban bien en la pantalla de la salita durante más de cincuenta minutos. No encajaban y salían distorsionadas, como un sonido demasiado alto o bajo para grabarlo. Ahora estaba seguro de que Mosala superaría las limitaciones del medio... si yo no la cagaba del todo.

Las primeras preguntas las hicieron los corresponsales de ciencia de los servicios informativos no especializados, que resucitaron diligentemente todas las viejas incongruencias: ¿Significarán las Teorías del Todo el final de la ciencia? ¿Hará una TOE que el futuro sea completamente predecible? ¿Resolverá la TOE todos los problemas pendientes de física y química, biología y medicina..., ética y religión?

—Una teoría del todo es la formulación matemática más sencilla que podemos encontrar que condensa todo el orden subyacente del universo —contestó Mosala con paciencia y concisión—. Con el tiempo, si una TOE candidata supera el escrutinio teórico continuado y la contrastación experimental, gradualmente podremos confiar en que represente un ápice de conocimiento a partir del cual se podría explicar, en principio y en el sentido más idealizado, todo lo que nos rodea.

»Pero esto no implica que nada se vuelva "totalmente predecible". El universo está lleno de sistemas que entendemos perfectamente, sistemas tan sencillos como dos planetas en órbita en torno a una estrella, cuya descripción matemática es caótica o inmanejable, y para los que siempre será imposible evaluar predicciones a largo plazo.

»Y tampoco implica el final de la ciencia. Ésta es mucho más que la búsqueda de una TOE; es la explicación de las relaciones dentro del orden del universo en cualquier nivel. Alcanzar los cimientos no equivale a tocar techo. Hay muchos problemas de la dinámica de fluidos, por no mencionar la neurobiología, que necesitan nuevos enfoques o mejores formas de abordarlos, no la descripción definitiva y exacta del tema a escala subatómica.

Pensé en Gina, trabajando en su terminal, y me la imaginé en su nueva casa, mientras le contaba todos sus problemas y pequeñas victorias a su nuevo amante.

Durante un momento me sentí inquieto, pero se me pasó.

—Lowell Parker, de *Atlántica*. Doctora Mosala, dice que una TOE es la formulación matemática más sencilla del orden subyacente del universo, pero ¿no es la cultura la que determina esos conceptos? ¿La simplicidad? ¿El orden? —Parker era un joven serio con acento de Boston. *Atlántica* era un *netzine* cultural que hacían, principalmente, académicos con dedicación a tiempo parcial de las universidades de la Costa Este.

—Por supuesto —contestó Mosala—. Y las ecuaciones que elijamos para formular una TOE no serán únicas. Serán como las ecuaciones del electromagnetismo de Maxwell, por ejemplo. Hay media docena de maneras válidas de formular las ecuaciones de Maxwell: se pueden barajar constantes, utilizar distintas variables... incluso expresarlas en tres o cuatro dimensiones. Los físicos y los ingenieros todavía no se han puesto de acuerdo en cuál es la formulación más simple, porque en realidad depende del uso que se les quiera dar: diseñar una antena de radar, calcular el comportamiento del viento solar o describir la historia de la unificación de la electrostática y el magnetismo. Pero todas ofrecen resultados idénticos en cualquier cálculo concreto, porque todas describen lo mismo: el electromagnetismo.

—A menudo se ha dicho lo mismo sobre las religiones, ¿verdad? —dijo Parker—. Todas expresan las mismas verdades básicas y fundamentales, aunque de una forma distinta para acoplarse a las distintas épocas y lugares. ¿Admitiría que lo que usted hace sólo forma, en esencia, parte de la misma tradición?

—No. No creo que eso sea cierto.

—Pero ha admitido que la TOE que sea aceptada estará determinada por factores culturales. ¿Cómo puede entonces afirmar que lo que hace es más «objetivo» que la religión?

—Supongo que si todos los seres humanos desaparecieran del planeta mañana y esperaríamos unos cuantos millones de años a que emergieran especies nuevas con un conjunto de religiones y culturas científicas —dijo Mosala con precaución después de dudar—, ¿qué cree que las nuevas religiones tendrían en común con las viejas, las de nuestro tiempo? Me parece que lo único serían ciertos principios éticos que compartirían influencias biológicas: reproducción sexual, crianza de los niños, ventajas del altruismo y consciencia de la muerte. Y si su biología fuera muy distinta no habría ninguna coincidencia.

»Pero si esperamos a que en la nueva cultura científica surja una TOE, creo que, por muy distintas que parecieran sobre el papel, cualquiera de las culturas podría demostrar, por medio de cálculos matemáticos, que hay algo que es equivalente a nuestra TOE en todos los aspectos. Al igual que cualquier estudiante de física puede demostrar que todas las formulaciones de las ecuaciones de Maxwell describen exactamente lo mismo.

»Ésa es la diferencia. Los científicos discrepan mucho en principio, pero llegarán a un consenso independientemente de su cultura. En este congreso hay físicos de unos cien países distintos; hace tres mil años, seguro que sus antepasados tenían veinte o treinta explicaciones contradictorias para cada fenómeno que se puede dar en la naturaleza. Y aun así, aquí sólo se presentan tres TOE antagónicas. Y yo diría que dentro de veinte años o menos sólo habrá una.

Parker no parecía nada satisfecho con la respuesta, pero se sentó.

—Lisbeth Weller, de *Grüne Weisheit*. Me parece que su enfoque de estos temas refleja el modo de pensar de un masc occidental reduccionista que utiliza el lado izquierdo del cerebro. —Weller era una fem alta, de aspecto soberbio, que parecía entristecida y perpleja de verdad—. ¿Cómo puede ser compatible con su lucha como fem africana contra el imperialismo cultural?

—No tengo ningún interés en renunciar a las herramientas intelectuales más poderosas que poseo —dijo Mosala con calma—, por la creencia extraña y errónea de que son propiedad de un grupo de personas: masc, occidentales u otros. Como he dicho, la historia de la ciencia converge hacia una interpretación compartida del universo y no deseo que se me excluya de ese proceso de convergencia por ningún motivo. En cuanto a pensar con el lado izquierdo del cerebro, me temo que ése es un concepto anticuado y reduccionista. Personalmente, utilizo todo el órgano.

Sus admiradores le brindaron un gran aplauso, pero sonó lastimero mientras se apagaba. La atmósfera de la sala estaba cambiando. Se llenaba de tensión y polarizaba las opiniones. Sabía que Weller era miembro orgullosa de Renacimiento Místico, y aunque pocos periodistas estaban afiliados a alguna secta, la minoría con opiniones anticientíficas radicales se hacía notar.

—William Savimbi, de Proteus Information. Expresa su conformidad con una serie de ideas que no respeta ninguna cultura ancestral, como si su propia herencia no importara en absoluto. ¿Es verdad que ha recibido amenazas de muerte del Frente de Defensa de la Cultura Panafricana, después de declarar en público que no se consideraba una fem africana? —Proteus era la subsidiaria africana de una gran empresa familiar canadiense. Savimbi era un masc fornido de pelo cano que hablaba con tranquilidad y confianza, como si llevara tiempo informando sobre Mosala.

Se pudo apreciar cómo Mosala se esforzaba por contener la ira. Se sacó la agenda de un bolsillo y empezó a teclear.

—Señor Savimbi —dijo sin detenerse—, si lo desalientan los aspectos tecnológicos de su profesión, quizá debería dedicarse a algo más sencillo. Ésta es la cita textual del reportaje original de Reuters que se grabó en Estocolmo el diez de diciembre del dos mil cincuenta y tres. Y sólo me ha costado quince segundos encontrarla.

Sujetó la agenda en alto y se oyó su voz grabada: «No me levanto todas las

mañanas y me digo: "soy fem y africana, ¿cómo debería reflejarse esto en mi trabajo?". No es mi manera de pensar. Me pregunto si alguien pidió explicaciones al doctor Wozniak sobre de qué manera influía su condición de europeo en su enfoque de la síntesis de polímeros».

Hubo más aplausos, esta vez por parte de un sector más amplio de público, pero noté un trasfondo predatorio creciente. Era obvio que Mosala se estaba alterando, y por mucho que en principio simpatizaran con ella los presentes, sin duda les encantaría que la provocaran hasta que perdiera el control.

—Janet Walsh, de Informes Mundiales. Señora Mosala quizá pueda aclararme una cosa. Esta Teoría del Todo de la que no para de hablar, que va a sintetizar la verdad definitiva sobre el universo, me parece maravillosa, pero me gustaría saber en qué se basa exactamente.

—Todas las TOE son un intento de encontrar una explicación más profunda a lo que se llama la Teoría Estándar del Campo Unificado —dijo Mosala, que aunque debía de saber quién era Walsh no mostró ningún signo de hostilidad—. Se completó a finales de los años veinte y ha superado todas las comprobaciones experimentales hasta la fecha. En sentido estricto, la TECU ya es una Teoría del Todo, da una explicación unificada de todas las fuerzas de la naturaleza. Pero es una teoría muy confusa y arbitraria, que se basa en un universo de diez dimensiones con un montón de singularidades extrañas que resultan difíciles de aceptar. Casi todos nosotros creemos que hay una explicación más sencilla detrás, esperando a que la encontremos.

—Pero esta TECU que intenta suplantar —dijo Walsh—, ¿en qué se basa?

—En unas cuantas teorías anteriores que explicaban una o dos de las cuatro fuerzas básicas por separado. Pero si quiere saber de dónde venían esas teorías anteriores, me vería obligada a narrar cinco mil años de historia de la ciencia. La respuesta breve es: una TOE se basa en última instancia en la observación de todos los aspectos del mundo y la búsqueda de pautas en esas observaciones.

—¿Eso es todo? —Walsh hizo un gesto de alegre incredulidad—. Entonces todos somos científicos, ¿no? Usamos nuestros sentidos, observamos y vemos pautas. Veo pautas en las nubes que pasan por encima de mi casa cada vez que salgo al jardín —añadió con una sonrisa modesta de autocrítica.

—Eso es un comienzo —dijo Mosala—. Pero hay dos pasos importantes más allá de esa clase de observación que marcan toda la diferencia. Llevar a cabo experimentos deliberados en situaciones controladas, en lugar de mirar lo que revela la naturaleza. Y realizar observaciones cuantitativas: hacer mediciones e intentar encontrar pautas en los números.

—¿Como la numerología?

—No sirve cualquier pauta —dijo Mosala con gesto paciente—. Hay que tener



una hipótesis clara de partida y saber cómo comprobarla.

—¿Se refiere a usar los métodos estadísticos adecuados y todo eso?

—Exacto.

—Pero con los métodos estadísticos adecuados, ¿cree que toda la verdad sobre el universo queda explicada en detalle en los modelos que pueden obtenerse mirando detenidamente una lista sin fin de números?

—Más o menos —contestó Mosala después de dudar. Era probable que se preguntara si el proceso tortuoso de explicar algo más sutil sería peor que aceptar esa caracterización de la obra de su vida.

—¿Está todo en los números? ¿No mienten?

—No, no mienten. —Mosala perdió la paciencia.

—Qué interesante —dijo Walsh—. Porque hace unos meses me tropecé con una idea absurda, ¡muy ofensiva!, que se extendía en las redes europeas de ultraderecha. Pensé que merecía ser refutada con propiedad, ¡científicamente!, así que compré un pequeño paquete de estadística y le pedí que comprobara la hipótesis de que cierta proporción, cierta cuota de los premios Nobel desde el año dos mil diez se hubiera reservado de forma explícita por criterios políticos para los ciudadanos de los países africanos. —El público se quedó atónito; hubo un momento de silencio seguido de una ola de exclamaciones airadas que se extendió por toda la sala—. Y la respuesta fue que hay un noventa y cinco por ciento de probabilidades... —añadió Walsh mientras sostenía su agenda en alto y alzaba la voz por encima de las protestas. Algunos miembros de los clubes de fans de Mosala se pusieron en pie y empezaron a gritar; los dos mascs de mi lado empezaron a abuchearla—. La respuesta fue que hay un noventa y cinco por ciento de probabilidades de que sea cierto —insistió Walsh, con una expresión de desconcierto, como si no comprendiera a qué venía tanto alboroto.

Una docena de personas más se levantó para insultarla. Cuatro periodistas abandonaron el auditorio. Walsh seguía de pie a la espera de una respuesta, con una sonrisa inocente. Vi a Marian Fox acercarse hacia el estrado; Mosala le hizo gesto de que se apartara.

Mosala empezó a teclear en su agenda. Los gritos y silbidos cesaron poco a poco y todos menos Walsh volvieron a sentarse.

El silencio no duró más de diez segundos, pero fue suficientemente largo para que me diera cuenta de que el corazón me latía con fuerza. Quería pegarle un puñetazo a alguien. Walsh no era racista, pero sí una manipuladora experta. Nos había puesto a todos de uñas; no habría exaltado tanto los ánimos ni con doscientos seguidores que chillaran y agitaran pancartas en la parte trasera del auditorio.

—En los últimos diez años —dijo Mosala alzando la mirada y sonriendo con dulzura— se ha examinado el renacimiento científico africano con detalle en más de

treinta informes. Le daré con mucho gusto las referencias si no las puede encontrar por sí misma. Verá que hay muchas hipótesis más complejas que explican el brusco aumento del número de artículos publicados en las revistas científicas más prestigiosas y citadas, la frecuencia con que se citan dichos artículos, el número de patentes que se han conseguido y el número de premios Nobel de física y química.

»Sin embargo, cuando se trata de su campo, me temo que está sola. No encuentro un solo estudio que ofrezca una explicación alternativa a la probabilidad del noventa y nueve por ciento de que una cuota de los premios Booker, desde su inicio, se haya reservado para una minoría claramente definida e intelectualmente en entredicho: gacetilleros que deberían haberse quedado en la publicidad.

El público estalló en risas. Walsh se quedó de pie unos instantes y se sentó con una dignidad sorprendente: sin arrepentimiento, sin vergüenza y sin inmutarse. Me preguntaba si todo lo que pretendía era que Mosala le devolviera el golpe al mismo nivel. Sin duda en Informes Banales encontrarían el modo de manipular las cosas para que el suceso se viera como una victoria de Walsh: PRODIGIO DE LA CIENCIA, AL ENFRENTARSE A LOS HECHOS INSULTA A PERIODISTA RESPETADA. Pero casi todos los medios de comunicación informarían de que Mosala había respondido de forma muy comedida a una provocación deliberada.

Hicieron unas cuantas preguntas más, inocuas y ligeramente técnicas. Luego se levantó la sesión. Fui a la parte trasera del escenario, donde me esperaba Karen De Groot.

Sin lugar a dudas, De Groot era ifem. Su aspecto no estaba en absoluto a medio camino del hermafroditismo, sino que era mucho más distintivo. Mientras que las ufems y los umascs exageraban los rasgos faciales establecidos de identidad sexual y los ásex los eliminaban, los primeros ifems e imascs habían sacado modelos del sistema visual humano y encontrado grupos completamente nuevos de parámetros que los excluían a primera vista, sin hacerlos a todos homogéneos.

—Trátala bien, ¿quieres? —dijo con calma después de darme la mano y conducirme a una de las salas de reuniones pequeñas del hotel—. Lo de antes no ha sido muy agradable.

—No se me ocurre nadie que lo hubiera manejado mejor.

—Violet no es alguien a quien me gustaría tener por enemiga; nunca devuelve un golpe sin habérselo pensado bien. Pero eso no significa que sea de piedra.

La sala tenía una mesa y asientos para doce, pero Mosala me esperaba a solas. Pensaba que habría algún guardia de seguridad, pero a pesar de sus clubes de fans, no estaba en la liga de las estrellas de rock. Y a pesar de los presentimientos funestos de Kuwale, era probable que no hiciera falta.

—Lamento que no hayamos podido hacer esto antes —dijo Mosala luego de saludarme con cordialidad—, pero después de tantas reuniones con Sarah Knight,

suponía que todos los planes de rodaje estaban claros.

¿Reuniones con Sarah Knight? La preproducción no debería haber llegado tan lejos sin el permiso de SeeNet.

—Siento hacerle pasar por lo mismo otra vez —dije—, pero es inevitable que se dupliquen algunos trámites cuando un director nuevo asume un proyecto.

Mosala hizo un gesto de asentimiento sin prestar mucha atención. Nos sentamos y repasamos el programa del congreso mientras comparábamos notas. Mosala me pidió que no la grabara en más de la mitad de las sesiones en las que participaría.

—Me volvería loca si me mirara todo el tiempo y me sorprendiera cada vez que pongo una cara rara por algo con lo que no estoy de acuerdo.

Accedí, pero entonces regateamos sobre esa mitad. Yo quería por encima de todo grabar sus reacciones en todas las charlas en las que se discutiera explícitamente su obra. Nos pusimos de acuerdo en tres sesiones de entrevistas, de dos horas cada una; la primera el miércoles por la tarde.

—Todavía no entiendo cuál es el objetivo de este programa —añadió Mosala—. Si el tema son las TOE, ¿por qué no cubre todo el congreso en lugar de centrarse en mí?

—Las teorías resultan más accesibles para el público si se presentan como algo que ha hecho una persona en concreto. —Me encogí de hombros—. O de eso están convencidos los directivos de las emisoras y, a estas alturas, es probable que hayan convencido también a la audiencia. —El acrónimo SeeNet quería decir en inglés «red de ciencia, educación y ocio». Pero la ciencia se trataba a menudo como algo embarazoso incapaz de resultar interesante por sí y que necesitaba que la endulzaran al máximo—. Sin embargo, con el perfil de una persona podemos tocar materias más amplias, como por ejemplo de qué manera afectan su vida cotidiana las sectas de la ignorancia.

—¿No cree que ya les dan bastante publicidad? —preguntó Mosala con sequedad.

—Sí, pero casi siempre bajo sus condiciones. El perfil es una oportunidad para que la audiencia los vea a través de sus ojos.

—¿Quiere que le cuente a su público lo que opino sobre las sectas? —Se rió—. Si empiezo, no le quedará tiempo para nada más.

—Podría limitarse a las tres principales —dije. Mosala dudó. De Groot me lanzó una mirada de advertencia, pero la pasé por alto—. Primera Cultura.

—Primera Cultura es la más patética. Es el último refugio de las personas que ansían considerarse intelectuales, aunque sean analfabetos en temas científicos. Casi todos sienten nostalgia de la época en la que un tercio del planeta estaba dominado por personas cuya definición de una educación civilizada era latín, historia militar europea y los ripios escogidos de unos cuantos colegiales británicos.

—¿Renacimiento Místico? —Sonreí.

—Empezaron con muy buenas intenciones, ¿verdad? —dijo Mosala con una sonrisa irónica—. Dicen que la mayoría de las personas no ve el mundo que las rodea, pasean dormidas por una rutina zombi de trabajo trivial y ocio que atonta la mente. No podría estar más de acuerdo. Dicen que quieren que los habitantes del planeta sintonicen con el universo en que viven y compartan con ellos el sobrecogimiento que se siente al contemplar su profunda singularidad: las vertiginosas escalas de longitud y tiempo de la cosmología, la riqueza sin fin de las complejidades de la biosfera, las extrañas paradojas de la mecánica cuántica.

»Bueno, todas esas cosas también me sobrecogen, a veces, pero Renacimiento Místico trata esa reacción como un fin en sí mismo. Y no quieren que la ciencia investigue nada de lo que provoca esa sensación; quieren que lo deje todo en su estado prístino e inexplicable, no sea que dejen de sentir lo mismo si lo entienden mejor. Últimamente no les interesa en absoluto el universo, no más que a las personas que idealizan la vida de los animales en un mundo de dibujos en el que no se derrama sangre..., o a las personas que niegan la existencia del deterioro medioambiental porque no quieren cambiar su forma de vida. Los seguidores de Renacimiento Místico sólo quieren la verdad si les conviene, si provoca las emociones correctas. Si fueran sinceros se limitarían a hacerse un puente en la zona del cerebro que les hace creer que pasan por una constante epifanía mística, porque en realidad eso es lo que buscan.

Esto no tenía precio, nadie de la altura de Mosala se había soltado a hablar contra las sectas de esta forma. No en grabaciones públicas.

—¿¡Ciencia Humilde!?

—Son los peores con diferencia. —Los ojos de Mosala brillaban de ira—. Los más condescendientes, los más cínicos. Janet Walsh es sólo una figura táctica que los representa; casi todos los verdaderos líderes son muchísimo más cultos. Y en su sabiduría colectiva han decidido que el frágil capullo de la cultura humana no puede superar más revelaciones sobre qué son los humanos en realidad o cómo funciona el universo.

»Si se opusieran al abuso de la biotecnología, los apoyaría sin dudarlos. Si se opusieran a la investigación en armamento, haría lo mismo. Si apoyaran algún sistema coherente de valores que hiciera que las verdades científicas más despiadadas resultaran menos alienantes para la gente corriente sin negar esas verdades, no tendría ningún motivo de discrepancia con ellos.

»Pero han decidido que todo el conocimiento que esté más allá de una frontera que les corresponde a ellos delimitar es un anatema para la civilización y la cordura, y que una elite autoproclamada es quien debe facilitar un conjunto prefabricado de mitos sobre la vida que ocupen su lugar, quien debe inculcar en la existencia humana un significado que eleve el espíritu de forma adecuada y sea políticamente correcto.

Se han convertido, simplemente, en la peor clase de censores y manipuladores de la sociedad.

De repente me di cuenta de que los brazos esbeltos de Mosala, que estaban extendidos sobre la mesa enfrente de ella, temblaban; no había notado que estaba tan enfadada.

—Son casi las nueve —dije—, pero podemos retomar el tema después de la ponencia de Buzzo si tiene tiempo.

De Groot le tocó el hombro. Se acercaron y conversaron *sotto voce* durante un buen rato.

—Tendremos una entrevista el miércoles, ¿no? —dijo Mosala—. Lo siento, pero no dispongo de tiempo hasta entonces.

—Claro, muy bien.

—Y esos comentarios que acabo de hacer no son oficiales. No tiene que utilizarlos.

—¿Habla en serio? —Se me cayó el alma a los pies.

—Se suponía que ésta era una reunión para hablar de su plan de rodaje. Nada de lo que he dicho aquí está dirigido al público.

—Lo pondré en contexto —le rogué—. Janet Walsh se ha pasado insultándola y en la rueda de prensa usted se ha contenido, pero después ha expresado su opinión en detalle. ¿Qué hay de malo en eso? ¿Quiere que los de ¡Ciencia Humilde! empiecen a censurarla?

—Ésa es mi opinión —dijo Mosala después de cerrar los ojos un instante—, sin duda, y tengo derecho a expresarla. También tengo derecho a decidir quién la oye y quién no. No quiero enardecer más los ánimos en este horroroso desastre. Así que, por favor, ¿respetará mi deseo y me dirá que no va a utilizar nada?

—No tenemos que decidir esto ahora. Puedo mandarle una versión sin montar...

—Firmé un acuerdo con Sarah Knight que decía que podía vetar cualquier cosa al momento sin que me hiciera preguntas —dijo con un gesto desdeñoso.

—Si lo hizo, fue personalmente con ella, no con SeeNet. Lo único que ellos tienen es una autorización estándar.

—¿Sabe qué quería preguntarle? —dijo Mosala, que no parecía muy contenta—. Sarah me dijo que me explicaría por qué se puso usted al cargo del proyecto cuando faltaba tan poco para el comienzo. Después de todo el trabajo que hizo, lo único que me dejó fue un mensaje de diez segundos que decía: «Ya no llevo el documental. Andrew Worth es el nuevo director; él le explicará el motivo».

—Sarah puede haberle causado una impresión errónea —dije con cuidado—. SeeNet no la había nombrado oficialmente para hacer el documental. Y fue SeeNet la que se dirigió a usted y preparó las cosas inicialmente, no Sarah. No era un proyecto que ella estuviera desarrollando por libre para ofrecérselo a la empresa. Era un

proyecto de SeeNet que ella quería dirigir, así que dedicó un montón de tiempo libre a intentar conseguirlo.

—Pero ¿por qué? —dijo De Groot—. Toda la investigación, los preparativos, el entusiasmo... ¿Por qué no se vieron recompensados?

¿Qué podía decir? ¿Que le había robado el proyecto a la persona que en realidad se lo merecía para hacerse con unas vacaciones pagadas en el Pacífico Sur, lejos del estrés de la frankenciencia sería?

—Los directivos de la red viven en un mundo propio —dije—. Si pudiera entender cómo toman las decisiones, es probable que fuera uno de ellos.

De Groot y Mosala no dijeron nada y me contemplaron con incredulidad.

## 12

TechnoLalia, la principal competidora de SeeNet, insistía en llamar a Henry Buzzo «el reverenciado gurú de la física transmilenaria» y, con frecuencia, insinuaba que debería retirarse cuanto antes y dejar el campo libre a colegas más jóvenes que habían propiciado clichés más dinámicos: *Wunderkinder und enfants terribles* «que navegaban por la *nouvelle vague* de infinitas dimensiones del preespacio». (Lydia despreciaba a TL calificándola de *guccione*: «un buen culo y pocos sesos».) No se lo podía discutir, pero muchas veces temía que SeeNet se encaminaba a un destino similar. En el año 2036, Buzzo compartió el premio Nobel con los otros siete artífices de la Teoría estándar del Campo Unificado; pero ahora, él también intentaba rebatirla, o al menos superarla. Me recordó a dos físicos de principios del siglo XX: J. J. Thomson, que estableció la existencia de los electrones como partículas diferenciadas, y George Thomson, su hijo, que demostró que también se podían comportar como ondas. Era una ampliación, no una contradicción, y sin duda Buzzo esperaba realizar una proeza similar en una generación.

Buzzo era un masc alto, calvo y con muchas arrugas; tenía ochenta y tres años, pero no mostraba signos de debilidad. Era un orador animado y parecía tener al público de especialistas de los MTT en el bolsillo, pero ni siquiera me hacían gracia sus chistes misteriosos con los que los demás se desternillaban de risa. Su charla introductoria estaba llena de frases familiares y de ecuaciones que había visto antes, pero cuando empezaba a hacer cosas con esas ecuaciones, me perdía. De vez en cuando mostraba gráficos: tubos punteados de gris y blanco con superficies cuadrículadas en verde cruzadas por líneas geodésicas serpenteantes de color rojo vivo. Tríos de vectores en forma de flecha perpendiculares entre sí brotaban de un punto, se trasladaban por un rizo o un nudo y se inclinaban y retorcían durante el trayecto. Sin embargo, en cuanto me parecía que entendía los diagramas, Buzzo hacía un gesto de desdén con la mano, señalando la pantalla y decía algo como: «No puedo enseñarles el aspecto más crucial, lo que sucede en el conjunto de estructuras lineales, pero estoy seguro de que pueden hacerse una idea: imaginen que sumergimos esta superficie en doce dimensiones...».

Me senté dos asientos (vacíos) a la izquierda de Violet Mosala, pero casi no me atrevía a mirarla. Cuando lo hice, mantuvo la mirada fija en Buzzo, pero su expresión se endureció. Me preguntaba cuáles eran sus sospechas sobre mis métodos para conseguir el contrato del documental. (¿Soborno?, ¿extorsión?, ¿sexo?; ojalá SeeNet fuera de tal amenidad bizantina.) En realidad, no importaba cómo lo hubiera logrado; la injusticia del resultado final le parecía evidente.

—¡Así que esta integral de línea se mantiene invariante! —dijo Buzzo.

De repente, el último diagrama nítido de tubos anudados se desdibujó en una

neblina amorfa, gris y verde, que simbolizaba el cambio de un espaciotiempo particular a su generalización en el preespacio, pero los tres vectores que había enviado a circunnavegar el universo simulado permanecían fijos. Las «invariantes» en un modelo de todas las topologías eran cantidades físicas y se podía demostrar que eran independientes de cosas como la curvatura del espaciotiempo en la zona de interés e incluso de su número de dimensiones. Encontrar invariantes era el único modo de obtener algún tipo de física coherente a partir de la sobrecogedora indeterminación del preespacio. Me fijé en los vectores estables de Buzzo; después de todo, no me había perdido completamente.

—Pero eso es obvio. Ahora llega la parte peliaguda: imaginen que extendemos el mismo operador a espacios que no tienen curvatura de Ricci definida en ningún lugar.

Entonces sí me perdí.

Consideré seriamente volver a llamar a Sarah y preguntarle si le gustaría recuperar *Violet Mosala*. Podría darle lo que había grabado hasta el momento, resolver los problemas técnicos con Lydia y arrastrarme hasta algún lugar para recuperarme de la marcha de Gina y de *ADN basura*, sin tener que fingir que hacía otra cosa aparte de convalecer. Me dije que no podía permitirme dejar de trabajar, ni un mes, pero eso era algo a lo que estaba acostumbrado; no iba a morirme de hambre y, de todas formas, sin nadie que me ayudara a pagar el alquiler tendría que mudarme. *Angustia* me habría mantenido en el frondoso y tranquilo Eastwood durante un año o más, pero en aquel momento daba igual lo que hiciera: me devolverían a las destartaladas afueras.

No sabía qué me impedía salir de aquella ponencia incomprensible y alejarme de la antipatía justificada de Mosala. ¿Orgullo? ¿Obstinación? ¿Inercia? Quizá todo se redujera a la presencia de las sectas. Seguro que las tácticas de Walsh se volverían más desagradables, y por eso, abandonar el proyecto sería aún más una traición. Había accedido a la petición de SeeNet de incluir frankenciencia en *ADN basura* y ésta era la oportunidad de expiarlo, mostrando al mundo a alguien que estaba en contra de las sectas. No era que la retórica fuera a dar paso a la violencia, daba igual lo que dijera Kuwale. Se trataba de física arcana, no de biotecnología, e incluso en el congreso de bioética de Zambia, donde había visto a Walsh por última vez, los que acribillaron a los oradores con embriones de mono y rociaron a los periodistas no simpatizantes con sangre humana eran de Imagen de Dios, como siempre, y no de ¡Ciencia Humilde! Ningún fundamentalista religioso se preocupó por el Congreso del Centenario de Einstein: las TOE estaban más allá de su comprensión o de su desprecio.

—Eso es una tontería —dijo Mosala en voz baja. La miré con cautela. Sonreía—. Está equivocado —me susurró, mientras se volvía hacia mí, olvidando momentáneamente todas las hostilidades—. Cree que ha encontrado un modo de



desechar las topologías discretas; se ha inventado un isomorfismo que las asocia todas a un conjunto de medida cero. Pero usa una medida equivocada. En este contexto debería utilizar la de Perrini, ¡no la de Saupe! ¿Cómo puede haberlo pasado por alto?

Sólo tenía una idea muy vaga de lo que estaba diciendo. Las topologías discretas eran «espacios» donde nada tocaba nada. Una «medida» era un tipo generalizado de longitud, como un área o volumen de más dimensiones, sólo que incluía abstracciones mucho más descontroladas. Cuando se hacía el sumatorio de algo sobre todas las topologías, cada contribución a la suma infinita se multiplicaba por una «medida» del «peso» de la topología. Un poco como calcular el promedio mundial de alguna estadística teniendo en cuenta el peso relativo de la población de cada país, su territorio, su producto interior bruto o alguna otra medida de su importancia.

Buzzo creía que había encontrado una forma de abordar el cálculo de cualquier cantidad física real que hacía que la contribución efectiva de todas las topologías discretas fuera igual a cero.

Mosala creía que estaba equivocado.

—Entonces, ¿se enfrentará a él cuando acabe?

—Esperemos y veamos. —Se volvió hacia el escenario sonriendo—. No quiero hacerle pasar un mal trago y seguro que alguien más se dará cuenta del error.

Llegó el momento de las preguntas. Exprimí mis limitados conocimientos sobre el tema mientras intentaba determinar si alguna de las cuestiones que se planteaban era la de Mosala disfrazada, pero me pareció que no.

—¿Por qué no se lo ha dicho? —le pregunté directamente al ver que no había intervenido cuando terminó la sesión.

—Podría estar equivocada —dijo molesta—. Tengo que analizarlo mejor. No es una cuestión trivial y quizá tenga un buen motivo para hacer esa elección.

—Esto era un prelude a su ponencia del domingo, ¿verdad? ¿No preparaba el terreno para su obra maestra? —Estaba programado que Buzzo, Mosala y Yasuko Nishide, por estricto orden alfabético, presentaran sus TOE rivales el último día del congreso.

—Así es.

—Entonces, si ha elegido una medida errónea, ¿podría fracasar estrepitosamente?

Mosala me lanzó una larga y dura mirada. Me preguntaba si por fin me las había apañado para dejar la decisión en otras manos. Si dejaba de colaborar conmigo por completo me quedaría sin sujeto que grabar, sin motivo para quedarme.

—Ya tengo bastantes problemas en determinar si mis técnicas son válidas; no dispongo de tiempo para ser también una experta en el trabajo de los demás. —Miró su agenda—. Creo que ya se ha terminado el rodaje que acordamos para hoy. Si me disculpa, he quedado para comer.

Vi a Mosala dirigirse a uno de los restaurantes del hotel, así que me fui en la dirección opuesta y salí del hotel. El cielo del mediodía era deslumbrante y los edificios conservaban sus tonos sutiles a la sombra de los toldos, pero bajo la luz solar resplandeciente adquirirían un aspecto que recordaba las viejas viviendas de algunas ciudades del norte de África, todas de piedra blanca contra el azul del cielo. Soplaban una brisa del este con olor a mar, calurosa pero agradable.

Paseé por callejuelas al azar, hasta que llegué a una plaza abierta. En el centro había un parque circular pequeño, de unos veinte metros de ancho, cubierto de hierba silvestre exuberante, sin cortar y punteada con pequeñas palmeras. Era la primera muestra de vegetación que veía en Anarkia, a excepción de los maceteros del hotel. La tierra era un lujo allí; había trazas de todos los minerales necesarios en el océano, pero intentar dotar a la isla de bastante terreno para la agricultura habría significado procesar miles de veces la cantidad de agua que la industria alimentaria, basada en las algas y el plancton, requería para satisfacer las mismas necesidades.

Miré la modesta parcela de vegetación y, cuanto más la miraba, más me inquietaba su visión. Me costó un buen rato entender el motivo.

Toda la isla era un artefacto, igual que cualquier edificio de metal y cristal. Su mantenimiento dependía de formas de vida manipuladas, pero sus antepasados naturales eran tan remotos para ellas como los antiguos metales enterrados para una brillante aleación de titanio. Aquel parque diminuto, que no era más que una maceta exagerada, debería haber logrado que lo viera con claridad y que se desvaneciera la ilusión de que estaba en algo más que en la cubierta de una gran máquina.

No fue así.

Había visto Anarkia desde el aire: extendía sus zarcillos en el Pacífico y tenía tanta belleza orgánica como cualquier otra criatura viva del planeta. Sabía que cada ladrillo y cada azulejo de esta ciudad había surgido del océano, no de un horno de cocción. Toda la isla parecía tan natural, a su manera, que eran la hierba y los árboles los que parecían artificiales. Esta parcela de auténtica naturaleza silvestre parecía extraña y fuera de lugar.

Me senté en un banco de roca de arrecife, aunque más blando que el pavimento (¿más polímero, menos mineral?). Estaba parcialmente resguardado por la sombra de una de las (¿irónicas?) esculturas con forma de palmera que rodeaban el borde de la plaza. Nadie de allí pisaba la hierba, así que no me acerqué. Como no había recuperado el apetito me senté y dejé que me envolvieran la brisa cálida y la visión de los transeúntes.

Sin querer, me acordé de mi fantasía absurda de las interminables tardes de domingo con Gina. ¿Por qué pensé que querría sentarse conmigo junto a una fuente de Epping durante el resto de su vida? ¿Cómo pude creer durante tanto tiempo que

era feliz si al final lo único que conseguí fue que se sintiera incomprendida e invisible, ahogada y atrapada?

Sonó mi agenda y la saqué del bolsillo.

—Acaban de salir las estadísticas epidemiológicas de la OMS para marzo — anunció **Sísifo**—. Los casos oficiales de Angustia ya ascienden a quinientos veintitrés. Eso supone un incremento del treinta por ciento en un mes. —Apareció un gráfico en la pantalla—. Se han producido más casos en marzo que a lo largo de los seis meses previos.

—No recuerdo haberte pedido que me informaras sobre esto —dije desconcertado.

—El siete de agosto del año pasado, a las nueve cuarenta y tres de la tarde, en la habitación del hotel de Manchester, dijiste: «Avísame si las cifras despegan realmente».

—De acuerdo. Sigue.

—También se han publicado veintisiete artículos nuevos en los periódicos sobre el tema desde la última vez que lo consultaste. —Apareció una lista de títulos—. ¿Quieres oír los extractos?

—La verdad es que no.

Aparté la vista de la pantalla y vi a un masc que pintaba en un caballete al otro lado de la plaza. Era blanco, bajo y fornido, probablemente de unos cincuenta años, con la cara arrugada y bronceada. Ya que no iba a comer, debería haber aprovechado bien el tiempo y haber vuelto a ver la ponencia de Henry Buzzo, o haber leído con detenimiento material de apoyo relevante. Después de plantearme esta idea durante unos minutos, me levanté y fui a ver qué estaba pintando.

El cuadro era una imagen impresionista de la plaza. O impresionista en parte: las palmeras y la hierba parecían manchas de luz verde reflejadas en el cristal irregular de una ventana a través de la cual se veía el resto de la escena, pero los edificios y el pavimento estaban retratados con tanta sobriedad como si los hubiera hecho el ordenador de un arquitecto. Lo hacía todo sobre Transición, un material que cambiaba de color al pasarle un lápiz electrónico. Los distintos voltajes y frecuencias hacían que cada tipo de ion metálico subyacente saliera a la superficie de polímero blanco en un porcentaje distinto; casi parecía pintura al óleo que surgía de la nada. Me habían dicho que crear un color determinado requería tanta destreza como mezclar óleos. Sin embargo, borrar era fácil; si se invertía el voltaje, desaparecían todos los pigmentos.

—Quinientos dólares —dijo el artista sin detenerse a mirarme; tenía el acento de las zonas rurales de Australia.

—Si me tienen que desplumar —dije—, preferiría que lo hiciera alguien de aquí.

—¿Diez años no me dan esa categoría? ¿Qué quieres? ¿Un certificado de

ciudadanía?

—¿Diez años? Perdona. —Diez años significaban que era prácticamente un pionero. Anarkia se sembró en el 2032, pero tardó casi una década en ser habitable y autónoma. Me sorprendió; los fundadores y casi todos los primeros pobladores eran americanos—. Me llamo Andrew Worth —añadí—. He venido para el congreso Einstein.

—Bill Munroe. He venido por la luz. —No me ofreció la mano.

—No puedo permitirme comprar el cuadro, pero si quieres, te invito a comer.

—Eres periodista —dijo con acritud.

—Cubro el congreso. Nada más. Pero siento curiosidad por la isla.

—Entonces lee sobre el tema. Está todo en la red.

—Sí, y es todo contradictorio. No sé diferenciar lo que es propaganda de lo que no.

—Y ¿por qué piensas que puedes fiarte más de lo que yo te diga?

—Cara a cara, lo sabré.

—¿Por qué yo? —Suspiró y dejó el lápiz—. De acuerdo, comida y anarquía. Por aquí. —Empezó a cruzar la plaza.

—¿No irás a dejar esto...? —dije sin moverme, aunque como él seguía andando me puse a su altura—. Quinientos dólares más el caballete y el lápiz. ¿Estás seguro de que nadie lo tocará?

Me miró irritado, se volvió y agitó su agenda hacia el caballete, que emitió un chirrido breve y ensordecedor. Algunas personas se volvieron para mirar.

—¿No existen los dispositivos de alarma en tu pueblo?

Noté que me ruborizaba.

Munroe eligió una cafetería al aire libre de aspecto barato y pidió un mejunje hirviente de color blanco en la pantalla de servicio instantáneo del mostrador. Olía a pescado nauseabundo, aunque eso no implicaba necesariamente que hubiera sido carne de un vertebrado alguna vez. Aun así, perdí cualquier leve sensación de apetito que tuviera.

—No me digas, estás perplejo por el uso de crédito internacional como forma de pago —dijo mientras yo ponía el pulgar para pagar la comida—, la existencia de restaurantes de empresas independientes, mi apego desvergonzado por la propiedad privada y todos los otros símbolos de capitalismo que ves a tu alrededor.

—Ya has hecho esto antes, así que ¿cuál es la respuesta típica a la pregunta típica?

—Anarkia es una democracia capitalista —dijo mientras se llevaba el plato a una mesa que le proporcionaba una buena vista del caballete—. Y una socialdemocracia liberal. Y un sindicato de colectivos. Y muchos cientos de cosas más para las que no tengo nombre.

—¿Te refieres a que aquí las personas actúan libremente como si estuvieran en esos tipos de sociedad?

—Sí, pero es algo más profundo. Casi todas las personas se inscriben en agrupaciones que, en la práctica, son esos tipos de sociedad. La gente quiere libertad de elección, pero también cierto grado de estabilidad, así que acepta acuerdos que le proporcionen un marco en el que organizar su vida. Por supuesto tiene libertad para abandonar estos acuerdos, al igual que muchas democracias permiten la emigración. Puede que no haya un parlamento ni un jefe de estado, pero me parece propio de la socialdemocracia que sesenta mil personas de una agrupación convengan en destinar un porcentaje de sus ingresos, sujeto a auditoría, a un fondo que se utilice para la salud, la educación y el bienestar y que se invierta según las directrices establecidas por los comités de delegados electos.

—Así que la elección libre de «gobierno» no está prohibida. Pero, en conjunto, ¿sois anarquistas o no? ¿No tenéis leyes generales que todas las personas tengan que acatar?

—Hay unos cuantos principios refrendados por una gran mayoría de residentes. Ideas básicas sobre no admitir la violencia ni la coacción. Son muy conocidas, y si hay alguien a quien no le parezcan bien, no debería venir aquí. Sin embargo, no hilaré tan fino: también podrían considerarse leyes.

»Entonces ¿somos anarquistas o no? —Munroe hizo un gesto de indiferencia—. "Anarquía" significa ni gobernante ni leyes, pero nadie de Anarkia pierde el sueño por analizar la semántica del griego clásico, o las obras de Bakunin, de Proudhon y Godwin. Perdona, retiro eso, casi el mismo porcentaje de población que encontrarías en Pekín o París se apasiona por esos temas. Pero tendrías que entrevistar a uno de ellos si quieres conocer su opinión.

»Mi opinión es que el mundo carga con demasiado bagaje cultural para que lo salven. No es ningún drama. Casi todos los movimientos anarquistas de los siglos diecinueve y veinte, al igual que los marxistas, se quedaron empantanados en la cuestión de arrebatar el poder a las clases dirigentes. En Anarkia eso se solucionó con sencillez. En el dos mil veinticinco, seis empleados de una empresa de biotecnología de California llamada InGenIo se fugaron con toda la información que necesitaban para hacer la siembra. Casi toda era fruto de su trabajo, aunque no de su propiedad. También se llevaron algunas células manipuladas de varios cultivos, pero muy pocas para que no se notara. Cuando el mundo se enteró de que Anarkia crecía, ya había varios cientos de personas que vivían aquí por turnos y habría dado muy mala imagen esterilizar el lugar por las buenas.

»Ésa fue nuestra "revolución". Mucho mejor que medir la vida en términos de cócteles molotov.

—Salvo que el robo implica que tenéis que soportar el bloqueo.

—El bloqueo es muy molesto —dijo Munroe encogiendo los hombros—. Pero Anarkia con bloqueo sigue siendo mejor que la alternativa: una isla propiedad de una empresa y hasta el último palmo de ella en manos privadas. Ya es bastante malo que haya que pagar una licencia por cada cultivo decente del planeta, imagínate si ocurriera lo mismo con el suelo que pisas.

—De acuerdo —dije—, la tecnología os proporcionó un atajo hacia una nueva sociedad e hizo que los viejos modelos fueran irrelevantes. Sin invasión, sin genocidio, sin un nacimiento sangriento ni reformas democráticas traumáticas. Pero llegar hasta ahí es fácil; lo que no entiendo es qué evita que se derrumbe este lugar.

—Pequeños organismos invertebrados.

—Me refiero a la política.

—Derrumbarse, ¿por qué? —Munroe parecía desconcertado—. ¿El funcionamiento de la anarquía?

—La violencia, el saqueo, las mafias.

—¿Para qué molestarse en venir al medio del Pacífico en busca de algo que se puede encontrar en cualquier ciudad del mundo? ¿O crees que nos hemos tomado todas esas molestias para representar *El señor de las moscas*?

—Intencionadamente no, pero cuando pasa algo así en Sydney mandan a la brigada antidisturbios, y en Los Ángeles a la guardia nacional.

—Disponemos de una milicia adiestrada que cuenta con el consentimiento casi general para utilizar la fuerza de manera razonable a fin de proteger los recursos vitales en caso de emergencia. —Sonrió—. Recursos vitales, fuerzas de emergencia... Suena como si estuvieras en casa, ¿verdad? Con la diferencia de que nunca se ha dado el caso.

—De acuerdo, ¿por qué?

—¿Buenas intenciones? —Munroe se frotó la frente y me miró como a un niño pesado—. ¿Inteligencia? ¿Alguna extraña fuerza alienígena?

—En serio.

—Algunas cosas son obvias. Las personas vienen aquí con un nivel de idealismo algo superior al de la media. Quieren que Anarkia funcione, o no habrían venido, al margen de algún que otro provocador a ultranza. Están dispuestos a cooperar. No me refiero a vivir en casas comunales fingiendo que todos forman parte de una familia ni a ir a trabajar en grupos entonando himnos para elevar la moral..., aunque hay algo de eso. Pero desean ser más flexibles y tolerantes que el término medio de las personas que eligen vivir en otros lugares, porque de eso se trata.

»Hay menos concentración de riqueza y poder. Quizá sólo sea una cuestión de tiempo, pero con tanto poder descentralizado por completo, es muy difícil comprarlo. Y sí, hay propiedad privada, pero la isla, los arrecifes y el agua son públicos. Las agrupaciones que recogen y procesan los alimentos venden sus productos, pero no

tienen el monopolio: hay muchos que los sacan directamente del mar.

—De acuerdo —dije frustrado mientras miraba la plaza—. No os dedicáis a robaros los unos a los otros ni a causar disturbios en las calles, porque nadie pasa hambre ni es demasiado rico... todavía. Pero ¿de verdad crees que puede durar? La generación próxima no estará aquí por decisión propia. ¿Qué pensáis hacer? ¿Adoctrinarlos en la tolerancia y esperar que salga bien? Nunca ha funcionado. Cualquier otro experimento similar ha acabado en violencia, con una conquista, una absorción... o han desistido y se han convertido en una nación con gobierno.

—Por supuesto que intentamos transmitir nuestros valores a nuestros hijos —dijo Munroe—, como en el resto del planeta. Y más o menos con el mismo éxito. Pero, al menos, casi todos los niños de aquí aprenden sociobiología desde pequeños.

—¿Sociobiología?

—Créeme —dijo sonriente—, es más útil que Bakunin. Las personas nunca llegarán a un acuerdo detallado sobre cómo debe organizarse la sociedad. ¿Por qué deberían hacerlo? Pero a menos que seas un edenita que cree que hay una condición natural utópica dictada por Gea a la que todos hemos de regresar, cualquier forma de civilización que adoptes implica elegir algún tipo de respuesta cultural, que no sea una aceptación pasiva, al hecho de que somos animales con ciertas tendencias de comportamiento innatas. Y aunque esa respuesta suscite el compromiso más sutil o la oposición más vehemente, contribuye a que comprendas exactamente a qué intentas adaptarte u oponerte.

»Si las personas conocen las fuerzas biológicas que influyen sobre ellas y quienes las rodean, por lo menos tendrán la oportunidad de adoptar estrategias inteligentes para conseguir lo que quieren con un conflicto mínimo, en lugar de dar tumbos por ahí cargadas de mitos románticos y buenas intenciones cortesía de algún filósofo político muerto.

Reflexioné sobre ello. Me había tropezado con un sinfín de recetas detalladas de absurdas utopías «científicas» y programas de sociedades organizadas que alegaban motivos racionales; pero era la primera vez que oía a alguien abogar por la diversidad a la vez que reconocía las fuerzas biológicas. En lugar de explotar la sociobiología para intentar justificar una doctrina política rígida, impuesta por el poder, desde el marxismo hasta la familia nuclear, desde la pureza racial hasta el separatismo de identidad sexual, en lugar de «debemos vivir así porque la naturaleza humana lo exige», Munroe insinuaba que las personas podían utilizar el conocimiento sobre su especie para tomar las decisiones que más les convinieran.

Anarquía bien informada. Era una idea atractiva, pero no podía evitar algo de escepticismo.

—No todos querrán que sus hijos estudien sociobiología. Incluso aquí habrá unos cuantos fundamentalistas religiosos y culturales a los que les parecerá amenazador.

¿Y los emigrantes adultos? Si alguien tiene veinte años al llegar a Anarkia, vivirá unos sesenta años más, tiempo de sobra para perder su idealismo. ¿De verdad crees que todo el asunto puede aguantar mientras la primera generación envejece y se desilusiona?

—¿Acaso importa lo que yo crea? —Munroe estaba desconcertado—. Si de verdad te interesa, en un sentido o en otro, explora la isla, habla con la gente y saca tus propias conclusiones.

—Tienes razón. —Aunque no estaba aquí para explorar la isla ni para formarme una opinión de su futuro político. Miré el reloj: era más de la una. Me levanté.

—Dentro de un momento va a pasar algo que quizá te gustaría ver o incluso probar. ¿Tienes prisa?

—Depende —dudé.

—Supongo que podrías decir que es lo más parecido que tenemos a... una ceremonia para nuevos residentes. —Munroe se rió al ver mi falta de entusiasmo—. Te prometo que nada de himnos, juramentos ni discursos largos. Y no, no es obligatoria, pero parece que se ha puesto de moda entre los recién llegados, aunque los turistas también son bien recibidos.

—¿Vas a contármelo o he de adivinarlo?

—Puedo decirte que se llama «buceo de tierra». Pero tienes que verlo para saber qué significa en realidad.

Munroe recogió su caballete y me acompañó. Sospechaba que en el fondo disfrutaba haciendo de guía turístico radical y veterano. Mientras el tranvía se dirigía hacia el brazo norte de la isla nos quedamos al lado de la entrada para que nos diera la brisa. Apenas se veían las vías: dos surcos paralelos tallados en la roca, con la cinta gris del superconductor por el centro, todo oculto bajo una capa de polvo calcáreo.

Cuando llevábamos recorridos unos quince kilómetros, éramos los únicos pasajeros que quedaban.

—¿Quién paga el mantenimiento de estas cosas? —pregunté.

—En parte se paga con los billetes, pero las agrupaciones pagan el resto.

—¿Qué pasa si una agrupación decide no pagar? ¿Montar por la cara?

—Todos se enterarían.

—Vale, pero ¿y si de verdad no pueden permitirse la contribución? ¿Y si son pobres?

—Casi todas las cuentas de las agrupaciones se hacen públicas por iniciativa propia, aunque resultaría muy raro que las mantuvieran en secreto. Cualquiera en Anarkia puede coger su agenda y averiguar si la riqueza de la isla se concentra en una agrupación, se manda fuera o lo que sea, y obrar en consecuencia como mejor le parezca.



Ya habíamos salido del centro urbanizado. Había edificios que parecían fábricas y almacenes dispersos alrededor de las líneas del tranvía, pero cada vez más, la vista consistía en roca de arrecife desnuda, plana aunque ligeramente irregular. La piedra caliza tenía todas las tonalidades que había visto en la ciudad, marcando el paisaje como las rayas de una cebra, con diseños claramente antigeológicos determinados por la propagación de las distintas subespecies de bacterias litofílicas. Sin embargo, este terreno no era adecuado para el cultivo en roca, ya que el núcleo de la isla era demasiado seco y duro, desvascularizado. Más adelante, la roca era mucho más porosa, se anegaba con agua rica en calcio y tenía los organismos manipulados necesarios para abastecerla. Las líneas del tranvía no llegaban a la costa porque el terreno era demasiado blando para soportar el peso de los vehículos.

Invoqué a **Testigo** y empecé a grabar; si seguía así tendría más grabación privada del viaje que material para el documental, pero no pude resistirme.

—¿De verdad viniste por la luz? —dije.

—En realidad no. Necesitaba alejarme —dijo Munroe con un gesto de negación.

—¿De qué?

—De todo el ruido. De toda la hipocresía. De todos los «Australianos Profesionales».

—Ah.

Había oído por primera vez aquel término cuando estudiaba historia del cine; se acuñó para describir la corriente dominante de directores de las décadas de 1970 y 1980. Tal y como lo expuso un historiador: «No poseen rasgos distintivos, salvo su nacionalidad; no tienen nada que decir ni que hacer excepto endilgar a su público un vocabulario claustrofóbico de mitos e iconos nacionalistas gastados, a la vez que proclaman ser los que "definen el carácter nacional" y los representantes de una nación que encuentra su voz». Pensaba que era una forma muy dura de juzgarlos hasta que vi algunas de sus películas. Casi todas eran historias alienantes de vaqueros, melodramas rurales coloniales o historias de guerra sentimentales. Sin embargo, es probable que el nadir de la época fuera un intento de comedia en la que Albert Einstein hacía de hijo de un cultivador de manzanas australiano, «desintegraba átomos de cerveza» y se enamoraba de Madame Curie.

—Creía que los medios audiovisuales habían superado eso hace mucho —añadí—, y más en tu ámbito artístico.

—No hablo de arte. —Munroe frunció el ceño—. Me refiero a toda la cultura dominante.

—¡Vamos! Ya no existe una cultura dominante. El filtro es más poderoso que el emisor. —Por lo menos ése era el argumento más arraigado en la red, aunque todavía no tenía claro si me lo tragaba.

Munroe, desde luego, no.

—Muy zen —dijo—. Intenta exportar biotecnología médica australiana a Anarkia y sabrás exactamente quién tiene el control. —No tenía respuesta para eso—. ¿No estás harto de vivir en una sociedad que se pasa la vida hablando de sí misma y que además miente? —siguió—. Que define todo lo que merece la pena: tolerancia, sinceridad, lealtad y justicia, como si fuera sólo australiano. Que intenta fomentar la diversidad pero no cesa de parlotear sobre su identidad nacional. ¿No te cansas nunca del desfile continuo de bufones que reivindican la autoridad de hablar en tu nombre: políticos, intelectuales, celebridades, comentaristas, que te definen y caracterizan hasta en el mínimo detalle, desde tu distintivo sentido del humor australiano hasta tu «iconografía del subconsciente colectivo» de mierda y que, en realidad, no son más que unos mentirosos y unos ladrones?

Me desconcertó durante un momento, pero, después de reflexionar, me pareció una descripción en la que reconocía la corriente dominante de la cultura política y académica. O si no la dominante, por lo menos la que más se oía.

Me encogí de hombros.

—Todos los países tienen un grado de gilipollez provinciana como ésa en algún lugar. La de Estados Unidos es casi igual de mala. Pero ya apenas la noto y menos en casa. Supongo que he aprendido a desconectar casi todo el tiempo.

—Entonces te envidio. Yo nunca lo conseguí.

El tranvía seguía deslizándose, mientras desplazaba polvo con un suave silbido. Munroe tenía algo de razón: los nacionalistas políticos y culturales que afirmaban ser la voz de la nación podían privar del derecho al voto a aquellos a quienes «representaban» con la misma eficacia que los sexistas que afirmaban ser la voz de su sexo. Un puñado de personas que dicen hablar en nombre de cuarenta millones o de cinco mil millones siempre ejercería un poder desproporcionado, simplemente por adjudicarse ese derecho.

Entonces ¿cuál era la solución? ¿Trasladarse a Anarkia? ¿Hacerse ásex? ¿O esconder la cabeza en un rincón balcanizado de la red e intentar creer que nada de eso importa?

—Pensaba que el vuelo desde Sydney era suficiente para conseguir que a cualquiera le apeteciese marcharse para siempre —dijo Munroe—, la prueba palpable de lo absurdas que son las naciones.

—Casi. —Me reí con sequedad—. Es comprensible que sean mezquinos y vengativos con Timor Oriental; piensa que han ensuciado las bayonetas de nuestros socios comerciales durante todos estos años y luego han cometido la temeridad de revolverse y demandarnos. Sin embargo, no tengo ni idea de en qué consiste el problema de Anarkia. Ninguna de las patentes de InGenIo era australiana, ¿no?

—No.

—Entonces, ¿qué demonios pasa? Ni siquiera Washington se molesta en castigar

a Anarkia de forma tan... exhaustiva.

—Yo tengo una teoría —dijo Munroe.

—¿Sí?

—Piensa en ello. ¿Cuál es la mayor mentira que se dice a sí misma la clase dominante política y cultural? ¿En qué consiste la mayor discrepancia entre la imagen y la verdad? ¿Cuáles son los atributos de los que más presume y más carece cualquier Australiano Profesional que se precie?

—Si esto es un mal chiste freudiano, me vas a decepcionar mucho.

—Atisbos de autoridad. Independencia de espíritu. Disconformidad. Así que, ¿qué podría parecerles más amenazador que una isla llena de anarquistas?

# 13

Nos dirigimos hacia el norte desde la terminal, atravesando una explanada marmórea verdigrís. En algunos lugares todavía quedaban vestigios de tubos ramificados, pequeños y gruesos. Era el coral de las costas de la década anterior que no había sido digerido del todo. La vista era muy chocante si se tenía en cuenta en la escala temporal del lugar; era como tropezarse con fósiles identificables de los años cuarenta, modelos viejos de agendas abolladas y zapatos raros que habían sido el último grito en la época, pero convertidos en simples contornos mineralizados. Tenía la impresión de que se notaba más la roca del suelo que en el pavimento endurecido y denso de la ciudad, pero no dejábamos huellas visibles a nuestro paso. Me paré y me agaché para tocar el terreno, preguntándome si sería húmedo al tacto. No. Probablemente, había una capa plastificada bajo la superficie para controlar la evaporación.

A lo lejos había un grupo de unas veinte personas reunido alrededor de un armazón de varios metros de altura con un gran torno mecanizado en un lado; cerca, un autobús pequeño de color verde con grandes ruedas de neumáticos para superficies poco firmes. Media docena de toldos de color naranja vivo brotaban del armazón y podía oír cómo chasqueaban en la brisa. Un cable naranja iba del torno a una polea que estaba colgada del armazón y supuse que caía a un agujero del suelo oculto por el círculo de espectadores.

—¿Los bajan a algún tipo de pozo de mantenimiento? —pregunté.

—Así es.

—Qué costumbre más encantadora. Bienvenido a Anarkia, cansado y hambriento viajero... Pase a comprobar nuestras cloacas.

—Mal —bufó Munroe.

A medida que nos acercábamos, vi que todos los del grupo miraban atentamente el agujero que había debajo del armazón. Un par de personas nos miró durante un momento y una fem alzó la mano en una tentativa de saludo. Le devolví el gesto; ella sonrió con nerviosismo y se volvió hacia la entrada oculta.

—Parece que están en un accidente minero y esperan a que saquen los cadáveres a la superficie para identificarlos —susurré, aunque no estábamos lo bastante cerca para que nos oyeran.

—Siempre resulta un poco tenso, pero ten paciencia.

Desde lejos me había parecido que estaban vestidos con ropa informal, al azar, pero al acercarme vi con claridad que casi todos llevaban bañador, varios con una camiseta encima, y unos pocos llevaban trajes de buceo cortos. Algunos estaban muy despeinados y un masc tenía el pelo mojado.

—¿Dónde se sumergen? ¿En los depósitos de agua? —El agua del océano se

desalinizaba en plantas especializadas, en los arrecifes, y el agua dulce se bombeaba a tierra para complementar la reciclada.

—Eso sí que sería un reto —dijo Munroe—; ninguno de los conductos tiene un diámetro mayor que el de un brazo.

Me detuve a una distancia respetuosa del grupo; me sentía como un intruso. Munroe se adelantó y se abrió paso con cuidado hasta el círculo exterior; no pareció importarle a nadie y tampoco nos prestaron mucha atención. Al final me di cuenta de que los toldos se movían y agitaban de forma desproporcionada para la suave brisa del este. Me acerqué y sentí un viento fuerte y frío que emergía del túnel y arrastraba un olor rancio a mineral húmedo.

Atisbé por encima de la gente y vi que la boca del túnel estaba coronada, a la altura de las rodillas, con un pequeño pozo de roca de arrecife o biopolímero de alta resistencia con un sello irisado que habían arrancado al abrirlo. El torno, contemplado desde unos pocos metros, me parecía monstruoso, demasiado grande y con un aspecto demasiado industrial para que pudiera estar relacionado con ningún deporte ligero. El cable era más grueso de lo que esperaba; pensé en intentar calcular su longitud total, pero los topes laterales de la bobina ocultaban el número de vueltas. El motor era muy silencioso y sólo se oía el silbido del aire al pasar por los cojinetes magnéticos; pero el cable chirriaba cuando se enrollaba sobre la bobina y el armazón crujía cuando el cable se deslizaba sobre la polea.

Nadie hablaba. No parecía un momento adecuado para empezar a hacer preguntas.

De repente oí unos jadeos, casi sollozos. Hubo un murmullo de nerviosismo y todos, impacientes, se inclinaron hacia delante. Una fem salió del túnel aferrándose con firmeza al cable, con bombonas de buceo sujetas a la espalda y las gafas subidas sobre la frente. Estaba mojada, pero no goteaba, así que el agua debía de estar bastante abajo.

El torno se paró. La fem desenganchó la cuerda de seguridad que unía el arnés de buceo al cable y la gente se acercó para ayudarla a subir al borde del pozo y de ahí hasta tierra. Me adelanté y vi que la pequeña plataforma circular sobre la que había estado de pie era un grueso entramado de tubos de plástico. También vi una linterna que proyectaba dos haces de luz paralelos sujeta al cable más o menos a metro y medio por encima de la plataforma.

La fem parecía aturdida. Se alejó un poco del grupo, casi tambaleándose, se sentó en la roca y miró al cielo; aún tenía la respiración entrecortada. Se quitó las bombonas y las gafas despacio, metódicamente, y se tumbó. Cerró los ojos, estiró los brazos y, con las palmas de las manos hacia abajo, extendió los dedos sobre la tierra.

Un masc y dos chicas adolescentes se separaron del resto, se acercaron y la miraron preocupados. Empezaba a preguntarme si necesitaría atención médica y

estaba a punto de pedirle discretamente a **Sísifo** que me refrescara la memoria sobre los síntomas de los infartos y los primeros auxilios cuando la fem se puso en pie de un salto con una sonrisa radiante. Empezó a hablar muy nerviosa con su familia en lo que me pareció una lengua polinesia. No entendía una palabra de lo que decía, pero parecía estar eufórica.

La tensión se desvaneció y todos empezaron a reír y charlar.

—Hay ocho personas en la cola delante de ti —me dijo Munroe—, pero te prometo que vale la pena esperar.

—No sé qué habrá ahí abajo, pero mi seguro no lo cubre.

—En Anarkia no creo que tu seguro cubra ni un paseo en tranvía.

Un joven delgado con bañador corto a flores estaba poniéndose el equipo de buceo que llevaba antes la fem. Me presenté; parecía nervioso, pero no le importó conversar. Se llamaba Kumar Rajendra y estudiaba ingeniería en Fiyi. Llevaba menos de una semana en Anarkia. Saqué una cámara del tamaño de un botón de la cartera y le expliqué lo que quería. Miró a las personas que estaban alrededor del agujero como si se preguntara si tenía que pedirle permiso a alguien, pero accedió a bajar con ella. Mientras fijaba la cámara a la parte superior de las gafas de buceo, como si fuera un tercer ojo, vi un resto de residuo calcáreo en el plástico transparente.

Una fem mayor que llevaba traje de buceo se acercó a comprobar si se había ajustado bien el equipo y repasó las medidas de emergencia con Rajendra, que la escuchó con solemnidad. Me alejé y comprobé la recepción de mi agenda. La cámara transmitía por ultrasonidos, radio e infrarrojos, y si ninguna de esas señales conseguía transmitir, tenía cuarenta minutos de memoria.

—Estás loco, ¿sabes? —Munroe se me acercó exasperado—. No será lo mismo. ¿Por qué grabar la inmersión de otro si puedes sumergirte tú mismo?

Era mi destino, incluso en Anarkia encontraba a alguien que quería que me callara e hiciera lo que me decían.

—Quizá lo haga —dije—. Pero así sabré exactamente en qué me meto. Además, sólo soy un turista, ¿verdad? Mi experiencia de la ceremonia para los nuevos residentes no sería muy auténtica.

—¿Auténtica? —Munroe puso los ojos en blanco—. A ver si te aclaras, ¿cubres el congreso Einstein o haces *Rito de iniciación en Anarkia*?

—Ya veremos. Si acabo con dos programas por el precio de uno..., tanto mejor.

Rajendra subió al borde del pozo, se agarró del cable y pasó a la plataforma, que se balanceó peligrosamente hasta que consiguió centrarse en ella. La brisa hinchaba su bañador y le ponía el pelo de punta de una forma muy cómica, pero la visión daba más vértigo que risa. Parecía un paracaidista sin paracaídas o un lunático que hacía equilibrios sobre el ala de un avión. Al final enganchó la cuerda de seguridad, pero la impresión de caída libre no desapareció.

Me sorprendió que a Munroe le entusiasmara tanto algo que me parecía un ritual de valor cualquiera, uno de tantos ritos iniciáticos que imponían pruebas exageradas. Incluso si no existía verdadera presión para tomar parte y aunque el riesgo fuera mínimo, menuda isla de inconformistas radicales.

Alguien puso en marcha el torno, que empezó a soltar cable. Los amigos de Rajendra, primero de pie y luego arrodillados en el borde del pozo, estiraban los brazos y le daban palmadas de ánimo en la espalda mientras descendía; él sonreía con nerviosismo cuando desapareció de nuestra vista. Me colé hasta la parte delantera y me incliné con la agenda para mantener la línea de comunicación. Probablemente, la memoria de la cámara sería más que suficiente, pero no podía resistir la tentación del tiempo real. No era el único, las personas empujaban para poder ver la pantalla.

—Menuda autenticidad —gritó Munroe detrás del tumulto—. ¿Te das cuenta de que has cambiado la experiencia de todos?

—La del buceador no.

—Oh, claro, eso es lo único que importa. Capturar la última imagen fugaz de lo auténtico antes de destruirlo de forma irrevocable. Eres un etnovándalo. De todas formas —añadió medio en serio—, te equivocas: también cambia las cosas para el buceador.

El túnel tenía unos dos metros de anchura y sus paredes eran cilíndricas de la misma forma que la superficie era plana: demasiado perfectas para ser el resultado de un proceso geológico, pero demasiado irregulares para ser obra de una máquina. La morfogénesis de Anarkia era un proceso complejo que no había investigado en detalle, pero sabía que la intervención humana directa había sido necesaria en muchos aspectos. Daba igual que este túnel se hubiera formado espontáneamente por la confluencia de ciertos niveles de gradientes de marcadores químicos porque las bacterias litofílicas detectaron la señal y activaron los genes adecuados, o bien que alguien hubiera tenido que verter un cubo de catalizadores en la superficie para obligarlas a hacerlo; cualquiera de las dos opciones superaba con creces la de atacar la roca durante un mes o dos con una perforadora con punta de diamante.

Vi cómo los reflejos de los haces gemelos de la linterna se hundían lentamente en la oscuridad mientras la imagen subjetiva de la arenisca verdigrís se deslizaba ante Rajendra. Había más huellas de coral ancestral y se divisaban, fugazmente, esqueletos de peces que habían quedado atrapados cuando se formó el arrecife. Volví a notar la extraña sensación que provocaba la escala temporal comprimida de la isla. Tenía tan arraigada la idea de que las profundidades subterráneas pertenecían a eones remotos e inconcebibles que me costaba un esfuerzo constante aceptar que los envases de refrescos y los neumáticos eran anteriores a Anarkia y era perfectamente posible que alguno acabara formando parte de la mezcla a partir de la cual se constituyó aquella roca.

Los vestigios de minerales decorativos empezaron a desaparecer, pues no iban a malgastarlos a una profundidad en la que apenas se verían. A Rajendra se le aceleró la respiración y miró hacia la superficie; algunos de los que observaban la pantalla lo llamaron y lo saludaron, sus brazos siluetas huesudas parcialmente devorados por el resplandor del deslumbrante círculo de cielo. Apartó la mirada y la dirigió directamente abajo; la rejilla de la plataforma no suponía una obstrucción, pero ni los haces de la linterna ni la luz del sol iluminaban demasiado en aquella profundidad. Pareció recuperar la calma. Me había planteado pedirle que hiciera un comentario sobre la marcha, pero ahora me alegraba de no haberlo hecho; habría sido una carga injusta.

La pared de túnel estaba cada vez más húmeda; Rajendra estiró un brazo y pasó los dedos por el líquido calcáreo. El agua y los nutrientes penetraban en todos los lugares de la isla (incluso en el centro, aunque allí el estrato superficial seco y duro era más grueso). No importaba que la roca no fuera a ser excavada nunca; el hecho de que el túnel no se regenerara demostraba que la zona se había programado así explícitamente. Los litófilos aún eran indispensables; no se podía permitir que muriera el sustrato base.

Empecé a distinguir burbujas diminutas que se formaban en el líquido y que revestían las paredes del muro, y a mayor profundidad se apreciaba una efervescencia patente. Más allá de los bordes del *guyot* no había nada que sostuviera la parte inferior de Anarkia y un bloque macizo de piedra caliza de cuarenta kilómetros de largo, reforzado por polímeros o no, se habría quebrado al instante. El *guyot* era un anclaje útil y soportaba una parte de la carga, pero la mayor parte de la isla no tenía más remedio que flotar. Anarkia estaba compuesta por tres cuartas partes de aire; el sustrato base era una espuma fina y mineralizada más ligera que el agua.

El aire de esta espuma estaba sometido a un equilibrio de presiones: la roca empujaba la parte superior y el agua del mar la inferior. Había una pérdida constante de aire por difusión a través de la roca; el viento que salía disparado del túnel era la pérdida acumulada de cientos de metros cuadrados, y lo mismo sucedía en cualquier otra parte, aunque con menos intensidad.

Los litófilos impedían que Anarkia se colapsara como un pulmón perforado y se hundiera como una esponja empapada. Había muchos organismos naturales capaces de producir grandes cantidades de gas, pero tendían a excretar productos que no resultaría conveniente que salieran a la superficie en grandes cantidades, como metano o ácido sulfúrico. Los litófilos consumían agua y dióxido de carbono (casi todo disuelto) para producir hidratos de carbono y oxígeno (casi todo sin disolver), y dado que producían carbohidratos con «bajo contenido de oxígeno» (como la desoxirribosa), la cantidad de oxígeno que liberaban era mayor que la de dióxido de carbono que absorbían y proporcionaban un aumento neto de la presión.



Todo esto requería energía y materia prima; había que alimentar a los litófilos que vivían en la oscuridad. Los nutrientes que consumían y los productos que excretaban formaban parte de un ciclo que se extendía más allá del arrecife. En última instancia, la luz del sol que incidía sobre las aguas colindantes era su principal fuente de energía.

Al poco rato, la superficie empezó a bullir, rociando la cámara con gotitas calcáreas como babas. Y por fin me di cuenta de que estaba completamente equivocado: la inmersión no tenía nada que ver con ningún concepto edenita de «rituales tribales» modernos. El coraje necesario no tenía importancia; no era un fin en sí mismo. Se trataba de descender a través de la exhalación palpable de la roca y ver en persona lo que era Anarkia: entender la maquinaria oculta que mantenía a flote la isla.

La mano de Rajendra apareció en una esquina de la imagen cuando se ajustó el respirador y conectó el suministro de aire. Claro, todo el líquido que se filtraba se acumularía en la base del túnel. Miró una vez hacia abajo, a lo que parecía un estanque oscuro y sulfuroso que hervía con un calor volcánico; en realidad, era probable que estuviera muy frío y fuera inodoro. Munroe tenía razón en una cosa: en realidad, era necesario bajar hasta allí. Además, el viento que se producía en el túnel sería más débil a aquella profundidad que en la superficie, ya que gran parte de la roca que lo filtraba y contribuía al flujo total de aire quedaba más arriba. A Rajendra no le costaría notar la diferencia, pero la imagen del gas que escapaba hacia una presión mayor parecía indicar justo lo contrario.

Cuando la cámara se hundió bajo la superficie, la imagen parpadeó y cambió a una resolución menor. Incluso a través del agua turbia y turbulenta podía ver retazos ocasionales de la pared del túnel, o al menos del muro de burbujas que brotaba de la roca. Era una visión extraña que me desorientaba; casi parecía que el agua fuera tan ácida que podía disolver la piedra calcárea a ojos vistas..., pero una vez más la impresión se habría desmentido al instante si hubiera estado allí abajo en persona, sumergido en aquella sustancia.

La resolución volvió a disminuir y a continuación se redujo la cantidad de fotogramas por segundo. La imagen se convirtió en una serie de fotos fijas que se sucedían con rapidez mientras la cámara intentaba mantener el contacto. El sonido llegaba con bastante claridad aunque, probablemente, no habría distinguido una distorsión en medio del ruido que hacían las burbujas al chocar contra las gafas de buceo. Rajendra miró hacia abajo; la imagen mostraba diez mil perlas de oxígeno que manaban hacia arriba a través del agua opalescente y, más allá de sus rodillas, nada. Me pareció oír que inhalaba con intensidad como si estuviera tenso, preparándose para tocar fondo, y estuvo a punto de caérseme la agenda detrás de él.

Una imagen fija mostró un asustado pez rojo brillante que miraba fijamente a la

cámara. En la siguiente imagen ya no estaba.

—¿Has visto...? —le pregunté a la fem que estaba a mi lado. Lo había visto, pero no parecía sorprendida. Sentí un escalofrío por todo el cuerpo. ¿Qué grosor tenía la roca sobre la que estábamos? ¿Qué longitud tenía el cable?

Cuando Rajendra salió por el lado inferior de la isla dejó escapar un sonido que podía significar cualquier cosa entre la euforia y el terror. Con un tubo de plástico en la boca y las demás complicaciones acústicas, todo lo que pude distinguir fue un sonido entrecortado y apagado. Mientras descendía a través del océano subterráneo, el agua que lo rodeaba se hizo gradualmente más clara. Vi todo un banco de pececitos blancos cruzar el haz de la linterna en la distancia, seguidos de una raya gris de por lo menos un metro de anchura con la boca completamente abierta en una eterna sonrisa filtradora de plancton. Tembloroso, aparté la mirada de la pantalla. Aquello no podía estar sucediendo bajo mis pies.

El torno se detuvo. Rajendra miró hacia arriba, hacia Anarkia, haciendo pivotar la linterna sobre su eje y balanceándola adelante y atrás.

Un agua lechosa se arremolinaba en una capa que colgaba de la parte inferior de la isla. ¿Partículas finas de piedra caliza? No acababa de entenderlo: ¿por qué no caían? Incluso con las imágenes fijas estroboscópicas veía que la neblina estaba en constante movimiento y se alzaba rítmicamente hacia la roca oculta. También pude distinguir una especie de corriente que arrastraba burbujas de gas unos pocos metros hacia abajo antes de que escaparan, finalmente, hacia la neblina. Rajendra dirigía el haz adelante y atrás, cada vez con más control; estaba claro que era difícil manipular la linterna con precisión y pude sentir su frustración, pero al cabo de unos minutos su persistencia se vio recompensada.

Se formó una ola más fuerte que las demás, una corriente de agua clara que ascendió a través de la capa superior lechosa y dividió el manto durante un instante. El haz y la cámara lo atravesaron y nos mostraron una roca grumosa poblada por unas pocas lapas y pálidas anémonas de boca frondosa. En el siguiente plano la imagen era borrosa; todavía no se había oscurecido con la neblina de partículas blancas, pero se veía ondulada y distorsionada por la refracción. Al principio habíamos contemplado roca a través de agua pura; ahora la veíamos a través de agua y aire.

Siempre había una fina capa de aire que permanecía atrapada en el lado inferior a causa del flujo constante de oxígeno que escapaba de la roca porosa.

Este aire dotaba al agua de una superficie en la que había olas. Todas las que rompían contra arrecifes lejanos enviaban una gemela sumergida bajo la isla.

No era de extrañar que el agua estuviera turbia. Una gran lima irregular, vasta y húmeda, raspaba constantemente la parte inferior de Anarkia. Las olas erosionaban las costas, pero al menos se detenían a la altura de la marea alta. Allí, el ataque se llevaba a cabo bajo la tierra seca, hasta llegar al borde del *guyot*.

—Los detritos de caliza —dije dirigiéndome de nuevo a la fem de mi lado, una de las amigas de Rajendra—, esas partículas diminutas, tienen que perder el oxígeno que las hace flotar. ¿Por qué no caen?

—Lo hacen. El color blanco es de las diatomeas manipuladas genéticamente que extraen calcio del agua y lo mineralizan, entonces ascienden y se adhieren a la roca cuando las olas las lanzan contra ella. Los pólipos del coral no pueden vivir en la oscuridad, así que las diatomeas son el único mecanismo de reparación. —Sonrió con una lucidez extraordinaria; había estado allí—. Eso es lo que mantiene la isla a flote: tan sólo una fina bruma de calcio que se disuelve en las profundidades y unos cuantos billones de criaturas microscópicas que siguen las instrucciones de sus genes.

El torno empezó a recoger cable. No había nadie cerca; el buceador debía de tener un mando a distancia que yo no había visto, o bien la duración de la inmersión estaba programada para limitar los riesgos de la descompresión. Rajendra se puso la mano delante de la cara y nos saludó. La gente rió y bromeó cuando empezó el ascenso. No tenía nada que ver con el ambiente que noté al llegar.

—¿Tienes una agenda? —le pregunté a la fem.

—En el autobús.

—¿Quieres el programa de comunicación? Podrías quedarte con la cámara...

—Buena idea. —Asintió con entusiasmo—. ¡Gracias! —añadió mientras iba a buscar la agenda.

La cámara sólo me había costado diez dólares, pero resultó que la copia del programa valía doscientos. Sin embargo, no podía retractarme del ofrecimiento. Cuando volvió, di mi aprobación a la transacción y las máquinas conversaron por infrarrojos. Ella tendría que pagar las siguientes copias, pero el programa se podía transmitir y borrar gratis al pasar de un grupo de buceadores a otro.

Cuando Rajendra emergió empezó a gritar de alegría. En cuanto se soltó de la cuerda de seguridad, corrió por la explanada, todavía con las bombonas a cuestas, antes de volver sobre sus pasos y desmoronarse exhausto. No sé si exageraba, aunque no parecía de éstos, pero cuando se quitó el equipo sonreía como un loco enamorado, eufórico y tembloroso.

La adrenalina, sí, pero no sólo era la emoción de la inmersión. Estaba de nuevo en tierra firme, aunque ahora que había visto qué era exactamente lo que había debajo, ahora que había atravesado buceando los endebles cimientos de la isla, ésta ya nunca sería igual.

Aquello era lo que las personas de Anarkia tenían en común: no simplemente la isla, sino el conocimiento de primera mano de que estaban sobre una roca que los fundadores habían cristalizado a partir del océano, que se disolvía una y otra vez eternamente y que se sostenía gracias a un proceso de reparación constante. La madre naturaleza no tenía nada que ver con eso; el esfuerzo humano consciente y la

cooperación habían construido Anarkia, y ni siquiera la vida genéticamente manipulada que la mantenía podía considerarse un don de Dios infalible. El equilibrio podía alterarse de mil maneras distintas: podían surgir mutaciones o ser invadidos por competidores, los fagocitos podían exterminar las bacterias y un cambio climático podía trastocar el equilibrio vital. Había que controlar toda aquella maquinaria elaborada; era necesario entenderla.

A largo plazo, la discordia podía hundir aquel lugar, literalmente. El que nadie de Anarkia quisiera que su sociedad se desintegrara no garantizaba la armonía, aunque quizá darse cuenta de que la tierra que se pisaba podía hacer lo mismo contribuía a que no lo perdieran de vista.

Y si era ingenuo considerar este conocimiento como una especie de panacea, al menos tenía una ventaja innegable sobre todas las mitologías artificiosas del concepto de nación.

Era cierto.

Copié el contenido de la memoria de la cámara para obtener la escena en alta resolución. Cuando Rajendra se calmó un poco, le pedí permiso para emitir el metraje y me lo dio. No tenía nada decidido, pero en el peor de los casos podría colarlo en la versión interactiva de *Violet Mosala*.

Munroe me acompañó cuando me fui a la parada. Todavía llevaba a cuestas el caballete y el lienzo enrollado.

—Puede que lo pruebe cuando termine el congreso —dije avergonzado—. En estos momentos me parece demasiado... intenso. No quiero distraerme. Tengo trabajo pendiente.

—La decisión es tuya —dijo aparentando desconcierto—. Aquí no tienes que justificarte ante nadie.

—Sí, claro. Y ya me he muerto y estoy en el cielo. —En la parada pulsé el botón de llamada, la caja predijo una espera de diez minutos.

—Supongo que dispondrás de información detallada sobre las personas que acuden al congreso —dijo después de un rato de silencio.

—No mucha. —Me reí—. Pero estoy seguro de que no me pierdo gran cosa. Los culebrones de los físicos son tan aburridos como los del resto. La verdad es que no me importa quién folla con quién, ni quién le roba las ideas brillantes a quién.

—Bueno, a mí tampoco. —Frunció el ceño amistosamente—. Pero no me molestaría saber si el rumor sobre Violet Mosala tiene algún fundamento.

—¿A qué rumor te refieres? —Dudé—. Circulan tantos... —Hasta cuando lo dije daba pena. También podría haber sido sincero y reconocer que no tenía ni idea de a qué se refería.

—Sólo hay una cuestión seria, ¿verdad? —Me encogí de hombros. Munroe parecía irritado, como si pensara que intentaba ocultarle información, cuando lo único

que intentaba ocultar en realidad era mi ignorancia.

—Violet Mosala y yo no nos contamos los secretos, ni mucho menos —dije con franqueza—. Tal y como van las cosas, si consigo llegar al final del congreso con una cobertura decente de sus apariciones públicas me consideraré afortunado. Incluso si tengo que pasarme los próximos seis meses dedicado a perseguirla entre sus obligaciones en Ciudad del Cabo para dar forma al material.

—¿Ciudad del Cabo? —Munroe asintió con una sonrisa de satisfacción, como un malpensado cuyas ideas se acaban de confirmar—. Entiendo. Gracias.

—¿Por qué?

—No me lo creía —dijo—. Quería oír la confirmación de alguien que estuviera en una posición fiable. ¿Violet Mosala, galardonada con el premio Nobel de física, fuente de inspiración de muchos, la Einstein del siglo veintiuno, artífice de la TOE con más probabilidades de éxito... abandona su país de origen, justo cuando la paz en Natal parece más firme que nunca, no para irse a Calcuta, a Bombay, al CERN ni a Osaka... sino para unirse a la chusma de Anarkia?

»Ni en un millón de años.

—¿Conoces algún grupo de activistas políticos que tenga las iniciales CA y pueda estar interesado en que Violet Mosala emigre a Anarkia? —le pregunté a **Sísifo** mientras subía a mi habitación por las escaleras del hotel.

—No.

—¡Vamos! «A» de anarquía...

—Hay dos mil setenta y tres organizaciones que tienen en el nombre la palabra «anarquía» o un término relacionado, pero todas constan de más de dos palabras.

—De acuerdo. —Quizá CA fuera, a su vez, la abreviatura de una sigla más larga. Pero si confiaba en lo que decía Munroe, ningún anarquista serio utilizaría la palabra «anarquía». Lo intenté con un planteamiento distinto—: ¿Qué tal «C» de cultura y «A» de africana, con cualquier número de letras?

—Hay doscientas siete coincidencias.

Repasé la lista y CA no parecía la abreviatura probable de ninguna. Sin embargo, había un nombre que me resultaba conocido y reproduje un segmento de la grabación de sonido de la rueda de prensa de la mañana: «William Savimbi, de Proteus Information. Expresa su conformidad con una serie de ideas que no respeta ninguna cultura ancestral, como si su propia herencia no importara en absoluto. ¿Es verdad que ha recibido amenazas de muerte del Frente de Defensa de la Cultura Panafricana, después de declarar en público que no se consideraba una fem africana?».

Mosala se había limitado a poner la cita en su contexto, pero no contestó a la pregunta. Si por un comentario como ése recibió una amenaza de muerte, ¿qué le supondrían los rumores de «deserción», infundados o no?

No tenía ni idea; todavía sabía menos sobre la política de Sudáfrica que sobre los MTT. Mosala no sería la primera personalidad científica que abandonara el país, pero sí una de las más célebres y la primera que emigrara a Anarkia. Una cosa era que se incorporara a una institución de ámbito mundial a cambio de fama y dinero, pero sería difícil interpretar un traslado a Anarkia (que no podía ofrecer ni una cosa ni otra) como algo que no fuera una renuncia deliberada a su nacionalidad.

Me detuve en el rellano y miré mi inútil teta electrónica. ¿CA? ¿La corriente dominante de CA? **Sísifo** estaba en silencio. Quienesquiera que fuesen, Sarah Knight había conseguido encontrarlos. Empezaba a sentir una punzada en la boca del estómago cada vez que pensaba en lo que le había hecho. Estaba claro que había preparado el trabajo meticulosamente y había investigado todas las cuestiones referentes a Mosala. Además, como venía de la política, donde nada de lo que se decía en la red era cierto, probablemente se había dedicado a hablar con todo el mundo en persona. Alguien le diría lo de los rumores y le proporcionaría la pista que conducía a Kuwale, todo de manera extraoficial, desde luego. Le robé el proyecto, lo

asumí sin ninguna preparación y ahora ni siquiera sabía si estaba haciendo un documental sobre una física anarquista amenazada de muerte o si perseguía fantasmas, y la peor amenaza a la que podía enfrentarse alguien en Anarkia era la de ser obligado a aconsejar a Janet Walsh sobre la forma de enfocar su trabajo.

Pedí a **Hermes** que llamara a todos los hoteles de la isla y preguntara si tenían un huésped llamado Akili Kuwale.

No hubo suerte.

Cuando llegué a la habitación conecté el aislamiento acústico de la ventana e intenté mentalizarme para trabajar un poco. A la mañana siguiente tenía previsto rodar una ponencia de Helen Wu, la principal defensora de la opinión de que la metodología de Mosala rayaba en la lógica circular. Antes de dejar que Munroe me convenciera para ir a grabar a los buceadores de tierra había planeado pasar la tarde leyendo las publicaciones anteriores de Wu. Me faltaba mucho para ponerme al día.

Sin embargo, primero...

Eché un vistazo a las bases de datos relevantes (no le pedí ayuda a **Sísifo** y tardé tres veces más). Resultó que el Frente de Defensa Cultural Panafricano era una asociación poco definida de cincuenta y siete grupos tradicionalistas radicales, con un consejo de representantes que se reunía una vez al año para decidir las estrategias y los temas de sus proclamas. El FDCPA se fundó veinte años antes como consecuencia del resurgimiento del debate tradicionalista de principios de los treinta, cuando unos cuantos académicos y activistas, casi todos centroafricanos, empezaron a hablar de la necesidad de restablecer la continuidad con el pasado precolonial. Calificaron a los movimientos políticos y culturales del siglo anterior, desde la *négritude* de Senghor y la autenticidad de Mobutu hasta la Conciencia Negra en todas sus formas, de corruptos y asimilacionistas, o bien demasiado preocupados por responder al colonialismo y la occidentalización. La respuesta correcta al colonialismo, según los que más se hacían oír, era extirparlo de la historia; intentar comportarse, en el periodo posterior, como si no hubiera existido.

El FDCPA era la manifestación extrema de esta filosofía y adoptaba una postura intransigente y nada populista. Condenaban el Islam y lo consideraban una religión invasora, igual que el cristianismo y el sincretismo. Se oponían a las vacunas, a los cultivos transgénicos y a las comunicaciones electrónicas. Puede que el grupo estuviera preocupado por algo más que un catálogo de influencias extranjeras (o bien locales, pero no lo bastante antiguas) a las que renunciaban de manera explícita, pero le resultaba muy difícil definir su identidad sin esa lista de los más buscados. Muchas de las políticas que defendía, como el uso oficial más amplio de los idiomas locales o un mayor apoyo a las tradiciones, ya eran prioritarias para casi todos los gobiernos o contaban con el apoyo de otros grupos de presión. La *raison d'être* del FDCPA parecía consistir en ser más papistas que el Papa. Cuando la vacuna contra la malaria

más eficaz del planeta se empezó a producir en Nairobi (partiendo de los resultados de la investigación que se llevó a cabo en esa gran y conocida superpotencia imperialista que era Colombia), rechazar su uso por «traicionar de forma criminal los métodos de la medicina tradicional» me sonaba a perversidad fundamentalista pura y dura.

Supuse que les encantaría que Violet Mosala emigrara a Anarkia porque así se librarían de ella. Puede que fuera una heroína para medio continente, pero para el FDCPA no podía ser nada más que una traidora. No encontré ningún informe sobre las amenazas de muerte, y quizá lo que dijo Savimbi sólo fuera una exageración; puede que, en realidad, sólo hubiera recibido una llamada anónima en la redacción.

Sin embargo, decidí continuar; ¿acaso la misteriosa facción de Kuwale se había revelado tras formar parte de la oposición en el debate? La verdad es que no faltaban detractores declarados del FDCPA: tradicionalistas moderados, numerosas asociaciones de profesionales, organizaciones pluralistas y los que se autodenominaban *technolibérateurs*.

Aparte de que no coincidían las iniciales, no me imaginaba a un miembro de la Unión Africana para el Advenimiento de la Ciencia pescando periodistas en los aeropuertos y pidiéndoles que hicieran de guardaespaldas extraoficiales de físicos de renombre mundial. Y no creía que los de la Liga Pluralista Africana dispusieran de tiempo para preocuparse por Violet Mosala aunque organizaran programas de intercambio de estudiantes por todo el mundo, giras de teatro y danza y exposiciones de arte reales y virtuales, y formaran un grupo de presión activo en contra del aislamiento cultural y el trato discriminatorio de las minorías étnicas, religiosas y sexuales.

Muteba Kazadi acuñó en su última época el término *technolibération*, que consistía en dar poder a las personas por medio de la tecnología y liberar a ésta de restricciones. Muteba fue ingeniero de comunicaciones, poeta, divulgador científico y ministro de Desarrollo de Zaire a finales de los años treinta. Vi algunos discursos suyos: ruegos encarecidos de que se pusiera el conocimiento al servicio de la libertad. Pedía la rescisión de las patentes de los cultivos transgénicos, que las comunicaciones pasaran a ser de dominio público y el derecho de acceso universal a la información científica. También defendía la utilidad obvia de la «biología de la liberación» (aunque Zaire no se saltó las normas y no utilizó cultivos sin licencia) y afirmaba que a la larga sería imprescindible que las naciones africanas participaran en la investigación pura en todas las áreas básicas de la ciencia. Una postura extraordinaria en una época en la que tales actitudes tenían muy mala acogida en los países más ricos del planeta y eran inconcebibles dentro de las prioridades más inmediatas de su gobierno.

Los tres biógrafos de Muteba coincidían en que tenía algunas excentricidades.



Mostraba inclinación por la metafísica de Nietzsche, la cosmología alternativa y las teorías de conspiraciones dramáticas, entre las que se encontraba la conocida «El Nido de Ladrones», un refugio que construyeron los traficantes de droga con genes manipulados en la frontera entre Perú y Colombia, sobre el que se lanzó una bomba atómica en el 2035. Según esta teoría, el motivo no fue que la selva modificada estuviera fuera de control y amenazara con barrer toda la cuenca del Amazonas, sino que allí se había inventado una especie de virus neuroactivo «peligrosamente volátil». Aquel acto fue una aberración. Murieron miles de personas, y es probable que la indignación general que suscitó librara a Anarkia de un destino similar. Pero no podía evitar pensar que la explicación más prosaica era la verdadera.

Los comentaristas bien informados de todo el continente decían que el legado de Muteba seguía vivo y que los *technolibérateurs* permanecían activos en toda África y más allá. Sin embargo, me resultaba difícil encasillar a sus descendientes intelectuales directos. Cientos de grupos académicos y políticos y decenas de miles de individuos citaban a Muteba como fuente de inspiración, y muchas personas que se habían manifestado en contra del FDCPA, en debates de la red se habían identificado de forma explícita como *technolibérateurs*, aunque cada uno parecía haber adaptado la filosofía a unas prioridades ligeramente distintas. No dudaba de que a todos les horrorizaría la idea de que dañaran a Violet Mosala, pero esto no me proporcionaba información concreta sobre quién podría haber decidido velar por su seguridad.

Bajé al vestíbulo alrededor de las siete. Sarah Knight aún no me había devuelto la llamada y no podía reprocharle el desaire. Pensé de nuevo en ofrecerle que retomara el proyecto, pero me dije que era demasiado tarde y que seguro que estaba haciendo otro trabajo. La verdad era que a medida que las complicaciones en torno a Mosala ponían de manifiesto lo absurda que era mi fantasía de refugiarme en las abstracciones «intrascendentes» de las TOE, más difícil me resultaba pensar en marcharme. Si ésta era la realidad tras el espejismo, tenía la obligación de afrontarla.

Me dirigía al restaurante principal cuando vi a Indrani Lee salir de uno de los pasillos que daban al vestíbulo. La acompañaba un pequeño grupo de personas, que se estaba dispersando entre ráfagas ocasionales de réplicas y de ideas de último momento, como si salieran de una reunión larga y agotadora y ya no soportaran más su mutua compañía pero tampoco pudieran decidirse a poner fin a la conversación. Me acerqué; Lee me vio y me saludó con la mano.

—Te perdí en el transbordo —dije—. ¿Qué tal te adaptas?

Se la veía contenta y animada; era obvio que el congreso estaba a la altura de sus expectativas.

—Bien, bien. Pero tú tienes muy mal aspecto.

—Cuando estudiabas —dije riéndome—, ¿te encontraste alguna vez sentada

frente a un examen en el que todas las preguntas que te hacían y las que te habías preparado hasta el amanecer tenían tan poco en común que parecían de dos asignaturas distintas?

—Muchas veces. Pero ¿qué te ha despertado ese recuerdo? ¿Todas las matemáticas que te rondan por la cabeza?

—Bueno, sí, aunque ése no es el problema. —Miré por todo el vestíbulo; no era probable que nadie nos oyera, pero no quería contribuir a difundir rumores sobre Mosala si podía evitarlo—. Pero parece que tienes prisa. Ya te aburriré con mis tribulaciones en el vuelo de vuelta a Pnom Pen.

—¿Prisa? En absoluto. Iba a salir a tomar el aire. Puedes venir conmigo si no estás ocupado.

Acepté encantado. Había pensado en ir a comer, pero todavía no tenía mucha hambre y se me ocurrió que quizá Lee estuviera dispuesta a compartir sus conocimientos profesionales sobre la *technolibération*.

Sin embargo, cuando atravesamos la puerta me di cuenta de a qué se refería en realidad con «salir a tomar el aire». Renacimiento Místico había decidido manifestarse en la calle del hotel. Había pancartas en las que ponía: ¡EXPLICAR ES DESTROZAR! ¡REVERENCIA EL NUMEN! ¡DÍ NO A LAS TOE! En las camisetas llevaban a Jung, a Pierre Teilhard de Chardin, a Joseph Campbell, a Fritjof Capra, a Günter Kleiner —el fallecido fundador de la secta—, al artista de los acontecimientos Alquimia Celeste, e incluso a Einstein sacando la lengua.

Nadie entonaba consignas. Después de la polémica salva de Janet Walsh, Renacimiento Místico había optado por una atmósfera de carnaval: mimos, malabaristas y adivinos que leían las manos y el tarot. Las antorchas de los malabaristas proyectaban sombras de un azul intenso que oscilaban por todas partes y conferían a la calle un aspecto oceánico. Los nativos desconcertados se abrían paso a través de esta carrera de obstáculos con resignación cansina; no habían pedido que les metieran un circo por la garganta. Hasta donde alcanzaba a ver, sólo había unos pocos miembros del congreso con chapas de identificación que aprovechaban las diversiones gratuitas o daban dinero a los músicos callejeros y a los adivinos.

Uno de los miembros de la secta que se habían apropiado de Albert estaba cantando «Puff, el dragón mágico» mientras tocaba en un teclado que, como su camiseta, era de alguna marca estándar: ambos tenían puertos de infrarrojos. Me paré delante de él, sonriendo en señal de aprobación, mientras invocaba un programa de mi agenda que había escrito hace años y tecleaba discretamente unas instrucciones. Cuando nos alejamos, su teclado se quedó en silencio, con todos los controles de volumen a cero, y de Einstein brotaba un bocadillo que decía: «Nuestra experiencia hasta el momento justifica la creencia de que la naturaleza es resultado de las ideas matemáticas más sencillas que se puedan concebir».

Lee me lanzó una mirada de amonestación.

—¡Vamos! —dije—. Se lo estaba buscando.

Seguimos por la calle y vimos un pequeño grupo de teatro que estaba a mitad de la representación de una versión comprimida de *The Iceman Cometh*, traducida al lenguaje común contemporáneo de RM. Una mujer vestida de payaso se mesaba los cabellos y declamaba: «¡No he conseguido la armonía psíquica! ¡Todos los de mi clan de la red habrían permanecido más cerca del numen curativo si hubiera respetado su necesidad de nutrirse de las narraciones que les dicta la imaginación!». Imágenes de lágrimas cayeron por sus mejillas.

—Bueno —añadí mirando a Lee—, me han convencido. Mañana me apunto. Y pensar que tenía la manía de reducir la frágil belleza del crepúsculo a desagradable tecnojerga.

—Si eso te resulta cargante, deberías oír su adaptación del *Mahabharata* en forma de psicodrama jungiano de cinco minutos. —Le dio un escalofrío—. Pero el original permanece intacto, ¿no? Y tienen tanto derecho como cualquiera a hacer su... interpretación. —No sonaba muy convencida.

—No sé qué esperan conseguir viniendo aquí —dije—. Aunque consiguieran alterar el desarrollo del congreso, toda la investigación ya se ha llevado a cabo y se publicará en la red, pase lo que pase. Además, si la mera idea de una TOE los ofende tanto, podrían cerrar los ojos, ¿no? Los han cerrado ante cualquier otro conocimiento científico que no ha estado a la altura de sus estrictos requisitos espirituales.

—Es una cuestión de defensa territorial —dijo Lee con un gesto de negación—. Deberías darte cuenta. En realidad, una TOE reivindica soberanía sobre... el universo y los que están en él. Si los abogados de un congreso de Nueva York se erigieran en soberanos del cosmos, ¿no te tentaría ir y, como mínimo, burlarte de ellos?

—Los físicos no reclaman ninguna soberanía —gruñí—. Y menos aquí, donde se trata de averiguar lo único sobre el universo que los físicos y los técnicos no podrán cambiar. El uso de metáforas políticas burdas como «soberanía» o «imperialismo» es retórica sin contenido; nadie de este congreso va a enviar tropas para anexionar la interacción débil a la fuerte. La unificación no se legisla ni se refuerza; sólo se traza su mapa.

—Ah, el poder de los mapas —dijo solemnemente.

—¡Oh, para ya! Sabes perfectamente que me refiero a algo como un mapa celeste, no a uno de... Kurdistán. Y sin dibujar ninguna constelación ni poner nombre a ninguna estrella. —Lee sonrió con complicidad, como si tuviera en mente una lista muchísimo más larga de atributos con significado cultural y no fuera a dejarme soltar el anzuelo hasta que hubiera pasado por todos ellos—. De acuerdo —añadí—, ¡olvídate de toda la metáfora! La cuestión es que una misma TOE es la base de todo el universo y mantiene a estos sectarios con vida mientras hacen malabarismos y

sueltan sandeces, independientemente de que a los malvados físicos reduccionistas se les permita descubrirla o no.

—Los antropocosmólogos no piensan eso. —Lee me ofreció una sonrisa conciliadora—. Por supuesto, las leyes de la física son lo que son y hasta la mitad de los partidarios de Renacimiento Místico reconocería eso... usando una jerga evasiva y condicional adecuada. Casi todos aceptan que el universo se rige a sí mismo de alguna forma... sistemática. Pero una formulación matemática explícita de ese sistema los ofende profundamente.

»Dices que deberían estar satisfechos con su ignorancia en lugar de intentar mantener la TOE fuera del alcance de los hombres. Y, desde luego, seguirán creyendo lo que quieran incluso aunque se confirme que una TOE es correcta. Nunca han permitido que la ortodoxia científica se inmiscuya en su camino, pero las creencias que han elegido les dictan que no pueden pasar por alto el hecho de que los físicos, los genetistas y los neurobiólogos están excavando cada vez a mayor profundidad bajo nuestros pies, sacan a la superficie cualquier cosa que encuentran y lo que descubren influye a la larga sobre todas las culturas de la Tierra.

—¿Y ése es motivo suficiente para venir aquí e intimidar a las personas inocentes con el cadáver mutilado de Eugene O'Neill?

—Sé justo: si reconoces que tienen derecho a creer en lo que quieran, también has de admitir que puedan sentirse amenazados. —La obra estaba a punto de acabar. Uno de los actores recitaba un monólogo sobre la necesidad de mostrar sólo compasión por los pobres científicos que habían perdido el contacto con el alma de Gea.

—Entonces, ¿no te parece que su reivindicación de conocer «la voluntad divina de la Tierra» no es sino la apropiación de toda la tierra formulada en términos más suaves y difusos?

—Claro. —Lee me miró con una mueca de asombro—. Los de RM son como cualquiera; quieren definir el mundo con sus términos, establecer los parámetros y dictar las normas. Como es lógico, han desarrollado una estrategia elaborada para intentar enmascararlo y se refieren a sí mismos con palabras como «generosos», «abiertos» y «globales»; aunque te aseguro que no afirmo que sean más humildes, virtuosos o tolerantes que los racionalistas fanáticos. Sólo intento explicarte sus creencias desde fuera lo mejor que puedo.

—¿Con tu esquema para explicar el universo?

—Exacto. Ésa es mi ardua tarea: ser la guía experta y la intérprete de todas las subculturas de la Tierra. Es la carga de los sociólogos. ¿Quién la llevaría si no? —Sonrió con solemnidad—. A fin de cuentas, soy la única persona objetiva del planeta.

Seguimos paseando en la noche cálida y salimos de la feria itinerante. Al cabo de un minuto o dos me volví a mirar atrás. Desde lejos, era una visión extraña, comprimida por la perspectiva y enmarcada por los edificios circundantes: una

extravagante barraca de feria incrustada en medio de una ciudad, que seguía con su vida cotidiana. Y se había creado a sí misma a partir del océano, molécula por molécula, y era consciente de ello. Sin duda, las calles adyacentes parecían anodinas y descoloridas en comparación y llenas de peatones vulgares: ninguno iba vestido de arlequín, ninguno hacía malabarismos con fuego ni tragaba sables. Pero el recuerdo de la inmersión de la tarde y lo que me reveló sobre la isla bastaba para que todo el exotismo consciente de la secta y el montaje de alegría forzada se deshiciera en la insignificancia.

De repente me acordé de lo que me dijo Angelo la noche antes de irme de Sydney: «La gente idealiza aquello de lo que no puede escapar». Quizá ése era el quid de la cuestión para los de Renacimiento Místico. Casi todo el universo había sido inexplicable durante la historia de la humanidad y RM había heredado la corriente cultural que, obstinadamente, había convertido en virtud esa necesidad. Descartaban (o pasaban por una trituradora cultural, en una mala imitación de pluralismo) el bagaje cultural de casi todas las religiones y los otros sistemas de creencias que hicieron lo mismo en su día, y exageraban lo que quedaba en la esencia de la gran «S»: si tienes «sentimientos» humanos plenos, santificas el misterio; si no lo haces, eres menos que humano: un desalmado en el que predomina la parte izquierda del cerebro, un reduccionista necesitado de curación.

James Rourke debería haber estado aquí. La batalla de las palabras «S» estaba en pleno apogeo.

Cuando volvíamos al hotel, me acordé de que quería preguntarle algo a Lee.

—¿Quiénes son los antropocosmólogos? —El término me sonaba como si debiera recordarme algo, pero aparte de connotaciones semánticas vagas, no encontraba nada más.

—No creo que quieras saberlo. Si Renacimiento Místico te indigna...

—¿Son una secta de la ignorancia? No he oído hablar de ella.

—No son una secta de la ignorancia, y la palabra «secta» tiene demasiadas connotaciones negativas y es peyorativa. Aunque la utilizo en el sentido vulgar del término como cualquiera, no debería hacerlo.

—¿Por qué no me dices en qué creen y así podré hacerme una idea de lo intolerante y condescendiente que tengo que ser con ellos?

—Los de CA son muy susceptibles a... la manera en que se los define —dijo sonriendo, aunque parecía preocupada, como si le hubiera pedido que revelara un secreto—. Me costó mucho persuadirlos de que hablaran conmigo y no me permiten publicar nada sobre ellos.

—¡Los de CA! —Intenté simular que estaba indignado para ocultar mi alegría—. ¿A qué te refieres con «permitir»?

—Acepté ciertas condiciones de antemano y he de mantener mi palabra si quiero

que sigan colaborando —dijo Lee—. Me han prometido que podré publicarlo todo en la red más adelante, pero, hasta entonces, estoy en periodo de prueba indefinido. Si revelara información a un periodista acabaría con nuestra relación de inmediato.

—No quiero publicar nada sobre ellos. Te aseguro que es completamente extraoficial, sólo por curiosidad.

—Entonces no te pasará nada si esperas unos cuantos años, ¿verdad?

—¿Unos cuantos años? —dije—. Lo admito, es más que curiosidad.

—¿Por qué?

Lo pensé bien, podía hablarle de Kuwale y pedirle que me prometiera guardar el secreto para que Mosala no se viera envuelta en conjeturas inoportunas. Pero ¿cómo podía pedirle que traicionara una confidencia y suplicarle que respetara otra? Sería hipocresía pura, y si estaba dispuesta a intercambiar secretos conmigo, ¿qué validez tendría su promesa?

—Por cierto —dije—, ¿qué tienen en contra de los periodistas? Casi todas las sectas darían lo que fuera por reclutar nuevos miembros. ¿Qué clase de valores y actitudes...?

—No voy a permitir que me lées para que cometa más indiscreciones. —Lee me miraba con desconfianza—. Que se me haya escapado el nombre ha sido sólo culpa mía, pero se acabó. No voy a hablar de los antropocosmólogos.

—¡Oh, vamos! —dije entre risas—. ¡Esto es absurdo! Perteneces a esa secta, ¿verdad? Nada de saludos secretos, tu agenda transmite por infrarrojos: «Soy Indrani Lee, suma sacerdotisa de la Orden Reverenciada y Sagrada».

—Desde luego —dijo después de intentar darme un manotazo del que me aparté a tiempo—, no tienen sacerdotisas.

—¿Quieres decir que son machistas? ¿Sólo para mascs?

—Ni sacerdotes —dijo frunciendo el ceño—. Y no pienso decirte nada más.

Seguimos andando en silencio. Saqué la agenda y lancé a **Sísifo** un montón de miradas significativas. Sin embargo, la palabra completa no abrió ninguna cueva de Alí Babá llena de datos; todas las búsquedas sobre Cosmología Antropológica resultaron infructuosas.

—Lo siento —dije—. No más preguntas ni más provocaciones. ¿Y si en realidad necesito ponerme en contacto con ellos pero no puedo decirte por qué?

—Me parece poco probable. —Lee no se conmovió.

—Alguien llamado Kuwale ha intentado hablar conmigo —dije después de dudar—. Me ha enviado varios mensajes crípticos estos días, pero no acudió a una cita que teníamos anoche. Sólo quiero saber qué pasa. —Casi todo era mentira, pero no iba a admitir que había estropeado una oportunidad perfecta de descubrir de qué iban los de CA. Aun así, Lee seguía impasible; si había oído antes aquel nombre, no lo demostró—. ¿No puedes hacerles llegar el mensaje de que quiero hablar con ellos?

—añadí—. ¿Darles la oportunidad de que decidan si me rechazan o no?

Se detuvo. Una chica de la secta con zancos se agachó y le arrojó un montón de panfletos comestibles en la cara, el boletín informativo sobre el congreso de Einstein de RM en versión no electrónica.

—Me pides mucho —dijo Lee mientras, irritada, apartaba a la fem de un manotazo—. Si se ofenden y pierdo cinco años de trabajo...

«No perderías cinco años de trabajo —pensé—, sino que por fin tendrías libertad de publicarlo.» Pero decírselo no me pareció muy diplomático.

—La primera persona que me habló de los antropocosmólogos fue Kuwale, no tú. Así que ni siquiera es necesario que les digas que me has comentado algo. Sólo diles que he estado haciendo preguntas a personas del congreso y, casualmente, a ti también. —Dudó—. Kuwale me insinuó algo sobre posibles actos violentos —añadí—. ¿Qué tengo que hacer? ¿Olvidarme de él? ¿Intentar abrirme paso a través de cualquier extraño equipo técnico que se utilice en Anarkia para solucionar las desapariciones misteriosas?

—Supongo que si les digo que andas metiendo la pata por ahí —dijo Lee molesta, con una mirada que daba a entender que no la había impresionado—, no me echarán nada en cara.

—Gracias.

—¿Actos violentos? —No parecía satisfecha—. ¿Contra quién?

—No me lo dijo. —Negué con un gesto—. Seguro que no será nada, pero he de investigarlo.

—Quiero que me lo cuentes todo cuando lo averigües.

—Te prometo que lo haré.

Habíamos vuelto al grupo de teatro, que ahora representaba una fábula de un niño con cáncer que sólo se podía salvar si no le decían la verdad (que era estresante e inhibía el sistema inmunológico). ¡Mira, mamá, ciencia auténtica! El problema era que hacía treinta años que los efectos del estrés sobre el sistema inmunológico se podían tratar con fármacos.

Me quedé un rato mirando la representación, haciendo de abogado del diablo contra la primera impresión que me había causado. Intenté convencerme de que la historia podía tener algún contenido oculto interesante, una verdad eterna que trascendiera las contingencias médicas desfasadas.

Sinceramente, si la había, no pude encontrarla. Por lo que me transmitían acerca del mundo que supuestamente compartíamos, me habría dado igual que aquellos fervorosos payasos fueran enviados de otro planeta.

¿Y si yo estaba equivocado y ellos en lo cierto? ¿Y si todo lo que me parecía un montaje falaz era, en realidad, sabiduría iluminada? ¿Y si este cuento burdo y sentimental revelaba la verdad más profunda sobre el mundo?

Entonces estaba más que equivocado y me habían engañado por completo. Estaba perdido más allá de cualquier posibilidad de redención, un expósito de otra cosmología con una lógica absolutamente distinta sin lugar en ésta.

No había posibilidad de acuerdo ni opción de tender puentes. Era imposible que ellos y yo tuviéramos una parte de razón. Renacimiento Místico proclamaba sin descanso que había encontrado el equilibrio perfecto entre misticismo y racionalismo, como si el universo hubiera estado esperando esta distensión acogedora antes de decidir cómo conducirse y estuviera sinceramente aliviado de que las partes en conflicto hubieran llegado a un acuerdo amistoso que no hería las delicadas sensibilidades culturales de nadie y daba la importancia adecuada a los puntos de vista de cada uno. Salvo, desde luego, por el detalle de que los ideales humanos de equilibrio y compromiso, sin importar lo loables que fueran en el ámbito político y social, no tenían nada que ver con la forma en la que se comportaba el universo.

Los de ¡Ciencia Humilde! calificarían a cualquiera que expresara esta opinión de «tirano del cientificismo» y los de Renacimiento Místico lo llamarían «víctima del entumecimiento psíquico» que necesita ser «curado». Pero incluso si las sectas tenían razón, el principio en sí no se podía atenuar, reconciliar con sus opuestos ni llevar al redil. Era cierto o falso, o esas palabras habían perdido su significado y el universo era una sombra incomprensible.

Y al fin, empatía. Si algo de esto era mutuo, si los de RM se sentían tan alienados y desposeídos por la idea de una TOE como lo estaba yo al pensar que sus nociones lunáticas pudieran dar forma a la tierra que pisaba, entonces comprendía por qué habían venido aquí.

Los actores saludaron. Algunos espectadores, casi todos miembros de la secta disfrazados, aplaudieron. Supuse que la obra había tenido un final feliz; yo había dejado de prestar atención. Saqué la agenda y transferí veinte dólares a la que habían puesto en el suelo delante de ellos. Hasta los seguidores de Jung vestidos de payaso tenían que comer: Primera Ley de la Termodinámica.

—Dime con sinceridad —dije, volviéndome hacia Indrani Lee—, ¿en serio eres la única persona que puede distanciarse de todas las culturas, los sistemas de creencias y de toda causa de partidismo y ver la verdad?

—Por supuesto que sí. —Asintió sin presunción—. ¿Tú no?

Cuando volví a mi habitación me quedé mirando sin entender nada la primera página del artículo del *Physical Review* más controvertido de Helen Wu. Intenté reconstruir la manera en que Sarah Knight se había tropezado con los antropocosmólogos durante su investigación para *Violet Mosala*. Quizá Kuwale se enteró del proyecto y se puso en contacto con ella, igual que conmigo.

¿Cómo iba a enterarse?



Sarah venía de la política, pero había hecho un documental de ciencia para SeeNet. Comprobé la programación. El título era *Sujetando el cielo* y el tema era la cosmología alternativa. No se emitiría hasta junio, pero estaba en la biblioteca privada de SeeNet y yo tenía acceso pleno.

Lo vi entero. Iba desde las teorías casi ortodoxas (aunque probablemente indemostrables): universos paralelos cuánticos que divergían a partir de un solo Big Bang, múltiples Big Bangs que se materializaban a partir del preespacio con distintas constantes físicas, universos que se «reproducían» por medio de agujeros negros y transmitían leyes físicas con mutaciones a su descendencia..., hasta los conceptos más exóticos y descabellados: el cosmos como un autómata celular, un subproducto fortuito de la matemática platónica sin estructura como una nube de números aleatorios que sólo poseía forma en virtud del hecho de que una de sus formas posibles incluía observadores conscientes.

No se mencionaba a la Cosmología Antropológica, pero quizá Sarah se la había reservado para un proyecto posterior, para el momento en que esperaba haberse ganado su confianza y asegurado su colaboración. O quizá la había reservado para Violet Mosala, en caso de que existiera una relación sustancial entre ambos, si era algo más que una coincidencia que Kuwale les profesara devoción a los dos.

Envié a **Sísifo** a explorar hasta el último rincón de la versión interactiva de *Sujetando el cielo*, pero no había referencias solapadas ni pistas prometedoras. Y ninguna base de datos pública del planeta contenía nada sobre los CA. Todas las sectas tenían asesores de imagen para conseguir el efecto adecuado con sus protestas ante los medios de comunicación, pero la invisibilidad total implicaba un grado de disciplina extraordinario, no relaciones públicas caras.

La secta de la Cosmología Antropológica. Significado: ¿El conocimiento humano del universo? No era una etiqueta que resultara clara al instante. Por lo menos Renacimiento Místico, ¡Ciencia Humilde! y Primera Cultura no dejaban lugar a dudas sobre sus prioridades.

Sin embargo contenía al hombre e, indirectamente, una palabra «S». No me sorprendía que tuvieran facciones opuestas: una corriente principal y otra marginal.

Cerré los ojos. Me parecía oír la respiración de la isla con su exhalación constante y el océano subterráneo que erosionaba la roca por debajo.

Abrí los ojos. A aquella escasa distancia del centro, estaría encima del *guyot*. Debajo de la roca de arrecife había basalto y granito hasta llegar al fondo del océano.

El sueño me alcanzó y logró vencerme, a pesar de todo.

Llegué tarde a la ponencia de Helen Wu. El auditorio estaba casi vacío, pero Mosala ya había llegado y estaba estudiando atentamente algo en su agenda. Me senté a un asiento de distancia de ella. No levantó la vista.

—Buenos días.

—Buenos días —dijo con frialdad después de mirarme, y siguió con lo que estuviera leyendo.

Siempre me quedaba el recurso de cambiar su lenguaje corporal en el montaje.

Aunque no se trataba de eso.

—¿Qué le parece si le prometo que no utilizaré nada de lo que dijo sobre las sectas ayer y, a cambio, acepta darme algo que se haya pensado mejor más adelante? —dije.

—De acuerdo —dijo después de meditarlo sin apartar los ojos de la pantalla—. Es justo. —Me miró—. No quiero ser grosera, pero necesito terminar esto. —Me enseñó su agenda; estaba a mitad de un artículo que Wu había publicado en el *Physical Review* hacía unos seis meses.

No comenté nada, pero seguro que notó que me había escandalizado durante un momento.

—El día sólo tiene veinticuatro horas —se defendió Mosala—. Sé que debería haber leído esto hace meses, pero... —Hizo un gesto de impaciencia.

—¿Puedo grabarla mientras lo lee?

—¿Y que se entere todo el mundo? —preguntó horrorizada.

—Ganadora del premio Nobel pone al día sus deberes —dije—. Demostraría que tiene algo en común con el resto de los mortales. —Estuve a punto de añadir: «Es lo que llamamos humanizar al personaje».

—Puede empezar a filmar cuando comience la ponencia —dijo Mosala con firmeza—. Eso es lo que figura en el plan que acordamos, ¿verdad?

—Verdad.

Siguió leyendo, ahora sin hacerme ningún caso; toda la afectación y la hostilidad se habían desvanecido. Me invadió una sensación de alivio: probablemente, entre los dos acabábamos de salvar el documental. Hablaríamos de su opinión sobre las sectas, pero tendría derecho a expresarse con más diplomacia. Era un compromiso sencillo y obvio; sólo deseé que se me hubiera ocurrido antes.

Miré a hurtadillas (sin grabar) la agenda de Mosala mientras ella leía. Abría un programa auxiliar cada vez que llegaba a una ecuación, y en la pantalla brotaban ventanas llenas de comprobaciones algebraicas y análisis detallados de los desarrollos que había entre los pasos de la argumentación de Wu. Me pregunté si habría entendido mejor los artículos de Wu con esta clase de ayuda. Probablemente no:

algunas de las anotaciones de las ventanas «aclaratorias» me parecían más crípticas que el texto original.

Podía seguir, muy por encima, casi todos los temas que se comentaban en el congreso, pero Mosala, con un poco de ayuda de su ordenador, podía llegar claramente hasta el nivel donde las matemáticas superaban el escrutinio riguroso o se hacían pedazos. Nada de retórica seductora, metáforas persuasivas ni llamadas a la intuición: sólo una secuencia de ecuaciones en las que cada una conducía inexorablemente a la siguiente o no. Aprobar aquella inspección no demostraba nada, desde luego; una cadena inmaculada de razonamientos sólo conducía a una fantasía elegante si los fundamentos físicos de las premisas eran incorrectos. Pero era imprescindible analizar las conexiones para comprobar cada hilo de la telaraña de lógica que enlazaba dos posibilidades.

En mi opinión, todas las teorías y sus consecuencias lógicas, todos los conjuntos de leyes generales y las posibilidades concretas que dictaban, formaban un todo indivisible. Las leyes universales de Newton del movimiento y la gravedad, las órbitas elípticas idealizadas de Kepler y cualquier modelo del Sistema Solar (anterior a Einstein) formaban parte del mismo entramado de ideas, de la misma capa de razonamiento firmemente tejida. Ninguna había resultado ser totalmente correcta, así que toda la capa de la cosmología newtoniana había sido arrancada (las uñas se deslizaron bajo la esquina sin rematar en la que las velocidades se aproximaban a la de la luz) en busca de algo más profundo. Y lo mismo había pasado unas cuantas veces desde entonces. El truco consistía en saber qué constituía cada capa exactamente para arrancar el correspondiente entramado de ideas falsadas y predicciones fallidas, y solamente eso... hasta que se llegaba a una capa perfecta, coherente y que encajaba con todas las observaciones disponibles del mundo real.

Eso era lo que distinguía a Violet Mosala (de la mitad de sus colegas, sin duda, pero también de los periodistas científicos de tercera) y lo que ningún proceso de humanización podría cambiar nunca: si se proponía una TOE que no encajara con los datos experimentales o que se deshiciera en medio de contradicciones, ella sería capaz de seguir el razonamiento hasta donde fuera necesario y arrancar la totalidad del precioso fallo como si fuera una capa perfecta de piel muerta.

¿Y si no había un fallo precioso? ¿Y si resultaba que la TOE en cuestión era perfecta? Mientras la veía analizar la elaborada argumentación matemática de Wu como si estuviera escrita en la prosa más sencilla, podía imaginármela cuando llegara el día (daba igual que la TOE fuera la suya) en que analizaría pacientemente las consecuencias de la teoría en todas las escalas, las energías y los niveles de complejidad, y haría todo lo posible para tejer el universo en un todo indivisible.

El auditorio empezó a llenarse. Mosala acabó el artículo justo cuando Wu subió al estrado.

—¿Cuál es el veredicto? —susurré.

—Creo que es casi todo correcto. —Mosala estaba pensativa—. No ha demostrado del todo lo que se había propuesto, todavía no, pero estoy prácticamente segura de que va por el buen camino.

—¿Y eso no la preocupa...? —empecé a preguntar, sorprendido.

—Paciencia. —Se llevó un dedo a los labios—. Vamos a escucharla.

Helen Wu vivía en Malasia, pero durante los últimos treinta años había trabajado para la Universidad de Bombay. Era la coautora de al menos una docena de artículos de gran importancia, entre los que se incluían dos con Buzzo y uno con Mosala; pero, por alguna circunstancia, no había alcanzado el mismo grado de celebridad. Probablemente era tan ingeniosa e imaginativa como Buzzo y quizá tan rigurosa y meticulosa como Mosala, pero parecía haber tardado bastante más en alcanzar las fronteras del campo (algo sólo perceptible en retrospectiva) y no había tenido la suerte de escoger problemas que dieran resultados generales imponentes.

Gran parte de la ponencia estaba, simplemente, más allá de mis posibilidades. Cubrí todo el discurso y los gráficos con esmero, pero mis pensamientos vagaban a la cuestión de cómo podría parafrasear el mensaje y evitar los tecnicismos. ¿Quizá con un diálogo interactivo?

*Elige un número entre diez y mil. No me lo digas.*

[Piensa... 575]

*Suma las cifras.*

[17]

*Súmalas otra vez.*

[8]

*Añade tres.*

[11]

*Resta esta cantidad del número inicial.*

[564]

*Suma las cifras.*

[15]

*Halla el resto que queda cuando lo divides entre nueve.*

[6]

*Elévalo al cuadrado.*

[36]

*Súmale seis.*

[42]

*¿El número que tienes en mente es... cuarenta y dos?*

[¡Sí!]

*Inténtalo otra vez.*

Desde luego, el resultado final era siempre el mismo. Todos los pasos elaborados de este truco barato para fiestas eran sólo una manera larga y complicada de decir que  $X$  menos  $X$  es siempre igual a cero.

Wu insinuaba que el enfoque de Mosala para elaborar la TOE venía a ser lo mismo: los desarrollos matemáticos, simplemente, se cancelaban. A una escala mayor y de una manera mucho menos obvia, pero, al final, una tautología era una tautología.

Wu hablaba con calma mientras las ecuaciones fluían por la pantalla que estaba situada tras ella. Para explicar paso por paso estas relaciones, para atajar de una parte del trabajo de Mosala a otra, Wu había tenido que demostrar media docena de teoremas matemáticos nuevos, todos difíciles y útiles en sí mismos. (Ésta no era mi opinión ignorante; había comprobado en las bases de datos las citas a sus trabajos anteriores, en los que había preparado el terreno para aquella ponencia.) Y, para mí, eso era lo extraordinario: que fuera posible una reformulación tan exhaustiva y compleja de « $X$  menos  $X$  equivale a cero». Era como si al final resultara que una cuerda retorcida minuciosamente, que entraba y salía de sus vueltas unos cientos de miles de veces, no estaba anudada, sino que era una lazada simple, dispuesta de forma recargada, pero que, en última instancia, podía desenredarse por completo con un tirón. Quizá esto sería una metáfora mejor y en la versión interactiva el público con guantes de realidad virtual podría comprobar que el «nudo», en realidad, sólo era una lazada.

Sin embargo, no se puede coger un par de ecuaciones tensoriales de Violet Mosala y, simplemente, desarrollarlas para averiguar cómo están relacionadas. Había que deshacer el nudo falso con la mente (se podía contar con la ayuda de un programa, pero no lo hacía todo). Siempre era posible cometer errores sutiles. Los detalles lo eran todo.

Wu acabó y llegó el turno de preguntas. El público estaba cautivado; sólo hubo un par de preguntas vacilantes para aclarar dudas, pero que no indicaban aceptación ni rechazo.

—¿Todavía cree que va por el buen camino? —pregunté a Mosala.

—Sí —dijo dubitativa.

El auditorio se estaba vaciando a nuestro alrededor. Veía de reojo que las personas que pasaban a nuestro lado detenían la mirada en Mosala. Era todo muy civilizado: nada de adolescentes que se desmayaban o suplicaban autógrafos, pero había destellos inconfundibles de entusiasmo, reverencia y adoración. Reconocí a algunos de los miembros del club de fans cuyo apoyo fue muy evidente durante la rueda de prensa, pero no había visto a Kuwale en ningún lugar del edificio, ni una vez. Si se preocupaba tanto por Mosala, ¿por qué no estaba aquí?

—¿Qué significaría para su TOE que Wu tuviera razón?

—Quizá refuerce mi posición —dijo Mosala con una sonrisa.

—¿Por qué? No lo entiendo.

—Es un asunto complicado. —Miró su agenda—. ¿Le parece que lo veamos mañana? —Miércoles por la tarde, nuestra primera sesión de entrevista.

—Desde luego. —Empezamos a salir juntos. Estaba claro que Mosala tenía otra cita; era entonces o nunca—. Hay algo que quería decirle —añadí—. No sé si es importante, pero...

—Adelante —dijo, aunque parecía distraída.

—Cuando llegué, alguien llamado Akili Kuwale me recibió en el aeropuerto... —No mostró ninguna reacción ante el nombre, así que proseguí—: Dijo que era de la corriente principal de Cosmología Antropológica y... —Mosala dejó escapar un gemido suave, cerró los ojos y se paró en seco.

—Voy a dejarle esto completamente claro —dijo volviéndose hacia mí—. Si se le ocurre mencionar a los antropocosmólogos en este documental, yo...

—No tengo intención de hacer eso —la interrumpí de inmediato. Me miraba enfadada, desconfiada—. ¿Cree que me dejarían aunque quisiera? —añadí.

—No sé de qué son capaces —dijo todavía alterada—. ¿Qué quería esa persona si no era publicidad para sus ideas lunáticas?

—Le parecía que usted corre peligro —dije con cuidado. Pensé en comentar la cuestión de la emigración a Anarkia, pero Mosala estaba ya tan cerca de estallar que decidí que el riesgo no valía la pena.

—Bueno —dijo con acritud—, eso son los antropocosmólogos para usted y su preocupación es conmovedora, pero no estoy en peligro, ¿verdad? —Señaló con un gesto el auditorio vacío, para destacar la ausencia de asesinos al acecho—. Así que ellos pueden tranquilizarse, usted olvidarlos y nosotros seguir con nuestro trabajo, ¿no?

Asentí como un tonto. Empezó a alejarse, pero la alcancé.

—Escuche, yo no busqué a esa gente —dije—. Esa persona misteriosa se me acercó nada más bajar del avión y empezó a hacer comentarios crípticos sobre su seguridad. Creo que tiene derecho a saberlo, simplemente. No sabía que fuera un miembro de la secta que menos le gusta. Y si todo el tema es tabú, está bien. No volveré a mencionar el nombre en su presencia.

—Le pido disculpas —dijo Mosala, que se había parado y estaba más tranquila—. No quería regañarlo, pero si supiera la clase de tonterías perniciosas... —Interrumpió la frase—. Da igual. ¿Ha dicho que el tema queda zanjado? ¿Que no le interesan en absoluto? —Sonrió con dulzura—. Pues no hay nada que discutir, ¿verdad? Entonces ¿nos vemos mañana por la tarde? —añadió volviéndose cuando se dirigía hacia la puerta—. Por fin podremos mantener una conversación sobre cosas importantes. Estoy deseándolo.

Vi cómo se marchaba, me volví hacia la habitación vacía y me senté en la primera

fila. Me preguntaba cómo había podido creer alguna vez que podría «explicar» a Violet Mosala al mundo. Ni siquiera había sabido lo que pensaba mi amante a pesar de vivir con ella, semana tras semana. ¿Qué clase de juicios erróneos y absurdos emitiría sobre esta desconocida tan susceptible e impulsiva cuya vida giraba en torno a unas matemáticas que apenas entendía?

Mi agenda sonó con impaciencia y la saqué del bolsillo. **Hermes** había deducido que la ponencia había terminado y ya podía emitir una señal auditiva. Era un mensaje de Indrani Lee para mí: «Andrew, puede que no sepas apreciar la oportunidad que se te presenta, pero un representante de las personas que mencionamos ayer ha accedido a hablar contigo. De manera extraoficial, por supuesto. Chomsky Avenue número veintisiete. Esta noche a las nueve en punto».

—No voy a ir —dije mientras me sujetaba el estómago e intentaba no reírme—, no me arriesgo. ¿Y si Mosala se entera? Claro que siento curiosidad, pero no vale la pena.

—¿Ésa es la respuesta para el remitente? —dijo **Hermes** después de un momento.

—No —dije con un gesto—. Y ni siquiera es verdad.

La dirección que me había dado Lee estaba a un paseo corto de una parada del tranvía de la línea norte-este. Había que atravesar lo que casi parecía una zona residencial de clase media, salvo que no había vegetación, ni ostentosa ni normal; sólo patios pavimentados relativamente grandes y algunas estatuas *kitsch*. Tampoco se veían verjas electrificadas. El aire era frío; a fin de cuentas, el otoño dejaba sentir su presencia. El deslumbrante coral de Anarkia causaba una impresión totalmente errónea; los primos naturales de los pólipos manipulados genéticamente no habrían sobrevivido a esta distancia de los trópicos.

Pensé que Sarah Knight había estado en contacto con los antropocosmólogos sin que Mosala se enterase. No habría hablado de ella en términos tan elogiosos de haber sabido que tenía alguna clase de acuerdo con Kuwale. Sólo era una suposición, pero tenía sentido: la investigación para *Sujetando el cielo* debía de haber conducido a Sarah hasta los CA, que eran, en parte, el motivo por el que se había esforzado tanto en conseguir el contrato de *Violet Mosala*. Y quizá los antropocosmólogos habían decidido ofrecerme el mismo trato: Ayúdanos a cuidar de Violet Mosala y te daremos una exclusiva mundial, el primer reportaje de los medios de información sobre la secta más reservada del planeta.

¿Por qué pensaban que era su deber cuidar de Mosala? ¿Qué papel desempeñaban los especialistas en TOE en los planes de los antropocosmólogos? ¿Eran gurús reverenciados? ¿Santos locos de otro mundo que necesitaban que un cuadro de seguidores devotos los protegiera de sus enemigos? Santificar a los físicos sería un cambio con respecto a santificar la ignorancia, pero suponía que Mosala encontraría

aún más irritante que le dijeran que era una especie de conducto valioso para visiones interiores místicas (aunque en última instancia inocente y desamparada), que oír que necesitaba ser humilde o curarse.

El número veintisiete era una casa de una planta, hecha de coral con aspecto de granito gris plata. Era grande, pero no una mansión; quizá de cuatro o cinco dormitorios. Tenía sentido que los huidizos CA alquilaran una vivienda en las afueras, desde luego; era más discreto que reservar habitaciones en un hotel lleno de periodistas. Se filtraba una cálida luz amarilla a través de las ventanas programadas en modo opalescente, una configuración deliberada de bienvenida. Pasé por la verja abierta, crucé el patio vacío, me armé de valor y llamé al timbre. Si los miembros de Renacimiento Místico se ponían trajes de payaso y hablaban de «las narraciones que les dicta la imaginación» en medio de la calle para que todo el mundo los viera, no tenía claro si estaba preparado para una secta cuyas prácticas tenían que llevarse a cabo a puerta cerrada.

Mi agenda emitió un chirrido débil y breve, como un juguete empalado en un cuchillo. La saqué del bolsillo; la pantalla estaba en blanco: era la primera vez que la veía así. Una fem vestida con elegancia abrió la puerta.

—Debes de ser Andrew Worth —dijo con una sonrisa, ofreciéndome la mano—. Soy Amanda Conroy.

—Encantado de conocerte —dije mientras le daba la mano, con la agenda aún en la otra.

—No se ha estropeado —dijo mirando la máquina muerta—, pero comprenderás que esto no es oficial.

Tenía acento de la costa oeste de los Estados Unidos y una piel de color blanco lechoso desvergonzadamente antinatural, suave como el mármol pulido. Podía tener cualquier edad entre los treinta y los sesenta.

La seguí por un recibidor lujosamente enmoquetado hasta la salita. Había media docena de cuadros en las paredes. Grandes, abstractos y coloristas. Me parecían Primitivistas Estilo Brasileño, el trabajo de un grupo de artistas irlandeses de moda, pero no podía saber si eran auténticos: «remezclas» que explotaban a conciencia el gueto artístico de Sao Paulo de los años veinte, por las que se pagaba cien mil veces el precio de los cuadros originales de Brasil. Sin embargo, seguro que la pantalla mural de cuatro metros y el mecanismo oculto que había convertido mi agenda en un ladrillo eran caros. Ni siquiera me planteé invocar a **Testigo**; me alegré de haber transmitido la grabación de la mañana a la consola de edición de casa, antes de salir del hotel.

Parecía que estábamos solos.

—Siéntate, por favor —dijo Conroy—. ¿Quieres tomar algo? —Se dirigió a un dispensador de bebidas que había en una esquina. Miré la máquina y decliné la oferta.



Era un modelo sintetizador de veinte mil dólares, básicamente una farmacia a mayor escala. Podía servir cualquier cosa, desde zumo de naranja hasta un cóctel de aminos neuroactivas. Su presencia en Anarkia me sorprendió; no me habían permitido traer mi anticuada farmacia, pero como no me sabía de memoria los términos de la resolución de la ONU, no sabía muy bien qué tecnología estaba prohibida de forma universal y cuál se prohibía sólo a las exportaciones australianas—. Soy muy amiga de Akili Kuwale y le considero una persona encantadora —dijo Conroy con voz tranquila después de sentarse enfrente de mí y dudar un momento—, pero no es demasiado diplomática. —Su sonrisa me desarmó—. Prefiero no pensar en qué impresión te habremos causado después de que te contara todas esas tonterías misteriosas. —Volvió a mirar de forma significativa mi agenda—. Supongo que nuestra insistencia en disfrutar de una intimidad absoluta tampoco ayuda mucho, pero te aseguro que no se trata de nada siniestro. Ya sabes el poder que tienen los medios de comunicación: toman un grupo de personas y sus ideas y distorsionan la imagen de ambas para acomodarla a cualquier prioridad que tengan. No pretendo acusar a los de tu profesión de ser difundidores de libelos —continuó interrumpiéndome cuando intenté contestar, en realidad para darle la razón—, pero he visto tantas veces lo que ha ocurrido con otros grupos que no debería sorprenderte que nos parezca una consecuencia inevitable de salir a la luz pública.

»Así que hemos tomado el camino más difícil en beneficio de la autonomía: hemos renunciado a que nos representen de ninguna forma. No queremos que nos retraten ante el mundo, justa o injustamente, con simpatía o sin ella. Si no tenemos ninguna imagen pública, el problema de la distorsión desaparece. Somos lo que somos.

—Aun así, me has pedido que venga.

—Y que malgastes tu tiempo. Además, corremos el riesgo de empeorar las cosas —dijo asintiendo con pesar—. Pero no teníamos elección. Akili despertó tu curiosidad y no era razonable esperar que dejaras correr el asunto. Por lo tanto, estoy dispuesta a comentarte nuestras ideas en persona, en lugar de permitir que investigues y acabes con un montón de rumores infundados de terceros. Pero todo tiene que ser de forma extraoficial.

—No quieres que llame más la atención sobre vosotros haciendo preguntas a personas que no son las adecuadas —dije moviéndome intranquilo en el asiento—, así que estás dispuesta a contestarlas sólo para que cierre la boca.

—Así es —contestó Conroy con calma. Yo había esperado que contestara a esa valoración tan directa con negaciones, actitud dolida y un aluvión de eufemismos.

Indrani Lee debía de haberse tomado mi sugerencia al pie de la letra: «Sólo diles que he estado haciendo preguntas a personas del congreso y, casualmente, a ti también». No era de extrañar que me hubieran llamado enseguida si los de CA

pensaban que iba a repetir la historia improvisada que le conté a Lee sobre Kuwale, eil confidente desaparecida, a todos los periodistas y físicos de Anarkia.

—¿Por qué estás dispuesta a confiar en mí? —pregunté—. ¿Qué me impide utilizar todo lo que me cuentes?

—Nada —dijo Conroy con las manos extendidas—. Pero ¿por qué ibas a hacer algo así? He visto tus trabajos anteriores; está claro que los grupos cuasicientíficos como el nuestro no te interesan. Has venido para cubrir las intervenciones de Violet Mosala en el congreso Einstein y eso ya debe de ser un reto considerable sin necesidad de distracciones adicionales. Puede que sea imposible mantener a Renacimiento Místico o a ¡Ciencia Humilde! al margen: se colarán en las tomas siempre que puedan. Pero nosotros no. Y sin imágenes nuestras, a menos que te molestes en falsificarlas, ¿qué pondrías en el documental? ¿Una entrevista de cinco minutos contigo mismo relatando este encuentro?

No sabía qué decir; tenía razón punto por punto. Y por si fuera poco, tenía que considerar la antipatía de Mosala y el riesgo de perder su colaboración si me pillaba metiéndome en este asunto.

Además, no podía evitar simpatizar un poco con la postura de CA. Me parecía que casi todos los que había conocido en los últimos años (desde los emigrantes de género, que huían de las definiciones en materia de política sexual de otras personas, hasta los refugiados de la hipocresía nacionalista como Bill Munroe) estaban hartos de que otras personas se creyeran con derecho a retratarlos. Incluso las sectas de la ignorancia y los especialistas en TOE se echaban en cara lo mismo aunque, en último término, se disputaban la definición de algo infinitamente mayor que sus identidades.

—No puedo ofrecerte una promesa de silencio incondicional —dije con cuidado—, pero intentaré respetar tus deseos. —Esto pareció bastarle a Conroy. Quizá había estado sopesándolo todo antes de que nos reuniéramos y decidió que una entrevista tranquila sería el menor de los dos males aunque no pudiera conseguir ninguna garantía.

—La cosmología antropológica es sólo el planteamiento moderno de una idea antigua. No malgastaré tu tiempo con una lista de nuestras coincidencias y discrepancias con varios filósofos de la Grecia clásica, el antiguo Islam, la Francia del siglo diecisiete o la Alemania del dieciocho; puedes investigar la historia por tu cuenta. Empezaré con un hombre que estoy segura de que conoces: un físico del siglo veinte llamado John Wheeler.

Asentí. Lo conocía, aunque lo único que recordaba es que desempeñó un papel fundamental en la teoría de los agujeros negros.

—Wheeler era un acérrimo defensor de la idea de un universo participativo —siguió Conroy—, un universo configurado por los habitantes que lo observaban y lo explicaban. Tenía una metáfora favorita para ese concepto: ¿conoces el viejo juego de

las veinte preguntas? Una persona piensa en un objeto y la otra hace preguntas a las que sólo se puede contestar «sí» o «no» e intenta averiguar qué es.

»Sin embargo, hay otra forma de jugar. Al principio no se elige ningún objeto. Sólo se responde sí o no más o menos al azar, pero con la limitación de ser consecuente con lo que ya se ha dicho. Si has contestado que es azul, no puedes cambiar de opinión después y decir que es rojo, aunque aún no tengas una idea precisa de qué es en realidad. Pero a medida que se responden más y más preguntas van disminuyendo las opciones de lo que puede ser.

»Wheeler decía que el universo se comportaba como un objeto indefinido que sólo llegaría a ser algo concreto por medio de un proceso similar de preguntas. Hacemos observaciones, llevamos a cabo experimentos y nos hacemos preguntas. Obtenemos respuestas, algunas más o menos al azar, pero nunca son contradicciones absolutas. Y cuantas más preguntas formulamos, más precisa es la forma que adopta el universo.

—¿Te refieres a que es como medir objetos microscópicos? —dije—. Algunas propiedades de las partículas subatómicas no existen hasta que se miden y la medida que se obtiene es un componente al azar, pero si se mide lo mismo por segunda vez se obtiene el mismo resultado. —Era algo muy viejo, bien establecido y aceptado—. Es probable que Wheeler se refiriese a algo así —añadí.

—Ése es el ejemplo definitivo —accedió Conroy—. Se remonta a Niels Bohr, desde luego, con quien Wheeler estudió en Copenhague en la década de mil novecientos treinta. Las medidas cuánticas eran, sin duda, la inspiración de todo el modelo. Sin embargo, Wheeler y sus sucesores las llevaron más allá.

»La medición cuántica trata de sucesos microscópicos independientes, que ocurren o no de forma aleatoria, pero de acuerdo con las probabilidades determinadas por un conjunto de leyes preexistente. Trata sobre la cara o la cruz por sí mismas, no sobre la forma de la moneda ni el resultado final cuando se lanza repetidas veces. Es bastante fácil ver que una moneda no es "cara" ni "cruz" mientras está en el aire girando, pero ¿y si no fuera una moneda concreta? ¿Y si no hubiera leyes preexistentes que rigen el sistema que se intenta medir, al igual que no hay respuestas preexistentes para ninguna de esas medidas?

—¿Qué pasaría entonces? —contesté con cautela.

Había venido esperando una ración de la jerga florida de las sectas: parloteo sobre magos y brujas arquetípicos o la necesidad urgente de volver a descubrir el reino perdido de la alquimia. La estrategia de tomar la mecánica cuántica y distorsionar las fronteras de su singularidad contraintuitiva en cualquier dirección que se acomodara a la filosofía de la secta era más difícil de seguir. En las manos de un charlatán persuasivo, la mecánica cuántica podía ser cualquier cosa, desde una base «científica» para la telepatía hasta una «prueba» del budismo zen. Aun así no

importaba que no pudiera precisar el momento en el que Conroy pasara de la ciencia establecida a la fantasía antropocsmológica; podría analizarlo más tarde, cuando recuperara mi teta electrónica y pudiera valerme de una guía experta.

—Lo que pasó en la historia es que la física se mezcló con la teoría de la información —dijo Conroy continuando con el lenguaje científico, mientras sonreía ante mi nerviosismo—. O, por lo menos, muchas personas estudiaron la unión durante cierto tiempo. Intentaban descubrir si tenía sentido hablar de la creación no sólo de sucesos microscópicos particulares, sino de toda la mecánica cuántica subyacente y de todas las distintas ecuaciones de campo (que entonces no estaban unificadas) a partir de una secuencia de preguntas a las que se puede contestar «sí» o «no». La realidad a partir de la información, de una acumulación de conocimientos. Como lo expresó Wheeler: «un todo a partir de un fragmento».

—Suen a una de esas ideas bonitas que no funcionan —dije—. Nadie del congreso habla de ese tipo de cosas.

—La física de la información desapareció de toda discusión cuando la Teoría Estándar del Campo Unificado se edificó sobre las cenizas de las supercuerdas —admitió Conroy—. ¿Qué tenía que ver la geometría del espacio global de diez dimensiones con las secuencias de información? Muy poco. La geometría tomó el control. Y ha sido el enfoque más productivo desde entonces.

—¿Y dónde encaja la cosmología antropológica? ¿Tenéis una TOE basada en la física de la información que las figuras consagradas no se toman en serio?

—No —dijo Conroy riéndose—. No podemos competir en ese campo, ni queremos. Buzzo, Mosala y Nishide pueden pelearse entre ellos. Estoy totalmente convencida de que, al final, uno conseguirá una TOE perfecta.

—¿Entonces?

—Volvamos al viejo modelo de Wheeler del universo. Las leyes de la física surgen de modelos y regularidades que se encuentran en los datos aleatorios. Pero si un suceso no tiene lugar a menos que sea observado, una ley no existe a menos que se entienda. Pero eso suscita una pregunta, ¿verdad? ¿Quién es el que tiene que entenderla? ¿Quién decide lo que es consecuente? ¿Quién decide la forma que puede adoptar una ley o lo que constituye una explicación?

»Si el universo sucumbiera de forma instantánea a cualquier explicación humana, viviríamos en un mundo en el que la edad de piedra de la cosmología sería literalmente cierta. O sería como las viejas sátiras de la vida después de la muerte, con un cielo distinto para cada fe en conflicto... incluso antes de morir. Pero el mundo no es así. Estamos juntos discutiendo sobre la naturaleza de la realidad, y da igual cuántas personas discrepen. No salimos flotando a universos particulares en los que nuestras explicaciones son la verdad absoluta.

—Bueno, no. —Tuve una imagen vívida de los miembros del grupo teatral de

RM que seguían a Jung, vestido de flautista de Hamelín, a la boca de un agujero de gusano psicodélico que conducía a un cosmos completamente distinto, adonde no podía seguirlos ningún racionalista—. ¿Y eso no te hace pensar que el universo, a fin de cuentas, no es participativo? —pregunté—. ¿Que las leyes pueden ser principios fijos, independientes de las personas que las comprenden?

—No. —Conroy sonrió con amabilidad, como si esta idea le pareciera ingenua y curiosa—. Toda la relatividad y la mecánica cuántica rechazan cualquier telón de fondo absoluto: tiempo absoluto, historia absoluta... y leyes absolutas. Pero me hace pensar que es necesario que la idea de participación se formule con rigor en las matemáticas de la teoría de la información y que las distintas posibilidades tengan que ser analizadas con mucho cuidado.

—¿Con qué objeto? —Era difícil refutarle lo anterior—. Si no se compite por el descubrimiento de una TOE que funcione...

—La cuestión es entender los medios mediante los que la ciencia de las TOE puede dar lugar a una TOE activa. Cómo el conocimiento de las ecuaciones puede llegar a fijar firmemente la realidad que describen en un lugar... con tanta firmeza que no podremos albergar la esperanza de ver lo que hay detrás, de atisbar el proceso que la mantiene ahí.

—Si admites que no tenemos la esperanza de hacer eso —contesté riéndome—, acabas de pasar directamente a la metafísica.

—Cierto. —Conroy no se inmutó—. Pero creemos que, aun así, puede hacerse con un espíritu científico: aplicar la lógica y utilizar las herramientas matemáticas adecuadas. Eso es la cosmología antropológica: el viejo enfoque teórico de la información redivivo como algo externo a la física. Quizá no sea necesario descubrir la TOE, pero creo que su existencia tiene sentido.

Me incliné hacia ella; me pareció que sonreía, casi sin querer, y estaba fascinado a pesar de mi escepticismo. Tal y como estaban las pseudociencias de las sectas, éstas, por lo menos, eran gilipolleces con clase.

—¿Cómo? ¿Qué posibilidad habéis analizado que pueda darle a una teoría un poder que no existiera ya en la naturaleza?

—Imagina la siguiente cosmología —dijo Conroy—: olvida la idea del comienzo del universo con un Big Bang adecuado, ajustado y necesario para crear estrellas, planetas, vida inteligente y una cultura capaz de encontrarle sentido. En su lugar, toma como punto de partida el hecho de que hay un ser humano vivo que puede explicar todo el universo en los términos de una teoría. Dale la vuelta a todo y da por supuesto únicamente que esta persona existe.

—¿Cómo puede ser lo único? —dije irritado—. No se puede tener un ser humano vivo y nada más. Y si se asume que esta persona puede explicar el universo, será porque hay un universo que explicar.

—Exacto. —Conroy sonrió con calma y sin síntomas de locura, pero se me erizó el pelo de la nuca y, de repente, supe lo que iba a decir a continuación—. A partir de esta persona el universo «crece» gracias a la capacidad de explicarse, en todas direcciones y hacia delante y atrás en el tiempo. En lugar de salir despedido del preespacio, en vez de «causarse» inexplicablemente al principio del tiempo, se cristaliza tranquilamente alrededor de un ser humano.

»Por eso el universo obedece una sola ley, una Teoría del Todo. Lo explica todo una persona a la que llamamos la Piedra Angular. Todos los seres y todas las cosas existen porque la Piedra Angular existe. El modelo cosmológico del Big Bang no puede conducir a nada: un universo de polvo frío, un universo de agujeros negros, un universo de planetas muertos. Pero la Piedra Angular necesita todo lo que el universo contiene en la actualidad, estrellas, planetas y vida para explicar su propia existencia. Y no sólo los necesita: puede explicarlo todo y darle pleno sentido, sin lagunas, defectos ni contradicciones.

»Por eso es posible que miles de millones de personas estén equivocadas. Por eso no vivimos de acuerdo a una cosmología de la edad de piedra y ni siquiera a la de la física newtoniana. La mayoría de las explicaciones no son lo bastante fuertes, completas o coherentes para dar existencia al universo... y para explicar una mente capaz de dar cabida a esa explicación.

Me recliné y me quedé mirando a Conroy. No quería ser grosero, pero no tenía nada educado que decir. Finalmente, aquello era lenguaje de secta puro: podría estar diciéndome que Violet Mosala y Henry Buzzo eran las encarnaciones de un par de deidades hindúes enfrentadas o que la Atlántida emergería del océano y las estrellas caerían del firmamento mientras se escribía la ecuación definitiva.

Salvo que, si lo hubiera hecho, dudo que sintiera el mismo cosquilleo inquietante que me bajaba por la espalda hasta los antebrazos. Se había mantenido lo bastante cerca de las orillas de la ciencia, durante bastante parte del recorrido, para desarmarme un poco.

—No podemos ver cómo aparece el universo —continuó—; somos parte de él, estamos atrapados en el espaciotiempo creado por el acto de la explicación. Lo único que podemos aspirar a presenciar, con el paso del tiempo, es la persona que será la primera en llevar la TOE en su mente, captar las consecuencias y, de manera invisible e imperceptible, conferirnos la existencia a todos. —De pronto, empezó a reír y rompió el hechizo—. Sólo es una teoría. Las matemáticas que la sustentan tienen un sentido perfecto, pero la realidad es imposible de comprobar por su misma naturaleza. Así que, desde luego, podríamos estar equivocados.

»Pero ahora, ¿entiendes por qué alguien como Akili, que cree, quizá con demasiada vehemencia, que podemos tener razón, quiere asegurarse de que no le hacen ningún daño a Violet Mosala?

Anduve hacia el sur más de lo necesario mientras buscaba una parada de tranvía un poco alejada de aquella en la que había bajado. Necesitaba estar al aire libre bajo las estrellas durante un rato para volver a poner los pies en el suelo. Incluso aunque Anarkia no pudiera considerarse tierra firme.

Las revelaciones de la noche me habían tranquilizado: parecían atarlo todo y dar sentido, al fin, a todas las distracciones que me habían apartado de mi trabajo.

Los de CA eran unos maniáticos inofensivos, y aunque resultara entretenido incluirlos como nota a pie de página en *Violet Mosala*, la integridad del documental no se vería afectada si no los sacaba, como me habían pedido ellos y Mosala. ¿Por qué ofender a ambas partes en nombre del periodismo audaz sólo para provocar sonrisitas de complicidad entre el público de SeeNet?

Y Kuwale estaba totalmente paranoica. Su postura era comprensible aunque no justificable. La vida de una Piedra Angular potencial no era un asunto para tomárselo a la ligera. Tampoco lo era que el universo pudiera venirse abajo: si Mosala moría antes de «conferirnos la existencia a todos nosotros», estaba claro que otra persona tendría que hacerlo y que, simplemente, ella no era la elegida. Esto no excluía una gran reverencia por los todavía meros candidatos a creadores, y los rumores de la emigración de Mosala debieron de bastar para que Kuwale empezara a ver enemigos que salían a rastras de la roca de arrecife.

Esperé el tranvía en una calle desierta. Mientras miraba arriba a través del aire frío, veía la riqueza deslumbrante de las estrellas (y satélites) y le daba vueltas a la fantasía perversamente elegante de Conroy. Si Mosala era la Piedra Angular, me alegraba de que tratara a los CA con tanto desdén. Si su explicación del universo incluía una TOE convencional y nada más, todo iría bien. Pero si se tomara la cosmología antropológica en serio... seguro que eso la expulsaría del complejo entramado de explicaciones que hilvanaba para todos. Una Teoría del Todo no era una Teoría del Todo si existía otro nivel, un estrato más profundo de verdad.

Originar un universo en el que uno mismo tuviera cabida me parecía una tarea demasiado dura; había que explicar la existencia de los propios ancestros (necesaria para explicar la propia), la de los miles de millones de primos humanos (una consecuencia lógica inevitable, lo mismo que los parientes más lejanos: animales y plantas), el mundo que se habitaba, el sol alrededor del cual se giraba y otros planetas, soles y galaxias que no eran necesarios de forma tan obvia para sobrevivir, pero que, posiblemente, permitían que una TOE relativamente sencilla (que se podía albergar en la mente) pudiera ser reemplazada por otra con triquiñuelas que la hicieran más ahorrativa en el mercado inmobiliario cósmico. «Conferir la existencia a todo eso» sería ya bastante duro; no resultaría nada agradable estar obligado también a crear el poder de crearlo, tener que conferir la existencia a la cosmología

antropológica que permitiera conferir la existencia a las cosas.

Una separación de poderes sabia. Dejar la metafísica para otro.

Subí al tranvía. Un par de pasajeros me sonrió, nos saludamos y conversamos... sin que nadie sacara un arma ni pidiera dinero.

Mientras andaba por la calle hacia el hotel, revisé unos cuantos documentos de mi agenda para comprobar que no había perdido nada durante el apagón. Había preparado una lista de las preguntas que quería hacerles a los antropocosmólogos y las repasé para ver qué tal me había ido. Sólo me había dejado un punto: no estaba mal para alguien acostumbrado a una muleta electrónica, pero, aun así, me resultó molesto.

Kuwale dijo que era de la «corriente principal» de CA. Así que, si toda la metafísica salvaje que Conroy me había endosado era la corriente principal de la cosmología antropológica, ¿qué crearían los marginales?

Mi complacencia empezaba a desvanecerse. Lo que había oído era una versión de la doctrina de CA. Conroy decidió hablar en nombre de todos, pero eso no implicaba que todos estuvieran de acuerdo. Como mínimo necesitaba volver a hablar con Kuwale, pero tenía cosas mejores que hacer que vigilar la casa con la esperanza de que apareciera.

En mi habitación hice que **Hermes** buscara en los directorios de comunicaciones mundiales. Había unos siete mil Kuwale con direcciones en una docena de países, pero ningún Akili. Lo que significaba que, probablemente, era un apodo, un diminutivo o un nombre de ásex no oficial. Sin saber ni de qué país procedía, iba a ser imposible delimitar la búsqueda.

No había grabado mi conversación con Kuwale, pero cerré los ojos, invoqué a **Testigo** y jugué con las opciones del programa de identificación hasta que vi su cara con claridad: en forma digital en la memoria que había en mis entrañas, así como en el ojo de mi mente. Conecté el cable umbilical, pasé la imagen a la agenda e inspeccioné las bases de datos mundiales de noticias en busca de su nombre o cara. No todo el mundo tenía sus quince minutos de fama, pero con nueve millones de revistas sin ánimo de lucro en la red además de todos los anuncios, no hacía falta ser una celebridad para estar en los archivos. Gana un concurso agrotécnico en la Angola rural, marca un gol para el equipo de fútbol más desconocido de Jamaica y...

No hubo suerte. La teta electrónica fallaba de nuevo... con un coste de trescientos dólares.

¿Dónde tenía que buscarle si no era en la red? Fuera, en el mundo. Pero no podía peinar las calles de Anarkia.

Volví a invocar a **Testigo** y marqué la imagen del programa de identificación para una búsqueda continuada en tiempo real. Si Kuwale se asomaba siquiera en un rincón de mi campo de visión, estuviera o no grabando y lo notara o no, **Testigo** me avisaría.



Karin De Groot me acompañó a la suite de Mosala. A pesar de la diferencia de tamaño, tenía la misma atmósfera soleada y espartana que mi habitación individual. Una claraboya aumentaba la sensación de espacio y luz, pero ni siquiera ese toque conseguía dar la impresión de opulencia que habría dado en otro edificio, en otro lugar. Nada en Anarkia me parecía un despilfarro, daba igual que fuera enorme, pero no sabía si este juicio era consecuencia de la arquitectura o se debía al conocimiento de la política y biotecnología que yacía tras la superficie.

—Violet no tardará —dijo De Groot—. Siéntate. Está hablando con su madre, pero ya le he recordado vuestra entrevista... dos veces.

—¿Ha pasado algo? Puedo volver más tarde. —Eran las tres de la madrugada en Sudáfrica y no quería molestar en medio de una crisis familiar.

—No pasa nada —me tranquilizó De Groot—. Wendy lleva un horario extraño, eso es todo.

Me senté en una de las sillas que alguien había agrupado casi en medio de la habitación; parecía que las habían dejado así después de una reunión. ¿Una especie de encuentro nocturno para intercambiar ideas entre Mosala, Helen Wu y algunos colegas más? Quienesquiera que fuesen, yo debería haber estado aquí grabándolos. Tendría que insistir más en que Mosala me diera acceso libre o me arriesgaba a que me dejara al margen hasta el final. Pero antes tendría que ganarme su confianza, o mi insistencia sólo lograría que me volviera a cerrar las puertas. Mosala había dejado claro que no tenía ningún interés especial en que le diera publicidad; nada que ver con la necesidad casi desesperada de un político o un gacetillero. Lo único que podía ofrecerle era la oportunidad de dar a conocer su trabajo.

—¿Cómo la conociste? —le pregunté a De Groot, que estaba de pie con una mano apoyada en el respaldo de una silla.

—Contesté un anuncio. No conocía a Violet en persona antes de aceptar el trabajo.

—También tendrás conocimientos de ciencia, ¿verdad?

—También. —Sonrió—. Aunque mis conocimientos, probablemente, se parecen más a los tuyos que a ninguno de Mosala. Me gradué en ciencias y periodismo.

—¿Has trabajado alguna vez como periodista?

—Fui corresponsal científica de Proteus durante seis años. El encantador señor Savimbi es mi sucesor.

—Entiendo. —Si prestaba atención, podía oír a Mosala hablar en la habitación de al lado—. ¿Tiene algún fundamento lo que dijo Savimbi el lunes sobre las amenazas de muerte? —continué en voz baja.

—No saques ese tema, por favor. —De Groot me miró cansada—. ¿De verdad

quieres ponerle las cosas tan difíciles?

—No, pero ponte en mi lugar —protesté—. ¿Pasaría por alto ese tema? No quiero exaltar los ánimos, pero si un grupo cultural purista amenaza de muerte a los mejores científicos de África, ¿no crees que merece la pena tratarlo seriamente?

—No la han amenazado —dijo De Groot con impaciencia—. Para empezar, la cita de Estocolmo estaba tergiversada por un *netzine* del Volksfront, para transmitir la extraña idea de que Violet había dicho que el Nobel no era suyo ni de África sino que, en realidad, pertenecía a la «intelectualidad blanca», de la que ella sólo era una figura políticamente oportuna. Esa historia tuvo eco en otros sitios, pero nadie, salvo el público original al que iba dirigido, se habría creído ni durante un momento que se trataba de algo más que propaganda absurda. En cuanto al FDCPA, siempre se han limitado a reconocer la existencia de Violet.

—De acuerdo. Entonces, ¿qué llevó a Savimbi a sacar conclusiones equivocadas?

—Basura de quinta mano. —De Groot miraba hacia la puerta.

—¿Sobre qué? No sería sólo propaganda del *netzine*. Seguro que él no es tan ingenuo.

—Entraron en casa de Violet —dijo inclinándose hacia mí con una expresión de angustia y debatiéndose entre la discreción y el deseo de sincerarse—, ¿de acuerdo? Hace unas semanas. Un ladrón, un adolescente con una pistola.

—Mierda. ¿Qué pasó? ¿La hirió?

—No, tuvo suerte. Se disparó la alarma: él había desconectado la principal, pero no la secundaria, y pasó un coche de policía cerca en aquel momento. El ladrón le dijo a la policía que le habían pagado para asustarla. Pero no pudo dar nombres, desde luego. Era una excusa patética.

—Entonces, ¿por qué Savimbi se la tomó en serio? ¿Y por qué hablas de informes de quinta mano? Seguro que leyó toda la historia.

—Violet no presentó cargos. Fue una idiotez, pero hace esas cosas. Así que no hubo juicio ni versión oficial de los hechos. Supongo que alguien de la policía se fue de la lengua.

Mosala entró en la habitación y nos saludamos. Miró con curiosidad a De Groot, que todavía estaba tan cerca de mí que se notaba que habíamos intentado que no nos oyera.

—¿Qué tal está su madre? —dije para romper el silencio.

—Bien. Aunque no duerme mucho porque está negociando un trato importante con Artesanía del Pensamiento. —Wendy Mosala dirigía una de las principales empresas de programación de África; la había ido consolidando durante treinta años, desde que la fundó ella sola—. Ha hecho una oferta para la licencia de distribución de los clonelets de **Kaspar**, dos años antes de que salgan a la venta, y si todo sale bien... —Se interrumpió—. Todo esto es estrictamente confidencial, ¿de acuerdo?

—Desde luego.

**Kaspar** era la próxima generación de programas pseudointeligentes, que empezaban a salir de su prolongada infancia en Toronto. A diferencia de **Sísifo** y sus numerosos primos, que se crearon hechos y derechos, adultos al instante, **Kaspar** pasaba por una fase de aprendizaje, con un estilo mucho más antropológico que cualquier intento anterior. Me parecía un poco inquietante y no estaba seguro de querer tener un clonelet (una copia reducida del original) instalado en mi agenda y esclavizado con tareas de ínfima categoría, si el programa completo se había pasado un año cantando canciones infantiles y jugando con construcciones.

De Groot nos dejó. Mosala se desplomó en una silla enfrente de mí, iluminada por la luz del sol que entraba por la claraboya. La llamada de su casa parecía haberla alegrado, pero bajo la luz intensa tenía aspecto cansado.

—¿Dispuesta a empezar? —pregunté.

—Cuanto antes empecemos —asintió y sonrió un poco animada—, antes acabaremos.

Invocé a **Testigo**. El rayo de luz se desplazaría de forma considerable durante la entrevista, pero durante el montaje podría devolverlo todo a sus valores originales y cambiarlo por un grupo fijo de fuentes de iluminación más favorecedoras.

—¿Fue su madre la que le inspiró su interés por la ciencia? —dije.

—¡No sé! —gruñó Mosala en tono enfadado—. ¡No sé! ¿Fue su madre la que le inspiró a venir con esa especie de patético...? —Se calló, consiguiendo parecer arrepentida y acusadora a la vez—. Lo siento, ¿podemos volver a empezar?

—No hace falta. No se preocupe por la continuidad, no es problema suyo. Siga hablando. Y si está a mitad de una respuesta y cambia de opinión, límitese a detenerse y empezar de nuevo.

—De acuerdo. —Cerró los ojos e inclinó la cara de forma cansina hacia la luz—. Mi madre. Mi infancia. Mis modelos de comportamiento. —Abrió los ojos y suplicó—: ¿No podemos dejar todas esas sandeces de lado y hablar de la TOE?

—Sé que son sandeces —dije pacientemente—, usted lo sabe, pero si los directivos de la cadena no ven la cuota exigida de influencias formativas en la niñez, emitirán su programa a las tres de la madrugada, después de un cambio de programación de último momento y pondrán delante un especial sobre las enfermedades de la piel resistentes a los medicamentos. —SeeNet que, desde luego, decía tener derecho a hablar en nombre de sus espectadores, tenía unas instrucciones estrictas para los perfiles: tantos minutos de infancia, tantos de política, tantos de relaciones actuales, etcétera: Una guía en plan corta-pega-y-colorea para conformar seres humanos al mismo tiempo que un modelo con el que convencerte de que los habías explicado. Una especie de versión externa del área de Lamont.

—¿A las tres de la madrugada? —dijo Mosala—. No hablará en serio, ¿verdad?

—Lo meditó—. De acuerdo. Si ése es el riesgo, puedo seguir el juego.

—Hábleme de su madre. —Contuve las ganas de decir: «conteste más o menos al azar, pero no se contradiga».

—Mi madre me dio una buena educación, y no me refiero a un colegio. —Improvisaba con fluidez, soltando un resumen de su vida sin trazas visibles de ironía—. Me conectó a la red y me dejó usar un buscador de datos para adultos cuando tenía siete u ocho años. Me abrió las puertas de... todo el planeta. Tuve suerte: podíamos permitirnoslo y ella sabía exactamente lo que hacía. Pero no me empujó hacia la ciencia. Me dio las llaves de ese recreo gigantesco y me dejó suelta. Podría haberme dedicado a la música, al arte, a la historia... a cualquier cosa. No me dirigió hacia nada; se limitó a dejarme a mi aire.

—¿Y su padre?

—Mi padre era policía. Lo mataron cuando yo tenía cuatro años.

—Debió de ser traumático. Pero, ¿no cree que esa pérdida temprana pudo darle el empuje, la independencia...?

—A mi padre le pegó un tiro en la cabeza un francotirador en un mitin político cuando ayudaba a proteger a unas veinte mil personas cuyas ideas le repugnaban. —Mosala me lanzó una mirada más de pena que de ira—. Y, por cierto, esto no es oficial y me dan igual las consecuencias que tenga en sus horarios de programación: era alguien a quien quería y todavía quiero, no un grupo de engranajes perdidos en la psicodinámica de mi mecanismo interno. No era una ausencia que haya tenido que compensar.

Noté que me ruborizaba. Miré la agenda y me salté varias preguntas igual de necias. Siempre podía completar el material de la entrevista con recuerdos de sus amigos de la infancia, imágenes de archivo de los colegios de Ciudad del Cabo de los años treinta o lo que fuera.

—Ha dicho en otras ocasiones que se enganchó a la física cuando tenía diez años y que entonces ya sabía que era a eso a lo que quería dedicarse durante el resto de su vida... por motivos personales, para satisfacer su curiosidad. Pero, ¿cuándo cree que empezó a considerar el ámbito más amplio en el que se encuentra la ciencia? ¿Cuándo cree que se dio cuenta de los factores económicos, sociales y políticos?

—Supongo que unos dos años después —contestó Mosala tranquila; había recuperado la calma—, cuando empecé a leer a Muteba Kazadi. —No lo había mencionado en ninguna de las entrevistas anteriores que había leído y era una suerte que me hubiera tropezado con el nombre cuando investigaba al FDCPA, o habría quedado como un tonto. ¿Muteba qué?

—Así que tuvo influencias de la *technolibération*.

—Claro. —Arqueó las cejas, sorprendida, como si le acabara de preguntar si había oído hablar de Albert Einstein. No estaba seguro de si era sincera o si intentaba,

de manera servil y cínica, satisfacer la demanda de clichés de SeeNet, pero ése era el precio que tenía que pagar por pedirle que siguiera el juego—. Muteba explicó en detalle el papel de la ciencia con más claridad que nadie de la época —continuó—. Y con un par de frases podía... «incinerar» cualquier duda que yo pudiera albergar sobre saquear todo el almacén planetario de cultura y ciencia y coger exactamente lo que quería.

Después de dudar, recitó:

*Cuando Leopoldo II se levante de la tumba  
y diga: «Mi conciencia me atormenta, ¡llevo  
el marfil, el caucho y el oro que no son belgas!»,  
renunciaré a los beneficios ilícitos que no son africanos  
y, piadosamente, cederé el cálculo y toda su prole  
a... no sé quién, porque Newton y Leibnitz  
murieron sin descendencia.*

Me reí.

—No tiene ni idea de lo que suponía oír una voz cuerda que se abría paso entre todo el ruido —dijo Mosala, seria—. La reacción violenta anticientífica y tradicionalista no adquirió fuerza en África hasta los cuarenta, pero cuando lo hizo, muchas personalidades de la vida pública, que habían hablado con sensatez hasta el momento, parecieron venirse abajo y llegaron a decir que la ciencia era una propiedad inherente del mundo occidental que África no necesitaba ni quería, o que era tan sólo un arma de asimilación cultural y genocidio.

—Así es como se ha utilizado exactamente.

—No me fastidie. —Mosala me lanzó una mirada torva—. Se ha abusado de la ciencia para todos los propósitos concebibles y ése es un motivo más para poner el poder que da en manos del mayor número posible de personas, lo antes posible, en lugar de mantenerlo en manos de unos pocos. No es un motivo para refugiarse en la fantasía ni declarar que el conocimiento es un artefacto cultural, que no hay verdades universales y que sólo nos salvarán el misticismo, la ofuscación y la ignorancia. —Extendió los brazos y fingió que cogía un puñado de espacio—. No existe un vacío masculino o femenino. No existe un espaciotiempo belga o zaireño. Vivir en este universo no es una prerrogativa cultural ni una elección de estilo de vida. No tengo que perdonar ni olvidar un acto de esclavitud, robo, imperialismo o patriarcado para ser física ni para estudiar la materia con cualquier herramienta intelectual que necesite. Todos los científicos ven mucho más lejos si miran desde encima de una montaña de muertos y, francamente, no me importa qué genitales tenían, el idioma que hablaban ni el color de su piel.

Intenté no sonreír: era un material muy bueno. No tenía ni idea de cuáles de estos

eslógenes eran sinceros y cuáles teatro consciente; dónde terminaba el recubrimiento de azúcar que le había pedido y dónde empezaban los verdaderos sentimientos de Mosala, pero puede que ella tampoco tuviera los límites muy claros.

Dudé. En mi siguiente nota ponía: «¿Rumores de emigración?». Era el momento lógico de plantear el tema, pero podría reconstruir el orden adecuado en el montaje. No iba a correr el riesgo de estropear la entrevista hasta que tuviera más material grabado a salvo.

—Sé que no quiere revelar los detalles de su TOE antes de la conferencia del día dieciocho. —Decidí pasar a terreno seguro—. Pero quizá podría hacerme un esquema a grandes rasgos de la teoría, basado en lo que ya se ha publicado.

—Desde luego. —Mosala se relajó claramente—. La razón fundamental por la que no puedo darle todos los detalles es que ni siquiera yo los conozco. —Se explicó —: He elegido el marco matemático completo y ya he fijado las ecuaciones generales, pero para conseguir los resultados específicos que necesito hay que hacer un montón de cálculos con superordenadores, que todavía se están llevando a cabo, incluso ahora mismo, mientras mantenemos esta charla. Espero que estén listos unos días antes del dieciocho, si no ocurre ningún desastre imprevisible.

—De acuerdo. Hábleme de ese marco matemático.

—Esa parte es muy sencilla. A diferencia de Henry Buzzo y Yasuko Nishide, no busco la manera de conseguir que nuestro Big Bang no parezca una «coincidencia». Buzzo y Nishide opinan que un número infinito de universos surgió del preespacio y se ha materializado a partir de esa simetría perfecta con distintos conjuntos de leyes físicas. Intentan reevaluar la probabilidad de que ese conjunto infinito incluya un universo que sea «más o menos como el nuestro». Es relativamente fácil encontrar una TOE en la que nuestro universo sea posible pero espantosamente improbable. Para Buzzo y Nishide una TOE válida sería la que garantizase que hay tantos universos similares al nuestro que éste no sería, por tanto, demasiado improbable; que no somos una especie de diana perfecta y milagrosa en un tablero de dardos metacósmico, sino un punto nada excepcional de un blanco mucho mayor.

—Un poco como probar —dije—, a partir de principios astrofísicos básicos, que no sólo la Tierra, sino miles de planetas de la galaxia, deberían tener vida basada en el carbono y el agua.

—Sí y no. Sí porque la probabilidad de otros planetas similares a la Tierra se puede calcular teóricamente, pero es que también se podría contrastar por medio de la observación. Se pueden observar millones de estrellas y ya hemos deducido la existencia de unos cuantos miles de planetas extrasolares, y puede que incluso lleguemos a visitar algunos y encontrar otras formas de vida basadas en el carbono y el agua. Pero aunque hay un sinfín de marcos elegantes con los que asignar probabilidades a otros universos hipotéticos, no existe la posibilidad de observarlos o

visitarlos; no hay un método concebible de comprobar la teoría. Así que no creo que debamos elegir una TOE con esa base.

»El motivo de ir más allá de la Teoría Estándar del Campo Unificado es que, en primer lugar, es bastante fea y confusa y, en segundo lugar, que hay que introducir diez parámetros completamente arbitrarios para hacer que funcionen las ecuaciones. En cambio, si se utiliza un Modelo de Todas las Topologías, fundir el espacio total en el preespacio nos libra de la fealdad formal y las arbitrariedades de la TECU. Pero que para conseguirlo haya que trastear con la forma en la que se integra sobre todas las topologías del preespacio, excluyendo, por ejemplo, ciertas topologías sin ninguna razón aparente, y se deba descartar una medida para adoptar otra nueva cuando no se obtienen las respuestas esperadas, me parece un paso en falso. Así, en lugar de "ajustar los mandos" de la máquina de la TECU para poner diez números arbitrarios en los indicadores, todo lo que se consigue es una pulcra caja negra sin indicadores a la vista, aparentemente completa, pero que en realidad se ha tenido que abrir para sacarle todos los componentes molestos que impedían obtener los mismos resultados.

—De acuerdo. ¿Y cómo se puede evitar ese problema?

—Creo que hemos de adoptar una postura difícil y declarar que las probabilidades no importan —contestó Mosala—. Hay que olvidar el conjunto hipotético de otros universos. Hay que olvidar la necesidad de ajustar el Big Bang. Este universo existe. La probabilidad de que existamos es del ciento por ciento. Se debe asumir como algo dado, en lugar de retroceder en un intento de arreglar supuestos que hacen todo lo posible para ocultar esa certeza.

«Hay que olvidar la necesidad de ajustar el Big Bang. Se debe asumir nuestra existencia como dada.» El paralelismo con la perorata de Conroy de la noche anterior me llamaba la atención, pero no debería de sorprenderme. Todo el *modus operandi* de la pseudociencia intentaba acercarse al máximo al lenguaje y a las ideas de la ortodoxia vigente para adoptar un camuflaje adecuado. Los antropocosmólogos habrían leído todos los artículos de Mosala, pero el que sus palabras sonaran de forma similar no les confería la misma legitimidad. Y aunque estaba claro que compartían el desagrado vehemente de Mosala por la fantasía de que todas las culturas, de alguna forma, podían habitar la cosmología que eligieran, y no me cabía ninguna duda de que a ella le repelía infinitamente más su alternativa, en la que una especialista de la TOE tenía el papel de monarca absoluto. Era peor que un espaciotiempo belga o zaireño: suponía un cosmos de Buzzo, de Mosala o de Nishide.

—Así que usted presupone el universo —dije—. Se opone a forzar las matemáticas para que se ajusten a la necesidad percibida de demostrar que lo que vemos a nuestro alrededor es «probable». Pero lo que hace tampoco equivale a ajustar los indicadores de la maquinaria de la TECU.

—No. En su lugar he introducido descripciones completas de los experimentos.

—Elige el Modelo de Todas las Topologías más general posible, pero rompe la simetría imponiendo una probabilidad del ciento por ciento a la existencia de varias disposiciones determinadas de aparatos experimentales.

—Sí. ¿Me permite? —Se levantó de la silla, entró en el dormitorio y volvió con su agenda. Me mostró la pantalla—. Aquí tiene un ejemplo —dijo—: un experimento sencillo con un acelerador: se hacen chocar dos haces de protones y antiprotones con una energía determinada y se utiliza un detector para recoger cualquier positrón que se emita desde el punto de colisión en cierto ángulo y en un cierto rango de energías. El experimento se ha llevado a cabo, de varias formas, durante los últimos ochenta o noventa años. —La animación mostraba la estructura de un anillo acelerador de tamaño natural y la imagen se acercaba a uno de tantos puntos en que los haces de partículas, que giraban en sentidos opuestos, se cruzaban y proyectaban el resultado sobre elaborados dispositivos de detección—. Ahora bien, ni siquiera intento hacer un modelo de todo este sistema, un equipo de diez kilómetros de diámetro, que lo describa a escala subatómica, átomo por átomo, como si necesitara empezar con una TOE en blanco, «inocente», que tuviera que llegar a decirme que los imanes superconductores producirán determinados campos con determinados efectos medibles, que las paredes del túnel se deformarán de cierta manera a causa de la presión a la que están sometidas y que los protones y antiprotones circularán en sentidos opuestos. Ya sé todas esas cosas, así que les asigno una probabilidad del ciento por ciento. Tomo estos hechos establecidos como una especie de anclaje y desciendo al nivel de la TOE, al de los sumatorios infinitos sobre todas las topologías. Calculo las consecuencias de mis supuestos y las desarrollo hasta volver al nivel macroscópico para predecir el resultado final del experimento: cuántas veces por segundo registrará un suceso el detector de positrones.

La animación evolucionaba con sus palabras, acercando la imagen desde el esquema del detector entrecruzado por trazas de partículas, hasta la espuma del propio vacío, treinta y cinco órdenes de magnitud más allá del alcance de la visión, y en el caos de agujeros de gusano que se contorsionaban y las deformaciones de más dimensiones codificadas cromáticamente de acuerdo a su clasificación topológica. Un nido de serpientes de colores brillantes que se retorcían hasta convertirse en una mancha blanca en el centro de la pantalla, donde se movían y cambiaban demasiado deprisa para seguirlas. Pero se forzaba a aquellas convulsiones, por lo demás perfectamente simétricas, a tener en cuenta la existencia del acelerador, los electroimanes y el detector, un proceso que se atisbaba cuando la blancura pancromática adquiría un tono azul definido. Después, la imagen retrocedía y se ampliaba de nuevo hasta una escala humana, para mostrar la huella del enfoque submicroscópico en el comportamiento final y visible del sistema de circuitos del detector.



Desde luego, la animación era casi en su totalidad metafórica, un brochazo colorista de licencia poética. Pero, en algún lugar, un superordenador estaba masticando los cálculos serios y nada metafóricos que hacían de estas imágenes algo más que fantasías estilizadas.

Y después de toda la lectura precipitada y superficial de artículos científicos incomprensibles y el suplicio de las matemáticas casi impenetrables de los MTT, por fin, creí entender la filosofía de Mosala.

—Así que en lugar de pensar en el preespacio como algo a partir de lo cual se deriva todo el universo de golpe —dije con cautela—, lo ve más como un enlace entre los sucesos que podemos observar con nuestros sentidos. Algo que... une todo el conjunto de cosas macroscópicas que encontramos en el mundo. Se tiende un puente a través de las escalas espaciales y energéticas que separan una estrella llena de hidrógeno en fusión y un ojo humano lleno de moléculas de proteínas... de forma que sean capaces de coexistir y se afecten mutuamente, porque en el nivel más profundo, ambas cosas rompen la simetría del preespacio de la misma forma.

—Un vínculo. —A Mosala pareció gustarle esta descripción—. Un puente. Eso es. —Se inclinó, extendió su mano y tomó la mía.

«Salgo en el plano; no podré usarlo», pensé mientras bajaba la mirada.

—Sin preespacio que medie entre nosotros —añadió—, sin una mezcla infinita de topologías capaz de representarnos a todos con un solo parpadeo de asimetría, nadie podría ni siquiera tocarse.

»Eso es la TOE. Incluso si estoy equivocada en todos los detalles, si Buzzo está equivocado y Nishide también y no se resuelve nada en mil años, todavía sé que está ahí, esperando a que la encuentren. Porque tiene que haber algo que nos permita tocarnos.

Descansamos un rato y Mosala llamó al servicio de habitaciones. Después de tres días en la isla seguía sin tener hambre, pero comí unos canapés de la bandeja que había salido del dispensador de servicio cuando me los ofreció, para no quedar mal. Mi estómago protestó ruidosamente en cuanto tragué el primer bocado y consiguió el efecto contrario.

—Yasuko todavía no ha llegado —comentó Mosala—. ¿No sabrá por qué se retrasa?

—Me temo que no. Le he dejado tres mensajes a su secretaria en Kyoto para intentar concertar una entrevista y todo lo que he conseguido son promesas de que pronto se pondrá en contacto conmigo.

—Qué raro. —Apretó los labios, claramente preocupada, pero intentando no ensombrecer la conversación—. Espero que esté bien. Me enteré de que estuvo enfermo a principios de año, pero les dijo a los organizadores que vendría, así que

supongo que esperaba encontrarse bastante bien para viajar.

—Venir a Anarkia es algo más que viajar —dije.

—Eso es cierto. Yasuko debería haber dicho que era de ¡Ciencia Humilde! y hacerse con un pasaje en uno de sus vuelos chárter.

—También podría haber tenido suerte con Renacimiento Místico. Dice que es budista, así que casi le perdonan que trabaje en la TOE. Mientras no les recuerde que una vez escribió que el *Tao de la física* era al zen lo que un texto de biología básica al catolicismo.

—Me habría traído a Pinda si el vuelo fuera más corto —dijo Mosala. Se estiró y se masajeó la nuca como si el comentario sobre el viaje le reviviera los síntomas—. Le habría encantado esto. Me dejaría con mis aburridas conferencias y arrastraría a su padre a explorar el arrecife.

—¿Cuántos años tiene?

—Tres y un poquito. —Miró su reloj y se quejó con añoranza—: En casa son las cuatro de la madrugada. No hay posibilidades de que me llame hasta dentro de dos o tres horas.

Era otra oportunidad de hablar de los rumores de emigración, pero me volví a contener.

Reanudamos la entrevista. El rayo de luz de la claraboya se había desplazado hacia el este y Mosala era casi una silueta contra el deslumbrante azul del cielo que se veía por la ventana. Cuando volví a invocar a **Testigo**, hizo algunos ajustes en mis retinas que me permitieron grabar todos los detalles de su cara a pesar del contraluz.

Pasé a la cuestión del análisis de Helen Wu.

—Mi TOE predice el resultado de varios experimentos —explicó Mosala—, si se describe detalladamente el equipo que se utiliza. Estos detalles revelan pistas sobre la física menos fundamental que, según algunos, una TOE debería sacar por su cuenta de la nada. Pero desentrañar esas pistas no es un asunto trivial en absoluto. Ni usted ni yo podemos mirar un acelerador de partículas parado y predecir, de forma instantánea, el resultado de cualquier experimento que se pueda llevar a cabo con esa maquina.

—Pero un superordenador programado con su TOE sí puede. ¿Eso es bueno, malo o indistinto? ¿Es cierto que utiliza lógica circular o no?

—Helen y yo lo hemos discutido en detalle y hemos intentado averiguar qué significa con exactitud. —Mosala no parecía segura del veredicto—. He de admitir que al principio me ofendió lo que hacía; luego decidí no prestar atención a sus trabajos y ahora, sin embargo, empiezo a encontrarlos apasionantes.

—¿Por qué?

Dudó. Estaba claro que su opinión sobre el tema era demasiado reciente y todavía no estaba formada; no quería añadir nada más. Pero esperé pacientemente, sin

meterle prisa, y al final cedió.

—Pregúntese por qué si Buzzo o Nishide presentan una TOE en la que todo el universo está más o menos implícito en una descripción detallada del Big Bang, con los detalles deducidos aquí y ahora a partir de mediciones sobre la abundancia de helio, los grupos de galaxias, la radiación de fondo cósmica y demás, nadie los acusa a ellos de lógica circular. Aparentemente está bien visto incluir los resultados de cualquier número de «experimentos de telescopio». Entonces, ¿por qué ha de ser más circular presentar una TOE en la que el universo está implícito en los detalles de diez experimentos contemporáneos de física de partículas?

—De acuerdo —dije—. Pero ¿no dice Helen Wu que sus ecuaciones carecen, virtualmente, de contenido físico? Me refiero a que ninguna cantidad de matemáticas puras podría crear la ley de la atracción universal de Newton, porque no hay ninguna razón puramente matemática por la que la ley del inverso de los cuadrados no pudiera ser algo distinto. Su fundamento se reduce a la manera en la que funciona el universo. ¿No intenta Wu demostrar que su TOE no se basa en nada que esté en el mundo, que se desmorona en un montón de afirmaciones sobre números que, simplemente, deben ser ciertas?

—¡Sí! —contestó Mosala frustrada—. Pero incluso si tiene razón, cuando esas «afirmaciones que deben ser ciertas» se asocian a experimentos reales y tangibles, que «están en el mundo», la teoría deja de ser pura matemática... de la misma forma en que la simetría pura del preespacio deja de ser simétrica.

»Newton dedujo la ley del inverso de los cuadrados por medio del análisis de observaciones astronómicas existentes. Trataba el Sistema Solar de la misma manera en la que yo trato un acelerador de partículas: afirmamos que eso es lo que podemos dar por sentado. Después se utilizó esa ley para hacer predicciones que resultaron ser correctas. Entonces, ¿dónde reside con exactitud el contenido físico de todo este proceso? ¿En la misma ley o en los movimientos de los planetas que observó y de los que dedujo esa ecuación en primera instancia? Porque si dejamos de considerar la ley de Newton algo evidente, como una verdad absoluta más allá de toda demostración, y observamos... el enlace, el puente entre los distintos planetas que trazan órbitas alrededor de diferentes estrellas, que coexisten en el mismo universo y tienen que comportarse de forma coherente, lo que hacemos empieza a parecerse muchísimo a las matemáticas puras.

Me pareció entender lo que quería explicar.

—Es un poco como decir que... el principio general de que «las personas se agrupan en la red con otras personas con las que tienen algo en común» no tiene nada que ver con la naturaleza de esos intereses comunes. Es el mismo proceso el que une a los admiradores de Jane Austen, a los estudiantes de la genética de las avispas o a los que sean.

—Cierto. Jane Austen "pertenece" a las personas que la leen, no al principio sociológico que dice que se unen para hablar de sus libros. Y la ley de la atracción universal "pertenece" a todos los sistemas que la obedecen, no a la TOE que predice que se unieron para formar el universo.

»Y quizá la Teoría del Todo debería reducirse a afirmaciones sobre números que deben ser ciertas. Quizá el preespacio ha de deshacerse en la simple aritmética, la simple lógica, y dejarnos sin ninguna elección sobre su estructura.

—Creo que hasta al público de SeeNet le costará entender eso —dije riéndome; a mí me costaba—. Mire, puede que a usted y a Helen Wu les lleve cierto tiempo encontrar sentido a todo esto. Podemos actualizarlo cuando vuelva a Ciudad del Cabo, si encuentran algo importante. —Mosala accedió aliviada. Plantear ideas era una cosa, pero estaba claro que no quería adoptar una postura oficial sobre este tema, todavía no—. ¿Cree que seguirá viviendo en Ciudad del Cabo dentro de seis meses? —añadí antes perder el valor. Me preparé para una reacción como la que habían provocado las palabras «Cosmología Antropológica».

—Bueno —dijo Mosala secamente—, suponía que no podría mantenerlo en secreto durante mucho tiempo, deben de estar comentándolo todos los del congreso.

—No creo. Se lo oí decir a alguien de aquí.

—Hace meses que estoy en contacto con las asociaciones académicas de Anarkia —asintió sin sorprenderse—. Es probable que ahora lo sepa toda la isla. —Esbozó una sonrisa irónica—. No respetan mucho la confidencialidad, estos anarkistas. Pero ¿qué se puede esperar de transgresores de las leyes sobre patentes y ladrones de la propiedad intelectual?

—Entonces, ¿qué la atrae de aquí?

—¿Puede dejar de grabar, por favor? —Acepté—. Cuando todos los detalles se hayan resuelto haré una declaración pública, pero no quiero que antes se publique un comentario improvisado.

—Lo entiendo.

—¿Qué me atrae de los transgresores de las leyes sobre patentes y los ladrones de la propiedad intelectual? —dijo—. Exactamente eso. Anarkia es un país rebelde que desacata las leyes sobre las licencias de biotecnología. —Se volvió hacia la ventana y estiró los brazos—. ¡Y mírelos! No son los más ricos del planeta, pero nadie se muere de hambre. Nadie. Eso no pasa en Europa, en Japón ni en Australia, por no hablar de Angola o Malawi. —Volvió sobre sus pasos y me estudió un momento, intentando decidir si realmente había dejado de filmar, si podía confiar en mí. Esperé—. ¿Qué tiene eso que ver conmigo? —continuó—. A mi país le va bien y yo no corro el riesgo de padecer desnutrición, ¿verdad? —Cerró los ojos y gimió—. Me resulta duro decirlo, pero, me guste o no, el premio Nobel me ha dado cierto poder. Si me traslado a Anarkia y explico los motivos, será una noticia sonada. Causará impacto en algunos

ámbitos.

—Sé mantener la boca cerrada —dije al ver que dudaba.

—Lo sé —dijo sonriendo levemente—. Creo.

—¿Qué clase de impacto quiere causar? —Se fue hacia la ventana—. ¿Es un gesto político contra los tradicionalistas como el FDCPA? —añadí.

—No. —Se rió—. No, no. Bueno, quizá también lo sea, accidentalmente. Pero ésa no es la cuestión. —Se armó de valor—. Ciertas personas que ocupan puestos importantes me han asegurado, me han prometido, que si me traslado a Anarkia..., no porque yo importe, sino porque será noticia y servirá como pretexto..., el gobierno de Sudáfrica retirará todas las sanciones contra la isla de manera unilateral en seis meses.

Se me puso la carne de gallina. Puede que un solo país no cambiara gran cosa, pero Sudáfrica era el principal socio comercial de unas treinta naciones africanas.

—Las votaciones de la ONU no lo muestran —añadió Mosala con calma—, pero el hecho es que la facción en contra de la sanción no es una minoría insignificante. Hoy en día, vemos un bloque solidario y un acuerdo general sobre el bloqueo porque todos piensan que no pueden ganar y no quieren crearse enemistades, pero eso es sólo la superficie.

—¿Y si alguien da el empujoncito adecuado iniciará una avalancha?

—Quizá. —Se rió avergonzada—. Puede decir que son ilusiones de grandeza. La verdad es que me pongo enferma cada vez que lo pienso y no creo que vaya a suceder nada espectacular.

—Una persona que rompa la simetría, ¿por qué no?

—Ha habido otros intentos de cambiar la tendencia de voto —dijo negando con un gesto firme—, y todos han fracasado. No hay nada malo en intentarlo, pero he de mantener los pies en el suelo.

Me pasaron muchas cosas por la cabeza a la vez, aunque lo que pudiera suceder en el mundo si desaparecieran las leyes de las patentes biotecnológicas me parecía demasiado distante para planteármelo. Pero estaba claro que Mosala encontraba una utilidad mayor al documental de la que nunca habría imaginado y me lo contaba todo para informarme y darme el material que quería que empleara, porque así se aseguraba de que su emigración provocaría un gran revuelo.

También estaba claro que sus intenciones, aunque fueran quijotescas, serían extremadamente impopulares en ciertos ámbitos.

¿En quién pensaba Kuwale? No en las Sectas de la Ignorancia ni en los fundamentalistas del FDCPA, ni siquiera en los nacionalistas sudafricanos prociencia que se indignarían con la desertión de Mosala, sino en los poderosos defensores del *statu quo* de la biotecnología. ¿Y si el ladrón adolescente no había mentido al decir que le habían pagado para asustarla?

—Ahora ya conoce mis secretos más íntimos, así que la entrevista se ha terminado. —Se sirvió un vaso de agua de una mesa auxiliar—. *Vive la technolibération!* —añadió medio en broma, alzándolo.

—*Vive!*

—De acuerdo —dijo en serio—, hay rumores. Quizá la mitad de Anarkia sabe exactamente lo que sucede, pero aun así, no quiero que esos rumores se confirmen hasta que ciertos preparativos y acuerdos sean mucho más firmes.

—Lo comprendo. —Me di cuenta, un poco sorprendido, de que poco a poco, de alguna manera, me había ganado parte de su confianza. Era evidente que me utilizaba, pero debía de creer que mi corazón estaba en el lugar adecuado y que podía hacerlo—. La próxima vez que hable con Helen Wu de lógica circular en mitad de la noche —añadí—, ¿cree que podría...?

—¿Venir y grabarlo? —No parecía tenerlo claro—. De acuerdo —dijo, sin embargo—, si me prometes que no se dormirá antes que nosotras.

—Tenga cuidado —dije cuando nos dimos la mano en la puerta.

Sonrió con serenidad, un poco divertida por mi preocupación y como si pensara que no tenía ningún enemigo en el mundo.

—No se preocupe, lo tendré.

Me despertó una llamada justo pasadas las cuatro. El timbre sonó cada vez más alto y estridente, hasta que invadió mis sueños de melatonina y expulsó la oscuridad de mi cráneo. Durante un instante, el simple hecho de la consciencia fue chocante e indescriptible; me indigné como un recién nacido. Estiré un brazo y busqué la agenda a tientas por la mesita de noche. Parpadeé ante la pantalla, cegado momentáneamente por su resplandor.

La llamada era de Lydia. Estuve a punto de rechazarla, pues supuse que se habría equivocado al calcular la diferencia horaria, pero me desperté lo suficiente para darme cuenta de que ella también estaba en mitad de la noche. Sydney sólo iba dos horas por detrás de Anarkia. Geográficamente, aunque no políticamente.

—Andrew —dijo—, siento molestarte, pero creo que tienes derecho a enterarte en tiempo real. —Tenía un aspecto sombrío, nada habitual en ella, y aunque yo todavía estaba demasiado grogui para hacer cábalas sobre lo que vendría a continuación, estaba claro que no sería agradable.

—No te preocupes —dije con voz ronca—. Adelante. —Intenté no pensar en el aspecto que tendría mirando boquiabierto a la cámara con cara de sueño. Parecía que Lydia estaba en una habitación a oscuras; su cara sólo estaba iluminada por mi imagen en la pantalla... iluminada por la suya. ¿Era posible? De repente, me di cuenta de que tenía un dolor de cabeza terrible.

—Vamos a tener que volver a montar *ADN basura* y quitar la historia de Landers. Si dispusieras de tiempo te pediría que lo hicieras tú, pero supongo que no será posible. Así que se lo daré a Paul Kostas. Era montador en nuestra redacción, pero ahora trabaja por cuenta propia. Te mandaré su versión definitiva, y si algo te parece muy mal, podrás cambiarlo. Pero no olvides que se emite en menos de dos semanas.

—De acuerdo, me parece bien. —Conocía a Kostas y no creía que mutilara el programa—. Pero ¿por qué? ¿Hay algún problema legal? No me digas que Landers nos ha demandado.

—No, los acontecimientos se nos han adelantado. No intentaré explicártelo ahora; te he mandado un avance de la oficina de San Francisco. Todo será público por la mañana, pero... —Estaba demasiado cansada para entrar en detalles, pero yo sabía a qué se refería: no quería que me enterara de esto como un espectador cualquiera. La cuarta parte de *ADN basura* y unos tres meses de trabajo se habían quedado obsoletos, y Lydia estaba haciendo todo lo posible para salvar algún vestigio de mi dignidad profesional. De esta forma, al menos, llevaría unas pocas horas de adelanto sobre las masas.

—Te lo agradezco —dije—, de verdad.

Nos deseamos buenas noches y vi el «avance»: un paquete de imágenes y textos

preparado de manera precipitada, que informaba de los hechos a otros grupos de noticias y les dejaba elegir si preferían esperar a la historia pulida que se emitiría pronto o montar el material en bruto por su cuenta y sacar su versión. Casi todo eran informes del FBI junto con algún material introductorio de archivo.

Habían detenido a Ned Landers, a sus dos principales genetistas y a tres de sus ejecutivos de Portland. En Chapel Hill (Carolina del Norte) habían detenido a otras nueve personas que trabajaban para una empresa totalmente independiente. En redadas efectuadas antes del amanecer requisaron equipo de laboratorio, muestras bioquímicas y archivos de los ordenadores de los dos sitios. Las quince personas habían sido acusadas de transgredir las leyes estadounidenses de seguridad biotecnológica, pero no por la investigación de neoADN y simbiosis de Landers que tanta publicidad había tenido. En el laboratorio de Chapel Hill, según los cargos, los trabajadores habían manipulado virus infecciosos de ARN natural, en secreto y sin autorización. Landers se había hecho cargo de todos los gastos de forma encubierta.

Se desconocía el propósito de estos virus: todavía no habían analizado los datos ni las muestras.

No había ninguna declaración de los acusados; sus abogados les habrían aconsejado que guardaran silencio. Vi unas cuantas tomas exteriores del laboratorio de Chapel Hill, cercado por barreras policiales. Todas las imágenes de Landers eran relativamente antiguas, y las más recientes se habían extraído de mi entrevista con él (que a fin de cuentas, no se había desperdiciado por completo).

La falta de detalles era frustrante, pero estaba claro lo que significaba aquello. Landers y sus colaboradores se habían creado una inmunidad vírica perfecta que estaba más allá de la protección específica de las vacunas o los medicamentos y del temor a que brotes mutantes vencieran sus defensas, al tiempo que desarrollaban nuevos virus capaces de infectarnos a los demás. La pantalla se había quedado con la última imagen del reportaje: Landers, como lo había visto en persona, sonriendo ante la visión de su nuevo reino. Aunque era reacio a aceptar la conclusión obvia, ¿qué otra finalidad podía tener un virus nuevo destinado a los humanos aparte de la de reducir la población?

Corrí hasta el baño y vomité el escaso contenido de mi estómago. Me quedé de rodillas ante la taza, sudoroso y temblando. Me dormía por momentos y casi perdía el equilibrio. La melatonina me reclamaba, pero no acababa de convencerme de que había acabado de devolver. Era un hipocondríaco mimado y habría consultado a la farmacia de inmediato, si la hubiera tenido, en busca de un diagnóstico preciso e instantáneo y una solución óptima. La idea de ahogarme en mi propio vómito mientras dormía hizo que me planteara la posibilidad de arrancarme el parche del hombro, pero el intento simbólico de rendirme a los ritmos circadianos naturales habría tardado horas en hacer efecto, y en el mejor de los casos me habría dejado



hecho un zombi durante el resto del congreso.

Me provoqué arcadas durante un par de minutos y, como no salió nada más, me arrastré de vuelta a la cama.

Ned Landers había ido más lejos que cualquier emigrante de género, anarquista o autista voluntario. «¿Que ningún hombre es una isla? Miradme.» Y aun así, le parecía que no se había alejado lo suficiente. Todavía se sentía rodeado, amenazado e invadido por demasiadas personas. No le bastaba un reino biológico; aspiraba a más espacio libre del que podía proporcionarle incluso ese abismo genético sobre el que no se podían tender puentes.

Y casi lo había conseguido. Eso era lo que su conocimiento de las especies le había dado: una definición de la palabra «S» precisa y molecular que podía trascender personalmente, antes de volverla en contra de cualquiera que quedara en su abrazo.

*Vive la technolibération!* ¿Por qué no tener un millón de Ned Landers? ¿Por qué no permitir que todos los grupos étnicos, que se consideraban los salvadores, y los lunáticos solipsistas y paranoicos del planeta ejercieran el mismo poder? El paraíso para ti y tu clan y el Apocalipsis para el resto.

Ése era el fruto del conocimiento perfecto.

«¿Qué pasa? ¿No te gusta el sabor?»

Me apreté el estómago y llevé las rodillas a la altura de la barbilla. El tipo de náusea se hizo diferente, pero no desapareció. La habitación dio vueltas y se me durmieron las extremidades mientras me esforzaba por alcanzar un estado de vacío absoluto.

Si hubiera excavado a mayor profundidad, si hubiera hecho mi trabajo como debía, podría haber sido el que lo descubriera, el que lo detuviera...

Gina me tocó la mejilla y me besó con ternura. Estábamos en Manchester, en el laboratorio de visualización. Yo desnudo y ella vestida.

—Sube al escáner —dijo—. Puedes hacerlo por mí, ¿verdad? Quiero que estemos mucho más unidos, Andrew, así que necesito ver qué hay dentro de tu cerebro. —Empecé a seguir sus instrucciones, pero, de repente dudé. Me asustaba lo que pudiera descubrir—. No más peleas —añadió mientras volvía a besarme—. Si me quieres, cierra la boca y haz lo que te digo.

Me obligó a tumbarme y cerró la máquina. Vi mi cuerpo desde arriba. El aparato era algo más que un escáner normal y me barrió con rayos ultravioleta. No sentía dolor, pero los haces arrancaban capa tras capa de tejido vivo con una precisión inmisericorde. Toda la piel y toda la carne que ocultaban mis secretos se disolvieron en una bruma rojiza a mi alrededor y luego la bruma empezó a desaparecer.

Soñé que me despertaba gritando.

A las siete y media entrevisté a Henry Buzzo en una sala del hotel. Era encantador y

se expresaba muy bien, un actor nato, pero no quería hablar de Mosala; sólo quería contar anécdotas sobre famosos muertos.

—Desde luego, Steve Weinberg intentó demostrar que yo estaba equivocado sobre el gravitino, pero enseguida lo puse en su sitio.

SeeNet ya había dedicado tres documentales largos a Buzzo, pero parecía que todavía le quedaban más nombres que necesitaba desesperadamente citar ante la cámara antes de morir.

No estaba de humor para seguirle el juego; las tres horas que había dormido después de la llamada de Lydia habían sido tan reparadoras como un martillazo en la cabeza. Seguí sus explicaciones, mientras fingía que me fascinaban e intentaba a medias llevar la entrevista en una dirección que me proporcionara algún material útil.

—¿Qué lugar en la historia cree que ocupará el descubrimiento de una TOE? ¿No sería el grado sumo de inmortalidad científica?

—No existe la inmortalidad para los científicos —dijo Buzzo con humildad—. Ni siquiera para los mejores. Newton y Einstein todavía son famosos, pero ¿durante cuánto tiempo? Seguro que Shakespeare los sobrevivirá, y quizá incluso Hitler.

Me supo mal comunicarle la noticia de que ninguno de los dos era ya demasiado conocido.

—Las teorías de Newton y Einstein se han asimilado por completo —dije—, y han sido absorbidas en estructuras más generales. Sé que puso su nombre en una TOE que resultó ser provisional, pero todos los artífices de la TECU dicen que, en su momento, fue un paso definitivo hacia las actuales. ¿No cree que la próxima TOE será la auténtica, la teoría definitiva que durará para siempre?

—Es posible —dijo Buzzo, que había reflexionado sobre el tema mucho más que yo—, muy posible. Puedo imaginarme un universo en el que no podamos demostrar nada más, en el que las explicaciones más profundas sean literal y físicamente imposibles, pero...

—Su TOE describe un universo como ése, ¿verdad?

—Sí, pero podría tener razón en todo lo demás y estar equivocado en ese punto. Lo mismo que Mosala o Nishide.

—Entonces, ¿cuándo sabremos algo? —dije con acritud—. ¿Cuándo estaremos seguros de que hemos tocado fondo?

—Bueno, si tuviera razón, nunca se sabría con certeza que la tengo. Mi TOE no permite demostrar que es definitiva y completa aunque lo sea. —Buzzo sonreía encantado ante la idea de ese legado perverso—. El único tipo de TOE que dejaría menos lugar a dudas sería uno que requiriera su propia finalidad, que hiciera de ese hecho algo absolutamente primordial.

»Newton fue digerido y asimilado, Einstein fue digerido y asimilado... y la vieja TECU desaparecerá de la misma forma en cuestión de días. Todos eran sistemas

cerrados y, por tanto, vulnerables. La única TOE que podría ser inmune a este proceso sería una que se defendiera activamente, que volviera la mirada hacia fuera para describir no sólo el universo, sino también cualquier teoría alternativa concebible que pudiera desbancarla y demostrara que es falsa, todo a la vez.

»Pero aquí no hay ninguna oferta de esas características —negó alegremente con un gesto—. Si quiere certezas absolutas, ha venido al lado equivocado de la ciudad.

El «otro lado de la ciudad» estaba justo a la salida del hotel: el carnaval de Renacimiento Místico no se había terminado. Salí a la calle. Necesitaba, urgentemente, una dosis de aire fresco si quería estar algo más que semiconsciente en la conferencia sobre las técnicas de los programas informáticos de los MTT a la que Mosala acudiría a las nueve. El cielo estaba resplandeciente y el aire era cálido; Anarkia parecía incapaz de decidir si se rendía a las temperaturas del otoño o se quedaba en el veranillo de San Martín. El sol me levantó el ánimo ligeramente, pero todavía me sentía lisiado, molido y abrumado.

Me abrí paso entre los puestos y las pequeñas carpas, esquivando a los artistas callejeros que hacían malabarismos con peceras y a los que andaban haciendo el pino sobre zancos, casi todos impresionantes. La sensación de agobio se debía sólo al sonsonete de las canciones de los músicos callejeros. Mientras que los miembros de ¡Ciencia Humilde! habían acudido a todas las ruedas de prensa y se habían esforzado por mantener el tono del encuentro entre Walsh y Mosala, Renacimiento Místico, en comparación, parecía inofensivo y hasta simpático. Sospechaba que era una estrategia deliberada: jugaban a la secta buena y la secta mala para aumentar su atractivo combinado. ¡Ciencia Humilde! no tenía nada que perder con el extremismo: los pocos miembros que la abandonaron cuando se disgustaron por las tácticas de Walsh (casi todos para unirse a RM) se sentirían más que compensados por la llegada de grupos como Sabiduría Celta y Luz Sajona, los equivalentes del norte de Europa del FDCPA, aunque más influyentes.

Me acordé de un pasaje de una de las biografías de Muteba Kazadi que había leído por encima. Cuando un periodista de la BBC le preguntó en tono recriminatorio por qué había rechazado la invitación a tomar parte en una ceremonia de fertilidad de la tradición de Lunda, le sugirió con educación que se fuera a casa y reprendiera a unos cuantos ministros por no ir a celebrar el solsticio en Stonehenge. Diez años después, unos cuantos parlamentarios se habían tomado la sugerencia al pie de la letra. Aunque ningún ministro había participado... todavía.

Me paré a ver el grupo de teatro de RM, que se disponía a representar descubrel-clásico-mutilado. Después de unos fragmentos desconcertantes de jerga imposible de situar, pero extrañamente familiar, se me pusieron los pelos de punta. Habían visto las noticias sobre Landers y sus virus y estaban representando una versión

improvisada de la historia. Casi toda la descripción de la bioquímica modificada de Landers salía directamente del texto de *ADN basura*; los redactores de SeeNet debían de haber incluido el segmento descartado del documental como material de apoyo técnico cuando montaron la versión final de la noticia.

No debería haberme sorprendido, pero era inquietante la velocidad a la que sucesos acaecidos a miles de kilómetros de distancia se habían reciclado en una parábola instantánea, y oír mis palabras como un eco que formaba parte del bucle de retroalimentación rayaba en el surrealismo.

—¡Este conocimiento podría destruirnos a todos! —proclamó un actor que representaba a un agente del FBI al que habían enviado a investigar los archivos del ordenador de Landers, mientras miraba al público (a los tres que estábamos allí)—. ¡Debemos estar atentos!

—Sí —contestó su compañero, abrumado por el dolor—, pero esto es sólo la locura de un hombre. ¡La explicación detallada de los mismos misterios sagrados se encuentra en otros diez millones de máquinas! ¡Nadie estará a salvo hasta que se borren todos esos archivos!

Sentí una punzada de dolor en la cabeza y se me secó la garganta. No podía negar que, durante la noche, confuso y dolido, había compartido por completo esos sentimientos.

¿Y entonces?

Seguí andando. No tenía tiempo que perder con Landers o RM; mantenerme al día con Violet Mosala ya me resultaba casi imposible. El documental no paraba de transformarse cada vez en algo nuevo ante mis ojos, y aunque su física arcana perteneciera, gloriosamente, a otro mundo, Mosala estaba enredada en tantas complicaciones políticas que empezaba a perder la cuenta.

¿Conocía Sarah Knight los planes de Mosala de emigrar a Anarkia? Si era así, la idea le habría resultado mil veces más atractiva que cualquier trato con los Cosmólogos Antropológicos. ¿Habría ocultado esa baza de negociación a SeeNet? Quizá quisiera utilizarla para otro trabajo, pero en ese caso, ¿por qué no estaba aquí conmigo haciendo *Violet Mosala: Technolibérateur*? Quizá Mosala le había hecho prometer que guardaría el secreto y mantuvo su palabra aun a costa de perder el trabajo.

Me estaba desquiciando. Sarah, incluso ausente, parecía ir siempre un paso por delante de mí. Como mínimo debería haberle ofrecido que colaborara. Habría valido la pena repartirme la paga con ella y nombrarla codirectora sólo para averiguar lo que sabía.

Un gráfico rojo brillante apareció en mi campo visual, un pequeño círculo con una cruz, en el centro de uno mayor. Me quedé quieto, confuso. Mientras levantaba la mirada, el objetivo se fijó en una cara de la multitud. Era una persona vestida de

payaso que repartía panfletos de RM.

¿Akili Kuwale?

Eso creía **Testigo**.

El payaso llevaba una careta de maquillaje activo que, en aquel momento, lucía un arlequinado verde y blanco. Desde la distancia a la que estaba, podría pertenecer a cualquier género, ásex incluido. Tenía la complexión y la altura adecuada y sus rasgos no eran tan diferentes, al menos por lo que podía apreciar entre los cuadrados que llevaba pintados en la cara. No era imposible, pero no estaba seguro de que fuera él.

—¡Coja *El Diario del Arquetipo*! —gritó el payaso cuando me acerqué—. ¡Entérese de la verdad sobre los peligros de la frankenciencia! —El acento, aunque no pudiera situarlo geográficamente, era inconfundible, y su grito de vendedor ambulante sonaba aún más irónico que los comentarios que hizo Kuwale sobre Jane Walsh.

—¿Cuánto? —dije al acercarme al payaso, que me miró impasible.

—La verdad no cuesta nada, pero un dólar contribuiría a la causa.

—¿Qué causa? ¿La de RM o la de CA?

—Todos representamos un papel —dijo con calma—. Yo hago de RM, tú de periodista.

—Bastante justo. —El comentario me había dolido—. Admito que no sé ni la mitad que Sarah Knight, pero voy acercándome y llegaría antes con tu ayuda. —Kuwale me miraba sin ocultar su desconfianza. De repente, el damero de su cara se deshizo en rombos azules y rojos. Desorientaba, pero su mirada fija durante la transición hacía que el desprecio resultara más patente.

—¿Por qué no coges un panfleto y te vas a tomar por culo? —dijo mientras me daba uno—. Léelo y cómetelo.

—Ya me he tragado bastantes malas noticias por hoy. Y la Piedra Angular...

—Ah, Amanda Conroy te llama a su lado y crees que lo sabes todo —dijo con una sonrisa irónica.

—Si pensara que lo sé todo, ¿estaría aquí rogándote que me cuentes lo que me he perdido? El domingo por la noche me pediste que mantuviera los ojos abiertos —añadí al ver que dudaba—. Dime el motivo y qué debo buscar y lo haré. Al igual que tú, no quiero que hagan daño a Mosala, pero necesito saber qué está pasando con exactitud. —Kuwale lo meditó, todavía con desconfianza, pero sintiéndose tentada. Sin la colaboración de los colegas de Mosala ni de Karin De Groot, yo era, probablemente, lo más cercano a su ídolo a lo que podía aspirar.

—Si trabajaras para el otro lado, ¿para qué intentarías parecer tan incompetente?

—Ni siquiera estoy seguro de saber quiénes son los del otro lado. —Me tomé el insulto con calma.

—Nos veremos en este edificio dentro de media hora —dijo Kuwale por fin, cediendo.

Tomó mi mano y escribió una dirección en la palma; no era la casa donde me entrevisté con Conroy. Al cabo de media hora tenía que grabar a Mosala en otra conferencia, pero el documental podría sobrevivir con menos tomas de sus reacciones entre las que elegir, y seguro que Mosala se alegraría de que, para variar, la dejara en paz.

Kuwale me metió un panfleto enrollado en la mano antes de que me fuera. Estuve a punto de devolvérselo, pero cambié de opinión. Salía Ned Landers en la portada. Llevaba dos tornillos en el cuello y un efecto óptico de tipo Escher hacía que saliera del retrato y se pintara a sí mismo. El titular era: EL MITO DE UN HOMBRE QUE SE HIZO A SÍ MISMO. Al menos era más ingenioso que cualquiera de las cosas que se le ocurrirían a la prensa amarilla. Sin embargo, cuando pasé al artículo, vi que no hablaba de controlar ni restringir el acceso a los datos del genoma humano, no comentaba la resistencia china y estadounidense a las inspecciones internacionales de los lugares con equipo de síntesis de ADN ni planteaba soluciones prácticas para evitar otro Chapel Hill. Aparte de la petición de que se borraran y eliminaran todos los mapas del ADN humano, tan práctica como pedir a las personas del mundo que se olvidaran de la verdadera forma del planeta, no había nada más que jerga de la secta: los peligros de inmiscuirse en los misterios de la quintaesencia, la «necesidad humana» de que existiera el misterio inefable de la vida y la violación tecnológica del alma colectiva.

Si los de Renacimiento Místico querían de verdad hablar en nombre de la humanidad, definir las fronteras del conocimiento y dictar o censurar las verdades más profundas del universo... iban a tener que mejorar.

Cerré los ojos y me reí con alivio y gratitud. Ahora que ya había pasado, podía admitirlo: durante un rato, casi creí que me representaban. Casi pensé que podría acabar entrando a gatas en la tienda de reclutamiento, con la cabeza inclinada en un gesto adecuado de humildad (al fin), mientras decía: «¡Estaba ciego, pero ahora veo! ¡Estaba psíquicamente obnubilado, pero ahora me siento en sintonía! ¡Era todo yang sin yin, parte izquierda del cerebro, lineal y jerárquico, pero ahora estoy preparado para abrazar el Equilibrio Alquímico entre lo racional y lo místico! ¡Decid la palabra... y me habré curado!».

La dirección que me había dado Kuwale era de una panadería. Aparte de las importaciones lujosas, la comida de Anarkia provenía del mar, pero las proteínas y el almidón de los nódulos de las algas modificadas que crecían en los límites del arrecife eran idénticos a los del trigo, al igual que el olor que desprendían cuando se horneaban. El aroma familiar hizo que me mareara de hambre, pero la idea de tragar

un bocado de pan recién hecho bastaba para darme náuseas. A aquellas alturas, ya debería haber sabido que me pasaba algo, aparte del efecto del vuelo, el ritmo forzado de la melatonina, la tristeza por la pérdida de Gina y el estrés de encontrarme metido en una historia que no mostraba indicios de solución. Pero no tenía mi farmacia para identificar la enfermedad, no me fiaba de los médicos locales ni disponía de tiempo para ponerme enfermo. Así que me dije que la única cura posible era hacer caso omiso.

Kuwale apareció, sin traje de payaso, justo a tiempo para evitar que me desmayara o vomitara. Pasó de largo, rebosante de energía, sin mirarme siquiera. Le seguí y empecé a grabar mientras contenía las ganas de gritar su nombre y acabar con todo ese secretismo exagerado.

—Por cierto, ¿qué significa «corriente principal de CA»? —dije cuando me puse a su altura.

—No sabemos quién es la Piedra Angular —se dignó contestar con una mirada esquiva e irritada—. Aceptamos que quizá nunca lo sabremos con seguridad, pero respetamos a las personas que parecen ser posibles candidatos.

—¿Respetáis o reverenciáis? —Todo aquello sonaba demasiado moderado y razonable.

—La Piedra Angular es sólo una persona más —dijo poniendo los ojos en blanco—. La primera en entender la TOE por completo, pero no hay razón por la que miles de millones de individuos no puedan hacer lo mismo después de ella. Alguien tiene que ser el primero, es así de sencillo. La Piedra Angular no es, ni remotamente, un dios. Ni siquiera necesita saber que ha creado el universo; todo lo que tiene que hacer es explicarlo.

—¿Mientras las personas como tú permanecen al margen y explican ese acto de creación?

Kuwale hizo un gesto despectivo, como si no tuviera tiempo que perder buscándole tres pies al gato.

—Entonces, ¿por qué estáis tan preocupados por Violet Mosala si, a fin de cuentas, no es nada especial desde el punto de vista cósmico?

—¿Es necesario que una persona sea un ente sobrenatural para que no merezca que la maten? —preguntó perpleja—. ¿Tengo que ponerme de rodillas y adorar a esa fem como la Diosa Madre del Universo para que me importe si vive o muere?

—Llámala Diosa Madre del Universo a la cara y desearás ser tú el muerto.

—Y con razón. —Kuwale sonrió—. Sé que piensa que CA es incluso peor que las sectas de la ignorancia —añadió con estoicismo—; el hecho de que no hablemos de dioses sólo nos hace más insidiosos ante sus ojos. Cree que somos parásitos que nos alimentamos de la ciencia, que seguimos los trabajos de los teóricos de las TOE y los robamos y desvirtuamos, sin ni siquiera tener la decencia de hablar el lenguaje de los

irracionalistas. —Se encogió de hombros—. Nos desprecia, pero a pesar de eso, la respeto. Y sea o no la Piedra Angular, se cuenta entre los mejores físicos de su generación y es una poderosa arma para la *technolibération*. ¿Por qué tendría que deificarla para valorar su vida?

—Entendido. —Esta actitud me parecía demasiado razonable para ser verdad, pero era coherente con lo que había dicho Conroy—. Ésa es la corriente principal de los CA. Ahora, háblame de los herejes.

—Las permutaciones no tienen fin —gruñó Kuwale—. Piensa en cualquier variación que quieras y seguro que habrá alguien del planeta que la abraza como verdad. No tenemos una patente sobre la cosmología antropológica. Hay diez mil millones de personas ahí fuera y todos pueden creer lo que quieran, sin importar lo cerca de nosotros que estén en el plano metafísico ni lo lejos que estén en el espiritual.

Eso era una evasiva, pero no tuve oportunidad de insistir. Kuwale vio un tranvía delante de nosotros que se ponía en marcha y corrimos para cogerlo. Me esforcé en llegar y los dos lo alcanzamos, pero me costó un buen rato recuperar el aliento. Nos dirigíamos al oeste, rumbo a la costa.

El tranvía no estaba lleno, pero Kuwale se quedó en la entrada. Se cogía de la barra y se inclinaba hacia fuera para que le diera el aire.

—Si te muestro las personas que has de reconocer, ¿me avisarás si las ves? —dijo—. Te daré un número de contacto y un algoritmo cifrado. Todo lo que tienes que hacer es...

—Frena —dije—. ¿Quiénes son esas personas?

—Un peligro para Violet Mosala.

—Te refieres a que sospechas que son un peligro.

—Lo sé.

—De acuerdo, ¿quiénes son?

—¿Qué importancia tiene que te diga sus nombres? No significarían nada para ti.

—No, pero puedes decirme para quién trabajan. ¿Para qué gobierno o empresa de biotecnología?

—Le dije demasiado a Sarah Knight. —Su expresión se endureció—. No cometeré otra vez el mismo error.

—¿Por qué demasiado? ¿Te traicionó a SeeNet?

—¡No! —dijo enfadada porque yo no entendía la cuestión—. Sarah me contó lo que había pasado con SeeNet. Usaste tu influencia y no tuvieron en cuenta todo el trabajo que había hecho. Estaba enfadada, pero no sorprendida. Dijo que así funcionaban las cadenas y que no te guardaba rencor. También dijo que estaba dispuesta a pasarte todo lo que había averiguado si aceptabas reembolsarle los gastos con tu presupuesto de investigación y guardar el secreto.



—¿De qué estás hablando? —dije.

—Le di permiso para contarte todo lo que supiera sobre CA. ¿Por qué crees que me puse en ridículo en el aeropuerto? Si hubiera sabido que no tenías ni idea, ¿crees que me habría acercado a ti de esa manera?

—No. —Al menos, eso tenía sentido—. Pero ¿por qué te ha dicho que iba a informarme y no lo ha hecho? No sé nada de ella; no responde a mis llamadas.

—Tampoco a las mías —dijo Kuwale mirándome a los ojos, triste y avergonzada pero, de pronto, totalmente sincera.

Bajamos del tranvía en una parada de las afueras de un pequeño complejo industrial y andamos hacia el sudeste. Si nos seguía un profesional, todo este movimiento incesante no nos serviría de nada, pero si Kuwale creía que así podíamos hablar con más libertad, yo estaba dispuesto a seguirle.

No se me pasó por la cabeza que pudiera haberle ocurrido algo a Sarah. Tenía motivos para no desear saber nada de ninguno de nosotros, un deseo que le podían conceder unas pocas palabras en su programa de comunicaciones. Pensé que habría tenido una breve fantasía magnánima de hacerme partícipe del asunto a pesar de lo que le había hecho, sólo por pura solidaridad entre periodistas: todos trabajando juntos por la verdadera historia de Mosala que se tiene que contar, ra, ra, ra. Pero que había cambiado de opinión a la mañana siguiente cuando el efecto del consuelo químico se le pasó del todo.

Además, empezaba a replantearme la amenaza a Mosala.

—Si los intereses de la biotecnología provocaran el asesinato de Mosala, la convertirían, de forma inmediata, en una mártir de la *technolibération* —dije mirando a Kuwale—. Como cadáver también serviría de mascota y sería una excusa igual de buena para que el gobierno de Sudáfrica encabezara un movimiento en contra del embargo en la ONU.

—Quizá —admitió—, si los titulares contaran la historia verdadera.

—¿Cómo se les iba a escapar esa historia? Los que apoyan a Mosala no se callarían.

—¿Sabes quiénes son los dueños de casi todos los medios de comunicación? —dijo Kuwale con una sonrisa irónica.

—Lo sé, así que no me vengas con rollos paranoicos. Cien grupos distintos, mil personas distintas...

—Cien grupos distintos, casi todos propietarios de empresas que tienen que ver con la biotecnología. Mil personas distintas, casi todas pertenecientes a los consejos de administración de una de las principales, por lo menos, desde AgroGénesis hasta VivoTec.

—Es cierto, pero hay otros intereses con otras prioridades. No es tan sencillo

como insinúas.

Estábamos solos, en una gran extensión de roca de arrecife uniforme pero sin pavimentar, dispuesta para que se empezara a edificar. Vi maquinaria ligera de construcción agrupada en la distancia, pero parecía que no se utilizaba. Munroe me había dicho que nadie podía poseer tierra en Anarkia, de la misma manera que no se podía poseer el aire, pero en realidad tampoco había nada que impidiera poner cercas y monopolizar el uso de grandes superficies de terreno. Que decidieran no hacerlo me intranquilizaba porque me parecía un ejercicio antinatural de autocontrol, un consenso de equilibrio delicado que pendía de un hilo y podía venirse abajo con una avalancha de apropiaciones de terrenos, la creación de títulos de propiedad *de facto* y la reacción, probablemente violenta, de los que no habían llegado primero.

Y aun así... ¿Por qué venir hasta aquí sólo para representar *El señor de las moscas*? Ninguna sociedad elige destruirse a sí misma. Y si un turista ignorante era incapaz de imaginar lo desastrosa que sería la fiebre de la especulación inmobiliaria, los residentes de Anarkia debían de haberlo pensado unas mil veces con todo detalle.

—Si de verdad crees que las empresas de biotecnología pueden salir impunes del asesinato —dije, extendiendo los brazos con un gesto que abarcaba toda la isla rebelde—, dime por qué no han convertido Anarkia en una bola de fuego.

—Cuando bombardearon El Nido perdieron la oportunidad de volver a utilizar esa solución. Necesitan un gobierno que lo haga por ellos, y ahora ninguno se arriesgaría a las consecuencias.

—¿Y sabotearla? Si los de InGenIo no pueden presentar algo que vuelva a disolver su creación en el mar, los Beach Boys estaban equivocados.

—¿Los Beach Boys?

—«Los biotecnólogos de California son los mejores del mundo.» ¿No era una canción suya?

—InGenIo está vendiendo versiones de Anarkia por todo el Pacífico —dijo Kuwale—. ¿Por qué iban a sabotear su mejor modelo de muestra, su mejor anuncio, esté autorizado o no? Puede que no lo planearan así, pero la verdad es que Anarkia no les ha costado nada... siempre que ninguna otra isla siga su ejemplo.

—¿Quieres enseñarme tu galería de presuntos asesinos de la empresa y explicarme, con todo detalle, lo que planeas hacer exactamente cuando te diga que he visto a uno de ellos? —No me había convencido, pero la discusión no nos llevaba a ninguna parte y decidí cambiar de tema—. Si crees que voy a involucrarme en una conspiración de asesinato aunque sea en defensa de la Piedra Angular o de Anarkia...

—No se trata de violencia —me interrumpió Kuwale—. Lo único que queremos es vigilar a esas personas, reunir la información necesaria y avisar a los de seguridad del congreso en cuanto tengamos algo tangible. —Sonó su agenda. Se paró, la sacó del bolsillo, miró la pantalla un momento y anduvo con cuidado unos pasos en

dirección sur.

—¿Te importa que te pregunte qué haces? —dije.

—La seguridad de mis datos está vinculada al GPS. No se pueden abrir los archivos más importantes, ni siquiera con las contraseñas correctas, a menos que se esté en el lugar adecuado, que cambia cada hora. Y soy el único que sabe, exactamente, cómo cambia.

Casi le pregunté por qué no memorizaba una lista de contraseñas en lugar de posiciones. Una pregunta estúpida. El GPS estaba allí, así que había que utilizarlo y un esquema de seguridad más enrevesado era mejor, no sólo porque resultaba más seguro sino porque la complejidad del sistema era un fin en sí misma. La tecnofilia era como cualquier otra estética; no tenía sentido preguntar por qué.

Kuwale era sólo media generación más joven que yo y, probablemente, compartíamos el ochenta por ciento de nuestra visión del mundo, pero él había llevado todas las cosas en las que ambos creíamos mucho más lejos. La ciencia y la tecnología parecían haberle dado todo lo que deseaba: un escape de la virulenta batalla de los sexos, un movimiento político por el que valía la pena luchar e incluso una cuasirreligión, bastante descabellada a su manera, pero que, a diferencia de otros credos que simpatizaban con la ciencia, no era una síntesis artificiosa de la física moderna y una reliquia histórica para tontos como el necio simulacro de tregua de la Iglesia del Big Bang Judeocristiano Estándar Revisado.

Le veía hacer pequeños ajustes en el programa, mientras esperaba una conjunción de satélites y relojes atómicos y me pregunté si yo habría sido más feliz tomando las mismas decisiones. Como ásex, salvado de una docena de relaciones que se habían arruinado. Como *technolibérateur*, con un fervor ideológico que me protegiera de cualquier duda sobre Nagasaki o Ned Landers. Como cosmólogo antropológico, con una explicación definitiva de todo que me situaba a la altura de los teóricos de las TOE y me vacunaba contra las religiones en la vejez.

¿Habría sido más feliz?

Quizá, pero la felicidad estaba sobrevalorada.

El programa de Kuwale dio un pitido de éxito. Me acerqué y acepté los datos que había desbloqueado, un haz prieto de infrarrojos que fluyó entre nuestras agendas.

—Supongo que no quieres contarme cómo has sabido de esas personas ni cómo podré verificar lo que me dices de ellas —dije.

—Eso es lo que me preguntó Sarah.

—No me sorprende. Ahora te lo pregunto yo.

—Pásalo todo ahí en la primera oportunidad que tengas —me indicó con solemnidad Kuwale, dando el tema por zanjado, mientras señalaba mi abdomen con la agenda—. Una seguridad perfecta. Tienes suerte.

—Claro. Mientras un asesino de InGenIo da vueltas por Anarkia con tu agenda

para encontrar las coordenadas geográficas correctas, los otros ahorrarán tiempo abriéndome las entrañas.

—Así me gusta —se rió Kuwale—. Puede que no seas un buen periodista, pero aún podremos hacer de ti un buen mártir revolucionario. Volveremos a la ciudad por rutas distintas. Si vas en esa dirección —dijo mientras señalaba a través de la extensión de roca de arrecife verde y plata brillante bajo la luz del sol matinal—, llegarás a la línea sudoeste del tranvía en veinte minutos.

—De acuerdo. —No tenía ganas de discutir. Sin embargo, cuando se volvió para irme, añadió—: Antes de que desaparezcas, ¿quieres contestar a una última pregunta?

—No hay nada de malo en preguntar —dijo encogiendo los hombros.

—¿Por qué haces esto? Sigo sin entenderlo. Dices que no te importa en realidad si Violet Mosala es la Piedra Angular o no. Pero aunque sea una persona tan excepcional que su muerte suponga una tragedia universal, ¿por qué lo asumes como responsabilidad tuya? Sabe exactamente en qué se mete al emigrar a Anarkia, es adulta, tiene recursos y más peso político del que tú o yo tendremos en la vida. No está desamparada ni es estúpida, y si supiera lo que haces, probablemente te estrangularía con sus propias manos. Así que, ¿por qué no dejas que se cuide sola?

Kuwale dudó y bajó la mirada. Parecía que, al fin, le había tocado una fibra sensible; tenía el aire de alguien que busca las palabras adecuadas para liberarse.

Seguía en silencio, pero esperé pacientemente. Sarah Knight había conseguido toda la historia, ¿verdad? No había ningún motivo por el que yo no pudiera hacer lo mismo.

—Como he dicho, no hay nada de malo en preguntar —contestó con toda tranquilidad, mirándome.

Se volvió y se marchó.

Miré los datos que me había dado Kuwale mientras esperaba el tranvía. Dieciocho caras sin nombre. Las imágenes eran retratos estándar en 3D. Se había eliminado el fondo y homogeneizado la luz, como en los de la policía. Eran doce mascs y seis fems de diversas edades y etnias. Me parecían muchos; Kuwale no había dicho que todos estuvieran en Anarkia, pero ¿cómo había conseguido los retratos de los dieciocho asesinos pagados por las empresas con más probabilidades de que los enviaran a la isla? ¿Qué clase de fuente, filtración o robo de datos podía haberlo informado con tanta exactitud?

En cualquier caso, no tenía la intención de dejar que los CA supieran que había descubierto uno de esos rostros entre la multitud. No se debía al temor a ponerme en peligro si colaboraba con los *technolibérateurs* radicales en su lucha contra los intereses creados, sino a la sospecha persistente de que Kuwale había perdido todo contacto con la realidad y era un admirador de Mosala tan paranoica como me había parecido en un principio o más. Sin modo alguno de confirmar su historia, no podía arriesgarme a desencadenar un castigo incierto sobre un completo desconocido que paseara demasiado cerca de Mosala. Por lo que sabía podía ser un grupo de miembros de una secta de la ignorancia inofensivos a los que habían fotografiado al bajar de un chárter. El hecho de que Mosala no careciera de enemigos potenciales no demostraba que Kuwale supiera quiénes eran ni que me hubiera dicho la verdad.

Incluso la versión de los Cosmólogos Antropológicos que me había largado sonaba demasiado razonable y ecuánime para ser cierta. «La Piedra Angular es sólo una persona más. Sinceramente, nuestra preocupación por Violet Mosala se debe a sus otras virtudes.» ¿Por qué inventarse una secta que eleva a alguien a la categoría de Primera Causa de Todo y tratar ese hecho como una insignificancia? Kuwale había protestado demasiado.

Cuando llegué al hotel, la conferencia sobre los programas de los MTT casi había terminado, así que me senté en el vestíbulo a esperar que saliera Mosala.

Cuanto más lo pensaba, menos me creía lo que me habían dicho Kuwale y Conroy, pero sabía que podía tardar meses en averiguar cuáles eran las intenciones de los antropocosmólogos. Aparte de Indrani Lee, sólo había otra persona que podía conocer las respuestas y estaba harto de estar en la inopia por culpa de un orgullo mal entendido.

Llamé a Sarah. Era pleno día en la costa este de Australia, pero me respondió el mismo contestador que las otras veces.

Le dejé otro mensaje. No conseguí ser sincero y admitir claramente: «Me he aprovechado de mi posición en SeeNet para robarte un proyecto que no me merecía. Estuvo mal y lo siento». En lugar de eso, le ofrecí participar en *Violet Mosala* con el

cargo que quisiera y con las condiciones que le parecieran justas para ambos.

Me despedí. Con este intento tardío de arreglar las cosas esperaba sentirme, al menos, un poco aliviado. Sin embargo, me invadió una sensación de inquietud. Miré el vestíbulo, muy iluminado, y me fijé en los reflejos del sol en el suelo decorado con un diseño dorado y blanco (tan espartano como todo en Anarkia) esperando que esa luz pudiera inundarme a través de los ojos y disipar la niebla de pánico de mi mente.

No fue así.

Me senté con la cabeza entre las manos, incapaz de encontrar sentido a aquella sensación aterradora. Las cosas no iban tan mal. Todavía me faltaba mucho por entender, pero menos que cuatro días atrás.

Estaba progresando, ¿no?

Me mantenía a flote.

A duras penas.

El espacio que me rodeaba pareció expandirse. El vestíbulo y el suelo iluminado por el sol se alejaron, un movimiento infinitesimal, pero que no podía pasar por alto. Mareado por la sensación de miedo, miré el reloj de la agenda. Faltaban tres minutos para que se acabara la ponencia de Mosala, pero el tiempo parecía expandirse ante mí y crear un vacío infranqueable. Tenía que entrar en contacto con alguien o algo.

Antes de que pudiera cambiar de opinión, hice que **Hermes** llamara a **Calibán**, la cabeza visible de un consorcio de piratas informáticos. En la pantalla salió una cara andrógina, con una sonrisa irónica, cuyos rasgos cambiaban y fluían cada segundo mientras hablaba; sólo el blanco de los ojos era constante, como si atisbaran desde detrás de una máscara de maleabilidad absoluta.

—Se avecina mal tiempo, peticionario. Hay hielo en las señales. —Se empezó a arremolinar nieve en la sucesión de rostros; entre los tonos de sus pieles predominaban el gris y el azul—. Nada está claro, nada es fácil.

—Ahórrate la publicidad —dije mientras le transmitía el número de Sarah Knight—. ¿Qué puedes decirme sobre esto por... cien dólares?

—La Laguna Estigia está helada —dijo **Calibán** con una mirada lasciva mientras se formaba hielo en sus diversos labios y pestañas.

—Ciento cincuenta.

**Calibán** no parecía impresionado, pero **Hermes** me mostró una ventana con una solicitud de transferencia y le di la confirmación de mala gana.

Salió una pantalla llena de texto verde, desenfocada en plan burlón, que iluminaba las caras del programa.

—El número pertenece a Sarah Alison Knight, ciudadana australiana. Lugar de residencia habitual: Parade Avenue, diecisiete E, Lindfield (Sydney). Fem. Nacimiento: cuatro de abril del dos mil veintiocho.

—Ya sé todo eso, mierda inútil. ¿Dónde está ahora exactamente? ¿Cuándo fue la

última vez que aceptó una llamada en persona?

—Los lobos aúllan en las estepas. —**Calibán** se estremecía mientras se oscurecía el texto—. Los ríos subterráneos están convirtiéndose en glaciares.

—Te daré cincuenta. —Me abstuve de gastar más inventiva.

—Vetas de hielo sólido bajo la roca. Nada se mueve, nada cambia.

—Cien —contesté entre dientes. Se me acababa el presupuesto de investigación y aquello no tenía nada que ver con Violet Mosala, pero necesitaba saberlo.

—La última llamada que aceptó nuestra Sarah en persona en este número —anunció **Calibán** con símbolos naranja que bailaban sobre la piel gris— procedía del área metropolitana de Kyoto, en Japón. Fue a las diez horas, veintitrés minutos y catorce segundos, hora universal, del veintiséis de marzo del dos mil cincuenta y cinco.

—¿Y dónde está ahora?

—No se ha conectado ningún aparato a la red con esta identificación desde la llamada mencionada.

Significaba que no había utilizado la agenda para ponerse en contacto con nadie ni acceder a ningún servicio. Ni siquiera había visto las noticias ni había descargado un vídeo musical de tres minutos. A menos que...

—Cincuenta pavos por su nuevo número de comunicación; lo tomas o lo dejas.

—Mala suerte —dijo **Calibán** después de tomarlo—. No tiene número ni cuenta nuevos.

—Eso es todo —dije como un tonto—. Gracias.

**Calibán** imitó un gesto de desconcierto ante esa cortesía injustificada y me lanzó un beso de despedida.

—Llama cuando quieras. Y recuerda, peticionario, los datos quieren ser libres.

¿Por qué Kyoto? La única conexión que podía encontrar era Yasuko Nishide. ¿Qué significaba? ¿Que todavía planeaba cubrir el congreso Einstein, pero con el perfil de un teórico rival, y la única razón por la que no había llegado a Anarkia era la enfermedad de Nishide?

Sin embargo, ¿por qué ese apagón en las comunicaciones? La sospecha sombría y no expresada de Kuwale no tenía sentido. ¿Por qué querrían las empresas de biotecnología hacer daño a Sarah Knight si había dejado claro que abandonaba a Mosala por otro físico completamente apolítico?

Algunas personas empezaron a cruzar el vestíbulo hablando sin parar. Alcé la mirada; el auditorio del final del pasillo estaba vaciándose. Helen Wu y Mosala salieron juntas y fui a su encuentro.

—¡Andrew! —Mosala estaba resplandeciente—. ¡Se ha perdido toda la diversión! Serge Bischoff ha desarrollado un nuevo algoritmo que me ahorrará días de tiempo de ordenador.

—Nos los ahorrará a todos —le corrigió Wu—, por favor.

—Desde luego. Helen todavía no se ha dado cuenta de que está de mi lado, le guste o no —me susurró Mosala en un aparte—. Tengo un resumen de la conferencia. ¿Quiere verlo? —añadió.

—No —dije en tono apagado. Me di cuenta de que había sido muy categórico, pero me sentía tan desplazado y desconectado que no me importó. Mosala me miró con curiosidad, más preocupada que enfadada.

—¿Ha sabido algo más de Nishide? —pregunté a Mosala cuando se marchó Wu.

—Ah. —Se puso seria—. Parece que no va a venir al congreso. Su secretaria les ha dicho a los organizadores que han tenido que hospitalizarlo. Neumonía, otra vez. Si sigue así —añadió triste—, no sé, quizá tenga que retirarse.

Cerré los ojos, el suelo empezó a inclinarse.

—¿Se encuentra bien, Andrew? —preguntó una voz distante. Imaginé que la cara me resplandecía, al rojo vivo.

—¿Puedo hablar con usted, por favor? —dije. Abrí los ojos. Creía haber entendido por fin qué pasaba.

—Desde luego.

—No se enfade —dije mientras el sudor me resbalaba por las mejillas—. Escúcheme.

—Está ardiendo —dijo Mosala frunciendo el ceño. Se había inclinado sobre mí y, después de dudar, me había puesto una mano en la frente—. Necesita que lo vea un médico, de inmediato.

—¡Escuche! —le grite con voz ronca—. ¡Escúcheme! —Las personas del vestíbulo nos miraron. Mosala abrió la boca indignada y dispuesta a ponerme en mi sitio.

—Adelante —dijo, cambiando de opinión—. Lo escucho.

—Tiene que hacerse un análisis de sangre, un informe microbiológico completo..., todo. De momento no muestra síntomas, pero... da igual cómo se sienta... ¡Hágalo! No sé qué periodo de incubación puede tener. —Sudaba a mares y me tambaleaba; cada inhalación parecía llenarme los pulmones de fuego—. ¿Qué pensaba que iban a hacer? ¿Mandar una patrulla de asalto con metralletas? No creo que... quisieran que yo enfermara..., pero el virus debe de haber sufrido una mutación por el camino. Estaba programado para su genoma... pero se ha liberado de algún modo. —Me reí—. En mi sangre, en mi cerebro.

Me flaquearon las piernas y caí de rodillas. Sufrí una convulsión por todo el cuerpo, como un espasmo peristáltico que intentara sacar la carne a través de la piel. Las personas de alrededor gritaban, pero no podía entender qué decían. Me esforcé en levantar la cabeza, pero cuando lo conseguí, brevemente, florecieron manchas negras y moradas en mi campo de visión.



Dejé de resistirme. Cerré los ojos y me acosté sobre las baldosas frías y acogedoras.

En el hospital, durante mucho tiempo, no presté atención a lo que me rodeaba. Me movía en un amasijo de sábanas empapadas de sudor y dejaba que el mundo permaneciera, piadosamente, sin enfocar. No quería información de las personas que me rodeaban; en mi delirio, creía que tenía todas las respuestas.

Ned Landers estaba detrás de todo. Cuando nos conocimos me infectó con uno de sus virus secretos. Y ahora, por el hecho de haber viajado tan lejos para escaparme, por mucho que Helen Wu hubiera demostrado que el mundo no era más que una lazada y todo nos devolvía al punto de partida, empuñaba el arma secreta de Ned Landers contra Violet Mosala, Andrew Worth y el resto de sus enemigos.

Había contraído Angustia.

Un masc alto de las Fiyi, vestido de blanco, me puso un gotero en el brazo. Intenté quitármelo, pero me sujetó.

—¿No te das cuenta de que no sirve de nada? —mascullé triunfalmente—. ¡No hay curación! —Angustia no era tan mala como me imaginaba. No estaba gritando como la fem de Miami, ¿verdad? Tenía náuseas y fiebre, pero estaba seguro de que me esperaba una especie de inconsciencia preciosa e indolora—. ¡Me he ido para siempre! —Sonreí al masc—. ¡Me he marchado!

—Me parece que no —dijo—. Creo que has estado muy lejos y estás volviendo.

Negué con un gesto de desafío, pero se me escapó un grito de sorpresa y dolor. Sufrí un espasmo del intestino; lo estaba vaciando, de manera incontrolada, en una cuña que estaba debajo de mí y no había notado. Intenté parar. No pude. Pero no era la incontinencia lo que me horrorizaba, sino la consistencia. Aquello no era diarrea, era agua.

—¿Qué me pasa? —supliqué una explicación cuando por fin cesó el movimiento, aunque seguía temblando.

—Tienes cólera, una variedad resistente a los medicamentos. Podemos controlar la fiebre y mantenerte hidratado, pero la enfermedad tendrá que seguir su curso, así que te queda un camino largo y difícil.

Cuando remitió la primera oleada de delirio intenté evaluar mi posición fríamente, armarme con los hechos. No era un bebé ni un viejo. No padecía desnutrición ni tenía parásitos, el sistema inmunológico dañado ni ninguna otra complicación. Me cuidaba personal especializado. Se controlaba mi estado de manera constante con aparatos sofisticados.

Me dije que no iba a morir.

La fiebre y las náuseas, que no aparecían con el cólera «clásico», indicaban que tenía el biotipo de México DF, que se descubrió después del terremoto del 2015 y se había extendido por todo el planeta. Se alojaba en el torrente sanguíneo y en los intestinos, y producía más síntomas y suponía un riesgo mayor para la salud. Sin embargo, millones de personas lo superaban todos los años; a menudo, en peores circunstancias: sin antipiréticos que controlaran la fiebre, sin electrolitos intravenosos y sin ningún antibiótico, por lo que la resistencia de la enfermedad a los medicamentos era puramente teórica. En los hospitales de las grandes ciudades como Santiago y Bombay se podía hallar la secuencia completa de la cepa particular de *vibrio cholerae* y sintetizar un medicamento a medida en cuestión de horas. Sin embargo, muy pocas personas de las que contraían la enfermedad tenían alguna posibilidad de recibir esa cura milagrosa. Las demás, simplemente, vivían el nacimiento y la caída del imperio bacteriano en su interior. Sobrellevaban el proceso.

Yo podía hacer lo mismo.

Sólo había un pequeño fallo en esta composición de lugar lúcida y optimista: casi ningún enfermo tenía motivos para sospechar que sus intestinos estaban infectados por un arma genética que había detonado un paso antes de alcanzar su objetivo y que en realidad estaba diseñada para parecerse lo más posible al cólera natural, pero también para hacer verosímil que el conjunto de síntomas pudiera llegar a matar a una fem sana de veintisiete años que recibiera los mejores cuidados que Anarkia fuera capaz de darle.

La sala estaba limpia y era luminosa, amplia y tranquila. Casi todo el tiempo me aislaban de los otros pacientes con unos biombos, pero los paneles blancos y translúcidos dejaban pasar la luz del sol y, hasta cuando ardía de fiebre, la caricia leve de la calidez radiante que llegaba a mi piel resultaba curiosamente reconfortante, como un abrazo familiar.

El primer día, avanzada la tarde, los antipiréticos empezaron a hacer efecto. Miré el gráfico del monitor que tenía al lado de la cama; mi temperatura todavía era elevada, pero el riesgo inminente de lesiones cerebrales había pasado. Intentaba

ingerir líquidos, pero no retenía nada, así que me humedecía los labios y la garganta resecos y dejaba que el gotero intravenoso hiciera el resto.

No había nada que pudiera detener los retortijones y espasmos del intestino. Cuando llegaban eran como una posesión demoniaca, como ser cabalgado por un dios del vudú, como si algo poderoso, ajeno y constrictor me diera un obscuro abrazo de oso en las entrañas. Era imposible que ningún músculo de mi cuerpo de muñeca de trapo tuviera todavía tanta fuerza. Intentaba conservar la calma, aceptar cada convulsión brutal como algo inevitable y mantener la mente fija en la certeza absoluta de que aquélla también pasaría. Pero la aparición de las náuseas barría una y otra vez el estoicismo que tanto me costaba adoptar, como si fuera una casita de cerillas bajo un maremoto, y me dejaba tembloroso y compungido. Me convencía de que iba a morir y me hacía creer a medias que aquello era lo que deseaba más que ninguna otra cosa: un alivio inmediato.

Me habían quitado el parche de melatonina; el sueño abisal que provocaba era demasiado peligroso. Pero no podía diferenciar entre las pautas erráticas provocadas por el descenso del nivel hormonal y mi estado natural, que consistía en largos periodos de estupor paralizante de relativa cordura, interrumpidos por breves sueños violentos y momentos de lucidez con ataques de pánico cada vez que creía que se me iban a romper los intestinos y sumergirme en una marea roja y gris.

Me dije que era más fuerte y paciente que la enfermedad. Podían llegar y marcharse generaciones de bacterias; lo único que tenía que hacer era aguantar. Lo único que tenía que hacer era sobrevivir a ellas.

Mosala y De Groot vinieron a visitarme el segundo día por la mañana. Me parecían viajeras del tiempo; mi vida previa en Anarkia ya formaba parte del pasado remoto.

—He seguido su consejo —me dijo Mosala, impresionada por mi aspecto—. Me he sometido a un examen completo y no estoy infectada. He hablado con su médico y cree que puede haberlo contraído por la comida del avión.

—¿Alguien más del mismo vuelo? —dije con voz ronca.

—No, pero puede que un paquete no se radiara y no estuviera completamente esterilizado. Es una posibilidad.

No tenía fuerzas para discutir. Y la teoría tenía cierto sentido: un problema técnico fortuito había atravesado la barrera entre el tercer mundo y el primero, y se había saltado, por un momento, la lógica incontestable del mercado libre que contratava los servicios de alimentación más baratos del planeta y se deshacía de los riesgos con un estallido de rayos gamma igual de barato.

Aquella noche, mi temperatura volvió a subir. Michael, el masc de las Fiyi que me atendió cuando me desperté por primera vez y me explicó que hacía de médico y enfermera (si me empeñaba en usar esos términos foráneos y arcaicos en ese lugar),

estuvo sentado al lado de mi cama casi toda la noche o, al menos, durante los momentos de lucidez que experimenté. El resto del tiempo, no sabía si había alucinado su presencia.

Dormí tres horas seguidas desde el amanecer hasta media mañana, lo bastante para tener mi primer sueño coherente. Mientras la consciencia se abría paso, me aferraba al final feliz: la enfermedad había seguido su curso y había pasado, los síntomas habían desaparecido y Gina había venido durante la noche para llevarme de vuelta a casa.

Me despertó un retortijón intenso y, un momento después, excreté agua gris llena de mucosa intestinal, solté unos cuantos tacos y deseé morir.

Por la tarde, mientras la luz del sol iluminaba la sala tras la pantalla, tan vaga y luminosa como el cielo, representé por enésima vez el ritual de las convulsiones y cagué hasta la última gota de líquido que me había suministrado el gotero. Emití un aullido agudo, mientras enseñaba los dientes y temblaba como un perro o una hiena enferma.

Al comienzo del cuarto día empezó a bajarme la fiebre. Todo lo que había vivido me parecía una pesadilla anestésica violenta y terrorífica, pero intrascendente. Una secuencia onírica brumosa.

Una solidez gris inmisericorde se aposentó en todo lo que veía. Las pantallas que me rodeaban estaban cubiertas de polvo; las sábanas, manchadas de amarillo por el sudor seco, y mi piel, cubierta de una capa de suciedad. Tenía los labios, la lengua y la garganta resecos y doloridos: se deshacían de las células muertas y segregaban un líquido que sabía más a sal que a sangre. Tenía todos los músculos, desde el diafragma hasta la ingle, lesionados, inútiles y torturados sin remedio, pero tensos como los de un animal que se estremece bajo una lluvia de golpes, preparado para recibir más. Notaba las articulaciones de las rodillas como si hubiera estado agazapado una semana sobre un suelo duro y frío.

Los retortijones y los espasmos volvieron a empezar. Nunca me había sentido tan lúcido; nunca habían sido peores.

No podía soportarlo más. Todo lo que deseaba era ponerme en pie y largarme del hospital dejando mi cuerpo atrás. La carne y las bacterias podían seguir luchando entre sí; yo había perdido el interés.

Lo intenté. Cerré los ojos y lo imaginé. Quería que sucediera. Aunque no deliraba, abandonar esta confrontación desagradable e inútil me parecía una opción tan sensata que, durante un momento, logró suspender mi incredulidad.

Al final comprendí, de una forma que no me había ocurrido antes, ni siquiera en cosas como el sexo, la comida, la pérdida de la desbordante energía física de la infancia ni los inconvenientes de cien heridas nimias y enfermedades curadas al

instante, que la visión de la huida no tenía sentido, que era un sueño idiota de falsa aritmética.

Aquel cuerpo enfermo era todo mi ser. No el refugio temporal de un hombre dios diminuto que vivía en la oscuridad segura tras mis ojos. Desde el cráneo hasta el pútrido agujero del culo, ése era el instrumento de todo lo que haría, sentiría y sería.

Nunca había creído otra cosa, pero no lo había sentido ni sabido realmente. No me había visto forzado a abrazar todos los aspectos de la verdad visceral, convulsiva y sórdida.

¿Era eso lo que había entendido Daniel Cavolini cuando se quitó la venda? Miré al techo; estaba tenso, temblaba y sentía claustrofobia. Las náuseas y el dolor se extendían por mi abdomen y se endurecían en bandas rígidas de metal que se clavaban en la carne.

A mediodía me empezó a subir de nuevo la temperatura. Me alegré: ansiaba el delirio y la confusión. Aunque, la fiebre fustigara las terminaciones nerviosas y agudizara e hiciera aumentar las sensaciones, tenía la esperanza de que al menos borraría ese nuevo conocimiento, que era mucho peor que el dolor.

No fue así.

Mosala volvió a visitarme. Le sonreí y asentí a lo que decía, pero no hablé ni pude concentrarme en sus palabras. Las dos pantallas de los lados de la cama seguían en su sitio, pero habían apartado la tercera y, cuando levantaba la cabeza, veía al paciente que había delante de mí, un chico delgado y triste que tenía puesto un gotero. Sus padres estaban a su lado: el padre le leía despacio y la madre lo tomaba de la mano. Me parecía que toda la escena estaba a una distancia imposible, separada de mí por un abismo infranqueable; pensaba que no volvería a tener energías para ponerme en pie y andar cinco metros.

Mosala se fue; yo me desmoroné.

Noté que alguien estaba a los pies de mi cama y un escalofrío me recorrió el cuerpo como una sacudida de sobrecogimiento trascendental.

Era un ángel que avanzaba a través de la realidad implacable.

Janet Walsh se volvió hacia mí.

—Creo que ahora entiendo vuestros motivos —dije aterrorizado y en trance. Conseguí incorporarme sobre los codos—. No sé cómo, pero sí por qué.

Me miraba directamente, un poco asombrada pero imperturbable.

—Por favor, háblame —añadí—. Estoy dispuesto a escuchar.

Walsh frunció el ceño levemente, tolerante pero perpleja, mientras movía las alas pacientemente.

—Sé que te he ofendido. Lo siento, ¿me perdonas? Quiero saberlo todo y entender cómo lográis que funcione.

Me miraba en silencio.

—¿Cómo podéis decir tantas mentiras sobre el mundo? —dije—. ¿Cómo conseguís creéros las? ¿Cómo podéis ver y saber toda la verdad y hacer como si no importara? ¿Cuál es el secreto, el truco o la magia?

Tenía la cara al rojo blanco, ardiendo, pero me incliné hacia ella con la esperanza de que su resplandor puro me infectara con su gran visión interior transformadora.

—¡Lo intento! —grité—. ¡Tienes que creerme! —Aparté la mirada; de pronto me había quedado sin palabras y atontado por el misterio inefable de su presencia. Entonces sentí un retortijón; la cosa que ya no podía imaginar como una serpiente demoniaca estrujó mis entrañas.

—Pero cuando la verdad, el infierno y la TOE os alcanzan, os cogen entre sus garras y aprietan... —continué. Levanté la mano para enfatizar, pero estaba rígida y sin control—. ¿Cómo los soportáis? ¿Cómo los negáis? ¿Cómo lográis seguir engañados por la creencia de que alguna vez estuvisteis por encima de ellos, de que manejabais las riendas y dirigíais el espectáculo? —El sudor se me metía en los ojos y me cegaba. Me lo enjuagué con el puño rígido mientras me reía—. Cuando todas las células y todos los putos átomos del cuerpo graban a fuego el mensaje sobre la piel y veis que todo lo que valoráis, lo que respetáis y por lo que vivís es sólo una capa superficial de porquería del vacío más absoluto, ¿cómo seguís mintiendo? ¿Cómo podéis cerrar los ojos ante algo así?

Esperé la respuesta. El consuelo y la redención estaban al alcance de mi mano. Extendí los brazos hacia ella en actitud de súplica.

Walsh sonrió levemente y se marchó sin decir palabra.

Me desperté de madrugada. Otra vez ardía de fiebre, y estaba empapado de sudor.

Michael estaba sentado en la silla de mi lado y leía algo en su agenda. Una lámpara del techo iluminaba suavemente la sala, pero el brillo del texto destacaba.

—Hoy he intentado convertirme en todo lo que desprecio —susurré—, pero ni siquiera lo he conseguido. —Dejó la agenda y esperó a que continuara—. Me siento perdido, completamente perdido.

—Lo superarás —dijo Michael, negando con un gesto, mientras miraba el monitor de la cama—. Dentro de una semana no recordarás cómo te sientes en estos momentos.

—No me refiero al cólera. —Me reí y me dolió—. Estoy pasando por lo que Renacimiento Místico llamaría una crisis existencial y no tengo adónde acudir en busca de consuelo. Ningún lugar en el que buscar fuerzas. Ni amante ni familia ni nación. Ninguna religión ni ideología. Nada.

—Entonces eres afortunado —dijo Michael con calma—. Te envidio. —Me quedé boquiabierto ante su actitud despiadada—. Ningún lugar en el que esconder la cabeza —continuó—, como un avestruz en la roca de arrecife. Te envidio: puede que

aprendas algo.

No tenía respuesta para eso. Empecé a temblar; estaba sudado y dolorido, pero helado.

—Retiro lo que he dicho del cólera. Es mitad y mitad; estoy jodido por las dos cosas.

—Eres periodista —dijo después de ponerse las manos detrás de la nuca, estirarse y acomodarse en la silla—. ¿Quieres oír una historia?

—¿No tienes ninguna urgencia médica que atender?

—Lo estoy haciendo.

—De acuerdo. —Sentí que me subía una oleada de náusea desde los intestinos—. Te escucharé si me dejas grabarlo. ¿De qué trata la historia?

—De mi crisis existencial, por supuesto. —Sonrió.

—Debería haberlo imaginado.

Cerré los ojos e invoqué a **Testigo**. La acción era instintiva y duró medio segundo... y me sorprendió. Me sentía al borde del colapso, pero aquella máquina, que formaba parte de mí como cualquier órgano, seguía funcionando a la perfección.

—Cuando era pequeño —empezó—, mis padres me llevaban a la iglesia más bonita del mundo.

—Eso ya lo he oído antes.

—Esta vez es verdad. La Iglesia Metodista Reformada de Suva, un edificio blanco enorme. Desde fuera no era nada aparente, sino austero como un almacén, pero tenía una fila de ventanales con vidrieras que mostraban escenas de las Escrituras, generadas por ordenador, en azul cielo, rosa y oro. Todas las paredes del interior estaban rematadas hasta el techo con cientos de flores distintas: hibiscos, orquídeas, azucenas... Y los bancos siempre estaban repletos de personas que vestían sus mejores ropas. Todos cantaban y sonreían: era como entrar directamente en el Cielo. Incluso los sermones eran bonitos: nada de llamas del infierno; sólo consuelo y alegría. No despotricaban contra el pecado y la condena eterna; sólo daban algunas sugerencias modestas sobre la amabilidad, la caridad y el amor.

—Parece perfecto —dije—. ¿Qué pasó? ¿Dios mandó una tormenta del efecto invernadero para poner fin a toda esa felicidad y moderación blasfemas?

—A la iglesia no le pasó nada; todavía sigue allí.

—Pero te apartaste de ella, ¿por qué?

—Me tomé las Escrituras demasiado al pie de la letra. Decían que había que renunciar a las cosas infantiles. Y lo hice.

—Ahora te haces el gracioso.

—Si de verdad quieres saber la ruta de escape exacta... —Dudó—. Todo empezó con una parábola. ¿Has oído la historia del óbolo de la viuda?

—Sí.

—Durante años, cuando era un colegial, no podía quitármela de la cabeza. El pequeño donativo de la pobre viuda era más valioso que el grande del rico, de acuerdo. Bien, comprendía el mensaje. Veía la dignidad que confería a todos los actos de caridad, pero podía ver muchas más cosas ocultas en esa parábola que no conseguía quitarme de la cabeza.

»Veía una religión a la que le importaba más sentirse bien que hacer el bien. Una religión que valoraba más el placer o el dolor de dar que el efecto tangible que provocaba. Una religión que anteponía la salvación del alma por medio de buenas obras a las repercusiones de esas obras en el mundo.

»Quizá interpretaba demasiado a partir de una anécdota, pero si no hubiera empezado con eso, habría sido con cualquier otra cosa. Mi religión era preciosa, pero necesitaba algo más; exigía más. Tenía que ser verdadera y no lo era.

Sonrió con tristeza, levantó las manos y las dejó caer. Creo que podía ver la pérdida en sus ojos y que lo entendía.

—Crecer con fe es como crecer con muletas —dijo.

—Pero tiraste las muletas y seguiste adelante.

—No. Tiré las muletas y me caí de bruces. Toda la fuerza se había ido con ellas: no me quedó nada. Tenía diecinueve años cuando todo se desmoronó. El final de la adolescencia es la edad perfecta para una crisis existencial, ¿no crees? Tú has dejado la tuya para muy tarde. —Me ruboricé. Michael estiró el brazo y me dio una palmada en el hombro—. Llevo una guardia muy dura y hablo sin pensar; no pretendía ser cruel. —Se rió—. Fíjate en lo que digo, una ristra de sandeces que sirve para todo, como los edénitas cuando conocen al Duce: «¡Que los trenes emocionales circulen con puntualidad!». —Se reclinó y se pasó una mano por el pelo—. Pero tenía diecinueve años, no hay que olvidarlo, y había perdido a Dios. ¿Qué puedo decir? Leí a Sartre, a Camus, a Nietzsche... —Me estremecí—. ¿Tienes algún problema con Friedrich? —Michael estaba desconcertado.

—En absoluto —contesté entre dientes; el retortijón se hizo más fuerte—. Los mejores filósofos europeos se volvieron locos y se suicidaron.

—Cierto. Y los he leído a todos.

—¿Y?

—Durante un año, más o menos, me lo creí. —Sonrió avergonzado—. Aquí estoy, mirando al abismo con Nietzsche, al borde de la locura, la entropía y la incertidumbre: la indescriptible condena de la ilustración, carente de dios y racional. Un paso en falso y me precipitaré al vacío.

Dudó. Lo miré atentamente; de repente había despertado mis sospechas. ¿Se lo estaba inventando todo sobre la marcha? ¿Era una táctica improvisada de asistencia integral al paciente? Aunque no fuera así, teníamos vidas e historias distintas. ¿De qué podía servirme todo aquello?



Sin embargo, lo escuché.

—Pero no caí porque no hay abismo —añadió—. No hay una sima enorme al acecho para engullirnos cuando descubrimos que no hay Dios, que somos animales como los demás, que el universo no tiene ningún propósito y nuestras almas están hechas de la misma materia que el agua y la arena.

—En la isla hay dos mil miembros de sectas que opinan lo contrario.

—¿Qué esperas de quienes creen que la tierra es plana, si no el miedo a caerse? —Se encogió de hombros—. Si quieres, desesperada y apasionadamente, precipitarte al abismo, por supuesto que es posible; pero sólo si te esfuerzas. Sólo si deseas que sea real y te lo trabajas hasta el último centímetro a medida que descienes.

»No creo que la sinceridad nos lleve a la locura ni que necesitemos mentiras para seguir cuerdos. Tampoco creo que la verdad esté plagada de trampas a la espera de tragarse a cualquiera que piense demasiado. No hay lugar donde caer, a menos que caves el hoyo.

—Cuando perdiste la fe te caíste, ¿verdad?

—Sí, pero ¿hasta dónde? ¿En qué me he convertido? ¿En un asesino psicópata? ¿Un torturador?

—Sinceramente, espero que no, pero perdiste algo más que las cosas infantiles, ¿no? ¿Qué hay de todos aquellos sermones conmovedores sobre la amabilidad, la caridad y el amor?

—No te olvides de la fe. —Se rió con suavidad—. ¿Qué te hace pensar que lo he perdido todo? He dejado de suponer que las cosas que valoro están encerradas en una especie de cámara mágica llamada Dios y que se encuentran fuera del universo, del tiempo y de mí mismo. Eso es todo. Ya no necesito mentiras reconfortantes; sólo intento tomar mis propias decisiones y llevar una vida que me parezca buena. Si la verdad se hubiera llevado esas cosas... era que en realidad no estaban allí.

»Y pese a todo, aquí estoy limpiándote la mierda, ¿no? Y pese a todo te cuento historias a las tres de la madrugada. Si necesitas milagros mayores que éstos, no estás de suerte.

Ya fuera una autobiografía genuina o una terapia *ad hoc* muy hábil, la historia de Michael empezó a eliminar el pánico y la claustrofobia. Me parecía que sus argumentos tenían mucho sentido y atravesaban mi autocompasión como un alambre al rojo. Aunque el universo no fuera una creación de la cultura, el terror gris que sentía al verme como parte de él sí lo era. Nunca había tenido la sinceridad de admitir la naturaleza molecular de mi existencia, pero la sociedad en la que habitaba había sido igual de evasiva. La realidad siempre se había adornado, censurado o despreciado. Había vivido treinta y seis años en un mundo infestado por un dualismo persistente y con un atontamiento espiritual tácito, en el que las películas y las

canciones hablaban aún del alma inmortal, mientras que la gente tragaba drogas de diseño amparándose en el más puro materialismo. No era de extrañar que la verdad supusiera un duro golpe.

El abismo, como todo lo demás, se podía comprender. Había perdido el interés en cavar mi hoyo.

El *vibrio cholerae* rehusó seguir mi ejemplo.

Estaba acurrucado sobre un lado, con la agenda apoyada en otra almohada, mientras **Sísifo** me mostraba lo que pasaba dentro de mí.

—La subunidad B de la molécula coleragénica se adhiere a la superficie celular de la mucosa intestinal, y la subunidad A se libera y atraviesa la membrana. Esto cataliza el incremento de la actividad de la ciclasa de adenilato, que a su vez eleva el nivel del ácido adenílico cíclico y estimula la secreción de iones de sodio. Se invierte el gradiente normal de la concentración y se bombea líquido en el sentido incorrecto: hacia fuera, al espacio intestinal.

Veía cómo se entrelazaban las moléculas en un baile aleatorio e inmisericorde. Eso era yo tanto si me consolaba saberlo como si no. La misma física que me había mantenido con vida durante treinta y seis años tenía el poder de destrozarme por accidente, pero si no podía admitir esa verdad simple y obvia, no me correspondía explicar el mundo a nadie. El consuelo y la redención podían irse a la mierda. Las sectas de la ignorancia me habían tentado y quizá ahora entendía en parte qué las guiaba, pero ¿qué podían ofrecer en verdad? Alienación de la realidad. El universo contemplado como un horror innominable que debía negarse hasta la saciedad y envolverse en misterios artificiales edulcorados. Había que supeditar las verdades a principios contradictorios y cuentos de hadas.

A la mierda. Estaba harto de la falta de sinceridad, no de su exceso. De demasiados mitos sobre la palabra «S», no de pocos. Una vida de enfrentarse a la verdad con calma me habría preparado mejor para la dura prueba que una vida dedicada a enumerar las negaciones más seductoras.

Miré un diagrama del peor de los casos posibles.

—Si el *vibrio cholerae* de México DF, resistente a los antibióticos, consigue cruzar la barrera hematoencefálica, los inmunosupresores pueden limitar la fiebre, pero es probable que las toxinas de las bacterias provoquen daños irreversibles.

Las moléculas mutantes del cólera se adhirieron a las membranas neuronales y las células se desmoronaron como globos pinchados.

Temía morir tanto como siempre, pero la verdad había perdido su aguijón. La TOE me había cogido con sus garras y había apretado, pero al menos me demostró que había tierra firme bajo mis pies: la ley definitiva y la pauta más sencilla que mantenían al mundo en toda su singularidad.

Había tocado fondo, y cuando se roza el soporte del mundo inferior, los cimientos

del universo, ya no queda otro lugar en el que caer.

—Es suficiente —dije—. Ahora busca algo que me alegre un poco.

—¿Qué tal los poetas beat?

—Perfecto. —Sonreí.

**Sísifo** saqueó las bibliotecas y los representó leyendo sus obras. A Ginsberg aullando: «¡Moloch! ¡Moloch!». A Burroughs recitando con aspereza «Las Navidades de un yonqui» con todos los miembros cercenados en maletas y en medio de un viaje perfecto.

Y el mejor de todos, Kerouac en persona, salvaje y melódico, colocado e inocente: «¿Y si los tres títeres fueran reales?».

La luz del sol de la tarde cruzaba en ángulo la sala y me acariciaba un lado de la cara cruzando abismos de espacio, energía, escala y complejidad. Y no era motivo para aterrorizarse ni para sobrecogerse; era la cosa más normal del mundo.

Estaba tan preparado como podría llegar a estarlo nunca. Cerré los ojos.

—Despierta, por favor —dijo una voz por cuarta o quinta vez. Alguien me estaba zarandeando.

Ya no tenía elección. Abrí los ojos.

Una fem joven a la que no había visto nunca estaba a mi lado. Tenía ojos oscuros y serios, piel aceitunada y pelo negro largo. Hablaba con acento alemán.

—Bébetelo. —Me tendió una ampolla de líquido claro.

—No retengo nada, ¿no te lo han dicho?

—Esto sí.

Me daba igual; vomitar me resultaba tan natural como respirar. Cogí la ampolla y vacié el contenido en mi garganta. Tuve un espasmo en el esófago y noté acidez en el paladar, pero nada más.

—¿Por qué no me lo han dado antes? —dije después de toser.

—Acaba de llegar.

—¿De dónde?

—Mejor que no lo sepas.

—¿Llegar? —Parpadeé; la cabeza se me iba despejando—. ¿Qué clase de medicamento tendría que enviarse desde otro sitio?

—¿Tú qué crees?

—¿Estoy soñando? —Noté un escalofrío en la base de la columna—. ¿O estoy muerto?

—Akili tenía muestras de sangre tuyas; las hizo llegar a... cierto país y le pidió a unos amigos que las analizaran. Acabas de beberte un conjunto de balas mágicas para todas las fases del arma. Estarás en pie dentro de unas horas.

Me estallaba la cabeza. El arma. Acababa de confirmar y eliminar mi peor

sospecha con una frase. Estaba desorientado.

—¿Todas las fases? ¿Qué venía a continuación? ¿Qué me he perdido?

—Mejor que no lo sepas.

—Creo que tienes razón. —Todavía no me creía lo que pasaba—. ¿Por qué? ¿Por qué se ha tomado Akili tantas molestias para salvarme?

—Teníamos que averiguar con exactitud qué te pasaba. Violet Mosala puede seguir en peligro aunque no presente ningún síntoma, y necesitamos tener una cura disponible para ella en la isla.

Lo asimilé. Por lo menos no había dicho que no les importaba quién fuera la Piedra Angular y que estaban dispuestos a arriesgar la vida por cualquiera.

—¿Qué tengo? ¿Y por qué ha detonado antes de tiempo?

—Todavía no conocemos todos los detalles. —La joven CA frunció el ceño con solemnidad—. Pero falló el temporizador. Parece ser que las bacterias generaron unas señales internas confusas debido a una disparidad entre los relojes moleculares intracelulares y los ritmos bioquímicos del anfitrión. Los receptores de melatonina estaban obstruidos, saturados... —Se interrumpió alarmada—. No lo entiendo, ¿de qué te ríes?

Cuando dejé el hospital el martes por la mañana me había recuperado y estaba enfurecido. El congreso casi había terminado, pero para entonces las TOE eran lo de menos, y si Sarah Knight, por cualquier motivo incomprensible, había abandonado la batalla por Mosala para sentarse incomunicada junto al lecho de Yasuko Nishide, no tendría más remedio que descubrir la complicada verdad por mi cuenta.

En la habitación del hotel me conecté la fibra umbilical, le pasé a **Testigo** las dieciocho fotos de archivo policial que me había dado Kuwale y las puse en búsqueda constante en tiempo real.

Llamé a Lydia.

—Necesito cinco mil dólares extra para la investigación: acceso a bases de datos y honorarios de los piratas. Lo que está pasando aquí no puedo ni contártelo. Y si dentro de una semana no estás de acuerdo en que vale hasta el último céntimo, te lo devolveré todo.

Discutimos durante quince minutos. Improvisé, dejé caer pistas sobre el FDCPA y sobre una tormenta política inminente para despistar, pero no le dije nada sobre la emigración de Mosala. Al final, Lydia cedió. Estaba asombrado.

Utilicé el programa que me había dado Kuwale para enviarle un mensaje codificado: «No, no he descubierto a ninguno de tus matones, pero si esperas recibir más ayuda por mi parte, aparte de que haya hecho de cultivo ambulante, vas a tener que darme todos los detalles: quiénes son esas personas, quién las ha contratado, tus análisis del arma..., todo. Lo tomas o lo dejas. Nos veremos en el mismo sitio que la

última vez dentro de una hora».

Me senté y evalué lo que sabía, lo que creía. ¿Armas biotecnológicas? ¿Intereses de las empresas de biotecnología? Fuera cierto o no, el embargo había estado a punto de matarme. Siempre había intentado entender las dos posturas sobre las leyes de patentes de genes, siempre había desconfiado por igual de las empresas y de los rebeldes; pero ahora se había roto la simetría. Tenía un largo historial de apatía y ambivalencia y me avergonzaba reconocer que había necesitado algo tan grave para tomar partido, pero ahora estaba dispuesto a abrazar la *technolibération* y contribuir a su causa, preparado para hacer todo lo posible para descubrir a los enemigos de Mosala.

Sin embargo, los Beach Boys no mentían. No podía creer que un arma de InGenIo y sus aliados hubiera fallado por algo tan tonto como mi ciclo de melatonina irregular. Parecía más un trabajo de aficionados inteligentes y hábiles que hacían lo que podían con conocimientos y herramientas limitados.

¿El FDCPA? ¿Las sectas de la ignorancia? No lo creía.

¿Otros *technolibérateurs* que habían decidido que la idea original de Mosala funcionaría mejor con una mártir galardonada con el premio Nobel, sin saber que iban a enfrentarse a otro grupo que compartía sus objetivos pero que no sólo era reacio a tratar a las personas como algo prescindible, sino que había elevado a la celebridad víctima del sacrificio a la categoría de creadora del universo?

Había cierta ironía en todo aquello: aquella facción fría y pragmática de la *technolibération*, partidaria de la *Realpolitik*, parecía ser infinitamente más fanática que los cuasirreligiosos Cosmólogos Antropológicos.

Una ironía o un malentendido.

La respuesta de Kuwale llegó cuando estaba en la ducha, restregándome la piel muerta y el olor acre que no me había podido quitar en el baño del hospital.

—Los datos que insistes en conocer no se pueden desbloquear en el lugar que has especificado. Nos encontraremos en estas coordenadas.

Miré un mapa de la isla. No valía la pena discutir.

Me vestí y salí hacia los arrecifes del norte.

# TERCERA PARTE

## 20

La forma más fácil de ir adonde no llegaban las líneas del tranvía consistía en subirse a uno de los camiones de ruedas grandes y ligeras que se utilizaban para transportar los alimentos tierra adentro. Los camiones eran automáticos; seguían unas rutas predeterminadas y la gente los consideraba un transporte público, aunque en la práctica, los granjeros del mar controlaban los horarios por los retrasos que imponían cuando los cargaban y descargaban. La superficie de cada camión estaba dividida por varias barreras bajas que delimitaban espacios en los que se ponían las cajas y que servían también de bancos para los pasajeros.

No vi a Kuwale; quizá había elegido otra ruta o había salido hacia el lugar de encuentro con antelación. Me senté junto con otras veinte personas, más o menos, en el camión que salía en dirección norte desde la parada del tranvía. Contuve las ganas de preguntarle a la fem de mi lado qué pasaría si uno de los granjeros se empeñaba en cargar tantos cajones que no quedara sitio en el camión para que volviéramos, o qué les impedía a los viajeros robar la comida. La armonía de Anarkia seguía pareciéndome inestable, pero cada vez era más reacio a expresar en voz alta preguntas que se resumían en: ¿Por qué no enloquecéis y hacéis que vuestras vidas se vuelvan insoportables?

No pensé ni durante un momento que el resto del planeta pudiera funcionar así, ni que alguien de Anarkia lo pretendiera, pero empezaba a entender el optimismo cauto de Munroe. Si viviera aquí, ¿intentaría destrozar el lugar? No. ¿Haría algo que pudiera desencadenar revueltas y masacres para conseguir unas ganancias a corto plazo? Esperaba que no. Así pues, ¿qué vanidad absurda me daba derecho a pensar que era mucho más razonable o inteligente que los residentes de la isla? Si podía darme cuenta del difícil equilibrio de su sociedad, ellos también se daban cuenta, y actuaban en consecuencia. Era un equilibrio activo pendiente de un hilo: la supervivencia por medio del conocimiento de uno mismo.

Una lona impermeabilizada cubría la superficie del camión, pero los lados estaban abiertos. A medida que nos acercábamos a la costa, el terreno iba cambiando y se veían formaciones coralinas parcialmente compactadas, húmedas y granulares, que refulgían al sol como ríos cubiertos de nieve en polvo color gris y plata. Probablemente, la entropía hacía que los bancos de roca de arrecife firmes se disolvieran en este fango y se perdieran, pero favorecía aún más el flujo de energía solar hasta las bacterias litofílicas que infestaban los restos del coral y unían el agregado de piedra caliza a la matriz de polímero mineral, más densa, que lo rodeaba. Los caminos biológicos fríos y efectivos catalizados por enzimas que se acoplaban a la perfección, como moldes de inyección a escala molecular, siempre se habían burlado de la química industrial de alta temperatura y presión de los siglos XIX y XX. Allí se burlaban hasta de la geología. La cinta transportadora de subducción, que llevaba los sedimentos oceánicos a las profundidades de la tierra para que se pulverizaran y metamorfosearan a lo largo de eones, era tan obsoleta en Anarkia como el proceso de Bessemer para el acero o el de Haber para el amoníaco.

El camión se desplazaba entre dos amplios ríos de coral aplastado. Otros se ensanchaban y unían en la distancia; los segmentos de la roca de arrecife que había entre ellos se estrechaban y desvanecían, hasta que el terreno que nos rodeaba se convirtió en una especie de fango. El coral, digerido en parte, era cada vez más grueso, y la superficie de los canales más irregular. Empezaron a aparecer charcos brillantes. Vi vetas de color que destacaban entre la piedra calcárea blanquecina; no eran los trazos de minerales apagados de la mampostería de la ciudad, sino rojos, naranjas, verdes y azules brillantes y vistosos. El camión ya apestaba a mar cuando nos subimos, pero entonces, la brisa que había disipado el olor hasta aquel momento empezó a hacerlo más intenso.

El paisaje se transformó en pocos minutos. Vastos bancos de coral vivo, cubiertos de agua, rodeaban los caminos estrechos y serpenteantes. La policromía del arrecife era deslumbrante. Los simbioses de las algas que vivían en las diversas especies de pólipos coralinos tenían un arco iris de pigmentos fotosintéticos. Incluso desde lejos distinguía muchas variaciones en la morfología de los esqueletos mineralizados de cada colonia: agregados de guijarros, montones de ramificaciones tubulares gruesas y construcciones delicadas con aspecto de helecho. Sin duda era una aplicación práctica de la diversidad en aras de la solidez ecológica, pero también una exhibición deliberada y opulenta de virtuosismo biogenético.

El camión se detuvo y bajaron todos menos las dos personas que habían descargado las cajas en un tranvía de mercancías de la parada. Dudé un momento y seguí al resto de la gente; aunque yo iba un poco más adelante, no quería llamar la atención.

El camión siguió su camino. Casi todos los pasajeros llevaban gafas, tubos y

aletas de buceo; no sabía si eran turistas o isleños, pero todos se encaminaron directamente hacia el arrecife. Paseé con ellos y me quedé un rato mirando cómo avanzaban con cautela hacia aguas más profundas por el coral que sobresalía. Di la vuelta y me dirigí al norte por la línea de costa, alejándome de los buceadores.

Vi por primera vez el océano abierto, a cientos de metros por delante. Había unas cuantas barcas amarradas en el puerto que estaba en una de las bahías que formaban los seis brazos de la estrella de mar gigante. Recordé la vista desde el aire; me había parecido frágil y exótica. ¿Sobre qué estaba? ¿Una isla artificial? ¿Una máquina oceánica? ¿Un monstruo marino biotecnológico? Las distinciones perdieron todo significado.

Alcancé el camión al llegar al puerto; los dos trabajadores que lo cargaban me miraron con curiosidad, pero no me preguntaron qué hacía allí. Mi inactividad me hacía sentir como un intruso; todos los que veía cargaban cajas o clasificaban marisco. Había maquinaria, pero no era de tecnología avanzada: toros de carga eléctricos, pero ninguna grúa gigante ni amplias cintas transportadoras que alimentaran las instalaciones de procesamiento. Probablemente, la roca de arrecife era demasiado blanda para aguantar algo tan pesado. Podrían haber construido una plataforma flotante fuera del puerto que soportara el peso de la grúa, pero parecía que nadie creía que la inversión valiera la pena, o quizá a los granjeros, simplemente, les gustaba más así.

Seguía sin haber rastro de Kuwale. Me aparté del muelle de carga y me acerqué a la orilla. Desde la roca se emitían señales bioquímicas que mantenían el puerto libre de coral, y el plancton transportaba sedimentos a los lugares de los arrecifes donde fueran necesarios. El agua no parecía tener fondo y era de un verde azulado intenso. Entre la espuma del suave oleaje me pareció distinguir una efervescencia antinatural; subían burbujas por todas partes. El gas de la roca presurizada que había visto salir de la parte inferior de Anarkia escapaba a la superficie por aquí.

En el puerto, los granjeros estaban izando lo que parecía una red de pesca llena; los tentáculos gelatinosos que abrazaban el botín resplandecían al sol. Uno de los granjeros se estiró y tocó la parte superior de la «red» con algo que estaba en la punta de una pértiga larga y el contenido se derramó bruscamente por el muelle y dejó los tentáculos flácidos y temblorosos. En cuanto cayeron los últimos restos, la criatura translúcida se hizo casi invisible. Tuve que forzar la vista para seguirla cuando la bajaron de nuevo al océano.

—¿Sabes cuánto le pagan a Ocean Logic por una cosechadora como ésa los que siguen las normas? —dijo Kuwale a mis espaldas—. Cogieron todos los genes, directamente de especies existentes, y lo único que hizo la empresa fue patentarlos y reorganizarlos.

—Ahórrate la propaganda —dije mientras me volvía hacia él—. Me pondré de tu



parte si me das las respuestas correctas. —Kuwale parecía preocupada, pero no dijo nada—. ¿Qué tengo que hacer para que confíes en mí como confiabas en Sarah Knight? —continué, abriendo los brazos en un gesto de frustración—. ¿Tengo que morir por la causa?

—Lamento que te infectaran. La variedad natural ya es bastante mala; lo sé porque la he sufrido.

Llevaba la misma camiseta que cuando le vi en el aeropuerto, con puntos de luz que parpadeaban de forma aleatoria. De pronto, me sorprendió lo involucrado que estaba para lo joven que era: un poco más que la mitad de mi edad.

—No fue culpa tuya —dije un poco molesto—. Y te agradezco lo que hiciste, aunque salvarme la vida no fuera el objetivo. —Kuwale parecía bastante incomodada, como si le acabara de dedicar un cumplido inmerecido—. No fue culpa tuya, ¿verdad? —insistí un poco inseguro.

—Directamente no.

—¿Qué significa eso? ¿Era tuya el arma?

—¡No! —dijo con amargura después de apartar la mirada—. Pero aún me siento, en parte, responsable de todo lo que hagan.

—¿Por qué? ¿Porque no trabajan para las empresas de biotecnología? ¿Porque son *technolibérateurs* como tú? —Apartó la mirada y sentí una sensación de triunfo; por fin había acertado en algo.

—Por supuesto que son *technolibérateurs* —contestó Kuwale impaciente, como diciendo: «¿no lo es todo el mundo?»—. Pero ése no es el motivo por el que intentan matar a Mosala.

Se nos acercaba un masc con una caja al hombro; cuando lo miré, unas líneas rojas cruzaron mi campo de visión. Tenía la cara vuelta hacia otro lado y un sombrero de ala ancha casi le tapaba el resto, pero **Testigo**, que reconstruía las partes que faltaban por simetría y reglas de extrapolación anatómicas, había visto lo suficiente para estar seguro.

Guardé silencio.

—¿Quién era? —preguntó Kuwale en tono apremiante cuando el masc ya no nos podía oír.

—¿Me lo preguntas a mí? No me diste nombres, ¿recuerdas? —Pero consulté el programa—. El número siete, si eso significa algo para ti.

—¿Qué tal nadas?

—Bastante mal, ¿por qué? —Kuwale se volvió y se sumergió en el agua del puerto; me incliné y esperé—. ¿Qué haces, loca? —añadí cuando emergió—. Ya se ha ido.

—No me sigas aún.

—No tengo ninguna intención de...

—Espera hasta que sepamos quién de los dos se encuentra mejor —dijo nadando hacia mí. Sacó la mano derecha, me agaché para cogerla y empecé a izarla. Se negó con un gesto impaciente—. Déjame en el agua a menos que empiece a flaquear —añadió mientras flotaba en posición vertical—. La inmersión inmediata es la mejor manera de librarse de algunos tipos de toxinas dérmicas, aunque con otros es lo peor que se puede hacer: hace que las puntas de lanza hidrófobas se adentren en la piel mucho más deprisa. —Se sumergió por completo, me hundió hasta el codo y estuvo a punto de dislocarme el hombro.

—¿Y si es una mezcla de los dos? —dije cuando emergió de nuevo.

—Entonces la habremos cagado.

—Podría ir a pedir ayuda —dije mirando el muelle de carga.

A pesar de la enfermedad que había padecido (provocada, sin duda, por un desconocido que pasó por mi lado con un aerosol), una parte de mí todavía se negaba a creer en las armas invisibles. Quizá pensaba que existía algún principio de doble riesgo que significaba que el mundo molecular ya no podía ejercer ningún poder sobre mí, que no tenía derecho a un segundo intento. Nuestro presunto atacante se alejaba con calma; era imposible sentirse amenazado.

—¿Cómo te encuentras? —me preguntó Kuwale, mirándome nerviosa.

—Bien, salvo que me estás rompiendo el brazo. Esto es una locura. —Notaba un cosquilleo en la piel.

—Te estás poniendo azul. —Kuwale soltó un gruñido de «se ha cumplido la peor expectativa»—. Salta.

—¿Para hundirme? —La cara se me adormecía y las extremidades me pesaban—. Creo que no. —Arrastraba las palabras y no me sentía la lengua.

—Te sujetaré.

—No. Sal y pide ayuda.

—No te queda tiempo.

Gritó en dirección a la bahía de carga; el sonido me pareció débil. Puede que yo no oyera bien o que él hubiera asimilado bastantes toxinas y le hubieran afectado a la voz. Intenté volver la cabeza para ver si respondían. No pude.

Kuwale salió, sin parar de maldecirme por mi obstinación, y me arrastró al agua. Me hundí. Estaba paralizado y atontado; no sabía si todavía me sujetaba. El agua sería transparente si no tuviera burbujas, pero allí era como caer a través de cristal esmerilado. Esperaba con todas mis fuerzas no estar inspirando; no podía saberlo con seguridad.

Las burbujas pasaban por delante de mi cara en corrientes de direcciones contradictorias que me impedían distinguir la vertical. Intenté orientarme por la inclinación de la luz, pero los reflejos eran ambiguos. Sólo oía los latidos fuertes y lentos de mi corazón, como si la toxina bloqueara las vías que deberían haberlo hecho

palpitar de forma acelerada. Tenía una extraña sensación de *déjà vu*. Como había perdido el tacto, no me parecía estar más mojado que cuando miraba la imagen del túnel a través de la cámara del buceador. Vivía una experiencia ajena con mi cuerpo.

De pronto, las burbujas se desdibujaron, aceleradas, la turbulencia que me rodeaba se hizo más brillante y, sin previo aviso, asomé la cara al aire y lo único que vi fue el cielo azul.

—¿Estás bien? —me gritó Kuwale al oído—. Te tengo bien sujeto; intenta relajarte. —Sonaba distante y sólo pude emitir un gruñido de indignación—. Dentro de un par de minutos nos habremos recuperado —añadió—. Me ha afectado a los pulmones, pero creo que se me está pasando. —Miré el cielo inalcanzable que se hundía al revés.

Kuwale me tiró agua a la cara. Me encontraba mejor; al menos, me daba cuenta de que me la estaba tragando casi toda. Tosí enfadado. Los dientes me castañeteaban; el agua estaba más fría de lo que pensaba.

—Tus amigos dan pena. Un ladrón de pacotilla al que pillan por la alarma secundaria. Un cólera que se lía por un parche de melatonina. Y toxinas que se van con un baño de mar. Violet Mosala no tiene nada que temer.

Alguien me cogió del pie y me hundió.

Conté cinco personas con trajes y equipo de buceo; estaban cubiertas de polímero desde los tobillos hasta las muñecas y llevaban guantes y gorros. No tenían nada de piel expuesta. ¿Por qué? Luché débilmente, pero dos buceadores me sujetaban con firmeza e intentaban ponerme una especie de aparato metálico en la cara. Lo aparté.

La cosechadora emergió en la distancia translúcida; apenas resultaba visible a través del agua iluminada por la luz solar. Sentí mi primer ataque auténtico de pánico visceral. Si habían envenenado los tentáculos, devolviendo un gen de la especie modificada a su estado natural, éramos hombres muertos. Me solté lo bastante para volverme y ver a otros tres buceadores que rodeaban a Kuwale e intentaban mantenerle inmóvil.

Una de mis secuestradores volvió a agitar el aparato delante de mí. Era un regulador conectado a una bombona de aire. La miré y apenas podía distinguir su expresión a través de las gafas, pero **Testigo** identificó de inmediato a otro objetivo. No sabía qué contenía la bombona, pero aunque fuera nocivo, sólo iba a tardar unos minutos en ahogarme.

Los ojos de la buceadora parecían decir: «La decisión es tuya. Lo tomas o lo dejas».

Volví a mirar a mi alrededor. A Kuwale le habían atado los brazos a la espalda, le habían dado el gas y lo había aceptado. Yo todavía estaba débil por la toxina y me faltaba el aire. No tenía ninguna oportunidad de escapar.

Dejé que me ataran las manos, abrí la boca y mordí con fuerza el tubo del

respirador. Aspiré agradecido el aire, mientras me recuperaba entre el pánico y el alivio. Si lo hubieran querido, ya nos habrían metido un cuchillo de pesca entre las costillas. Pero aún no estaba preparado para la alternativa.

La cosechadora se acercaba y los buceadores se adelantaron a su encuentro, arrastrándonos con ellos. Quería protegerme la cara con las manos, pero no podía. La madeja de tentáculos transparentes de la medusa se abrió ante nosotros. Se contorsionaba como las topologías patológicas del preespacio, como si el vacío hubiera adquirido vida.

Entonces la red se cerró firmemente.

## 21

Las toxinas de la cosechadora debilitaban pero no eran dolorosas. En realidad, hacían el viaje más tolerable: relajaban los músculos tensos a causa de las náuseas y la claustrofobia y atenuaban la sensación de ser comido vivo. Probablemente, la criatura era una especie comercial y no el arma biotecnológica privada que me había imaginado. Empecé a grabar con retraso; los ojos me escocían a causa de la sal, pero si los cerraba me daba vértigo. Veía a Kuwale y a los buceadores que le custodiaban, pero borrosos, como si los mirara a través de un cristal cubierto de escarcha. Tranquilizados por las toxinas y arropados por gelatina transparente, nos desplazábamos a través del agua clara.

Suponía que nos izarían con un torno y nos dejarían caer en cubierta sin miramientos, como la captura que había visto desparramar antes, pero alguien hizo que la cosechadora se relajara con una vara hormonal mientras todavía estábamos en el agua, y los buceadores nos llevaron a cuevas por unas escalas laterales de cuerda. En cubierta, **Testigo** identificó tres rostros más. Nadie nos dirigió la palabra y yo estaba demasiado colocado para pensar en alguna pregunta coherente. La fem que me había ofrecido el regulador me ató los pies juntos y pasó una cuerda para sujetar mis manos atadas a las de Kuwale, de forma que quedamos unidos por la espalda. Otro de los buceadores se llevó las agendas, nos pasó una red de pesca (inerte) por debajo de los brazos, nos envolvió con ella, la enganchó al torno y nos bajó a una bodega vacía. Cuando cerraron la trampilla nos quedamos totalmente a oscuras.

Noté que mi estupor bioquímico se desvanecía; el olor a algas pútridas parecía contribuir a ello. Esperé a que Kuwale me ofreciera un análisis de nuestra situación.

—Conoces todas sus caras y ellos conocen tus códigos de comunicación —dije al cabo de unos minutos de silencio—. Dime quién está ganando la batalla de la información.

—Déjame decirte una cosa —se movió irritada—: no creo que nos hagan daño; son moderados y lo único que quieren es que nos mantengamos al margen.

—¿Y qué quieren hacer mientras tanto?

—Matar a Mosala.

La cabeza me daba vueltas a causa del hedor; las «sales» habían sobrepasado su ciclo útil y habían puesto la marcha atrás.

—Si los moderados quieren matar a Mosala, ¿qué tendrán en mente los extremistas? —No contestó. Me quedé mirando fijamente la oscuridad. En los muelles, Kuwale había insistido en que la amenaza a Mosala no tenía nada que ver con la *technolibération*—. ¿Quieres aclararme un pequeño punto de la doctrina antropocosmológica? —pregunté.

—No.

—Si Mosala muriera antes de convertirse en la Piedra Angular... no pasaría ni cambiaría nada, ¿verdad? Tarde o temprano, otro ocuparía su lugar, o de lo contrario ni siquiera estaríamos aquí hablando de ello. —No hubo respuesta—. Aun así estás intentando mantenerla a salvo. ¿Por qué? —Me maldije en silencio: había tenido la respuesta delante de mis narices desde que hablé con Amanda Conroy—. Estas personas no son enemigos políticos de alguien que, casualmente, es una Piedra Angular en potencia, ¿verdad? Son una afrenta viviente para la corriente principal de la Cosmología Antropológica porque se han apropiado de vuestras ideas y las han llevado hasta su conclusión lógica. Son de CA, como vosotros, pero han decidido que no quieren que Violet Mosala sea la creadora del universo.

—No es ninguna conclusión lógica —contestó Kuwale indignada—. Es una locura intentar elegir la Piedra Angular. El universo existe porque la Piedra Angular está «dada». ¿Acaso intentarías cambiar el Big Bang?

—No, pero este acto de creación aún no ha tenido lugar, ¿cierto?

—No importa. El propio tiempo forma parte de lo que se crea. El universo existe en este momento porque la Piedra Angular lo creará.

—Pero todavía se pueden cambiar las cosas —insistí—, ¿no? Nadie sabe aún con certeza qué TOE es la verdadera.

—¡Ésa no es la manera correcta de enfocarlo! —Kuwale se volvió a mover; noté que se ponía rígida de ira—. ¡La Piedra Angular está dada! ¡La TOE es única!

—No malgastes saliva conmigo defendiendo la corriente principal —dije—. Creo que tu encefalograma es tan plano como el suyo. Sólo intento hacerme una idea de en qué consiste la versión más peligrosa. ¿No crees que tengo derecho a saber a qué nos enfrentamos?

—Creen que la identidad de la Piedra Angular está determinada —me explicó con desgana, después de respirar hondo intentando calmarse—. Que está preestablecida, igual que el resto de la historia, incluso el posible asesinato de cualquier rival. Pero el determinismo no elimina la ilusión de poder. ¿Has conocido a algún extremista islámico que fuera pasivo? No es que la mano de Dios vaya a surgir del cielo y salvar a la Piedra Angular, ni que un golpe improbable del destino vaya a detenerlos si van tras el físico equivocado. No hace falta ninguna intervención sobrenatural si todo el universo y sus habitantes son sólo una conspiración para justificar la existencia de la Piedra Angular. No pueden equivocarse; da igual a quién maten y por qué motivo.

—Entonces, si matan a todos los rivales del teórico de la TOE que apoyan, la suya será la que dé la existencia al universo. Y, hayan elegido algo o no, el resultado es el mismo. La TOE que quieren y la que consiguen acaban siendo idénticas.

»Y también están en Kyoto. —Por fin caí en la cuenta—. ¿Crees que han llegado hasta Nishide y que por eso está enfermo? ¿Y que llegaron hasta Sarah antes de que pudiera denunciarlos?

—Es muy probable.

—¿Se lo habéis dicho a la policía de Kyoto? ¿Tenéis algún contacto allí? —Me callé; no podía hablar de las contramedidas porque era casi seguro que nos estaban vigilando—. Por cierto, ¿qué tiene de particular la teoría de Buzzo? —añadí cansado.

—Creen que deja abierta la posibilidad de acceder a otros universos que otros Big Bangs originaron en el preespacio —dijo en tono de burla—. Tanto Mosala como Nishide descartan por completo esa posibilidad: podrían existir otros universos, pero son inalcanzables. Los agujeros negros y de gusano de sus TOE sólo nos conducen de vuelta a este cosmos.

—¿Y quieren matar a Mosala y Nishide porque no les basta con un universo?

—Piensa en las infinitas riquezas a las que renunciaríamos si elegimos un cosmos independiente —protestó Kuwale con sorna—. Adopta una perspectiva a largo plazo. ¿Adónde escaparíamos cuando llegara el Big Crunch? Una o dos vidas no son un precio demasiado elevado por el futuro de toda la humanidad, ¿no crees?

Volví a pensar en Ned Landers, que intentaba apartarse de la especie humana para controlarla. No era posible apartarse del universo, pero usar la antropocosmología para ir más allá de las explicaciones de los teóricos de las TOE y jugar a «elige a tu creador» se le parecía mucho.

—Puede que Mosala haga bien en despreciarnos si nuestras ideas nos conducen a esto —dijo Kuwale con desánimo.

—¿Sabe que hay CA que quieren matarla? —No pensaba discutirle lo anterior.

—En parte sí y en parte no.

—¿Qué quieres decir?

—Hemos intentado avisarla, pero nos desprecia tan profundamente, incluso a la corriente principal, que no se toma la amenaza en serio. Creo que piensa que las malas ideas no pueden afectarla, que si la antropocosmología no es nada más que superstición, no puede hacerle daño.

—Díselo a Giordano Bruno. —Mis ojos se estaban adaptando a la oscuridad; podía ver una tenue franja de luz en el suelo de la bodega a lo lejos—. ¿Me he perdido algo o estamos hablando todo el rato de los que llamas «moderados»? —Kuwale no contestó, pero noté que se desplomaba hacia delante, como si finalmente le venciera la vergüenza—. ¿Qué defienden los extremistas? —insistí—. Dilo con delicadeza, pero suéltalo de una vez. No quiero más sorpresas.

—Se podría decir que forman un híbrido con las sectas de la ignorancia —confesó Kuwale abatida—. Todavía son CA en el sentido amplio del término: creen que se confiere existencia al universo por medio de su explicación, pero piensan que sería posible e incluso deseable tener un universo sin ninguna TOE, sin ninguna ecuación definitiva ni ninguna pauta unificadora. Que no haya niveles más profundos, leyes definitivas ni imposibles absolutos. Ningún límite para la posibilidad de

trascendencia.

—Pero la única manera de conseguir eso sería asesinar a cualquiera que pudiera convertirse en la Piedra Angular...

Parecía que mi ropa había alcanzado un punto de equilibrio con el aire húmedo de la bodega... en el nivel de humedad más incómodo posible. Necesitaba orinar, pero me aguantaba por mantener la dignidad y con la esperanza de que sabría identificar correctamente el momento en que el problema supusiera una amenaza para la vida. Me acordé de Tycho Brahe, un astrónomo que murió después de que le estallara la vejiga en un banquete porque le daba demasiada vergüenza preguntar por los servicios.

La franja de luz del suelo no se movía, pero a medida que pasaban las horas, se fue haciendo más brillante y después se fue debilitando. Los sonidos que llegaban a la bodega no significaban mucho para mí; eran crujidos y golpes metálicos aleatorios, voces apagadas y pasos. Se oían zumbidos y ruidos de vibración distantes; algunos eran continuos y otros intermitentes. Sin duda, cualquiera mínimamente aficionado a las embarcaciones podría identificar el sonido de un motor MHD de propulsión a chorro con imanes superconductores. Pero yo era incapaz de distinguir entre un motor a máxima potencia y el sonido de un tripulante en la ducha.

—¿Cómo se hace alguien de Cosmología Antropológica si nadie sabe de vuestra existencia? —pregunté.

Kuwale no contestó y le di un empujón suave con el hombro.

—Estoy despierta. —Sonaba más deprimida de lo que yo estaba.

—Entonces háblame o perderé la calma. ¿Cómo reclutáis nuevos miembros?

—Hay foros de debate en la red que tratan de ideas relacionadas: cosmología alternativa y metafísica de la información. Participamos, sin revelar demasiado, y si alguna persona nos parece simpatizante y digna de confianza, nos dirigimos a ella de forma individual. Alguien, en algún lugar, reinventa la antropocosmología dos o tres veces al año. No intentamos convencer a nadie de que es verdad, pero si llegan a las mismas conclusiones por su cuenta, les hacemos saber que no están solos.

—¿Y la corriente marginal hace lo mismo? ¿Pesca personas en la red?

—No, todos son disidentes que antes estaban con nosotros.

—Ah. —No era de extrañar que la corriente principal se sintiera obligada a proteger a Mosala. Ellos eran quienes, literalmente, habían reclutado a todos sus posibles asesinos.

—Es triste —dijo Kuwale con voz queda—. Algunos creen sinceramente que son los verdaderos *technolibérateurs*; toman la ciencia en sus manos y se niegan a ser arrollados por una teoría ajena: no quieren renunciar a tener voz en el asunto.

—Sí, muy democrático. ¿Se les ha ocurrido alguna vez convocar elecciones para



elegir a la Piedra Angular en lugar de matar a todos los candidatos rivales del suyo?

—¿Y ceder todo ese poder voluntariamente? No creo. Muteba Kazadi tenía una versión «democrática» de la antropocosmología que no implicaba ningún asesinato. Aunque nadie la entendía y no creo que ni siquiera lograra que las matemáticas le funcionaran.

—¿Muteba Kazadi era de CA? —Me reí asombrado.

—Desde luego.

—No creo que Violet Mosala lo sepa.

—No creo que Violet Mosala sepa nada que no quiera saber.

—Eh, un poco de respeto por tu deidad. —El barco se sacudió suavemente—. ¿Nos ponemos en marcha o acabamos de parar? —Kuwale se encogió de hombros. El lastre adaptable hacía la navegación tan suave que era imposible saber qué pasaba; no había notado oleaje durante el tiempo que llevábamos a bordo y menos aún las sutiles aceleraciones del viaje—. ¿Conoces a alguno de los que están aquí?

—No. Todos abandonaron la corriente principal antes de unirme yo.

—Así que no puedes estar seguro de lo moderados que son.

—Sé con seguridad a qué facción pertenecen. Y si quisieran matarnos, ya estaríamos muertos.

—Hay sitios mejores que otros para deshacerse de cadáveres. Lugares en los que los vertidos ilegales tienen menos probabilidades de llegar a la orilla. Cualquier programa medio decente de navegación podría calcularlo.

El barco dio otro bandazo y algo golpeó el casco. Resonó a nuestro alrededor y me dio dentera. Esperé tenso. El sonido se fue apagando y no pasó nada.

—¿De dónde eres? —Me esforzaba en romper el silencio—. No consigo localizar tu acento.

—Te equivocarías si lo hicieras. —Kuwale se rió desganada—. Nací en Malawi, pero a los dieciocho meses me sacaron de allí. Mis padres son diplomáticos, funcionarios del ministerio de Comercio; viajábamos por toda África, Sudamérica y el Caribe.

—¿Saben que estás en Anarkia?

—No. Nos distanciamos hace cinco años, cuando emigré.

A ásex.

—¿Hace cinco años? ¿Cuántos tenías?

—Dieciséis.

—¿No te parece que eras demasiado joven para operarte? —Sólo era una suposición, pero hacía falta algo más que tener un aspecto andrógino para romper una familia normal.

—En Brasil no.

—¿Y se lo tomaron mal?

—No lo entendieron —dijo con amargura—. La *technolibération*, el ser ásex... todo lo que me importaba carecía de sentido para ellos. En cuanto tuve opiniones propias empezaron a tratarme como un expósito ajeno. Eran muy cultos, tenían un sueldo alto, eran sofisticados, cosmopolitas... y tradicionalistas. Se sentían unidos a Malawi, a su clase social y a los valores y prejuicios que suponía todo eso... fueran adonde fueran. Yo no era de ninguna parte; era libre. —Se rió—. Viajar revela las constantes: las mismas hipocresías que se repiten una y otra vez. Cuando cumplí los catorce había vivido en treinta culturas distintas y ya sabía que el sexo era para conformistas atontados.

—¿Te refieres al género o al acto físico? —dije con cuidado, aunque lo anterior casi me había enmudecido.

—A las dos cosas.

—Algunas personas necesitan las dos cosas. No sólo de forma biológica; ya sé que puedes desconectar de eso. Sino por el sentimiento de identidad y por la autoestima.

—La autoestima es un producto que se inventaron las sectas de autoayuda del siglo veinte —bufó Kuwale muy divertida—. Si quieres autoestima o un centro emocional, ve a Los Ángeles y cómpralo. ¿Qué os pasa a los occidentales? —añadió más comprensiva—. A veces me parece que toda la psicología precientífica de Freud y Jung y todas sus regurgitaciones mercantilistas estadounidenses han secuestrado vuestro lenguaje y cultura de tal manera que ni siquiera podéis pensar en vosotros mismos si no es con jerga de las sectas. Y ya está tan arraigada que no sabéis cuándo la utilizáis.

—Quizá tengas razón. —Empezaba a sentirme insoportablemente viejo y tradicionalista. Si Kuwale era el futuro, la generación siguiente estaría más allá de mi comprensión. Seguro que no era nada malo, pero asimilarlo resultaba doloroso—. ¿Qué utilizas en lugar del rollo psicológico occidental? Casi entiendo lo de ser ásex y *technolibérateur*, pero ¿dónde está la gracia de la antropocosmología? Si necesitas una dosis de tranquilidad cósmica, ¿por qué no eliges, al menos, una religión que ofrezca vida después de la muerte?

—Deberías unirme a los asesinos de cubierta si piensas que puedes decidir qué es cierto y qué es falso.

Recorrí la bodega oscura con la mirada. La tenue franja de luz se estaba apagando muy deprisa y parecía que íbamos a pasar una noche gélida allí. Mi vejiga estaba a punto de estallar, pero no acababa de atreverme a soltarla. Cada vez que creía haber aceptado mi cuerpo y lo que me pudiera hacer, el inframundo volvía a tirar de la correa. No había aceptado nada; sólo había atisbado bajo la superficie y ahora quería enterrar todo lo que había aprendido, seguir como si nada hubiera cambiado.

—La verdad es cualquier cosa que te permite salirte con la tuya —dije.

—No, eso es el periodismo. La verdad es aquello de lo que no se puede huir.

Me despertó el haz de una linterna en la cara y alguien que cortaba el polímero que me unía a Kuwale con un cuchillo cubierto de enzimas. Hacía tanto frío que debía de ser de madrugada. Parpadeé y temblé, cegado por el resplandor. No distinguía cuántas personas había y menos aún las armas que llevaban, pero me quedé muy quieto mientras me soltaban, porque suponía que si hacía algo distinto me meterían una bala en la cabeza.

Me engancharon a una eslinga rudimentaria, me izaron y me quedé colgando por encima de cubierta mientras tres personas salían de la bodega por una escala de cuerda y dejaban a Kuwale atrás. Miré alrededor de la cubierta iluminada por la luz de la luna; hasta donde podía distinguir estábamos en alta mar. La idea de estar tan lejos de Anarkia me heló la sangre; si nos quedaba alguna posibilidad de recibir ayuda, estaba en la isla.

Cerraron la escotilla de la bodega de un golpe, me bajaron, me desataron los pies y luego me llevaron a empujones hacia un camarote que estaba en el otro extremo del barco. Después de rogar un poco, me dejaron parar y mear por la borda. Durante unos instantes me sentí tan agradecido que habría despachado a Violet Mosala con mis propias manos si me lo hubieran pedido.

El camarote estaba lleno de pantallas y equipo electrónico. No había estado en un barco de pesca en la vida, pero aquello me pareció una exageración; probablemente, una flota de tamaño medio se podía dirigir con un microchip.

Me ataron a una silla en mitad del camarote. Había cuatro personas; **Testigo** ya había identificado a dos: los números tres y cinco de las fotos de Kuwale, pero no sabía nada de las otras, dos fems de mi edad, aproximadamente. Grabé y archivé sus caras: diecinueve y veinte.

—¿Qué era todo el ruido de antes? —pregunté sin dirigirme a nadie en particular—. Creí que habíamos encallado.

—Nos han embestido —dijo Tres—. Te has perdido toda la diversión. —Era un umasc blanco, muy musculoso, y tenía ideogramas chinos tatuados en los antebrazos.

—¿Quién? —Tres pasó por alto la pregunta con demasiada frialdad; ya había dicho demasiado.

—No sé qué te habrá contado Kuwale —dijo Veinte, haciéndose cargo de la conversación. Había permanecido en el camarote mientras los otros me recogían—. Sin duda, te habrá dicho que somos unos fanáticos. —Era una fem negra, alta y esbelta, con acento francófono.

—No, me ha dicho que sois moderados. ¿No nos habéis escuchado?

Negó con un gesto de inocencia, sorprendida, como si fuera evidente que escuchar a escondidas era indigno de ella. Tenía un aire de tranquila autoridad que me

ponía nervioso; me la imaginaba ordenando a los otros que hicieran cualquier cosa concebible, sin perder la imagen de que era absolutamente razonable.

—Moderados pero herejes, por supuesto.

—¿Cómo esperas que te llamen los otros CA?

—Olvídate del resto de CA. Deberías juzgar por ti mismo después de oír todos los hechos.

—Creo que perdisteis cualquier oportunidad de una opinión favorable cuando me infectasteis con vuestro cólera casero.

—No fuimos nosotros.

—¿No? Entonces, ¿quién?

—Los mismos que infectaron a Yasuko Nishide con una cepa natural virulenta de neumococos. —Sentí un escalofrío. No sabía si creerla, pero aquello encajaba con la descripción de Kuwale de los extremistas.

—¿Estás grabando? —dijo Diecinueve.

—No. —Era verdad, aunque había capturado sus caras, había parado la filmación continua horas atrás, cuando estaba en la bodega.

—Entonces empieza, por favor.

Diecinueve tenía acento y aspecto escandinavos. Daba la impresión de que todas las facciones de CA eran internacionalistas a ultranza. Desde luego, los escépticos que decían que quienes forjaban amistades por todo el mundo en la red nunca se conocían en persona estaban equivocados. Sólo hacía falta un buen motivo.

—¿Por qué?

—Has venido a hacer un documental sobre Violet Mosala, ¿verdad? ¿No quieres contar toda la historia hasta el final?

—Cuando Mosala muera —explicó Veinte— se armará un lógico revuelo y tendremos que ocultarnos. No nos interesa convertirnos en mártires, pero no tememos que nos identifiquen cuando hayamos cumplido la misión. No nos avergüenza lo que hacemos aquí; no hay motivo para ello, y queremos que una persona objetiva, imparcial y digna de confianza cuente al mundo nuestra versión de la historia.

Me quedé mirándola. Parecía totalmente sincera e incluso hablaba en tono de disculpa formal, como si pidiera un favor un poco incómodo.

Eché una ojeada a los otros. Tres me miraba con estudiada indiferencia. Cinco jugueteaba con los aparatos electrónicos. Diecinueve me devolvió la mirada, firme en su solidaridad.

—Olvídalo. No hago películas *snuff*. —Quedaba muy bien; si no me hubiera acordado del interrogatorio de Daniel Cavolini en cuanto lo dije, podría haber sentido un resplandor cálido en mi interior durante horas.

—No esperamos que filmes la muerte de Mosala —me aclaró Veinte con delicadeza—. Sería poco práctico y de mal gusto. Sólo queremos que puedas

explicarles a los espectadores por qué era necesaria su muerte.

La realidad se me escapaba de las manos. En la bodega había anticipado torturas, me había imaginado con todo detalle el proceso de hacerme parecer una posible víctima del ataque de un tiburón.

Pero aquello no.

—No me interesa una entrevista en exclusiva con los asesinos de la persona sobre la que hago el reportaje —dije esforzándome por hablar con calma. Me pasó por la mente la idea de que la mitad de los ejecutivos de SeeNet no me perdonarían esas palabras si averiguaban que las había pronunciado—. ¿Por qué no contratáis un espacio publicitario de pago en TechnoLaila? —añadí—. Seguro que sus espectadores os darían un voto de apoyo incondicional si les explicarais que era necesario matar a Mosala para salvaguardar la posibilidad de viajar a otros universos a través de agujeros de gusano.

—Sabía que Kuwale te llenaría la cabeza de mentiras perniciosas. —Veinte frunció el ceño ante una calumnia injusta—. ¿Es eso lo que te ha dicho?

Estaba aturdido; todo me parecía increíble. Su obsesiva preocupación por los convencionalismos más insignificantes era surrealista.

—¡No importa cuál sea el maldito motivo! —grité. Intenté extender las manos e implorarle que entrara en razón, pero las tenía firmemente atadas al respaldo de la silla—. No sé —continué atontado—, quizá penséis que Henry Buzzo tiene más peso, un estilo más presidencial y unos aires de Jehová adecuados. O puede que penséis que sus ecuaciones son más elegantes. —Estuve a punto de decirles lo que me había confiado Mosala: que Buzzo había cometido un error fatal en su metodología y que su aspirante favorito nunca sería la Piedra Angular. Me contuve a tiempo—. No importa: sigue siendo un asesinato.

—No es eso; es defensa propia. —Me volví, la voz había venido de la puerta del camarote—. Los agujeros de gusano no tienen nada que ver —añadió con tristeza Helen Wu mirándome a los ojos—. Buzzo no tiene nada que ver. Pero si no intervenimos, Violet tendrá pronto el poder de matarnos a todos.

Después de que Helen Wu entrara en el camarote, lo grabé todo.

No para SeeNet. Para la Interpol.

—He hecho lo que he podido para encaminarla hacia un terreno más seguro —dijo Wu solemnemente—. Creía que si lograba que Violet entendiera hacia dónde se dirigía, cambiaría sus métodos, por motivos científicos convencionales y para conseguir una teoría con contenido físico, que es lo que los otros físicos esperan de una TOE. —Alzó las manos en gesto de desesperación—. ¡Nada la detiene! Ya lo sabes. Digirió todas las críticas que le hice y les sacó provecho. Sólo he conseguido empeorar las cosas.

—No creo que Amanda Conroy te diera una imagen real de la complejidad de la cosmología de la información —me dijo Veinte—. ¿Qué te describió? ¿Un modelo en el que la Piedra Angular crea un universo absolutamente perfecto, sin ningún tipo de fenómeno que viole nunca la TOE? ¿Sin la posibilidad de llegar hasta la metafísica subyacente?

—Así es. —Había desistido de exteriorizar mi ira; la mejor estrategia que se me ocurría era seguirles la corriente, dejar que se incriminaran todo lo que quisieran y aferrarme a la esperanza de tener alguna oportunidad de avisar a Mosala.

—Ésa es sólo una posibilidad entre millones. Y es tan simplista como los primeros modelos de la Relatividad General de los principios del siglo pasado: universos homogéneamente perfectos, simples y vacíos como globos gigantes. Se estudiaron sólo porque cualquier cosa más verosímil era demasiado difícil de analizar matemáticamente. Nadie se creía que describieran la realidad.

—Conroy y sus amigos no son científicos, sino aficionados entusiastas —dijo Wu, elaborando la idea—. Adoptaron la primera solución que se les presentó y decidieron que era todo lo que necesitaban. —No sabía nada acerca de los demás, pero Wu tenía mucho prestigio profesional y llevaba una vida acomodada que estaba tirando por la borda delante de mí. Quizá el esfuerzo intelectual que había dedicado a la antropocosmología ya le había costado cualquier logro que hubiera podido obtener en los MTT, pero ahora lo estaba sacrificando todo—. Ese tipo de cosmos perfecto y estable no es imposible, pero depende por completo de la estructura de la teoría. La física observable y la metafísica de la información subyacente sólo tienen garantías de ser independientes y separables bajo ciertas condiciones rigurosas. El trabajo de Mosala muestra todos los indicios de violar esas restricciones de la manera más peligrosa posible.

Wu se me quedó mirando un rato, como si intentara decidir si había recalcado suficientemente la gravedad de la situación. No había nada en su forma de expresarse que traicionara ningún indicio de paranoia o fanatismo; por muy equivocada que

estuviera, me sonaba igual de sensata que los científicos del Proyecto Manhattan a los que les aterrizzaba la posibilidad de que la primera prueba de la bomba atómica produjera una reacción en cadena y destrozara el mundo.

—Enséñaselo —le dijo a Cinco al ver que yo tenía un aspecto consternado adecuado. Y se marchó.

—¿Adónde va? —dije. Se me cayó el alma a los pies. ¿De vuelta a Anarkia en otro barco? Ninguno de los allí presentes tenía tantas oportunidades de acercarse a Mosala como Wu. Me acordé de cuando las vi pasar por el vestíbulo del hotel riéndose, casi codo a codo.

—Helen ya sabe demasiado sobre la TOE de Mosala y sobre la cosmología de la información —explicó Diecinueve—. Ampliar esos conocimientos podría resultar peligroso, así que ya no asiste a las sesiones en las que hablamos de los nuevos resultados. No hay por qué correr riesgos.

Lo asimilé en silencio. La obsesión por el secretismo de los CA iba mucho más allá del supuesto miedo al ridículo ante los medios de comunicación de Conroy, o de la necesidad de planear asesinatos sin que los vieran. Estaban totalmente convencidos de que sus ideas eran tan peligrosas como cualquier arma física.

Oía el rumor del océano que se movía tranquilamente a nuestro alrededor, pero las ventanas sólo reflejaban el interior. Mi imagen parecía la de otra persona: el pelo pegado de forma rara, los ojos hundidos... y una escena de fondo equivocada. Me imaginé el barco inmóvil en el mar en calma, y en él, el camarote, una diminuta isla de luz en la oscuridad. Intenté separar las muñecas para calcular la resistencia del polímero y la topología del nudo. No cedió ni se deslizó nada. Desde que me despertaron y subieron a cubierta me angustiaban el miedo, las ataduras y la ira, pero durante un momento sentí que recuperaba algo parecido a la clarividencia de la habitación del hospital. El mundo perdió toda pretensión de significado: sin consuelo, misterio ni amenaza.

Cinco, un masc italiano de mediana edad, acabó de trastear con los aparatos electrónicos. Se dirigió a mí tan cohibido como si lo estuviera iluminando con un foco de mil vatios y le hubiera puesto una cámara de mediados del siglo pasado en la cara.

—Éste es el último supuesto del superordenador según todo lo que Mosala ha publicado hasta la fecha —dijo—. Hemos evitado deliberadamente extrapolarlo a una TOE por razones obvias, pero es posible obtener una aproximación de los efectos que produciría la conclusión de su trabajo.

De repente se encendió la pantalla más grande del camarote; tenía unos cinco metros de anchura por tres de altura. La imagen que mostraba parecía una masa de hebras finas multicolores que se habían entretejido de forma elaborada. No había visto nada parecido en el congreso; aquello no era la espuma anárquica del vacío

cuántico que se contorsionaba. Parecía más una bola compacta de tubo flexible y luminoso de neón, que hubieran ovillado Escher y Mandelbrot por turnos con un cuidado exquisito a lo largo de muchos siglos. Había simetrías dentro de las simetrías, nudos en los nudos y pautas y diseños que llamaban la atención, pero eran demasiado intrincados y enrevesados para seguirlos hasta ningún tipo de final.

—Eso no es el preespacio, ¿verdad? —dije.

—Por supuesto que no. —Cinco me miraba dubitativo, como si sospechara que mi ignorancia resultaría infranqueable—. Es un mapa muy burdo del espacio de la información en el instante en que la Piedra Angular potencial se convierte en Piedra Angular definitiva. Llamamos a esta configuración «Aleph» para abreviar. Imagina que es una foto del Big Bang explicativo —añadió con desgana al ver que no respondía, como si se viera forzado a rebajarse a hablar para niños.

—¿Éste es el punto de partida de todo? ¿La premisa para un universo entero?

—Sí. ¿De qué te sorprendes? El Big Bang físico y primordial es órdenes de magnitud más simple; se puede representar con sólo diez números. El Aleph contiene cien millones de veces más información. La idea de crear galaxias y ADN a partir de esto es mucho menos descabellada.

Eso era cuestión de opiniones.

—Pues si ése es el contenido del cerebro de Violet Mosala, no se parece a ninguna imagen cerebral que haya visto nunca.

—Espero que no —dijo Cinco con sequedad—. No es una imagen anatómica de un escáner ni un mapa neuronal funcional, ni siquiera una red simbólica cognitiva. Las neuronas de la Piedra Angular, por no hablar de su cerebro, «todavía» no existen. Esto es la información pura que precede, desde el punto de vista lógico, a la existencia de todos los objetos físicos. Los «conocimientos» y la «memoria» de la Piedra Angular vienen primero. El cerebro en el que se codifican va después.

Hizo un gesto en dirección a la pantalla y la bola de tubos estalló, enviando rizos brillantes hacia la oscuridad en todas direcciones.

—La Piedra Angular está, en último término, armada con una TOE y es consciente de su existencia y de un conjunto canónico de observaciones y resultados experimentales que deben ser justificados, independientemente de que sean suyos o de otra persona. Si le falta la densidad de la información o el esquema de organización necesarios para explicar su existencia de forma coherente, todo el suceso sería subcrítico: no implicaría ningún universo. Pero si se diera un Aleph con los datos suficientes, el proceso no se detendría hasta que se creara un cosmos físico completo.

»Desde luego, el proceso no "empieza" ni "acaba" en el sentido convencional de las palabras: no tiene lugar en el tiempo. La sucesión de imágenes de esta simulación sólo corresponde a incrementos de su extensión lógica, como los pasos de una



demostración matemática, que añaden capas sucesivas de consecuencias a un conjunto inicial de premisas. La historia del universo está implícita en esas consecuencias, como... la secuencia de un asesinato que se reconstruye por deducción pura a partir de las pruebas de la escena del crimen.

Mientras hablaba los diseños que había visto en la superficie del «Aleph» se tejían una y otra vez en el «vacío de información» circundante. Era como mirar un tapiz deslumbrante que se creaba a cada segundo a partir del que había debajo, con las hebras bastante sueltas para que se pudieran estirar un poco más y un millón de manos invisibles volvieran a combinarlas. Mil variaciones sutiles hacían eco del canon original, pero también había temas nuevos y sorprendentes que parecían surgir de la nada. Islas fractales entretejidas de color rojo y blanco se alejaban y recombinaban, luchando por conquistarse entre sí, y acababan fundidas en un archipiélago de híbridos. Huracanes dentro de huracanes, violeta y oro, giraban y tensaban más los hilos; sus vórtices diminutos rodaban en sentido contrario y disolvían toda la jerarquía. Fragmentos irregulares de plata cristalina se difuminaban lentamente a través del caos y el orden, se infiltraban y entraban en interacción con todo.

—Es un tecnoporno precioso, pero ¿qué representa exactamente?

—Ésta es la edad de la Tierra —dijo Cinco después de dudar y, finalmente, condescender a nombrar unas pocas características—; está siendo afinada a un valor concreto, de acuerdo con diversas conclusiones geofísicas y biológicas que se han introducido. Éstas son las características del código genético, que se encaminan a dar lugar al conjunto definido de posibilidades del origen de la vida. Aquí, la regularidad subyacente en la química de los elementos...

—Y esperáis que Violet Mosala entre en una especie de trance y piense todas estas cosas justo después del momento de su apoteosis.

—¡No! —gritó—. Todo esto se deduce de forma lógica a partir de la información que posee la Piedra Angular en el Instante Aleph; no es una predicción del proceso de pensamiento de la Piedra Angular. ¿Crees que tiene que contar desde uno hasta un billón, en voz alta, para crear todos los números intermedios antes de que la aritmética pueda utilizarlos? No. El cero, el uno y la adición bastan para «presuponer» todos esos números y más. El universo no es diferente; sólo brota de una semilla distinta.

Me volví hacia los otros. Miraban la pantalla fascinados e inquietos, pero sin mostrar síntomas de nada que se pareciera al terror religioso. Podrían estar observando un modelo climático del efecto invernadero que se hubiera descontrolado o la simulación del impacto de un meteorito. El secreto había aislado a estas personas de cualquier refutación seria a sus ideas, pero todavía conservaban cierta semejanza con la racionalidad. No se habían inventado la supuesta necesidad de matar a Mosala

a partir de la nada y, acto seguido, la antropocosmología para justificarse. Todos creían firmemente que la razón los había llevado a esta desagradable conclusión.

Y quizá la misma lógica implacable se podía utilizar para hacerlos cambiar de opinión. Era un profano del exterior, pero querían disponer de mi escrutinio para explicar sus acciones al mundo. Me habían llevado allí para que pudiera defender su caso ante la posteridad, pero si decidía entrar en su juego y lograba rebatirlos en su propio terreno, tal vez tuviera una pequeña oportunidad de hacerlos dudar hasta el punto de impedir que mataran a Mosala.

—De acuerdo —dije con precaución—. La consecuencia lógica es suficiente; la Piedra Angular no tiene que pensar hasta el último detalle microscópico. Pero aun así, ¿no tendrá que sentarse en algún momento a calcular, al menos, el alcance de su TOE y asegurarse de que no quedan cabos sueltos? Eso supondría el trabajo de toda una vida. Quizá la tarea de completar la TOE es sólo el primer paso en la tarea de convertirse en Piedra Angular. ¿Cómo se puede «conferir la existencia» a algo antes de que la Piedra Angular sepa que se ha explicado?

—Una Piedra Angular es inconcebible sin toda la historia y los conocimientos humanos previos —me interrumpió Cinco impaciente—. Y al igual que todos los antepasados o primos biológicos requieren su cuota de espacio que habitar y tiempo para observar, así como sus cuerpos, su comida, su aire y un trozo de tierra en el que asentarse, todos los intelectuales predecesores o contemporáneos requieren su explicación parcial del universo. Todo encaja en un mosaico que retrocede hasta el Big Bang. Si no fuera así, no estaríamos aquí.

»La labor de la Piedra Angular es ocupar el punto en el que todas las explicaciones convergen en una semilla bastante concisa para que una mente pueda aprehenderlas. No tiene que recapitular toda la ciencia y la historia para codificarlas.

Era inútil. No podía ganarlos en su terreno; llevaban años ponderando las objeciones obvias y convenciéndose de que las habían contestado. Si la corriente principal de CA, que compartía casi el mismo planteamiento, no había podido hacerlos cambiar de opinión, ¿qué esperanzas tenía yo?

—¿Y os sentís satisfechos con la creencia de que no sois más que actores secundarios que os habéis colado en el sueño de un teórico de las TOE? —dije intentando otro enfoque—. ¿Metidos en un complot que la salve de tener que inventar una manera de que la inteligencia evolucione a partir de un solo miembro de la especie?

—Utilizas términos contradictorios. —Cinco me miraba apenado—. El universo no es un sueño. La Piedra Angular no es el avatar de un dios informático que duerme en la realidad de un plano superior y amenaza con despertarse y olvidarnos. La Piedra Angular ancla el universo desde dentro. No hay otro lugar donde hacerlo.

»Un cosmos no puede tener unos cimientos más firmes que la explicación

coherente de un observador. ¿Qué considerarías menos etéreo que eso? ¿Una TOE que es cierta... por ningún motivo en especial? ¿Qué seríamos nosotros entonces? ¿Un sueño del preespacio inanimado? ¿El producto de la imaginación del vacío? No, porque todo es exactamente lo que parece, da igual lo que haya debajo. Y sea quien sea la Piedra Angular, sigo vivo y consciente y —le dio una patada a la silla— el mundo que habito es sólido. Lo único que me preocupa es que siga así.

Me volví hacia los otros. Tres miraba al suelo, parecía molesto con todo este asunto innecesario de intentar justificarse ante el desagradecido mundo. Diecinueve y Veinte me observaban esperanzadas, como si pensaran que me daría cuenta en cualquier momento de la estupidez de mi resistencia a abrazar sus ideas.

¿Cómo podía discutir con aquella gente? Ya no distinguía qué era o no razonable. Eran las tres de la madrugada, estaba empapado, helado, cautivo y aislado, y ellos eran varios. Tenían de su parte la jerga iniciática, los ordenadores, los gráficos ingeniosos y la retórica condescendiente. Los antropocosmólogos poseían todas las armas de intimidación necesarias para, según Primera Cultura, ser una ciencia, tan buena o mala como el resto.

—Decidme un experimento que podáis hacer para discriminar toda esta cosmología de la información de una TOE que es «cierta por ningún motivo en especial».

—Aquí tienes un experimento —dijo Veinte tranquilamente—. Es una demostración empírica. Podemos dejar que Violet Mosala termine su trabajo sin molestarla. Y si tienes razón, no pasará nada. Diez mil millones de personas seguirán vivas después del dieciocho de abril; casi ninguna sabrá que se ha completado y presentado una Teoría del Todo.

—Sin embargo, si estás equivocado... —Cinco señaló la pantalla y el proceso se aceleró—. Como es lógico, el proceso debe retroceder hasta el Big Bang físico para establecer el valor de los diez parámetros de la Teoría Estándar del Campo Unificado y explicar toda la historia de la Piedra Angular. Por eso cuesta tanto calcular la simulación. Aunque, en tiempo real, las «consecuencias visibles» empezarán a los pocos segundos del Instante Aleph y, al menos localmente, sólo deberían durar unos minutos.

—¿Localmente? ¿Te refieres a Anarkia?

—Me refiero al Sistema Solar, que sólo duraría unos pocos minutos. —Mientras hablaba, un fragmento oscuro de la capa exterior del tapiz de la información empezó a crecer. El hilo de explicaciones se deshacía; a su alrededor los nudos que no eran tales se estaban desanudando. Tuve una sensación de *déjà vu* que me angustió y mareó; estaban representando delante de mí la metáfora descabellada que hice de las críticas de Wu a la lógica circular de Mosala como prueba acreditativa para una sentencia de muerte—. Conroy y la corriente principal dan por hecho que toda la

cosmología de la información tiene que tener simetría temporal, que la misma física que haya antes del Instante Aleph se mantendrá después. Pero se equivocan. Después del Aleph, la TOE de Mosala empezaría a socavar toda la física que suponía inicialmente. Pasaría por todo el proceso de crear un pasado, sólo para llegar a la conclusión de que no hay futuro.

La oscuridad de la pantalla se extendió con más rapidez, haciéndose eco de aquellas palabras.

—Eso no demuestra nada. Esta simulación no se ha comprobado, ¿verdad? Sólo estáis analizando un conjunto de ecuaciones de la teoría de la información y no es posible saber si describen la verdad.

—No hay forma de saberlo —dijo Cinco, dándome la razón—. Pero supón que pasa sin haberse probado.

—¿Por qué? —supliqué—. ¡Si Mosala es la Piedra Angular, no necesita nada de esto para explicar su existencia! —Tiré de las manos; quería señalar la pantalla—. ¡Su TOE no lo predice ni lo permite!

—No, pero su TOE puede sobrevivir a su propia formulación. Puede convertirla en la Piedra Angular, concederle un pasado perfecto y crear veinte mil millones de años de cosmología. Pero en cuanto se haya enunciado de manera explícita, la TOE se descompondrá en matemáticas y lógica puras. —Unió las manos con los dedos entrelazados y las separó lentamente—. No se puede mantener un universo unido con un sistema que explica con todo detalle su propia falta de contenido físico. Ya no habría más fricción. Ya no habrá más fuego en las ecuaciones.

Detrás de él, el tapiz se deshacía; todos los diseños elaborados y deslumbrantes se desintegraban. No los devoraba la entropía ni se detenían y retrocedían como el vuelo de las galaxias. El proceso, sencilla pero implacablemente, los iba empujando hacia una conclusión implícita en su propio comienzo. Todos los posibles cambios de significado habían sido extraídos del «nudo» Aleph, salvo el último. No era un nudo en absoluto, sino una simple lazada que no llevaba a ningún lado. Los colores de mil hebras explicativas distintas sólo habían codificado la carencia de conocimiento de sus conexiones ocultas. Y el universo, que había potenciado su existencia tejiendo esas explicaciones en un millón de jerarquías enmarañadas de complejidad creciente, se estaba destejiendo al final en una afirmación desnuda de su tautología.

Un círculo liso y blanco giró en la oscuridad durante un segundo y a continuación se apagó la pantalla.

La demostración había concluido. Empezaron a desatarme de la silla.

—Hay algo que debo comunicaros —dije—, se lo he ocultado a SeeNet, a Conroy y a Kuwale. Sarah Knight no lo descubrió. No lo sabe nadie más excepto Mosala y yo, pero es necesario que os lo diga.

—Te escuchamos —dijo Veinte. Estaba al lado de la pantalla apagada y me

miraba pacientemente; era el modelo perfecto de atención cortés.

Ésta era la última oportunidad de hacerlos cambiar de opinión. Me esforcé por intentar ponerme en su lugar. ¿Cambiarían sus planes al saber que Buzzo estaba equivocado? Probablemente no. Mosala era igual de peligrosa aunque no hubiera otros candidatos para ocupar su puesto. Si Nishide moría, podrían seguir adelante con su legado intelectual y se limitarían a proteger a sus sucesores y asesinar a los de Mosala.

—Violet Mosala completó su TOE en Ciudad del Cabo —dije—. Los cálculos que hace ahora son sólo comprobaciones; hace meses que acabó su verdadera obra. Así que ya se ha convertido en la Piedra Angular y no ha pasado nada; el cielo no se ha caído y todavía estamos aquí. —Intenté reírme—. El experimento que pensáis que es demasiado peligroso para llevarse a cabo se ha realizado ya y hemos sobrevivido.

Veinte seguía mirándome sin cambiar de expresión. Me invadió una oleada de vergüenza. De pronto, me notaba todos los músculos de la cara, el ángulo de la cabeza, la posición de los hombros y la dirección en que miraba. Me sentía un montón de arcilla con forma apenas humana que necesitaba que lo moldearan, minuciosamente, en algo que se pareciera de manera convincente a un ser humano que decía la verdad.

Y sabía que todos los huesos, los poros y las células de mi cuerpo traicionaban el esfuerzo que estaba haciendo para fingirlo.

Regla número uno: nunca permitas que haya ninguna regla.

Veinte hizo un gesto a Tres y éste me desató de la silla. Me llevaron de vuelta a la bodega, me bajaron con el torno y me ataron otra vez a Kuwale.

Mientras los otros subían por la escala de cuerda, Tres se volvió y se agachó a mi lado.

—No te culpo por intentarlo, tío —me susurró como un buen amigo que da un consejo desagradable pero necesario—, pero ¿no te ha dicho nadie que eres el peor mentiroso del mundo?

—No creas que tenías ninguna oportunidad —dijo Kuwale cuando terminé de relatarle mi conversación con los asesinos y su presentación para los medios de comunicación—, nadie habría podido convencerlos con palabras.

—¿No?

No lo creía; ellos se habían convencido, sistemáticamente, por medio de palabras. Tenía que haber una forma de deshacer aquella supuesta lógica, que ellos veían clara como el agua, y de obligarlos a enfrentarse a lo absurdo que era todo.

Pero no la había encontrado. No había logrado meterme en su cabeza.

Comprobé la hora con **Testigo**; pronto amanecería. No podía parar de temblar; el limo resbaladizo de las algas que recubrían el suelo me parecía más húmedo que nunca, y el polímero duro de debajo se había enfriado tanto como el acero.

—Mosala estará protegida. —Kuwale estaba abatida cuando le dejé, pero en mi ausencia parecía haber recobrado un optimismo desafiante—. Mandé una copia del genoma de tu cólera mutante a los de seguridad del congreso, así que sabrán el riesgo que corre aunque ella no quiera reconocerlo. Y hay muchos otros CA de la corriente principal en Anarkia.

—Pero nadie de la isla sabe que Wu está involucrada, ¿verdad? Y, de todas formas, podría haber infectado a Mosala con un arma biológica hace días. ¿Crees que lo habrían confesado todo ante la cámara si el asesinato no fuera un hecho consumado? Quieren asegurarse de que les reconocen el mérito; tienen que entrar en escena pronto y evitar la confusión, antes de que todos, desde el FDCPA hasta InGenIo, estén bajo sospecha. Pero seguro que es lo último que harían, antes de confirmar su muerte y huir de Anarkia.

¿Significaba eso que lo que había dicho en cubierta no servía para nada? No lo creía. Puede que también hubieran diseñado un antídoto, una bala mágica de reserva.

Kuwale se calló. Presté atención por si oía voces o pasos distantes, pero no distinguía nada aparte del crujido del casco y la estática de mil olas.

Menuda visión grandiosa de renacer superando la adversidad como un valiente defensor de la *technolibération*. Sólo había logrado darme de bruces con un juego sanguinario entre creadores de dioses lunáticos y que me devolvieran a mi lugar en la vida: emisario de los mensajes ajenos.

—¿Crees que nos vigilan desde cubierta en este momento? —dijo Kuwale.

—¿Quién sabe? —Miré alrededor de la bodega oscura; ni siquiera sabía con seguridad si la tenue luz gris que debía de ser el mamparo de enfrente era real o sólo una imagen estática de la retina combinada con la imaginación—. ¿Qué pueden temer que hagamos? —añadí riéndome—. ¿Dar un salto de seis metros, hacer un agujero en la escotilla y nadar seiscientos kilómetros unidos como hermanos siameses?

Noté un tirón brusco de la cuerda que me ataba las manos. Me irrité y estuve a punto de protestar en voz alta, pero me contuve a tiempo. Parecía que Kuwale había aprovechado la hora en la que no había tenido las muñecas atrapadas entre nuestras espaldas. ¿Habría soltado algo de cuerda de sus ataduras y la habría ocultado entre las manos, aprovechando para separarlas un poco cuando nos volvieron a atar juntos? Cualquiera que fuese la imitación de Houdini que hubiera hecho, después de unos minutos de manipulación meticulosa, la cuerda se aflojó. Kuwale sacó los brazos del confinado espacio que había entre los dos y los estiró.

No pude evitar sentir un torrente de euforia pura y tonta, aunque esperara el incipiente sonido de pasos en cubierta. Con cámaras de infrarrojos controladas por un programa que grabara ininterrumpidamente, habrían descubierto esta transgresión sin problemas.

El silencio se prolongó. Debían de haber tomado la decisión de capturarnos sobre la marcha, cuando interceptaron el mensaje que le envié a Kuwale. Si lo hubieran planeado con antelación, por lo menos habrían llevado esposas. Quizá el equipo de vigilancia que pudieron improvisar era de tecnología tan obsoleta como las cuerdas y las redes.

Kuwale se estremeció de alivio y volvió a dedicarse a deshacer nudos. Le envidiaba: yo tenía los hombros anquilosados y doloridos.

La cuerda de polímero era resbaladiza, estaba anudada firmemente y Kuwale llevaba las uñas muy cortas (acabaron en mi carne muchas veces). Cuando por fin tuve las manos libres fue un anticlímax; el sentimiento de júbilo se había desvanecido tiempo atrás y sabía que no teníamos ninguna posibilidad de escapar, aunque aquello fuera mejor que estar sentado en la oscuridad mientras esperaba el honor de anunciar al mundo la muerte de Mosala.

La red de plástico inteligente se adhería de manera selectiva a su superficie opuesta, probablemente para facilitar las reparaciones, y la unión era tan fuerte como el propio material. Cuando teníamos los brazos atados a la espalda no quedaba ningún resquicio, pero ahora que teníamos las manos libres había una holgura de cuatro o cinco centímetros. Nos pusimos en pie con dificultad, ya que los zapatos resbalaban en el limo de algas. Dejé escapar el aire de los pulmones y metí el estómago, agradecido por mi reciente ayuno.

Los primeros intentos fallaron. A oscuras, estuvimos colocándonos en diversas posturas tortuosas durante diez o quince minutos, hasta que encontramos una erguida que reducía al mínimo todo nuestro contorno. Parecía una prueba ardua e inane destinada a los participantes de un concurso televisivo del infierno. Cuando la red tocó el suelo, yo había perdido la sensibilidad en las pantorrillas; di unos cuantos pasos por la bodega y estuve a punto de caerme. Oía el ruido débil que hacen las uñas al rozar el plástico; Kuwale estaba soltando la cuerda que tenía en los pies. Nadie se

había molestado en atarme las piernas al volver, así que anduve unos cuantos metros en la oscuridad para relajar los músculos y disfrutar al máximo de la ilusión visceral de libertad mientras durara.

Volví adonde estaba Kuwale sentada y me incliné hasta la altura de sus ojos. Me puso un dedo en los labios y yo asentí. Hasta el momento parecía que habíamos tenido suerte y no había cámara de infrarrojos, pero podía haber micrófonos y no sabíamos lo inteligente que era el programa de escucha.

Kuwale se levantó, se volvió y desapareció. Su camiseta se había apagado por la carencia de luz solar durante tanto tiempo. Oía, de vez en cuando, el crujir de las suelas húmedas de sus zapatos; parecía que estaba circunvalando lentamente la bodega. No tenía ni idea de qué buscaba. ¿Una brecha improbable en el casco? Me quedé de pie y esperé. La tenue franja de luz del suelo era otra vez visible, pero muy débil. Amanecía y la luz del día sólo podía representar más personas despiertas en cubierta.

Oí acercarse a Kuwale; me tocó el brazo y me cogió del codo. Le seguí a un rincón. Puso mi mano sobre el mamparo a un metro de altura. Había encontrado una especie de panel de control tapado por una cubierta protectora, una portezuela incrustada que se abría con un resorte. No la había visto cuando nos bajaron porque los mamparos estaban llenos de manchas y salpicaduras; eran un camuflaje muy eficaz.

Exploré el panel con la punta de los dedos. Había un enchufe para corriente continua de bajo voltaje y dos bocas de metal de rosca de un par de centímetros de anchura, con llaves de paso. No sabía qué verterían o bombearían ni me parecían de mucha utilidad, a menos que Kuwale hubiera pensado en inundar la bodega para que saliéramos de allí flotando.

Casi se me escapó. En la parte derecha del panel había una abertura circular poco profunda, de unos cinco o seis milímetros de anchura.

Un puerto de conexión óptico.

¿Conectado a qué? ¿Al ordenador principal de a bordo? Si la embarcación se destinaba originalmente al transporte de mercancías, quizá un miembro de la tripulación con un terminal portátil podía introducir los datos del inventario desde allí. En un barco de pesca alquilado por antropocosmólogos, no albergaba grandes esperanzas de que estuviera configurado para hacer nada.

Me desabroché la camisa mientras invocaba a **Testigo**. El programa tenía una tosca opción de terminal virtual que me dejaría ver todos los datos que llegaran y dar instrucciones moviendo los dedos como si manejara un teclado. Me quité el sello del puerto de interfaz del ombligo, me mantuve pegado al mamparo e intenté alinear las dos conexiones. Era incómodo, pero después de ingeniármelas para escapar de la red de pesca no suponía un gran reto.



Todo lo que pude conseguir fue una oleada breve de texto sin sentido y un mensaje de error del programa. Recibía una señal de respuesta, pero no podía reconocer los datos. Ambos puertos eran enchufes diseñados para conectarse por medio de un cable umbilical. Las pestañas protectoras los mantenían demasiado alejados; los fotodetectores quedaban un milímetro más allá del plano focal de sus respectivas señales láser.

Me aparté e intenté no expresar mi frustración en voz alta. Kuwale me tocó el brazo preguntando por el resultado. Me llevé su mano a la cara, hice un gesto de negación y luego llevé su dedo hasta mi ombligo artificial. Me dio una palmada en el hombro: «Lo entiendo; al menos lo hemos intentado».

Me desplomé contra el mamparo al lado del panel. Se me ocurrió que si ocultaba la confesión de CA culparían a InGenIo. Si Helen Wu y sus amigos ocultos se declaraban culpables después de los hechos, lo más probable era que los calificaran de lunáticos. Nadie había oído hablar de la Cosmología Antropológica y Mosala convertida en mártir podría romper el bloqueo.

Ya me imaginaba repitiéndome a mí mismo aquel razonamiento una y otra vez para consolarme: «Ha pasado lo que ella quería».

Me quité el cinturón y me clavé el pincho de la hebilla en la carne que rodeaba el ombligo. Alrededor del acero quirúrgico había una capa fina de tejido conjuntivo artificial que sellaba la herida permanente y la protegía contra las infecciones. Me dio dentera el sonido del colágeno cuando lo arranqué, pero no tenía terminaciones nerviosas que me informaran de los daños. A un par de centímetros de la superficie, di con la pestaña de metal que sujetaba el puerto en su sitio. Aparté la carne del tubo y conseguí introducir el pincho por el borde de la pestaña.

Parecía un apaño de cirugía casera; sólo tenía que aumentar el agujero de la pared abdominal unos siete u ocho milímetros. Mi cuerpo no estaba de acuerdo. Insistí, profundicé alrededor de la parte interior de la pestaña e intenté soltarla, mientras brotaban de la zona, por turnos, oleadas contradictorias de mensajes químicos de rechazo absoluto y consuelo analgésico. Kuwale se acercó y me ayudó a sujetar la abertura. Mientras sus dedos cálidos rozaban las cicatrices que me hice delante de Gina me encontré con que tenía una erección. Era una reacción incorrecta por tantos motivos que estuve a punto de estallar en carcajadas. El sudor se me metía en los ojos y la sangre me corría hacia la ingle mientras mi cuerpo evidenciaba ciegamente mi deseo. Lo cierto era que si Kuwale hubiera estado dispuesta, me habría encantado tumbarme en el suelo para hacer el amor con él de todas las maneras posibles, sólo para sentir más piel suya sobre la mía y pensar que habíamos conectado de alguna forma.

El tubo de acero enterrado emergió arrastrando un corto segmento de fibra óptica cubierto de sangre. Me volví y escupí un líquido ácido. Afortunadamente, nada más.

Esperé a que dejaran de temblarme los dedos, lo limpié todo con la camisa y destornillé la cubierta exterior dejando el puerto al descubierto, desnudo. Se parecía más a una circuncisión que a una faloplastia, aunque suponía demasiados problemas para consumir una penetración de un milímetro. Me guardé el prepucio metálico en el bolsillo, localicé el puerto del mamparo y volví a intentarlo.

Unas letras blancas sobre fondo azul, grandes y alegres, aparecieron delante de mí. Aunque no deslumbraran, resultaron muy chocantes.

Mitsubishi Shangai Marine

Modelo LMHDV-12-5600

Opciones de emergencia:

B - lanzar bengalas

S - activar señal de socorro

Teclé todos los códigos posibles de escape, esperando encontrar un menú más amplio, pero aquélla era la lista completa de opciones. Las fantasías gloriosas, que no me había atrevido a albergar, consistían en alcanzar el ordenador principal del barco, conseguir acceso inmediato a la red y archivar la confesión grabada de los CA en veinte sitios seguros, mientras mandaba copias a todos los asistentes del congreso Einstein. Este puerto no era nada más que los restos de un sistema de emergencia que, probablemente, se incluyó en el diseño para cumplir las normas vigentes de seguridad y que los propietarios olvidaron al equipar el barco con un sistema de navegación y comunicaciones apropiado.

¿Lo olvidaron o lo desconectaron?

Hice el gesto de teclear la «S».

El texto de la emisión de la llamada de socorro fluyó por la pantalla virtual. Transmitía el modelo del barco, el número de serie, la latitud y la longitud —si recordaba el mapa de Anarkia correctamente estábamos más cerca de la isla de lo que pensaba— y decía que los «supervivientes» estaban en la bodega principal. De repente tuve la sospecha de que si nos molestáramos en buscar por el resto de la bodega, encontraríamos otro panel que ocultaba dos botones rojos del tamaño de puños con las palabras SOCORRO y BENGALAS inscritas, pero prefería no pensar en ello.

En algún lugar de cubierta empezó a sonar una sirena.

—¿Qué has hecho? —Kuwale estaba consternada—. ¿Activar la alarma de incendios?

—He emitido la señal de socorro; pensé que tirar bengalas podría ocasionarnos algún problema. —Cerré el panel y empecé a abotonarme la camisa ensangrentada, como si sirviera de algo intentar ocultar las pruebas.

Oí a alguien correr por la cubierta. Unos instantes después se apagó la sirena, se

entreabrió la escotilla y Tres se asomó. Llevaba una pistola, de forma casi descuidada.

—¿De qué creéis que servirá eso? Ya hemos enviado el código de falsa alarma; nadie prestará atención. —Parecía más divertido que enfadado—. Lo único que tenéis que hacer es sentaros y dejar de joder. Pronto os liberaremos, así que ¿por qué no cooperáis un poco?

Desenrolló la escala de cuerda y bajó, solo. Miré la franja de cielo pálido del amanecer detrás de él; distinguía un satélite que se apagaba, pero no tenía modo de alcanzarlo.

—Sentaos y ataos los pies juntos —dijo Tres mientras nos lanzaba dos trozos de cuerda—. Hacedlo bien y quizá os dé algo para desayunar. —Dio un gran bostezo y luego se giró y gritó—: ¡Giorgio! ¡Anna! ¡Echadme una mano!

Kuwale corrió hacia él; se movió con una rapidez que no había visto en mi vida. Tres levantó la pistola y le disparó en el muslo. Kuwale se tambaleó e hizo una pirueta mientras se movía hacia delante. Tres continuó apuntándole con la pistola hasta que a Kuwale se le doblaron las rodillas e inclinó la cabeza. Cuando la reverberación del disparo se apagó en mi cráneo, oí su respiración entrecortada.

Me levanté e insulté a Tres, apenas consciente de lo que decía. Estaba enajenado; quería coger la bodega, el barco y el océano y barrerlos como si fueran telarañas. Me adelanté mientras agitaba los brazos de manera salvaje y gritaba obscenidades. Tres me miró perplejo, como si no entendiera a qué venía tanto follón. Di otro paso y me apuntó con la pistola.

Kuwale saltó y lo derribó. Antes de que pudiera levantarse se le tiró encima, lo atrapó por los brazos y golpeó su mano derecha contra el suelo. Durante un instante me quedé paralizado; estaba convencido de que la lucha era inútil, pero luego corrí a ayudar.

Tres debía de ser la viva imagen de un padre indulgente jugando con dos niños belicosos de cinco años. Tiré del cañón de la pistola que sobresalía de su inmenso puño, pero el arma parecía incrustada en un bloque de piedra. Parecía dispuesto a ponerse de pie en cuanto recuperara el aliento; el cuerpo esbelto de Kuwale no sería ningún impedimento.

Le di una patada en la cabeza y protestó indignado. Seguí atacando la misma zona repetidas veces, mientras vencía mi repugnancia. Se le abrió la piel bajo un ojo y enterré el talón en la herida a la vez que me agachaba y tiraba del arma. Gritó de dolor, la soltó y medio incorporado lanzó a Kuwale a un lado. Disparé al suelo detrás de mí con la esperanza de desanimarlo y evitar que me obligara a usar el arma contra él. Otro disparo resonó arriba y miré hacia allí. Diecinueve (¿Anna?) estaba tumbada boca abajo y se asomaba por la trampilla.

Apunté a Tres con la pistola mientras retrocedía unos pasos. Me miraba,

ensangrentado y enfadado, pero con curiosidad; intentaba entender mis acciones sin sentido.

—Quieres que Mosala «deshaga» el mundo, ¿verdad? —Se rió y negó con un gesto—. Llegas demasiado tarde.

—Nada de esto es necesario —gritó Anna—. Por favor, tira el arma y volveréis a Anarkia dentro de una hora. Nadie quiere haceros daño.

—Tráeme una agenda —grité—. Ya. Dispones de dos minutos antes de que le vuele los sesos. —Lo decía en serio, por lo menos mientras hablaba.

Anna se alejó del borde y oí un murmullo de voces enfadadas mientras hablaba con los otros.

Kuwale se arrastró hasta mí. Su herida sangraba mucho; la bala no le había dado en la arteria femoral, pero respiraba con dificultad. Necesitaba ayuda.

—No lo harán —dijo Kuwale—. Seguirán intentando ganar tiempo; ponte en su lugar.

—Tiene razón —dijo Tres con calma—. No importa que mi vida esté en juego; si Mosala se convierte en la Piedra Angular, moriremos todos. Si intentas salvarla, no tienes nada con qué negociar, porque cualquier cosa con la que los amenaces se cumplirá, accedan o no.

Miré hacia cubierta; todavía los oía discutir, pero si tenían tanta fe en su cosmología como para matar a Mosala, destrozarse sus vidas y convertirse en fugitivos con pretensiones de superioridad moral escondidos en la zona rural de Mongolia o el Turkistán sin siquiera un porcentaje sobre los derechos de emisión... la amenaza de una muerte más no iba a hacer mella en su convicción.

—Creo que vuestro trabajo necesita una revisión urgente.

Le pasé el arma a Kuwale, me quité la camisa y se la ató alrededor del muslo. Yo había dejado de sangrar y el tejido cicatrizante rasgado rezumaba un bálsamo incoloro de antibióticos y coagulantes.

Regresé al panel de control y me conecté de nuevo. No podían anular el sistema de emergencia porque era independiente del ordenador. Repetí el mensaje de socorro y disparé las bengalas. Oí tres silbidos fuertes de gas y un resplandor actínico despiadado avanzó por el otro mamparo, desplazando la luz suave del amanecer. La pátina marrón de manchas de algas nunca había recibido una iluminación mejor y perdió su función de camuflaje. Vi los bordes de otro compartimiento empotrado: el hueco negro que rodeaba la cubierta de protección resaltaba de forma descarnada. Miré dentro; había dos botones grandes, como sospechaba, y también una toma de aire de emergencia. Al inspeccionarlo mejor vi un logotipo críptico casi borrado, incomprendible para personas de cualquier idioma y cultura, a través de las manchas de la puerta del compartimiento.

La conversación de arriba había cesado. Esperaba que no les entrara pánico y nos

atacaran.

A Tres pareció tentarle decir algo desdeñoso, pero mantuvo la boca cerrada. Miraba a Kuwale con nerviosismo; quizá había llegado a la conclusión de que él era el auténtico fanático que deseaba el fin de todo, y yo sólo alguien a quien Kuwale había embaucado.

La bengala alcanzó su cenit y la luz llenó la bodega.

—No lo entiendo —dije—. ¿Podéis llegar al extremo de asesinar a una fem inocente sólo porque un ordenador os diga que puede desencadenar el Apocalipsis? —Tres ponía la cara de indiferencia con la que se obsequia a los locos—. Tenéis una teoría que puede tragarse cualquier TOE, de acuerdo. Un sistema que puede llegar más lejos que las leyes físicas. Pero no os engaños: no es una ciencia. Igual podríais haber tropezado con un sistema numerológico para hacer que «Mosala» equivaliera a seis-seis-seis.

—Pregunta a Kuwale si todo es un rollo cabalístico —dijo Tres con suavidad—, pregúntale sobre Kinshasa en el cuarenta y tres.

—¿Cómo?

—Eso es sólo una mierda apócrifa. —Kuwale estaba empapada en sudor y mostraba síntomas de estar a punto de entrar en estado de shock. Le cogí la pistola y fue a sentarse contra el mamparo.

—Pregúntale cómo murió Muteba Kazadi —insistió Tres.

—Tenía setenta y ocho años —dije mientras intentaba recordar lo que habían escrito los biógrafos sobre su muerte; dada su edad, no había prestado mucha atención—. Creo que las palabras que buscas son «hemorragia cerebral».

Sentí un escalofrío al oír la risa incrédula de Tres. Por supuesto que había algo más que pura teoría de la información detrás de sus creencias: también contaban con al menos una muerte mítica debida al conocimiento prohibido para dar validez a todo y convencerse de que la abstracción tenía dientes.

—De acuerdo —dije—, pero si Muteba no deshizo el universo con sus acciones, ¿por qué iba a hacerlo Mosala?

—Muteba no era un teórico de las TOE; no podría haber sido la Piedra Angular. Nadie sabe exactamente qué hacía; se han perdido todas sus notas. Pero algunos pensamos que encontró una forma de mezclar la física con la información y, cuando lo hizo, el shock lo mató.

Kuwale resopló con sorna.

—¿Qué significa «mezclar la física con la información»? —pregunté.

—Cualquier estructura física contiene información —dijo Tres—, pero normalmente, las leyes de la física controlan el funcionamiento de la estructura. —Sonrió—. Suelta una Biblia y una copia de los *Principia*, y caerán al suelo a la vez. El hecho de que las leyes de la física sean «información» en sí mismas es invisible e

irrelevante. Son tan absolutas como el espaciotiempo newtoniano: un escenario fijo y no un personaje.

»Pero nada es puro ni independiente. El tiempo y el espacio se mezclan a altas velocidades; las posibilidades macroscópicas se mezclan a nivel cuántico; las cuatro fuerzas fundamentales se mezclan a altas temperaturas, y la física y la información se mezclan por medio de un proceso desconocido. El grupo de simetría no está claro, por no hablar de los detalles de su dinámica. Pero el proceso podría desencadenarse tanto por medio del conocimiento puro, el conocimiento de la propia cosmología de la información cifrado en una mente humana, como por una situación física extrema.

—¿Con qué efecto?

—Es difícil saberlo. —A la luz de la bengala, su cara parecía envuelta en un saco amniótico negruzco—. Quizá deje al descubierto la unificación más profunda y revele con precisión que la física se crea a partir de su explicación... y viceversa. Cambiaría el sentido del vector, de forma que toda la maquinaria oculta quedaría a la vista.

—¿Seguro? Si Muteba hubiera tenido esa gran revelación cósmica, ¿cómo puedes saber que no se convirtió en la Piedra Angular justo antes de morir?

Sabía que sería una pérdida de tiempo, pero no podía abandonar mi intento de salvar a Mosala.

—Lo sé. —Tres sonreía ante mi ignorancia—. He visto modelos de un cosmos de la información con una Piedra Angular que las mezcló y no vivimos en un universo así.

—¿Por qué?

—Porque después del Instante Aleph arrastraría consigo a todos los demás de forma exponencial: se mezclaría una persona, luego dos, cuatro, ocho... Si eso hubiera sucedido en el cuarenta y tres, a estas alturas, ya habríamos seguido todos a Muteba Kazadi. Todos sabríamos de primera mano qué lo mató.

La bengala descendió, quedó fuera de nuestra vista y el mundo volvió a hundirse en la penumbra. Invoqué a **Testigo** y mis ojos se adaptaron a la luz ambiental de inmediato.

—¡Andrew! —dijo Kuwale—. ¡Escucha!

Era un sonido grave de pulsos rítmicos que atravesaba el casco y cuya intensidad iba en aumento. Había aprendido por fin a reconocer un motor MHD y aquél no era el nuestro.

Esperé angustiado por la incertidumbre. Me temblaban las manos tanto como a Kuwale. Después de unos minutos oímos gritos lejanos. No podía distinguir las palabras, pero había voces nuevas con acento polinesio.

—Mantened la boca cerrada o tendrán que mataros a todos —dijo Tres con calma—. ¿O es que Mosala vale más para vosotros que unos cuantos granjeros?

Lo miré aturcido. ¿Pensaría lo mismo el resto de los CA? ¿Con cuántas muertes tendrían que cargar antes de admitir que podían estar equivocados? ¿O se habían rendido incondicionalmente a un cálculo moral en el que incluso la mínima oportunidad de «deshacer» el universo justificaba todos los crímenes y atrocidades?

Las voces se acercaron y el motor se detuvo. Sonaba como si el barco de pesca se hubiera puesto a nuestro lado, pero podía oír otro más alejado.

—Pero os alquilé el barco, así que es responsabilidad mía. El sistema de emergencia no debería fallar —oí que decía alguien. Era una voz profunda de fem y sonaba asombrada, razonable e insistente. Miré a Kuwale; tenía los ojos cerrados y los dientes firmemente apretados. Verle sufrir de esa manera me dolía; no me acababa de creer lo que empezaba a sentir por él, pero ésa no era la cuestión. Necesitaba que le curaran, teníamos que escapar.

Pero si pedía ayuda, ¿a cuántas personas pondría en peligro?

Oí que se aproximaba un tercer barco. «Socorro... Falsa alarma... Socorro... Bengalas.» Parecía que la flota local pensaba que era bastante extraño, hasta el punto de venir a echar un vistazo. Incluso si no estaban armados, superaban en número de forma abrumadora a los CA.

—Aquí dentro —grité alzando la cabeza.

Tres se puso tenso, como si se dispusiera a moverse. Disparé con el arma al suelo cerca de su cabeza y se paró en seco. Sentí una oleada de vértigo y esperé una descarga de las automáticas. Estaba loco: ¿qué había hecho?

Se oyeron fuertes pisadas en cubierta y más gritos.

Una fem polinesia con mono azul y Veinte se acercaron a la entrada de la bodega. La granjera nos miró con el ceño fruncido.

—Si os han amenazado, recoged las pruebas y presentadlas ante un árbitro de la isla. No sé qué habrá pasado, pero ¿no crees que sería mejor separaros?

—Se esconden en el barco —dijo Veinte fingiendo ira—, nos intimidan con armas de fuego y cogen a un rehén. ¿Y esperas que te los entreguemos para que los dejes en libertad?

La granjera me miró directamente a los ojos. No podía hablar, pero le devolví la mirada y dejé caer la mano derecha a un lado.

—No tengo inconveniente en testificar a vuestro favor sobre lo que he visto —dijo dirigiéndose a Veinte con cara de póquer—. Así que si liberan al rehén y nos acompañan, te doy mi palabra de que se hará justicia.

Otros cuatro granjeros se asomaron por la escotilla de la bodega. Kuwale, que seguía sentada contra el mamparo, los saludó con una mano y dijo algo en polinesio. Uno de los granjeros se rió de forma escandalosa y le contestó. Sentí un brote de esperanza. El barco estaba lleno de personas y, al enfrentarse a la idea de una masacre, los CA se habían doblegado.

—¡Lo dejamos en libertad! —grité mientras me guardaba el arma en el bolsillo trasero. Tres se incorporó con una expresión hosca y, en voz baja, añadí hacia él—: Al fin y al cabo, ya está muerta. Eso es lo que nos has dicho. Ya eres uno de los salvadores del universo. —Me di una palmada en el vientre—. Piensa en tu lugar en la historia y no vayas a estropear tu imagen. —Intercambió una mirada con Veinte y empezó a subir la escala de cuerda.

Arrojé la pistola a un rincón y fui a ayudar a Kuwale. Subió por la escala muy despacio, y yo le seguí de cerca, con la esperanza de poder sujetarle si se caía.

Había aproximadamente unos treinta granjeros en cubierta, y ocho antropocosmólogos, casi todos armados, que parecían estar mucho más tensos que los anarkistas desarmados. Me horroricé al pensar en lo que podía haber sucedido. Busqué a Helen Wu, pero no estaba a la vista. ¿Habría vuelto a la isla durante la noche para supervisar la muerte de Mosala? No había oído ningún barco, pero podría haberse puesto un equipo de buceo para marcharse en la cosechadora.

Empezamos a avanzar hacia el borde de cubierta, donde había un puente retráctil que unía los dos barcos.

—¡No creas que vas a marcharte con propiedad robada! —gritó Veinte.

—¿Quieres vaciarte los bolsillos y ahorrarnos tiempo? —me dijo la granjera, que empezaba a perder la paciencia—. Tu amigo necesita un médico.

—Lo sé.

Veinte se acercó y señaló hacia la cubierta con una mirada cargada de significado que me heló la sangre. Todavía no se había acabado. Esperaban que lo que le habían hecho a Mosala fuera irreversible, pero aún no tenían la certeza y estaban dispuestos a abrir fuego si me marchaba con una grabación que demostraba que el peligro era real.

Conocían a Mosala demasiado bien. No tenía ni idea de cómo la convencería sin esa cinta; ella creía que ya la había avisado de una falsa alarma.

No tenía elección. Invoqué a **Testigo** y lo limpié todo.

—De acuerdo, ya está. Lo he borrado.

—No te creo.

—Conecta una agenda, haz un inventario y compruébalo —dije señalando la fibra que sobresalía.

—Eso no demuestra nada. Podrías ocultarlo.

—Entonces, ¿qué quieres? ¿Que me meta en un microondas y fría toda la memoria?

—Aquí no disponemos de ese equipo —dijo con un gesto solemne de negación.

Miré el puente que suspiraba bajo la presión de los dos barcos que cabeceaban y se balanceaban en el suave oleaje.

—De acuerdo, deja que se marche Kuwale, yo me quedo.



—No. No puedes confiar... —gruñó Kuwale.

—Es la única salida —interrumpió Veinte—. Te doy mi palabra de que te devolveremos a Anarkia sano y salvo en cuanto se acabe todo.

Me miraba con calma y parecía totalmente sincera. En cuanto muriese Mosala me liberarían.

Pero si sobrevivía, completaba su TOE y demostraba que estas personas no eran más que homicidas frustrados, ¿qué harían con el mensajero?

Me puse de rodillas. Pensé, entre otras cosas, que cuanto antes empezara, antes acabaría.

Enrollé la fibra en mi mano y empecé a tirar de los chips de memoria de mis tripas. La herida del puerto óptico era demasiado pequeña, pero las cubiertas protectoras de los chips con forma de cápsula la fueron forzando y emergieron a la luz una a una, como los segmentos brillantes de un extraño parásito cibernético que luchara por quedarse dentro de su anfitrión. Cuanto más fuerte bramaba, más amortiguaba el dolor.

El procesador emergió en último lugar. La cabeza enterrada del gusano arrastraba un cable fino de oro que conducía a la espina dorsal y a las terminaciones nerviosas del cerebro. Lo corté por donde se insertaba en el chip y me incorporé, doblado por la mitad y con un puño apretado contra el agujero desgarrado.

Empujé la ofrenda sangrienta hacia Veinte con el pie. No podía incorporarme lo suficiente para mirarla a los ojos.

—Puedes irte. —Su voz sonó afectada, pero no arrepentida.

Me preguntaba qué tipo de muerte había escogido para Mosala. Limpia e indolora, sin duda; directa a un coma de cuento de hadas sin una pizca de sangre, mierda ni vómito.

—Devuélvemelo por correo cuando hayas terminado o tendrás noticias del director de mi banco.

En la abarrotada enfermería del barco, la imagen del escáner de la pierna de Kuwale mostraba diversos vasos sanguíneos y ligamentos rotos, un reguero de daños como el que deja un avión al estrellarse que conducía hasta la bala enterrada en la parte trasera del muslo. Kuwale miraba la pantalla con sombría fascinación. El sudor le caía por la cara mientras el antiguo programa chirriaba al hacer una evaluación detallada de la herida. En la última línea ponía: «Probable herida de bala».

—Así que me han dado, ¿eh?

Prasad Jwala, uno de los granjeros, nos limpió y vendó las heridas y nos atiborró de medicamentos (genéricos) para controlar la pérdida de sangre, la infección y el traumatismo. Los únicos analgésicos disponibles a bordo eran unos rudimentarios opiáceos sintéticos que me dejaron tan colocado que no habría podido dar una explicación coherente de los planes de CA aunque el destino del universo dependiera de ello. Kuwale perdió la consciencia; me senté a su lado, con la vana ilusión de poner mis pensamientos en orden. Menos mal que tenía el estómago vendado firmemente, porque sentía la necesidad imperiosa de atravesar el portal y explorar la maquinaria que quedaba dentro de mí: la espiral suave y firme de los intestinos, esa serpiente demoniaca que la bala mágica de Kuwale había domesticado y el hígado cálido y empapado de sangre, con diez mil millones de fábricas de enzimas microscópicas conectadas directamente al torrente sanguíneo, una farmacia de contrabando que dispensaba todo lo que le dictaba su intuición química. Quería sacar todos los órganos oscuros y misteriosos a la luz del día, uno a uno, y colocarlos delante de mí en su posición correcta hasta que yo no fuera más que un armazón de piel y músculo enfrentado, al fin, a mi gemelo interior.

Al cabo de unos quince minutos, esas fábricas de enzimas empezaron a reducir el nivel de opiáceos en la sangre y fui saliendo a rastras del cielo de algodón dulce. Pedí una agenda; Jwala me la dio y se fue a cubierta.

Conseguí ponerme en contacto con Karin De Groot de inmediato. Me limité a lo esencial. De Groot me escuchó en silencio; seguro que mi aspecto daba cierto grado de credibilidad a la historia.

—Tienes que decirle a Violet que regrese a la civilización. Aunque no crea en el peligro, no tiene nada que perder; puede dar la conferencia definitiva desde Ciudad del Cabo.

—Créeme —dijo De Groot—, se tomará todas tus palabras en serio. Yasuko Nishide murió anoche. Tenía neumonía y estaba muy delicado, pero Violet ha quedado muy afectada. Y ha visto el análisis del genoma del cólera que ha hecho un conocido laboratorio de Bombay. Aunque...

—¿Te irás con ella? —La muerte de Nishide me entristeció, pero que Mosala

hubiera abandonado su actitud escéptica era una noticia estupenda—. Sé que es un riesgo; puede que enferme en el avión, pero...

—Escucha —me interrumpió De Groot—. Hemos tenido problemas durante tu ausencia. No despegamos ni aterrizamos ningún vuelo.

—¿Por qué? ¿Qué clase de problemas?

—Un barco lleno de... mercenarios, creo. Llegaron a la isla de repente y han ocupado el aeropuerto.

Jwala entró para ver cómo estaba Kuwale y oyó la última parte de la conversación.

—*Agents provocateurs* —dijo con sorna—. Cada tantos años, un grupo distinto de gorilas con camuflaje de diseño aparece, intenta causar problemas, fracasa y se va. —Parecía tan preocupado como alguien de una democracia normal que se queja de la molestia periódica de las campañas electorales—. Los vi anoche cuando atracaron en el puerto. Iban muy bien armados y tuvimos que dejarlos pasar. —Sonrió—. Pero les esperan algunas sorpresas. Les doy seis meses como mucho.

—¿Seis meses?

—Nunca ha durado más —dijo encogiéndose de hombros.

Un barco lleno de mercenarios que intentaban causar problemas... ¿El barco que había chocado con el de los CA? En cualquier caso, seguro que por la mañana Veinte y sus colegas ya sabían que habían ocupado el aeropuerto y que mi testimonio no le daría a Mosala más probabilidades de salvarse.

No podrían haber sido menos oportunos, pero no me sorprendía. El congreso Einstein confería demasiada respetabilidad a Anarkia, y los planes de emigración de Mosala causarían un revuelo aún mayor. Pero InGenIo y sus aliados no intentarían asesinarla para no hacer de ella una mártir instantánea, ni disolverían la isla de nuevo en el océano para no correr el riesgo de asustar a los clientes legales que les proporcionaban miles de millones de dólares. Todo lo que podían hacer era intentar, una vez más, acabar con el orden social de Anarkia y demostrar al mundo que aquel experimento inocente estaba condenado al fracaso desde el principio.

—¿Dónde está Violet en estos momentos? —pregunté.

—Hablando con Henry Buzzo. Intenta convencerlo de que vaya con ella al hospital.

—Buena idea. —Inmerso en los planes de los «moderados», casi me había olvidado de que Buzzo estaba en peligro y Mosala amenazada por dos frentes. Los extremistas habían tenido éxito en Kyoto, y probablemente quien me infectó con el cólera de camino a Sydney estaba en Anarkia esperando una oportunidad de compensar el primer intento fallido.

—Les enseñaré esta conversación de inmediato —dijo De Groot.

—Y dales una copia a los de seguridad.

—Bien. Por si les sirve para algo. —Parecía aguantar la presión mucho mejor que yo—. Hasta ahora no hemos visto a Helen con las aletas puestas, pero te mantendré informado.

Acordamos vernos en el hospital. Me despedí y cerré los ojos, mientras luchaba contra la tentación de volverme a sumergir en la niebla aislante de los opiáceos.

Los de CA habían tardado cinco días en conseguirme una cura con el aeropuerto abierto. Después de pasar por tantas cosas, no estaba dispuesto a asumir el hecho de que Mosala era un cadáver andante, pero como no llegara una invasión de *technolibérateurs* africanos que consiguiera salvar una distancia de diez mil kilómetros en uno o dos días, no veía posibilidades de que sobreviviera.

Me senté a mirar a Akili mientras el barco se acercaba al puerto del extremo norte. Tenía muchas ganas de cogerle la mano, pero me daba miedo empeorar las cosas. ¿Cómo podía haberme enamorado de alguien que se había extirpado quirúrgicamente hasta la posibilidad de sentir deseo?

Aparentemente, era bastante sencillo: un trauma compartido, una experiencia intensa y la ausencia desconcertante de rasgos sexuales. No era ningún misterio. Las personas se sentían atraídas por les ásex constantemente. Y, sin duda, se me pasaría pronto, en cuanto aceptara el simple hecho de que lo que sentía nunca sería correspondido.

Al cabo de un rato descubrí que no soportaba seguir mirándole a la cara; me dolía demasiado. Así que me fijé en los trazos brillantes del monitor y escuché su respiración profunda mientras intentaba entender por qué no se me pasaba el dolor.

Nos dijeron que los tranvías seguían en funcionamiento, pero una de las granjeras se ofreció a llevarnos directamente hasta la ciudad.

—Más rápido que esperar una ambulancia —explicó—: sólo hay diez en la isla. —Era una joven de Fiyi llamada Adelle Vunibobo. Recordaba haberla visto asomada a la bodega del barco de los CA.

Kuwale se sentó entre los dos en la cabina del camión, medio despierta, pero todavía aturdida. Miré las incrustaciones de coral de colores intensos que iban disminuyendo a nuestro alrededor; era como ver una escena a cámara rápida del lento proceso de compactación del arrecife.

—Arriesgaste la vida en el barco —dije.

—Nos tomamos muy en serio las llamadas de socorro en el mar. —Su tono era ligeramente burlón, como si intentara hacer mella en el mío de deferencia.

—Pues es una suerte que no estuviéramos en tierra... —Insistí—: Pero os disteis cuenta de que el barco no estaba en peligro. La tripulación os dijo que os largarais y os metierais en vuestros asuntos. Y recalcaron la sugerencia con armas.

—Entonces ¿piensas que fue imprudente? ¿Una locura? —Me miraba con

curiosidad—. Aquí no hay policía, ¿quién, si no, os iba a ayudar?

—Nadie —admití.

—Hace cinco años iba en un barco de pesca que volcó —dijo con la mirada fija en el terreno irregular del camino—. Nos pilló una tormenta. Estaba con mis padres y mi hermana. Mis padres se habían quedado inconscientes por los golpes y se ahogaron inmediatamente. Mi hermana y yo nos pasamos diez horas en el mar mientras intentábamos mantenernos a flote y nos sujetábamos por turnos.

—Lo siento. Las tormentas provocadas por el efecto invernadero se han llevado a tantas personas...

—No quiero tu compasión —gruñó—, sólo intentaba explicártelo. —Esperé en silencio. Después de un rato añadió—: Diez horas. Todavía tengo pesadillas. Me crié en un pesquero y he visto tormentas que se llevaban pueblos enteros. Creía que sabía lo que sentía por el mar, pero aquella vez con mi hermana en el agua lo cambió todo.

—¿En qué sentido? ¿Tienes más respeto, más miedo?

—Más chalecos salvavidas, en realidad. Pero no me refiero a eso —dijo, negando con un gesto impaciente. Hizo una mueca de frustración, y luego añadió—: ¿Me haces un favor? Cierra los ojos e intenta imaginarte el mundo. Los diez mil millones de habitantes a la vez. Sé que es imposible, pero inténtalo.

—De acuerdo —accedí desconcertado.

—Ahora describe lo que ves.

—La tierra vista desde el espacio. Aunque es más un bosquejo que un foto. El norte está arriba y el océano Índico en el centro, pero la vista abarca desde África Occidental hasta Nueva Zelanda, desde Irlanda hasta Japón. Hay muchas personas de pie encima de todos los continentes e islas, aunque no están a escala. No me pidas que las cuente, pero supongo que en total serán un centenar.

Abrí los ojos. Había dejado fuera del mapa tanto el antiguo hogar de Vunibobo como el nuevo, pero tenía la impresión de que no se trataba de un ejercicio para despertar la conciencia sobre la fuerza marginadora de las representaciones geográficas.

—Yo también veía algo parecido, pero eso cambió desde el accidente. Cuando cierro los ojos y me imagino el mundo, veo el mismo mapa y los mismos continentes, pero la tierra ya no es tierra. Lo que parece terreno firme es, en realidad, una masa de personas. No hay suelo, ningún lugar en el que asentarse. Estamos todos flotando en los océanos y nos sostenemos mutuamente. Así es como hemos nacido y así es como moriremos: luchando para ayudarnos unos a otros a mantener la cabeza por encima de las olas. —Se rió, avergonzada de pronto—. Bueno, me has pedido una explicación —añadió desafiante.

—Cierto.

Las deslumbrantes incrustaciones de coral se habían convertido en ríos de barro

de tierra caliza, pero la roca de arrecife de nuestro alrededor estaba ribeteada de tonos suaves, de verde y de gris plata. Me preguntaba qué habrían contestado los otros granjeros a la misma pregunta. Probablemente, respuestas diferentes. Anarkia parecía funcionar gracias a personas que se ponían de acuerdo para hacer lo mismo por motivos totalmente distintos. Era un sumatorio sobre topologías contradictorias que hacía palidecer a los cálculos del preespacio; sin política, filosofía ni religión impuestas, sin la adoración idiota de banderas o símbolos..., pero el orden prevalecía a pesar de todo.

Todavía no tenía claro si era milagroso o completamente obvio. El orden surgía y sobrevivía por todos lados porque había bastantes personas que lo deseaban. Cualquier democracia era una especie de anarquía pasada a cámara lenta: con tiempo suficiente, era posible cambiar cualquier estatuto o constitución con el tiempo y quebrantar cualquier acuerdo social escrito o verbal. En última instancia, las redes de seguridad eran la inercia, la apatía y la ofuscación. En Anarkia tenían la valentía, probablemente fruto de la locura, de «deshacer» todo el nudo político y reducirlo a su forma más sencilla para mirar las estructuras sin adornos del poder y la responsabilidad, de la tolerancia y el consenso.

—Me salvaste de ahogarme —dije—. ¿Cómo podría agradecértelo?

—Procura nadar mejor. —Vunibobo me miraba calibrando mi seriedad—. Ayúdanos a todos a mantenernos a flote.

—Lo intentaré si alguna vez tengo la oportunidad.

—Nos encaminamos directamente hacia una tormenta —me recordó con una sonrisa ante la evasiva de medio promesa—. Creo que tendrás tu oportunidad.

Como mínimo, esperaba encontrar las calles del centro de la isla desiertas, pero aparentemente no había cambiado nada. No había muestras de pánico, colas para acaparar provisiones ni tiendas acordonadas. Sin embargo, cuando pasamos por el hotel vi que había desaparecido el carnaval de Renacimiento Místico; yo no era el único turista que sentía un deseo repentino de volverse invisible. En el barco había oído que hirieron a una fem cuando ocuparon el aeropuerto, pero la mayor parte del personal se había limitado a marcharse. Munroe me habló de una milicia de la isla y, sin duda, sobrepasaba en número a los atacantes, pero no sabía cómo serían su equipo, su entrenamiento ni su disciplina. Por el momento, los mercenarios parecían satisfechos con encerrarse en el aeropuerto, pero si el objetivo no era tomar el poder sino traer la «anarquía» a la isla, tenía la inquietante sospecha de que muy pronto presenciáramos algo mucho menos agradable que la ocupación de puntos estratégicos sin derramamiento de sangre.

El ambiente del hospital era de calma. Vunibobo me ayudó a llevar al edificio a Kuwale, que sonreía somnolienta e intentaba arrastrarse, pero tuvimos que sujetarle

entre los dos para que no se cayera de bruces. Prasad Jwala había enviado la imagen del escáner de la herida de bala y tenían un quirófano preparado. Le miré mientras se le llevaban en la camilla e intenté convencerme de que no sentía nada más que la misma ansiedad que habría sentido por cualquier otra persona. Vunibobo se despidió.

Después de esperar mi turno para que me curaran, me pusieron anestesia local y me dieron puntos. Me las había apañado para matar el injerto transgénico que habría acelerado la curación y sellado la herida, pero la doctora que me trató envolvió la herida con un esponjoso polímero bactericida de carbohidratos, que se iría degradando poco a poco ante la presencia de factores de crecimiento en las secreciones del tejido circundante. Me preguntó cómo me había hecho el agujero. Le dije la verdad y pareció muy aliviada.

—Empezaba a pensar que algo te había comido desde dentro para abrirse paso al exterior. —Me levanté con cuidado; tenía la zona dormida, pero notaba la ausencia de piel y tirones musculares por todo el cuerpo—. Intenta evitar los movimientos abdominales bruscos y la risa fuerte —añadió.

Me encontré con De Groot y Mosala en la sala de espera del laboratorio de visualización. Mosala parecía cansada y nerviosa, pero me saludó con amabilidad y me dio la mano mientras me cogía del hombro.

—Andrew, ¿estás bien?

Después de todo lo ocurrido, había decidido tutearme; me pareció una buena idea.

—Sí, pero me temo que el documental tendrá una laguna.

—Están haciéndole un escáner a Henry —dijo logrando componer una sonrisa—. Todavía no han terminado de procesar mis datos; les llevará algún tiempo. Buscan proteínas extrañas, pero no saben si la resolución les permitirá encontrarlas. La máquina es de segunda mano, de hace veinte años. —Cruzó los brazos e intentó reírse—. Ya lo ves. Si decido quedarme aquí, será mejor que me acostumbre a lo que hay.

—No he podido encontrar a nadie que haya visto a Helen Wu desde anoche —dijo De Groot—. Los de seguridad han entrado en su habitación y está vacía.

—¿Por qué se mezclaría con los antropocosmólogos? —Mosala todavía parecía impresionada por la noticia de la implicación de Wu—. Es una teórica brillante por derecho propio, ¡no una parásita de la pseudociencia! Entiendo que algunas personas puedan pensar que hay algo místico en trabajar en las TOE cuando se dan cuenta de que no entienden los detalles, ¡pero Helen comprende mi trabajo casi mejor que yo! —Pensé que no era el momento de decirle que eso formaba parte del problema—. En cuanto a esos otros matones que crees que asesinaron a Yasuko... He convocado una rueda de prensa para esta tarde en la que explicaré los problemas de la medida que eligió Henry Buzzo y lo que significa para su TOE. Eso les dará algo que pensar a esas mentes mezquinas. —Su voz casi sonaba tranquila, pero tenía los brazos

cruzados y se sujetaba las muñecas con las manos para disimular que le temblaban de ira—. Y cuando anuncie mi TOE el viernes por la mañana, ya se pueden despedir de su «trascendencia».

—¿El viernes por la mañana?

—Los algoritmos de Serge Bischoff están haciendo maravillas. Los cálculos estarán listos mañana por la noche.

—Si te han infectado con un arma biológica y te pones demasiado enferma para trabajar —dije con delicadeza—, ¿hay alguien que pueda interpretar los resultados y darle forma a todo?

—¿Qué quieres que haga? —Mosala retrocedió sorprendida—. ¿Nombrar a un sucesor para que sea el próximo objetivo?

—¡No! Pero si tu TOE se completa y se divulga, los moderados tendrán que admitir que estaban equivocados y puede que te proporcionen el antídoto. No te pido que hagas público ningún nombre, pero si puedes arreglar las cosas para que alguien dé los toques finales...

—No tengo nada que demostrar a esa gente —dijo con frialdad—. Y no voy a poner en peligro la vida de nadie más por intentarlo.

La agenda de De Groot sonó antes de que pudiera defender mi postura. Joe Kepa, el encargado de seguridad del congreso, había visto la copia que le había mandado De Groot de nuestra conversación del barco y quería hablar conmigo. Personalmente. De inmediato.

Kepa me acribilló a preguntas en una pequeña sala de reuniones del último piso del hotel durante casi tres horas. Quiso enterarse de todo desde el momento en el que le pedí a SeeNet que me diera el documental. Ya había visto los informes de algunos granjeros sobre lo ocurrido en el barco de los CA (los habían mandado directamente a las redes locales de noticias) y también los análisis del cólera, pero todavía estaba enfadado y desconfiaba; me dio la impresión de que quería desmenuzar mi historia en pedacitos. Me molestó su trato hostil, pero no podía reprochárselo. Hasta la captura del aeropuerto, su problema más grave había sido el de unos músicos callejeros vestidos de payaso, pero en aquel momento podía ser ya cualquier cosa, incluso un despliegue militar completo alrededor del hotel. Mis explicaciones sobre teóricos de la información cargados de armas biotecnológicas cuyo objetivo era matar a los físicos de más renombre del congreso debía de sonarle como una broma de mal gusto o la prueba de que era el elegido para recibir un castigo divino.

Sin embargo, cuando me dijo que se había terminado la entrevista, creo que había conseguido convencerlo: Kepa estaba más enfadado que nunca.

Mi declaración se grabó conforme a las normas jurídicas internacionales. Todos los fotogramas tenían inscrito un código de tiempo verificado y se envió una copia cifrada a la Interpol. Antes de que firmara el archivo de forma electrónica, me



ofrecieron comprobarlo para asegurarme de que no estaba manipulado. Repasé varios puntos al azar; no pensaba ver las tres horas enteras.

Me fui a mi habitación y me di una ducha. Me tapaba de manera instintiva la herida recién vendada, aunque sabía que no era necesario mantenerla seca. El lujo del agua caliente y la solidez de la decoración sencilla y elegante me parecían irreales. Veinticuatro horas antes tenía intención de hacer lo posible para ayudar a Mosala a acabar con el bloqueo, cambiar el documental y centrarlo en la noticia de su emigración. Pero para entonces ¿qué podía hacer por la *technolibération*? ¿Comprar una cámara externa y documentar su muerte sin sentido con el hundimiento de Anarkia como telón de fondo? ¿Era eso lo que quería? ¿Recuperar mis ilusiones de objetividad y grabar tranquilamente la suerte que ella pudiera correr?

Me miré al espejo. ¿Qué utilidad podía tener para nadie?

El cuarto de baño tenía un teléfono en la pared y llamé al hospital. No se habían presentado complicaciones en la operación, pero Akili seguía bajo los efectos de la anestesia. Decidí que le visitaría de todas formas.

Atravesaba el vestíbulo del hotel cuando la gente salió de las sesiones de la mañana. El congreso avanzaba de acuerdo al programa, pero las pantallas anunciaban un acto de homenaje a Yasuko Nishide que tendría lugar más tarde y los participantes estaban claramente nerviosos y preocupados. Hablaban en voz baja en grupos pequeños o miraban alrededor furtivamente como si esperaran oír alguna información vital sobre la ocupación, independientemente de que fuera fiable.

Distinguí un grupo de periodistas a los que conocía de vista y me dejaron unirme a ellos mientras intercambiaban rumores. Parecía que todos estaban de acuerdo en que la armada estadounidense (o neozelandesa o japonesa) evacuaría a los extranjeros en cuestión de días, aunque nadie tenía pruebas de tal afirmación.

—Aquí hay tres estadounidenses ganadores del premio Nobel —dijo confidencialmente David Connolly, el fotógrafo de Janet Walsh—. ¿Creéis que van a dejarlos en la estacada mientras se hunde Anarkia?

También se mostraban de acuerdo en que el aeropuerto había sido ocupado por «anarquistas rivales», los notorios «refugiados» que no acataban la ley estadounidense sobre el armamento. No mencionaron ni una vez los intereses de las empresas de biotecnología; aunque todos los habitantes de la isla conocían el plan de Mosala de emigrar, nadie de aquel grupo se había molestado en hablar con los lugareños el tiempo suficiente para poder enterarse.

Estas personas serían las que informarían de todo lo que sucediera en Anarkia al resto del mundo y ninguna tenía ni la más remota idea de qué estaba pasando en realidad.

De camino al hospital encontré una tienda de electrónica. Me compré una agenda nueva y una cámara para llevar al hombro. Introduje mi código personal en la agenda,

que cargó la última copia de seguridad vía satélite de la vieja y empezó a ponerse al día. La pantalla fue un borrón de actividad durante varios segundos.

—Se han producido más de tres mil casos de Angustia —anunció **Sísifo**.

—No me interesa eso. —¿Tres mil? Se habían multiplicado por seis en quince días—. Muéstrame un mapa de las incidencias.

Parecía más el desarrollo de un cáncer espontáneo que el de cualquier tipo de enfermedad infecciosa. Se extendía de forma aleatoria por todo el planeta, independiente de cualquier factor social o medioambiental, y se concentraba sólo en función de la densidad de población.

¿Cómo podían incrementarse tan rápidamente las cifras sin ningún estallido localizado? Había oído que los modelos que se basaban en la transmisión por el aire, el contacto sexual, el suministro de agua y los parásitos no encajaban con esta epidemia.

—¿Alguna otra noticia sobre el tema?

—No es oficial, pero hay una grabación guardada en la biblioteca de SeeNet de John Reynolds, un compañero tuyo, que incluye los primeros informes sobre declaraciones coherentes de las víctimas.

—¿Hay personas que se recuperan?

—No, pero algunas muestran un cambio intermitente en la patología.

—¿Un cambio o una reducción?

—El discurso es coherente, pero el contexto del asunto sobre el que hablan no es el adecuado.

—¿Te refieres a que son psicópatas? ¿Cuando al fin dejan de gritar y se calman lo suficiente para juntar dos palabras es sólo para decir que se han vuelto locos?

—Eso es algo que tienen que dictaminar los expertos.

—De acuerdo. —Casi había llegado al hospital—. Enséñame los cambios en la patología, todas esas cosas encantadoras que me he perdido últimamente.

**Sísifo** saqueó la biblioteca y puso un vídeo. No estaba bien visto curiosear el trabajo inacabado de otro, pero si Reynolds no quería que se accediera a sus grabaciones, debería haberlas cifrado.

Miré la escena en el ascensor del hospital, a solas, y sentí que palidecía. No había ninguna explicación para aquello; no tenía sentido.

Reynolds había archivado otras tres escenas de «discurso coherente» de pacientes de Angustia. Las vi todas con los auriculares puestos para escucharlas en privado mientras pasaba por los pasillos rebosantes de actividad. Las palabras exactas que utilizaban los pacientes eran distintas en cada caso, pero siempre apuntaban a lo mismo.

Dejé de analizarlo. Quizá todavía estuviera en estado de shock o bajo el efecto de los opiáceos que me habían dado en el barco. Quizá veía una relación inexistente.

Cuando llegué a la sala, Akili estaba despierta. Sonrió compungida cuando me vio y supe que me había dado fuerte. No era sólo que su cara se hubiera grabado a fuego en mi mente de tal forma que me costaba creer que alguna vez me hubiera atraído ninguna otra persona. La belleza, al fin y al cabo, era lo más superficial. Pero sus ojos negros mostraban una pasión profunda, un sentido del humor y una inteligencia que no poseía ninguna otra persona que conociera.

Me dije que era ridículo. Para un ásex total, aquéllos eran los sentimientos de un juguete de las hormonas, un patético robot biológico. Si se enteraba de lo que sentía, sólo podía aspirar a darle pena.

—¿Te has enterado de lo del aeropuerto? —dije.

—Y de la muerte de Nishide. —Asintió abatida—. ¿Qué tal se ha tomado Mosala todo esto?

—No se ha derrumbado, pero no estoy seguro de que piense con claridad. —No como yo.

—¿Qué opinas? —le pregunté después de contarle la conversación que habíamos mantenido—. Si se mantiene con vida hasta que alguien anuncie la TOE en su nombre, ¿crees que los moderados se retractarán y le proporcionarán el antídoto?

—Quizá. —Kuwale no parecía muy esperanzada—. Si tuvieran pruebas irrefutables de que la TOE se ha completado. Pero ahora son fugitivos; no pueden facilitarle nada.

—Podrían transmitir la estructura de la molécula.

—Sí. Y esperemos que haya un aparato en Anarkia que pueda sintetizarla a tiempo.

—Si todo el universo es una conspiración para explicar la Piedra Angular, ¿no crees que podría tener suerte? —No me creía una palabra de todo aquello, pero no me pareció adecuado decirlo.

—Explicar el Instante Aleph no implica recibir indultos milagrosos. Mosala no tiene porqué ser la Piedra Angular, ni siquiera con Nishide muerto y la TOE de Buzzo refutada. Si sobrevive, será sólo porque las personas que intentan salvarla lo habrán hecho mejor que las que intentan matarla. —Se rió de forma cansina—. Eso es lo que significa una Teoría del Todo: no hay milagros, ni siquiera para la Piedra Angular. Todos viven y mueren obedeciendo las mismas reglas.

—Lo comprendo. —Dudé—. Hay algo que quiero enseñarte. Algunas noticias nuevas sobre Angustia.

—¿Angustia?

—Sígueme la corriente. Quizá no signifique nada, pero necesito saber tu opinión.

Me sentía en la obligación de no divulgar la grabación de Reynolds y la sala estaba llena, pero teníamos pantallas a ambos lados y parecía que el masc escayolado de la cama contigua estaba dormido. Le pasé la agenda a Kuwale y reproduje uno de

los vídeos con el sonido muy bajo.

Una fem de mediana edad, pálida y con melena negra despeinada, miraba a la cámara directamente desde una cama de hospital. No parecía drogada y desde luego no exhibía el comportamiento característico del síndrome, pero se dirigía a Reynolds con una fascinación intensa y horrorizada.

—Esta pauta de información, este estado de ser consciente y poseer todas las percepciones se envuelve a sí mismo en un número creciente de capas de corolarios: neuronas que codifican la información, sangre que nutre a las neuronas, un corazón que bombea la sangre, intestinos que le aportan nutrientes, una boca para proveer de alimentos a los intestinos, comida que entra en ella, campos de cultivo, tierra, luz solar, un billón de estrellas. —Su mirada se desplazaba ligeramente al hablar, mientras estudiaba la cara de Reynolds—. Neuronas, corazón, intestinos, células de proteínas e iones y agua en las membranas lipídicas, tejidos que se diferencian al desarrollarse, genes que se activan en los marcadores de los gradientes hormonales, un millón de formas moleculares que se entrelazan, carbono tetravalente, hidrógeno monovalente, electrones compartidos en enlaces entre núcleos de protones, neutrones para equilibrar la repulsión electrostática y, en ambos, quarks cuyo *spin* se empareja con el de los leptones en una jerarquía de niveles de excitación de campo y que residen en una variedad de dimensión diez, definiendo una ruptura de simetría en el espacio de todas las topologías. —Se aceleró—. Neuronas, corazón, intestinos, morfogénesis que retrocede a una célula, un óvulo fecundado en otro cuerpo. Cromosomas diploides que requieren un donante independiente. Ascendencia iterativa. Mutaciones que dividen las especies a partir de los linajes anteriores, vida unicelular, fragmentos que se duplican por sí mismos, nucleótidos, azúcares, aminoácidos, dióxido de carbono, agua, nitrógeno. Una nube protoestelar que se condensa, rica en los elementos pesados que se sintetizan en otras estrellas, lanzadas a través de un cosmos gravitatoriamente inestable que empieza y termina en una singularidad.

Se calló, pero sus ojos se seguían moviendo; casi podía distinguir el contorno de la cara de Reynolds en el barrido de su mirada. Y si éste le había parecido al principio una aparición extraña, destellos de comprensión intensa parecieron abrirse paso a través de su asombro, como si la fem estuviera llevando el razonamiento cósmico hasta el límite e integrara a aquel desconocido, aquel primo lejano, lógico y necesario, en el mismo diagrama unificado.

Pero de pronto, algo pareció poner fin a su remisión breve: una expresión de horror y pánico distorsionó sus rasgos. La Angustia la había reclamado. Detuve el vídeo antes de que empezara a patallar y gritar.

—Hay tres casos similares más —dije—. Así que, ¿son imaginaciones mías o este desvarío te suena a lo mismo que a mí? Porque, ¿qué clase de plaga haría creer a esas

personas que son la Piedra Angular?

—Andrew, si esto es una broma... —dijo Kuwale mirándome después de dejar la agenda en la cama.

—¡No! ¿Por qué iba a hacer...?

—Para salvar a Mosala. Si es un engaño, no te saldrás con la tuya.

—Si fuera a inventarme una Piedra Angular para salvarla —gruñí—, habría hecho una simulación de Yasuko Nishide en su lecho de muerte mientras tenía todas las revelaciones cósmicas, no de un caso psiquiátrico aleatorio.

Le expliqué lo de Reynolds y el documental de SeeNet.

Escudriñó mi cara para decidir si estaba diciendo la verdad. Le devolví la mirada, demasiado cansado y confuso para ocultar nada. Hubo un destello de sorpresa y... ¿diversión? No sabría decirlo, y por su parte no dijo nada sobre lo que sentía.

—Quizá lo ha falsificado algún miembro de la corriente principal de los CA y lo ha colado en SeeNet. —Me aferraba a suposiciones porque no le encontraba otro sentido.

—No —negó Kuwale de plano—. Me habría enterado.

—Entonces...

—Es auténtico.

—¿Cómo es posible?

—Porque todo lo que pensábamos era verdad, pero los detalles eran incorrectos. —Me miró a los ojos sin avergonzarse de su miedo—. Todos teníamos mal los detalles. La corriente principal, los moderados y los extremistas; todos hicimos suposiciones distintas y todas eran erróneas.

—No lo entiendo.

—Lo entenderás, como todos.

De repente recordé la historia apócrifa que contó el antropocosmólogo del barco sobre la muerte de Muteba Kazadi.

—¿Crees que el origen de Angustia es mezclar la física y la información?

—Sí.

—Si la Piedra Angular lo hace, ¿arrastra a los demás? ¿Crecimiento exponencial como en una plaga?

—Sí.

—Pero... ¿cómo? ¿Quién fue la Piedra Angular? ¿Quién lo empezó todo? ¿Muteba Kazadi hace unos cuantos años?

—¡No! —Kuwale se rió como un loco. El masc de la cama de al lado estaba despierto y lo escuchaba todo, pero ya me daba igual—. Miller no llegó a explicarte lo más curioso sobre el modelo cosmológico —añadió Kuwale. Miller era el umasc al que yo llamaba Tres.

—¿A qué te refieres?

—Si desarrollas todos los cálculos, el efecto retrocede en el tiempo. No mucho: el crecimiento exponencial hacia adelante implica la descomposición exponencial hacia atrás. Pero la certeza absoluta de la Piedra Angular al precipitar la mezcla en el Instante Aleph implica una pequeña probabilidad de que otras personas sean arrastradas aleatoriamente incluso antes del acontecimiento. Es una condición de continuidad; en ningún sistema hay nada que sea un salto instantáneo de cero a uno.

Hice un gesto de negación; no lo entendía, no podía asimilarlo.

Akili me cogió de la mano, la apretó con fuerza sin pensar y me transmitió su miedo y una emoción vertiginosa de anticipación directamente al cuerpo, de su piel a la mía.

—La Piedra Angular todavía no es la Piedra Angular. El Instante Aleph aún no ha sucedido, pero ya notamos su impacto.

Kuwale cogió la agenda e hizo un gráfico con los detalles de los flujos de información que creía que había detrás de Angustia. Incluso intentó utilizar un modelo informático rudimentario para procesar los datos epidemiológicos, aunque terminó con una curva mucho menos pronunciada que la de las cifras reales del caso (que habían aumentado a un ritmo mayor que el del crecimiento exponencial, probablemente porque al principio no se tuvo constancia de todos los casos) y una fecha estimada para el Instante Aleph en el periodo comprendido entre el siete de febrero del 2055... y el doce de junio del 3070. Impertérrita, se esforzó en ajustar el modelo. Gráficos, diagramas y ecuaciones pasaban por la pantalla mientras tecleaba. Era tan impresionante como cualquier cosa de las que hacía Mosala y yo entendía casi lo mismo.

No podía evitar que me arrastrara un poco con su lógica apremiante, pero cuando se desvaneció la primera impresión de haber identificado qué era la Angustia, empecé a preguntarme si no estaríamos proyectando lo que queríamos interpretar en los extraños soliloquios de los cuatro pacientes. La antropocosmología no había hecho hasta el momento ninguna predicción contrastable. Estaba claro que permitía una aproximación matemática elegante a cualquier TOE, pero me parecía una base débil sobre la que asentar todas mis creencias acerca del universo si la primera prueba de la teoría consistía en los desvaríos de cuatro personas que padecían una enfermedad mental nueva y atípica.

En cuanto al pronóstico de un mundo totalmente afligido por Angustia, si Kuwale tenía razón, suponía un cataclismo tan inconcebible como el universo «deshecho» de los moderados.

No comenté mis dudas, pero cuando dejé la sala, mientras Kuwale estaba inmersa en una conversación con los otros CA de la corriente principal, volví a poner los pies en el suelo. Toda aquella charla sobre los ecos de un futuro Instante Aleph no merecía más crédito que las alternativas convencionales más extravagantes.

Un experimento fallido del ejército con un patógeno neuroactivo cuyo objetivo fuera una zona específica del cerebro podría producir los síntomas comunes de Angustia en casi todas las víctimas, además de los estallidos de observaciones maníacas pero precisas en cuatro de los tres mil casos. El razonamiento era un producto de reacciones orgánicas del cerebro, como cualquier otro proceso mental, y un esquizofrénico con ataques de paranoia cuya lesión se debiera a meros accidentes genéticos era capaz de encontrar un significado personal en todos los anuncios, las nubes y los árboles. Quizá la combinación de una educación científica adecuada y el daño centralizado causado por un arma vírica podía desencadenar una avalancha de significados incontrolables aunque rigurosos. Si el objetivo principal del arma era

trastornar el pensamiento analítico, no era impensable que una versión que se les hubiera ido de las manos terminara por sobreestimular las vías neuronales que tenía que dañar.

Volví a la tienda de electrónica y me compré otra agenda. Llamé a De Groot desde la calle; parecía preocupada, pero no quería hablar por la red.

Quedamos en el hotel, en la suite de Mosala. Cuando llegué, De Groot me hizo pasar en silencio.

—¿Está Violet...? —Vi cómo flotaban las motas de polvo bajo la luz del sol; cuando hablé, la habitación sonó vacía.

—La han ingresado. Yo quería quedarme en el hospital, pero me ha obligado a marcharme. —De Groot estaba sentada enfrente de mí, tenía las manos recogidas en el regazo y la mirada baja—. ¿Sabes?, hemos recibido mensajes raros de casi todo el mundo —añadió con calma—. Todas las sectas y los lunáticos del mundo querían contar a Violet sus asombrosas revelaciones cósmicas o informarla de que estaba profanando su adorada mitología y ardería en el infierno, destrozaría la naturaleza de Buda o reduciría las grandes civilizaciones del mundo a escombros nihilistas con su prepotencia masculina occidental y simplista. Los Cosmólogos Antropológicos eran sólo una voz más que gritaba entre todo el ruido. —Me miró a los ojos—. ¿Los habrías elegido como amenaza? ¿Por delante de los fundamentalistas, de los racistas o de los psicópatas que le mandaban descripciones detalladas de lo que planeaban hacer con su cadáver? Esas personas mandaban largas disertaciones sobre la teoría de la información y como posdata: «Nos encantaría ver cómo crea el universo, pero hay otras facciones que intentarán impedirselo».

—Nadie los habría elegido —dije. De Groot se tocó la sien y permaneció en silencio, cubriéndose los ojos—. ¿Te encuentras bien?

—Un dolor de cabeza —dijo asintiendo—, nada más. —Rió sin ganas, hizo una inhalación profunda y se armó de valor para proseguir—. Han encontrado restos de proteínas extrañas en el torrente sanguíneo, en la médula ósea y en los nódulos linfáticos. No han determinado la estructura molecular y hasta el momento no muestra síntomas. Así que le han dado un cóctel de antivíricos y, hasta que suceda algo, lo único que pueden hacer es tenerla en observación.

—¿Y los de seguridad?

—Está custodiada, aunque sea un poco tarde.

—¿Y Buzzo?

—Parece ser que los análisis no detectaron nada. —De Groot soltó un bufido de indignación y desconcierto—. No se siente afectado por este asunto. Cree que Nishide murió por causas naturales, que Violet tiene un contaminante inocuo y que tu análisis del cólera es un montaje para conseguir publicidad. Lo único que parece



preocuparlo es cómo va a volver a casa después del congreso si el aeropuerto sigue cerrado.

—Pero tendrá guardaespaldas, ¿no?

—No sé, tendrás que preguntárselo a él. Ah, y Violet le ha pedido que convoque la rueda de prensa para anunciar él mismo el fallo de su TOE. Los medicamentos antivíricos la están debilitando y tiene tantas náuseas que apenas puede hablar. Buzzo hizo una promesa vaga, pero después me susurró algo sobre estudiar mejor el asunto antes de retractarse de nada. No tengo ni idea de qué hará.

—Buzzo ha oído todos los hechos —dije con una punzada de ira y frustración—. Es decisión suya. —No tenía demasiadas ganas de pensar en los enemigos de Buzzo. Todavía no habían encontrado el cadáver de Sarah Knight, pero la posibilidad de que su asesinato se hubiera cometido en Anarkia me intranquilizaba más que ninguna otra cosa. Los moderados me habían dejado en libertad cuando estuvieron seguros de conseguir lo que querían. Los extremistas casi me habían matado... y ni siquiera era su intención.

—Incluso si el arma se activara en cualquier momento, en Anarkia no se puede hacer nada que no se pueda hacer en una ambulancia aérea, ¿verdad? Y seguro que tu gobierno estará dispuesto a mandar un avión de campaña con equipo médico completo.

—¿Seguro? —De Groot soltó una risa hueca—. Haces que suene muy fácil. Violet tiene amigos en las altas esferas y algunos enemigos declarados, pero casi todos son un montón de pragmáticos de mierda que se limitan a utilizarla como más les conviene. Se necesitaría un milagro para que sopesaran los pros y los contras, adoptaran una postura, la defendieran y tomaran una decisión en un día, incluso si hubiera paz en Anarkia y el avión pudiera aterrizar en el aeropuerto.

—¡Vamos! La isla es tan plana como una pista de aterrizaje. Sé que los extremos son frágiles, pero hay terreno firme en un radio de veinte kilómetros.

—Dentro del alcance de un misil lanzado desde el aeropuerto.

—Sí, pero ¿por qué iban a preocuparse los mercenarios por una evacuación médica? Supondrán que las armadas extranjeras acudirán a rescatar a sus ciudadanos de la isla. Esto no es distinto; sólo más rápido.

—Da igual lo que tú y yo pensemos sobre los riesgos —dijo De Groot con tristeza; quería que la convenciera, pero no encontraba sentido a lo que le decía—, son sólo suposiciones y deseos sin fundamento. El gobierno tendrá que evaluar la situación desde su punto de vista y no puede tomar una decisión en treinta segundos. Una cosa es gastar decenas de miles de dólares en un vuelo de rescate y otra un avión derribado en Anarkia. Y lo último que querría Violet, como cualquier persona cuerda, es que tres o cuatro inocentes mueran en los aires para nada.

Me alejé de ella y fui hacia la ventana. Por el aspecto de las calles parecía que

Anarkia aún estaba en paz. Fuera cual fuese la incursión sangrienta que estuvieran planeando los mercenarios, lo último que querrían quienes los habían contratado sería una mártir de la *technolibération* de fama mundial. Por eso nunca había tenido mucho sentido señalar a los de InGenIo como sus posibles asesinos; su muerte los perjudicaría tanto como su supuesta emigración.

Sin embargo, sería una situación delicada. ¿Qué darían a entender si hicieran una excepción con ella? ¿Y qué factores considerarían más perjudiciales para el movimiento antibloqueo? ¿El cuento con moraleja de la trágica muerte de Mosala por un coqueteo imprudente con los renegados, o la historia conmovedora de su salvación gracias a un vuelo de socorro que la devolviera al redil (donde todos los genes pertenecían a sus legítimos dueños y todas las enfermedades se curaban al instante)?

Probablemente, todavía no sabían el difícil dilema al que se enfrentaban. Así que venderles la decisión adecuada dependía de quién los informara de la noticia.

—¿Y si se pudiera convencer a los mercenarios para que garanticen la seguridad de un vuelo de rescate? —Me volví hacia De Groot—. Si hicieran una declaración pública de ese compromiso, ¿crees que se moverían las cosas? —Apreté los puños e intenté contener el pánico. ¿Sabía lo que estaba diciendo? Si hacía esa promesa, no podría echarme atrás.

Pero ya había prometido «nadar mejor».

—Violet todavía no se lo ha dicho a Wendy ni a Makompo. —De Groot parecía desolada—. Me ha hecho prometer que guardaré silencio, y Wendy está de viaje de negocios en Toronto.

—Si puede hacer presión desde Ciudad del Cabo, la puede hacer desde Toronto. Cuéntaselo a su madre y a su marido. Díselo a Marian Fox y a todo el Sindicato Internacional de Físicos Teóricos si es necesario.

—Vale la pena intentarlo —dijo insegura después de vacilar—. Vale la pena intentar cualquier cosa. Pero ¿cómo vamos a conseguir alguna garantía por parte de los mercenarios?

—El plan A es confiar en que contesten al teléfono, porque no me apetecería ir al aeropuerto y tener que negociar personalmente.

El centro de la isla no parecía afectado por la invasión, pero a cuatro calles del aeropuerto todo era distinto. No había barricadas, señales de advertencia ni gente. Era por la tarde y las calles detrás de mí bullían; las tiendas y los restaurantes estaban abiertos a sólo quinientos metros de los edificios ocupados, pero cuando crucé aquella línea invisible fue como si Anarkia hubiera dado paso a sus Ruinas, una imitación en miniatura de los centros muertos de las ciudades asesinadas por la red.

No silbaban las balas; no era zona de combate, pero no tenía experiencia previa que me guiara ni sabía qué me esperaba. Me había mantenido apartado de los campos

de batalla y había elegido el periodismo científico porque sabía que nunca me pedirían que filmara nada más peligroso que un congreso de bioéticos.

La entrada de la terminal de pasajeros era un gran rectángulo de negrura. Las puertas correderas yacían a diez metros, hechas pedazos. Habían roto las ventanas, habían destrozado las plantas y las estatuas, y los muros tenían arañazos de formas extrañas, como si algo mecánico los hubiera marcado con sus zarpas. Esperaba que hubiera un centinela, muestras de orden o señales de una estructura de mando, pero aquello se parecía más a una banda de saqueadores que acechaban en espera de que alguien entrara.

Pensé que Sarah Knight habría entrado aunque fuera sólo por el reportaje.

Sí. Y Sarah Knight estaba muerta.

Me acerqué despacio; estudiaba el terreno con nerviosismo y deseaba no haberle pedido a **Sísifo** hace catorce años que se deshiciera de todo el correo basura de los fabricantes de armamento en busca de periodistas tecnófilos que les proporcionaran publicidad gratuita para sus nuevas y flamantes minas antipersonas. Pero probablemente las notas de prensa tampoco informarían de los trucos que podían usarse contra ellas... salvo gastarse los cincuenta mil dólares que valían los desactivadores correspondientes.

El interior del edificio estaba oscuro como la boca de un lobo, pero los focos del exterior blanqueaban la roca de arrecife. Parpadeé ante las fauces de la entrada; echaba de menos a **Testigo**, que me habría adaptado las retinas. La cámara del hombro no pesaba casi nada, pero aun así hacía que me sintiera desequilibrado y deforme, casi tan cómodo, centrado y funcional como si los genitales me hubieran emigrado a la rótula. Y, de forma irracional o no, las conexiones invisibles con el sistema nervioso y la RAM siempre habían hecho que me sintiera protegido y escudado. Cuando mis ojos y oídos lo grababan todo de forma digital era un observador privilegiado, por lo menos hasta el momento en que me desmembraran o me cegaran. Sin embargo, aquella máquina se podía sacudir con la misma facilidad que la caspa.

No me había sentido tan desnudo en la vida.

Me paré a diez metros de la puerta vacía con los brazos extendidos y las manos en alto.

—¡Soy periodista! —grité a la oscuridad—. ¡Quiero hablar!

Esperé. Aún oía el barullo de la ciudad detrás de mí, pero el aeropuerto estaba en silencio. Volví a gritar y a esperar. Estaba casi a punto de pasar de la sensación de miedo a la de vergüenza; quizá la terminal de pasajeros estaba abandonada, los mercenarios se habían establecido en el extremo más alejado de la pista de aterrizaje y yo estaba allí haciendo el ridículo a solas.

Entonces noté una leve vibración del aire húmedo y la oscuridad de la entrada

escupió una máquina.

Me estremecí, pero me mantuve firme; si me hubiera querido matar, no la habría visto venir. La cosa dejaba entrever una sucesión intermitente de siluetas parciales cuando se movía, distorsiones tenues pero coherentes de la luz que el ojo distinguía como sus bordes, pero cuando se detuvo, me quedé mirando sólo reflejos y suposiciones. ¿Un robot de seis patas y tres metros de altura que analizaba lo que lo rodeaba y programaba una cubierta activa que igualaba la luminosidad? No, más que eso. Sobresalía en medio de la zona iluminada sin proyectar siquiera una sombra, lo que significaba que creaba hologramas en tiempo real de las fuentes de iluminación que bloqueaba, que su piel de polímero proyectaba un haz sustitutivo frecuencia por frecuencia. De pronto entendí con aprensión a qué se enfrentaban los habitantes de Anarkia. Aquello era tecnología militar de última generación que costaba millones. InGenIo no pensaba andarse con chiquitas en aquella ocasión. Querían recuperar su propiedad intelectual sin perjudicar la reputación del producto, y cualquier cosa que se interpusiera en su camino sobre la roca de arrecife sería eliminada.

—Ya hemos decidido quiénes formarán parte del grupo de periodistas —dijo el insecto—, Andrew Worth, y usted no figura entre los favoritos de la invasión. —Hablabla con un tono un poco irónico y una inflexión perfecta, pero el acento era inquietantemente neutro. No podía discriminar si su discurso era autónomo o estaba hablando en tiempo real con los mercenarios o sus relaciones públicas.

—No quiero cubrir la guerra. He venido a ofrecerles la oportunidad de evitar cierta publicidad negativa.

El insecto se inclinó hacia delante enfadado, mientras unos delicados diseños de muaré con flecos de interferencias brotaban y se apagaban en su superficie de camuflaje. Me quedé inmóvil; el instinto me decía que corriera, pero me temblaban las piernas. La cosa se detuvo a dos o tres metros y volvió a desaparecer de la vista. No me cupo ninguna duda de que podría alzar las patas delanteras en cualquier momento y decapitarme al instante.

—Hay una fem en la isla que morirá si no es evacuada en unas horas —dije al aire sólido después de recuperar la compostura—. Y si eso sucede, SeeNet está dispuesta a emitir un documental titulado: *Violet Mosala: mártir de la technolibération*.

Era verdad, aunque Lydia se había resistido un poco al principio. Le había enviado una grabación falsificada de Mosala en la que explicaba los motivos de su emigración, con más o menos lo mismo que había dicho en realidad, aunque no lo había filmado. Tres montadores de la sala de redacción estaban trabajando sin cesar para incluirlo junto con material auténtico de archivo en un obituario que iban poniendo al día. Sin embargo, no había incluido nada sobre la Cosmología Antropológica. Mosala había estado a punto de convertirse en la figura emblemática

del mayor desafío al bloqueo de la historia, pero la habían infectado con un arma vírica y Anarkia estaba ocupada. Seguro que Lydia había sacado sus conclusiones y dado las instrucciones pertinentes a los montadores.

El insecto permaneció en silencio durante largos minutos. Yo estaba inmóvil, con las manos en alto. Me imaginaba cómo ascendía la amenaza del chantaje por la cadena de mando. Quizá la alianza biotecnológica se estaba planteando la opción de comprar SeeNet y enterrar la historia. Pero luego tendrían que tratar con otras redes y seguir pagando para asegurarse el enfoque adecuado. Si la dejaban vivir, podían conseguir lo que querían gratis.

—Si Mosala sobrevive, pueden impedir que vuelva. Pero si muere aquí, el público relacionará su imagen con Anarkia durante los próximos cien años. —Noté una sensación punzante en el hombro y miré la cámara; la había incinerado y las cenizas se esparcían desde un minúsculo punto calcinado de mi camisa.

—El avión puede aterrizar y puede irse con ella. Cuando esté fuera de peligro, prepare una nueva versión de sus planes de emigración y lo que ha sido de ellos desde Ciudad del Cabo. —Era la misma voz de antes, pero el poder tras las palabras venía de mucho más allá de la isla.

No hubo necesidad de añadir: «Si el enfoque es el correcto, será recompensado».

—Lo haré —dije con un gesto de asentimiento.

—¿Seguro? —dudó el insecto—. Creo que no. —Sentí un latigazo de dolor abrasador en el abdomen, grité y caí de rodillas—. Ella volverá sola —añadió—. Usted puede quedarse en Anarkia y documentar la caída.

Alcé la mirada y vi un tenue rastro verde y violeta que oscilaba en el aire mientras la cosa se retiraba, como un destello de luz solar percibido a través de ojos entrecerrados.

Me costó bastante levantarme. El láser me había quemado un ribete horizontal a lo ancho del estómago y el rayo se había entretenido unas milésimas de segundo en la herida anterior. El polímero de carbohidratos se había caramelizado y un líquido marrón acuoso se me escapaba por el ombligo. Mascullé unos tacos a la puerta vacía y empecé a renquear hacia la salida.

Cuando estuve de nuevo entre la gente, dos adolescentes se me acercaron y me preguntaron si necesitaba ayuda. Acepté agradecido y me acompañaron mientras me arrastraba hacia el hospital.

Llamé a De Groot desde la sala de urgencias.

—Han sido muy civilizados y han autorizado el aterrizaje.

—¡Fantástico! —A De Groot se le iluminó la cara demacrada.

—¿Alguna noticia sobre el vuelo?

—Todavía no, pero he hablado con Wendy hace un rato y esperaba una llamada de la presidenta, nada menos. —Dudó—. Violet tiene fiebre. Todavía no resulta

peligrosa, pero...

Pero el arma se había activado. A partir de ahora sería una carrera contra el virus. ¿Qué esperaba? ¿Otro error de cálculo? ¿Inmunidad mágica para la Piedra Angular?

—¿Estás con ella?

—Sí.

—Nos veremos ahí dentro de una hora.

Me atendió la misma doctora que la vez anterior. Había sido un día muy largo para ella.

—No quiero oír tu excusa esta vez —dijo irritada—. La última ya fue bastante mala.

Miré la sala inmaculada y los armarios ordenados de los medicamentos y me atenazó la desesperación. Aunque evacuaran a Mosala a tiempo, había un millón de personas en Anarkia que no tenían ningún lugar al que huir.

—¿Qué haréis cuando empiece la guerra? —dije.

—No habrá guerra.

Intenté imaginarme el montaje de las máquinas y el destino que aguardaba a aquellas personas en las profundidades del aeropuerto.

—Me parece que no tenéis elección —dije con suavidad.

La doctora dejó de ponerme crema en las quemaduras y me miró como si hubiera dicho algo imperdonable, ofensivo y denigrante.

—Vienes de fuera; no tienes ni idea de cuáles son nuestras opciones. ¿Qué te crees? ¿Que hemos pasado los últimos veinte años en una especie de letargo utópico y extasiado, satisfechos con la idea de que nuestra energía kármica positiva repelería todas las invasiones? —Volvió a ponerme crema de forma brusca.

—No. —Estaba desconcertado—. Supongo que estaréis preparados para defenderos, pero esta vez creo que sus armas os superan con creces.

—Escucha —dijo mirándome con dureza mientras desenrollaba una venda—, porque sólo lo diré una vez. Cuando llegue el momento, será mejor que confíes en nosotros.

—¿Sabéis qué hacer?

—Lo sabemos mejor que tú.

—Eso no es mucho —dije con una sonrisa forzada.

Cuando volví al pasillo que conducía a la habitación de Mosala vi a De Groot hablando en voz baja, pero muy nerviosa, con los dos guardias de seguridad. Me vio y me saludó con la mano. Aceleré el paso.

Cuando llegué a su altura, De Groot me enseñó la agenda sin decir nada, pulsó una tecla y apareció un boletín de noticias.

—Las últimas noticias sobre la isla renegada de Anarkia son que el grupo

escindido de anarquistas violentos que ocupa el aeropuerto acaba de acceder a la petición de los diplomáticos sudafricanos de evacuar inmediatamente a Violet Mosala, la ganadora del premio Nobel de veintisiete años de edad que participaba en el controvertido Congreso del Centenario de Einstein. —De fondo se veía un globo terrestre estilizado que giraba tras una foto de Mosala. La imagen se acercaba a Anarkia y luego daba paso a Sudáfrica—. A causa del primitivo equipo médico de la isla, los médicos no han podido dar un diagnóstico preciso, pero se cree que su estado de salud es crítico. Nos han llegado informes desde Mandela que dicen que la presidenta Nchabaleng hizo la solicitud en persona a los anarkistas y ha recibido su respuesta hace tan sólo unos minutos.

Abracé a Karin De Groot, la levanté y di vueltas hasta que me mareé de alegría. Los guardias de seguridad nos miraban sonriendo como niños. Quizá era una victoria microscópica comparada con la invasión, pero me parecía la primera cosa buena que pasaba en mucho tiempo.

—Ya basta —dijo De Groot con delicadeza. Paré y nos separamos—. El avión aterrizará a las tres de la madrugada, a quince kilómetros del aeropuerto en dirección oeste.

—¿Lo sabe Violet? —Contuve la respiración.

—Aún no le he dicho nada —dijo haciendo un gesto de negación—. Está dormida; la fiebre todavía es alta, pero se mantiene estable. Los médicos no saben qué hará el virus a continuación, pero pueden llevar en la ambulancia una gama de medicamentos que cubra las emergencias más probables.

—Ahora sólo me preocupa una cosa —dije serio.

—¿Qué?

—Conociendo a Violet, cuando averigüe lo que hemos hecho a sus espaldas, seguro que, por obstinación, no querrá irse.

De Groot me miró de forma extraña, como si no supiera si bromeaba o no.

—Si piensas eso en serio —dijo—, es que no conoces a Violet en absoluto.

Le dije a De Groot que dormiría un poco y volvería a eso de las dos y media. Quería desearle buen viaje a Mosala.

Busqué a Akili para comunicarle la buena noticia, pero le habían dado el alta. Le mandé un mensaje, volví al hotel, me lavé la cara y me cambié la camisa que había chamuscado el láser. El dolor de las quemaduras estaba adormecido, ausente; el anestésico local lo había hecho desaparecer como por arte de magia. Me sentía maltrecho, pero triunfante, y demasiado inquieto para descansar; dormir, ni me lo planteaba. Eran casi las once, pero las tiendas todavía estaban abiertas. Salí, me compré otra cámara para el hombro y paseé por la ciudad grabando todo lo que veía. ¿La última noche de paz en Anarkia? El ambiente de la calle no tenía nada que ver con la atmósfera de asedio que reinaba entre los físicos y los periodistas del hotel, pero se notaba una sensación de nerviosismo, como en Los Ángeles durante una alerta por terremoto (estuve en uno que resultó ser una falsa alarma). En la mirada de los transeúntes notaba curiosidad e incluso desconfianza, pero no mostraban señales de hostilidad. Era como si pensarán que podía ser un espía de los mercenarios y aun así, se tratara sólo de un rasgo atípico que no tenían la intención de echarme en cara.

Me detuve en medio de una plaza muy iluminada y consulté las noticias de la red. Buzzo no había convocado la rueda de prensa para admitir su error, pero ahora que Mosala mostraba síntomas, quizá se tomara en serio la amenaza de los extremistas y lo reconsiderase. La información sobre la situación de Anarkia apestaba, sin excepciones, pero SeeNet se adelantaría a todos con el anuncio de los verdaderos motivos de la ocupación. Aunque Mosala sobreviviera, la verdad perjudicaría enormemente a la alianza probloqueo.

El aire era húmedo y frío. Miré los satélites que rodeaban el planeta e intenté encontrar sentido al hecho de que estaba en una isla artificial del Pacífico Sur a punto de entrar en guerra.

¿Estaba toda mi vida codificada en aquel momento, en mis recuerdos y en las circunstancias en que me encontraba? ¿Podría reconstruir el resto sólo con estos datos?

Me parecía que no. Mi niñez en Sydney era inimaginable, tan remota e hipotética como el Big Bang. Incluso el tiempo que había pasado en la bodega del barco pesquero y el encuentro con el robot en el aeropuerto se habían alejado como fragmentos de un sueño.

No había padecido cólera. No tenía órganos internos.

Las estrellas tenían un brillo glacial.

A la una de la madrugada, las calles todavía estaban llenas, y las tiendas y los restaurantes, abiertos. Nadie parecía tan sombrío como debería estar; quizá todavía



creían que sólo se enfrentaban al hostigamiento al que habían sobrevivido otras veces.

Vi un grupo de mascs jóvenes que bromeaban y se reían alrededor de una fuente. Les pregunté si pensaban que la milicia atacaría el aeropuerto pronto. No se me ocurría otro motivo para esa alegría que demostraban. Quizá tomarían parte y estaban preparándose mentalmente.

—¿Atacar el aeropuerto? —Me miraban sin dar crédito—. ¿Para que los masacren?

—Puede que sea vuestra única oportunidad.

Intercambiaron miradas divertidas.

—Todo irá bien —dijo solícito uno de ellos poniéndome la mano en el hombro—. Mantén una oreja pegada al suelo y agárrate fuerte.

Me pregunté qué drogas tomaban.

—Violet está despierta —me dijo De Groot cuando volví al hospital—. Quiere hablar contigo.

Entré solo. La habitación estaba en penumbra y una pantalla cerca de la cabecera de su cama brillaba con datos verdes y naranja.

—¿Irás en la ambulancia conmigo? —La voz de Mosala era débil, pero lúcida.

—Si quieres.

—Quiero que lo grabes todo y hagas buen uso de la grabación si hace falta.

—Lo haré. —No sabía muy bien a qué se refería: ¿acusar a InGenIo de su muerte si llegaba el caso? No le pedí detalles; estaba harto de política de mártires.

—Karin me ha dicho que fuiste al aeropuerto y negociaste mi evacuación con los mercenarios. —Buscó algún indicio en mi cara—. ¿Por qué?

—Tenía que devolver un favor.

—¿Qué he hecho para merecerlo? —Se rió con suavidad.

—Es una larga historia. —Ya no estaba seguro de si había intentado compensar a Adelle Vunibobo, contribuir a la causa de la *technolibération*, mostrar mi respeto y admiración por Mosala o impresionar a Akili como salvador de la Piedra Angular. Aunque el nombre sonaba menos a creador reverenciado y más a una especie de Santa María Tifoidea, teórica de la información.

De Groot nos trajo noticias sobre el vuelo: todo iba según lo previsto y era hora de partir. Nos acompañarían dos médicos. Me quedé atrás y filmé con la cámara del hombro el traslado de Mosala en una camilla, todavía conectada a la pantalla y a los goteros.

En el garaje, de camino a la ambulancia, vi que llenaban unos cuantos vehículos de ruedas grandes y ligeras con equipo médico, vendas y medicamentos. Quizá trasladaban suministros a otros lugares por si ocupaban el hospital. Me animó ver que

alguien se tomaba la invasión en serio.

Cruzamos la ciudad despacio, sin poner en marcha la sirena. Había más personas en las calles de las que nunca había visto durante el día. Mosala le pidió a De Groot una agenda, la puso en la camilla a su lado y empezó a teclear. Lo que estaba haciendo parecía exigir una concentración intensa, pero me habló sin apartar la mirada de la pantalla.

—Andrew, me sugeriste que nombrara un sucesor para asegurarme de que se concluye el trabajo. Me estoy cuidando de eso ahora.

No veía qué importancia podía tener a aquellas alturas, pero no discutí. Un escáner de alta resolución en Ciudad del Cabo hallaría las estructuras moleculares de las proteínas extrañas al instante y diseñaría y sintetizaría los medicamentos precisos para impedir su avance en cuestión de horas. Demostrar que los moderados estaban equivocados y pedirles la cura ya no suponía ganar un tiempo precioso.

—El programa está trabajando en diez experimentos canónicos —dijo Mosala a la cámara mientras me miraba—. Un análisis completo y combinado nos dará lo que se conocía como los diez parámetros del espacio total, los detalles de la geometría de dimensión diez que subyace en todas las partículas y fuerzas. En términos modernos, esos diez experimentos revelarán conjuntamente y con exactitud cómo se rompe la simetría del preespacio para nosotros. Nos dirán qué tiene en común todo lo que hay en este universo.

—Comprendo.

—No me interrumpas —dijo con un gesto de impaciencia—. Lo que se lleva a cabo en la red de superordenadores, en este momento, sólo son los cálculos. Quería que el programa me dejara los honores: las comprobaciones, la organización de todo y la redacción de un artículo que explique los resultados de forma que todo el mundo los entienda. Pero eso es trivial. Ya sé con exactitud lo que se tiene que hacer con los resultados en cuanto estén disponibles. —Tecleó una ráfaga de instrucciones, miró el resultado y dejó la agenda a un lado—. Todo acaba de ser automatizado. Mi madre me envió una versión de prueba del clonelet de **Kaspar** la semana pasada y probablemente escriba los resultados de forma más elegante que yo. Por lo tanto, esté muerta, viva o en un estado intermedio, el viernes a las seis de la mañana se escribirán esas conclusiones y se mandarán a la red con acceso gratuito universal. También se enviarán copias a todos los profesores y estudiantes de las facultades de física de todas las universidades del planeta. ¿Qué harán ahora los antropocosmólogos? —dijo con una sonrisa de júbilo desafiante—. ¿Matar a todos los físicos del mundo? —Miré a De Groot; tenía los labios apretados y estaba pálida—. No pongáis esa cara, maldita sea —gruñó Mosala—. Sólo me preparo para cualquier contingencia.

Cerró los ojos. Su respiración era irregular, pero aún sonreía. Miré la pantalla; la

fiebre le había subido a cuarenta grados con nueve décimas.

Dejamos la ciudad atrás; las ventanas de la ambulancia sólo mostraban nuestros reflejos. La conducción era suave y el motor no hacía ruido. Al cabo de un rato, me pareció que podía oír la exhalación de la roca de arrecife a través de una perforación distante, pero me di cuenta de que era el silbido del avión que se aproximaba.

Mosala perdió el conocimiento y nadie intentó despertarla. Llegamos al punto de encuentro y salí de la ambulancia rápidamente para cubrir el aterrizaje, más por la promesa que había hecho que por ningún vestigio de profesionalidad. El avión descendió en vertical a unos cuarenta o cincuenta metros de nosotros, el fuselaje gris iluminado por la luz de la luna y los motores de aterrizaje vertical arrancando un polvo cáustico de piedra caliza de la matriz de roca. Quería saborear aquel momento de victoria, pero la imagen del pulcro avión militar que aterrizaba a oscuras en medio de ninguna parte hizo que se me cayera el alma a los pies. Supuse que pasaría lo mismo en la evacuación naval: el mundo exterior entraría de puntillas, recogería a sus ciudadanos y se marcharía. Los anarkistas tendrían que asumir lo que se les venía encima.

Los dos mascos que descendieron en primer lugar llevaban uniforme de oficial y pistola, pero quizá fueran médicos. Formaron un corrillo y cuchichearon con los doctores; sus voces se perdían entre el zumbido de los motores que, aunque estaban parados, seguían refrigerándose para que no se recalentaran. Bajó un masc joven con ropa de civil arrugada y un aspecto demacrado y desorientado. Me costó un poco reconocerlo: era Makompo, el marido de Mosala.

De Groot fue a saludarlo y se abrazaron en silencio. Me quedé atrás mientras lo acompañaba hasta la ambulancia. Me volví y miré a lo lejos, más allá de la roca de arrecife gris y verde, donde vetas de minerales dispersos atrapaban la luz de la luna y brillaban como la espuma de un océano imposiblemente sereno. Cuando me volví, los soldados llevaban a Mosala, sujeta a la camilla, hasta el avión. Makompo y De Groot los seguían. De repente, me sentí muy cansado.

—¿Vienes con nosotros? —gritó De Groot, que había bajado y se me acercaba—. Dicen que sobra espacio.

La miré. ¿Qué me retenía allí? Mi contrato con SeeNet era para hacer un perfil de Mosala, no para grabar la caída de Anarkia. El insecto invisible me había prohibido unirme al vuelo, pero si me iba, ¿se enterarían los mercenarios? Una pregunta estúpida. Al aire libre, los satélites militares eran capaces de ver las huellas dactilares de las personas y leer conversaciones en los labios por infrarrojos. Pero ¿dispararían al avión y echarían a perder todo el ejercicio de relaciones públicas además de provocar una represalia sólo para castigar a un oscuro periodista? No.

—Ojalá pudiera —dije—, pero hay alguien aquí a quien no puedo abandonar.

—Buena suerte a los dos —dijo De Groot después de asentir. No pidió más

explicaciones y me dio la mano—. Espero verte pronto en Ciudad del Cabo.

—Lo mismo digo.

Los dos médicos guardaron silencio mientras volvíamos al hospital. Estaba seguro de que querían hablar de la guerra, pero no delante de un extranjero. Comprobé lo que había grabado con la cámara del hombro porque aún no me fiaba de aquella tecnología poco familiar y lo mandé a la consola de casa.

La ciudad estaba más llena que nunca, aunque había pocas personas levantadas. La mayoría estaba de acampada en la calle con sacos de dormir, sillas plegables, hornillos portátiles e incluso tiendas de campaña pequeñas. No sabía si animarme ante la imagen o deprimirme por el optimismo patético que implicaba. Quizá los anarkistas se preparaban de la mejor forma posible para la ocupación de las infraestructuras de la ciudad. Todavía no había visto muestras de pánico, revueltas ni saqueos. Tal vez Munroe tuviera razón y sus conocimientos sobre los orígenes y la dinámica de aquellas reverenciadas actividades culturales bastasen para que pensarán en las consecuencias y se negaran a tomar parte en ellas.

Pero ante un equipo militar que valía mil millones de dólares iban a necesitar mucho más que hornillos, tiendas y sociobiología para que no los asesinaran.

Me despertó el bombardeo. El estruendo parecía venir de lejos, pero la cama temblaba. Me vestí en unos segundos y me quedé en mitad del cuarto, paralizado por la indecisión. Allí no había sótanos ni refugios. ¿Cuál sería el lugar más seguro? ¿La planta baja? ¿Fuera, en la calle? Era reacio a la idea de quedar al descubierto, pero ¿cuatro o cinco pisos sobre la cabeza me ofrecerían alguna protección, o sólo serían un montón de escombros más pesado?

Acababan de dar las seis y apenas había luz. Me acerqué a la ventana con cautela sobreponiéndome a un temor absurdo a los francotiradores: como si yo le importara a alguien de cualquier bando. Se veían cinco columnas de humo blanco a media distancia, que brotaban de vértices ocultos como tornados lánguidos. Le pedí a **Sísifo** que buscara en las redes imágenes más cercanas: muchas personas habían mandado grabaciones. La roca de arrecife era elástica y antiinflamable, pero los proyectiles debían de estar cargados con algún agente químico hecho a medida para infligir más daños que los provocados por el calor y el impacto, porque los resultados no parecían edificios destrozados, sino los desechos de yacimientos mineros vertidos en solares vacíos. Seguro que nadie había sobrevivido dentro, pero a las calles adyacentes no les había ido mucho mejor: estaban enterradas bajo varios metros de polvo calcáreo.

Las personas que acampaban fuera del hotel no parecían sorprendidas; la mitad ya había recogido y se ponía en marcha, y el resto desmontaba las tiendas, doblaba mantas, enrollaba sacos de dormir y empaquetaba los hornillos. Oía el llanto de los bebés y la atmósfera entre el gentío era muy tensa, pero nadie había resultado aplastado en la huida. Todavía. Si miraba más allá de la calle, podía distinguir una corriente lenta y estable de personas que se dirigían al norte, lejos del centro de la ciudad.

Esperaba encontrarme con algo mortal y silencioso: a fin de cuentas, los de InGenIo eran ingenieros biológicos; pero debería haberme imaginado que no sería así. Una lluvia de explosiones, edificios reducidos a cenizas y un torrente de refugiados eran imágenes mejores para *La anarquía llega a Anarkia*. Los mercenarios no habían venido a tomar el mando de la isla con eficiencia clínica, sino a demostrar que todas las sociedades renegadas estaban condenadas a derrumbarse en un caos telegénico.

Un proyectil estalló al este del hotel, el más cercano hasta el momento. Llovió polvo blanco del techo y una esquina de la ventana de polímero se soltó del marco y se arrugó como una hoja marchita. Me senté en el suelo y me cubrí la cabeza mientras me maldecía por no haberme ido con De Groot y Mosala y maldecía a Akili por no responder a mis mensajes. ¿Por qué no podía aceptar el hecho de que no significaba nada para él? Le había sido de utilidad en la lucha para proteger a Mosala de los CA

herejes y le había dado la noticia que supuestamente desvelaba la verdad sobre Angustia, pero ahora que se acercaba la gran plaga, yo era irrelevante.

Se abrió la puerta. Una fem mayor de las Fiyi entró en la habitación; los empleados del hotel no llevaban uniforme, pero me pareció que la había visto antes trabajando en el edificio.

—Estamos evacuando la ciudad —me dijo de forma seca—. Coge sólo lo que puedas llevar. —El suelo ya no se movía, pero me puse en pie vacilante y sin saber si la había oído bien.

Cogí la maleta que tenía hecha y la seguí hasta el pasillo. Mi habitación estaba justo al lado de las escaleras y ella se dirigía a la siguiente puerta.

—¿Has comprobado...? —Señalé con un gesto la otra mitad del pasillo: unas veinte puertas.

—No. —Durante un momento no parecía dispuesta a confiarme la tarea, pero cedió. Me dio la llave de acceso y dejó que mi agenda copiara su firma digital.

Dejé la maleta junto a las escaleras. Las primeras cuatro habitaciones estaban vacías. Estallaban proyectiles constantemente, casi todos piadosamente alejados. Mantenía un ojo en la pantalla mientras acercaba la agenda a las cerraduras; alguien se dedicaba a recoger todos los informes sobre los daños y transmitía un mapa de la ciudad con anotaciones. Hasta entonces, habían demolido veintiún edificios, casi todos de viviendas. Sin duda, si hubieran elegido objetivos estratégicos, los habrían alcanzado; quizá no atacaban las infraestructuras más valiosas porque las reservaban para instalar un gobierno títere en la segunda oleada de la invasión que «rescataría» la ciudad de la «anarquía». Quizá se trataba simplemente de arrasar tantas viviendas como pudieran y obligar al mayor número de personas a dirigirse al desierto.

Me encontré con Lowell Parker, el periodista de Atlántica que había visto en la rueda de prensa de Mosala, agachado en el suelo y tembloroso, en el mismo estado en que me había encontrado la fem del hotel. Se recuperó rápidamente y pareció aceptar las noticias de la evacuación con gratitud, como si todo lo que esperara fuera una palabra sobre un plan definitivo aunque viniera de alguien que no sabía nada.

En las diez o doce habitaciones siguientes me encontré con cuatro personas más, probablemente periodistas o académicos, aunque no reconocí a ninguno; casi todos habían hecho las maletas y esperaban que les dijeran qué hacer. Nadie cuestionó el mensaje que transmitía. Yo también estaba ansioso por huir del bombardeo, pero la idea de un millón de personas saliendo de la ciudad empezaba a asustarme. Los mayores desastres de los últimos cincuenta años habían sucedido entre los refugiados que huían de las zonas de combate. Quizá fuera más sensato arriesgarme a jugar a la ruleta rusa con los proyectiles.

Sabía que la última habitación era una suite, el reflejo de la de Mosala y De Groot; la simetría arquitectónica del edificio lo exigía. La firma clonada de la llave

abrió la cerradura, pero había un pasador que sólo dejaba una abertura estrecha.

Llamé a gritos, pero no contestó nadie. Intenté utilizar el hombro y me hice bastante daño sin conseguir ningún resultado. Sudoroso, le di una patada a la puerta cerca de la cadena; fue el doble de doloroso y casi se me abrieron los puntos, pero funcionó.

Henry Buzzo estaba tirado boca arriba en el suelo bajo la ventana. Me acerqué asustado mientras pensaba que no tendría muchas oportunidades de conseguir ayuda en medio del caos. Buzzo llevaba un albornoz de terciopelo rojo y tenía el pelo mojado, como si acabara de salir de la ducha. ¿Un arma biológica de los extremistas que, por fin, había hecho efecto? ¿O un ataque al corazón ocasionado por las explosiones?

Ninguna de las dos cosas. El albornoz estaba empapado de sangre y tenía un agujero en el pecho. No había sido un francotirador porque la ventana estaba intacta. Me agaché y le puse dos dedos sobre la carótida. Estaba muerto, pero todavía tibio.

Cerré los ojos y apreté los dientes para no gritar de frustración. Había costado mucho sacar a Mosala de la isla, pero Buzzo se podría haber salvado con facilidad. Si hubiera admitido el fallo de su teoría estaría vivo.

Sin embargo, no lo había matado el orgullo, coño. Tenía derecho a ser obstinado, a defender su teoría aunque tuviera fallos. Estaba muerto sólo por una razón: algún antropocosmólogo psicópata lo había sacrificado como ofrenda al espejismo de la trascendencia.

Encontré dos umascs, guardas de seguridad, en el segundo dormitorio: uno totalmente vestido y otro al que, probablemente, habían sorprendido mientras dormía. Parecía que les habían disparado a ambos en la cara. Estaba impresionado, más aturdido que asqueado, pero por fin tuve la presencia de ánimo necesaria para empezar a grabar. Quizá hubiera un juicio, y si iban a reducir el hotel a escombros no quedarían otras pruebas. Tomé un primer plano de los cadáveres y fui de una habitación a la otra haciendo un barrido indiscriminado con la cámara, con la esperanza de grabar los detalles necesarios para una reconstrucción completa del crimen.

La puerta del cuarto de baño estaba cerrada y sentí un brote estúpido de esperanza: quizá una cuarta persona había presenciado los asesinatos y se había puesto a salvo allí. Giré el picaporte y estaba a punto de gritar unas palabras de ánimo cuando, por fin, el significado de la cadena de la puerta principal atravesó mi letargo.

Me quedé absolutamente quieto durante unos segundos; al principio no podía crérmelo y luego tuve miedo de moverme.

Porque oía respirar a alguien. Suave y profundamente, pero no lo bastante suave. Parecía esforzarse en mantener la calma. A unos pocos centímetros.

No podía soltar el picaporte; se me habían agarrotado los dedos. Puse la palma de

la mano izquierda sobre la superficie fría de la puerta, a la altura a la que estaría la cara del asesino, como si esperara notar su contorno, calcular la distancia entre piel y piel por la resonancia de todas las terminaciones nerviosas.

¿Quién era? ¿Quién sería el criminal de los extremistas? ¿Quién había tenido la oportunidad de infectarme con el cólera transgénico? ¿Algún desconocido que me había cruzado en la sala de tránsito de Pnom Pen o en el bazar atestado del aeropuerto de Dili? ¿Uno de los mascs polinesios con traje de negocios que se sentaron detrás de mí en el último tramo del viaje? ¿Indrani Lee?

Temblaba de espanto, convencido de que una bala me reventaría el cráneo en cuestión de segundos, pero una parte de mí quería desesperadamente abrir la puerta y mirar.

Podía emitir en directo a la red y morir en un destello de revelación.

Otro proyectil estalló cerca; la onda de choque resonó en todo el edificio con tanta potencia que el marco estuvo a punto de liberarse de la cerradura.

Me di la vuelta y huí.

La procesión que salía de la ciudad era un duro suplicio, pero quizá no más de lo que tenía que ser. Desde mi perspectiva de caracol, todos los integrantes de la multitud parecían tan aterrorizados, claustrofóbicos y desesperados por la velocidad como yo, pero hacían gala de una paciencia obstinada y desafiante. Avanzaban centímetro a centímetro como funámbulos novatos que calcularan todos los movimientos mientras sudaban a causa de la tensión entre el miedo y el autocontrol. Oía niños gimiendo a lo lejos, pero los adultos que me rodeaban hablaban en susurros entre las detonaciones que agitaban la tierra. Esperaba que en cualquier momento un edificio de viviendas cayera derribado delante de nosotros, enterrara a cien personas y cien más murieran aplastadas en el pánico de la retirada, pero no sucedió, y después de veinte minutos espantosos dejamos el bombardeo atrás.

La procesión seguía moviéndose. Durante mucho tiempo nos mantuvimos apretados como una manada, hombro con hombro, sin ninguna opción excepto mantener el paso, pero cuando salimos de los límites edificadas de la ciudad y entramos en la zona industrial con fábricas y almacenes desperdigados en grandes áreas de roca desnuda, de pronto hubo espacio para moverse con libertad. A medida que la marabunta opaca de mi alrededor se deshizo hasta volverse casi transparente, pude ver unos cuantos *quads* en la distancia por delante de nosotros, y hasta un camión eléctrico que mantenía nuestro paso.

Llevábamos andando unas dos horas, pero el sol todavía estaba bajo, y cuando la muchedumbre se dispersó, una brisa fresca pasó entre nosotros. Me levantó el ánimo, levemente. A pesar de la escala del éxodo, no había presenciado estallidos de violencia. Lo peor que había visto hasta el momento era una pareja enfadada que se



gritaba acusaciones de infidelidad mientras avanzaba, cada uno con un extremo del fardo de sus posesiones envuelto en tela naranja de tienda de campaña.

Estaba claro que habían ensayado la evacuación o, al menos, la habían preparado en detalle mucho antes de la invasión. «Plan de defensa civil D: Dirigirse a la costa.» Una evacuación planificada, con tiendas, mantas y hornillos de energía solar no tenía por qué suponer allí el desastre que podría ser en cualquier otro lugar. Nos acercábamos a los arrecifes y a las granjas marinas, las fuentes de todos los alimentos de la isla. Se podían conectar bombas a los conductos de agua potable con relativa facilidad, lo mismo que a los de aguas residuales. Si el frío, el hambre, la deshidratación y la enfermedad eran los grandes asesinos de la guerra moderna, los habitantes de Anarkia parecían estar equipados de forma única para hacerles frente.

Lo único que me preocupaba era la certeza de que los mercenarios sabían todo aquello perfectamente. Si el objetivo del bombardeo era sacarnos de la ciudad, deberían saber que causarían relativamente poco sufrimiento. Quizá creían que una grabación selectiva del éxodo bastaría para confirmar el fracaso político de Anarkia ante los ojos de casi todo el público, y aunque no hubiera escenas de disentería y hambre, estaba claro que la posición de las naciones antibloqueo ya se había debilitado. Sin embargo, tenía la inquietante sospecha de que desahuciar a un millón de personas a tiendas de campaña no iba a ser suficiente para InGenIo.

Había transmitido la grabación de la suite de Buzzo junto con una declaración breve en la que les aclaraba algunos detalles al FBI y a la oficina central de la empresa de seguridad, que estaba en Suva. Me parecía la manera correcta de que las familias de las tres víctimas se enteraran de su muerte y hacer que se pusiera en marcha una investigación, dentro de lo que permitían las circunstancias. No había mandado copia a SeeNet, no tanto por respeto hacia los familiares de los difuntos como por lo reactivo que era a elegir entre reconocer ante Lydia que le había ocultado hechos sobre Mosala y los CA y complicar el crimen fingiendo que no tenía ni idea del motivo por el que habían asesinado a Buzzo. Hiciera lo que hiciera, a la larga estaba jodido, pero quería retrasar lo inevitable durante unos días más; si podía.

A unas tres horas de marcha lenta de la ciudad vi una masa multicolor borrosa en la distancia, que fue adquiriendo resolución hasta transformarse en un extenso rompecabezas de cuadrados de verde y naranja intenso esparcidos por la roca a pocos kilómetros de distancia. Acabábamos de dejar atrás la planicie central y el terreno iba descendiendo poco a poco hasta la costa. No sabía si era por la pendiente suave o por la visión del final de la caminata, pero, de pronto, la marcha parecía más fácil. Media hora después, las personas de mi alrededor se detuvieron y empezaron a montar tiendas.

Me senté sobre la maleta y descansé un poco. Luego, cumpliendo con mi deber, comencé a grabar. Aunque la evacuación no se hubiera ensayado, la isla colaboraba

con los refugiados de tal modo que, mientras montaban el campamento, el proceso se parecía más al acoplamiento de los componentes que faltaban en una maquinaria compleja y al cumplimiento lógico de una función implícita en la roca desnuda que a cualquier intento desesperado de improvisar ante una emergencia. Una gota del tamaño de una lágrima bastaba para dar comienzo a la cascada que ordenaba a los litófilos que abrieran un pozo hasta un conducto enterrado de agua potable, y después de ver instalar tres bombas ya reconocía la espiral característica de los trazos verdes y azules de los minerales que marcaban los lugares donde se podían perforar pozos de agua potable. Los de las aguas residuales costaron un poco más: se necesitaban pozos más anchos y profundos y había menos lugares de acceso.

Ésta era la otra cara de la moneda de la desquiciada pesadilla de sobrevivir a base de comer neumáticos de Ned Landers: autonomía gracias a la biotecnología, pero sin el extremismo y la paranoia. Sólo esperaba que los fundadores y diseñadores de Anarkia, los anarquistas californianos que habían trabajado para InGenIo varias décadas atrás, todavía estuvieran vivos para ver cómo su invención cumplía su propósito.

A mediodía, al ver los toldos azules que daban sombra a las bombas de agua, las tiendas de color rojo intenso que cubrían las letrinas e incluso un centro de primeros auxilios rudimentario, creía que entendía lo que quiso decir la doctora cuando me dijo que no pensara que sabía más que los de aquí. Comprobé el mapa de daños de la ciudad; ya no lo actualizaban, pero en el último informe se hablaba de unos doscientos edificios arrasados, entre los que estaba el hotel.

Era posible que la *technolibération* nunca pudiera transformar la roca implacable de los continentes en algo tan hospitalario como Anarkia, pero en un mundo acostumbrado a las imágenes de sórdidos campos de refugiados que se ahogaban en el polvo o se hundían en el barro, quizá el contraste de la visión del poblado de los renegados simbolizara las ventajas de acabar con las leyes de las patentes genéticas de manera más persuasiva de lo que habría podido demostrar la isla en tiempos de paz.

Lo filmé todo y mandé la grabación a la redacción de SeeNet con un texto que esperaba que limitara el perjuicio retorcido que podían implicar las imágenes: cuanto menos dramática fuera la situación de los anarkistas, menos oportunidades habría de una reacción política violenta contra la invasión. No quería ver desacreditada a Anarkia con comentaristas que declaraban sabiamente en tono de crítica que siempre había estado destinada a hundirse en el abismo, pero cuando costaba mil cadáveres al día provocar un parpadeo de interés en el espectador medio, si pintaba una escena demasiado optimista, el éxodo no sería noticia.

El primer camión de la costa que vi se quedó sin alimentos mucho antes de llegar hasta nuestra altura. Sin embargo, a las tres de la tarde, en la sexta entrega, ya se

habían plantado dos tiendas mercado cerca de una de las bombas de agua y estaban construyendo un restaurante improvisado. Cuarenta minutos después, me senté en una silla plegable bajo la sombra de un toldo fotovoltaico con un cuenco de estofado marino humeante en el regazo. También estaban comiendo otras personas que se habían visto obligadas a huir sin su equipo de cocina. Miraban la cámara con recelo, pero admitieron que había planes previstos para la evacuación de la ciudad que se habían establecido hacía mucho tiempo y se revisaban todos los años.

Me sentía más optimista y menos sincronizado con el espíritu de los isleños que nunca. Parecían dar por sentado el buen funcionamiento del éxodo (un pequeño milagro para mí), pero ahora que, como siempre habían supuesto, habían salido indemnes y esperaban a que los mercenarios hicieran su próxima jugada, todo parecía menos seguro.

—¿Qué crees que pasará en las próximas veinticuatro horas? —le pregunté a una fem que tenía un niño pequeño en brazos.

Abrazó al niño y no dijo nada.

Fuera, alguien gritó de dolor. El restaurante se vació al instante. Conseguí colarme entre el gentío que se había formado en la estrecha plaza entre los mercados y el restaurante y, acto seguido, me obligaron a echarme atrás mientras se apartaban aterrorizados.

Una maquinaria invisible había elevado a un joven masc de las Fiyi a varios metros de altura; tenía los ojos como platos por el pánico y gritaba pidiendo socorro. Intentaba resistirse, pero los brazos le colgaban a los lados, ensangrentados e inútiles, y un hueso blanco le asomaba entre la carne de un codo. La cosa que lo había cogido era demasiado fuerte para enfrentarse a ella.

Las personas gemían, chillaban e intentaban salir de la plaza. Me demoré demasiado, paralizado por el horror, me empujaron y caí de rodillas. Me tapé la cabeza y me agaché, pero todavía suponía un obstáculo para la estampida. Alguien tropezó conmigo, me golpeó con las rodillas y los codos y se apoyó en mí para recuperar el equilibrio; estuvo a punto de romperme la columna. Me cubrí en el suelo mientras continuaba el embate. Quería levantarme, pero estaba seguro de que si lo intentaba sólo conseguiría caerme de espaldas y que me aplastaran la cara. La súplica desesperada del masc era como una segunda ráfaga de golpes, y hundí la cabeza entre los brazos para no oír el sonido. En algún lugar cercano, una tienda cayó suavemente al suelo.

Pasaron varios segundos en los que nadie chocó conmigo. Levanté la cabeza y vi que la plaza se había quedado desierta. El masc todavía estaba vivo, pero los ojos se le quedaban en blanco de forma intermitente y su mandíbula se movía débilmente. Tenía las dos piernas destrozadas. La sangre caía sobre su torturador invisible, cada gota se paraba a media caída y se extendía durante un momento, al golpear contra una

superficie tangible, antes de desvanecerse en el caparazón oculto. Busqué mi cámara por el suelo mientras emitía sonidos ahogados de ira. Tenía un nudo en la garganta y notaba una opresión en el pecho; todas las inhalaciones y los movimientos eran como un castigo. Encontré la cámara, me la coloqué, me levanté tembloroso y empecé a grabar.

—Ayúdame —dijo mirándome a los ojos sin dar crédito a lo que estaba pasando.

Extendí una mano en su dirección, impotente. El insecto no me hizo caso y supe que no corría peligro: quería que lo vieran, pero yo estaba aturdido de ira y frustración y me caían gotas punzantes de sudor frío por la cara y el pecho.

Un brillo delicado de interferencias se deslizó por la figura del robot cuando elevó más al masc. La cámara siguió la dirección de mi mirada hacia arriba, hasta que supe que sólo enfocaba el cuerpo roto y el cielo impasible.

—¿Dónde está ahora la milicia de los cojones? —me oí bramar—. ¿Dónde están vuestras armas? ¿Dónde están las bombas? ¡Haced algo!

La cabeza del masc estaba colgando; yo esperaba que hubiera perdido el conocimiento. Unas pinzas invisibles se cerraron alrededor de su columna y lo lanzaron a un lado. Oí el cuerpo golpear el toldo de la bomba de agua y deslizarse hasta el suelo.

Los diez mil habitantes del campamento parecían gemir dentro de mi cabeza y yo gritaba incoherencias, pero mantuve los ojos fijos en el lugar en el que tenía que estar el robot.

Se oyó un sonido de tierra arañada delante de mí. Un silencio angustioso descendió por los callejones de alrededor de la plaza. El insecto jugaba con la luz, mientras dibujaba su contorno para nosotros, en roca de arrecife gris contra el cielo y en azul celeste contra la roca. El cuerpo que colgaba de las seis patas vueltas hacia arriba en forma de «V» era largo y estaba segmentado; una cabeza giratoria burda en cada extremo se volvía con curiosidad mientras husmeaba el aire. Cuatro tentáculos ágiles que acababan en garras afiladas se deslizaban dentro y fuera de unas vainas del caparazón.

Me quedé atontado en medio del silencio, a la espera de que pasara algo, de que alguien con un chaleco lleno de explosivos plásticos saliera de una calle y corriera directamente hacia la máquina con la idea de un abrazo kamikaze..., aunque antes de que pudiera acercarse a menos de diez metros ya lo habría lanzado contra la muchedumbre para que incinerara a un grupo de amigos.

La cosa arqueó el cuerpo, alzó un par de miembros y los extendió en un gesto de triunfo.

Después se fue dando bandazos hacia un hueco entre dos tiendas mientras las personas se lanzaban contra las lonas y las arañaban de forma desesperada para abrirse paso y apartarse de su camino.

Corrió por un callejón y desapareció en dirección sur, de vuelta a la ciudad.

Acurrucado en el suelo detrás de las letrinas, sin fuerzas para enfrentarme a las personas desmoralizadas del campamento, envié la grabación del asesinato a SeeNet. Intenté componer un texto de acompañamiento, pero todavía estaba impresionado y no podía concentrarme. Pensé que los corresponsales de guerra veían cosas peores día tras día. ¿Cuánto tiempo necesitaría para habituarme a aquello? Miré las noticias internacionales. Todos seguían hablando de anarquistas rivales, incluso SeeNet, que no había emitido nada de lo que había mandado.

Me pasé cinco minutos intentando calmarme y llamé a Lydia. Me costó media hora que me pasaran con ella. A mi alrededor sólo se oía el llanto de los refugiados. ¿Cómo sería después del décimo ataque? ¿Del centésimo? Cerré los ojos y pensé en Ciudad del Cabo, en Sydney, en Manchester... en cualquier lugar.

—Estoy aquí cubriendo esto —dije cuando contestó—, ¿qué ha pasado con mi grabación? —Lydia no estaba al cargo de las noticias, pero era la única persona que podía darme una respuesta directa.

—Tu obituario de Violet Mosala tenía una escena completa falsificada —dijo Lydia con expresión fría e iracunda—. Y no decías nada de la secta que ha matado a Yasuko Nishide y a Henry Buzzo. He visto lo que mandaste a la empresa de seguridad sobre el cólera y el barco de pesca. ¿A qué juegas?

Busqué excusas e intenté encontrar alguna adecuada; sabía que «Mosala habría muerto si yo no te hubiera utilizado» no era lo bastante buena.

—En realidad dijo todo lo que falsifiqué —dije—. De forma extraoficial. Pregúntaselo.

—Sigue siendo inaceptable —dijo Lydia sin inmutarse—. Viola las directrices. Y no podemos preguntarle nada porque ha entrado en coma.

No quería oír eso; si Mosala sufría lesiones cerebrales, todo habría sido inútil.

—No podía contarte el resto... porque no quería alertar a CA haciendo público todo el asunto. —Era una tontería; los antropocosmólogos ya sabían exactamente cuánto había contado a las autoridades.

—Mira —dijo mientras su expresión se suavizaba, como si fuera evidente que había ido tan lejos que merecía compasión en vez de una reprimenda—, espero que encuentres la manera de volver a casa sano y salvo. Pero el documental está cancelado: has violado las condiciones del contrato y a los de las noticias no les interesa tu información sobre los problemas políticos de la isla.

—¿Problemas políticos? Estoy en medio de una guerra provocada por la mayor empresa de biotecnología del planeta. Soy el único periodista de la isla que tiene una idea de lo que está pasando, y el único de SeeNet. ¿Cómo puede no interesarles?

—Estamos negociando con otro.

—¿Sí? ¿Quién? ¿Janet Walsh?

—No es asunto tuyo.

—¡No te creo! Los de InGenIo están asesinando gente, y...

—No quiero oír más... propaganda tuya —dijo Lydia mientras levantaba una mano para silenciarme—, ¿entiendes? Lamento que hayas pasado por tantas dificultades y que los anarquistas se estén matando entre ellos. —Me pareció que lo sentía de verdad—. Pero si has tomado partido y quieres atacar el bloqueo y las leyes de patentes con material falso, es tu problema. No puedo ayudarte.

»Ten mucho cuidado, Andrew. Adiós.

Al anochecer paseé por el campamento, mientras filmaba y enviaba la grabación en tiempo real a la consola de casa, para que quedara constancia de todo por si llegaba a ser de alguna utilidad.

Las infraestructuras del pueblo de refugiados todavía estaban intactas; las bombas seguían funcionando y los servicios sanitarios eran impecables. Había luces por todos lados, halos naranja y verdes que atravesaban las lonas. El aroma a comida salía de casi todas las puertas. La electricidad fotovoltaica que almacenaban las tiendas duraría horas. No se habían causado grandes daños ni se habían perdido las comodidades.

Pero las personas con las que me cruzaba estaban tensas, asustadas y silenciosas. El robot podía regresar en cualquier momento del día o la noche y matar a otro o a mil.

Al enviar a los robots fuera de la ciudad para que atacaran al azar, los mercenarios podían hundir la moral y obligar a los del campamento a retirarse a mayor distancia, más cerca de la costa. Si forzaban a los refugiados del efecto invernadero a ir hasta la línea de la costa para esperar la siguiente tormenta fuerte, el destino que intentaron evitar cuando vinieron a Anarkia, estarían dispuestos a abandonar la isla en grupo.

No sabía qué podía haber pasado con la milicia; quizá ya los habían asesinado a todos durante una resistencia idiota en la ciudad. Busqué en la red local; había informes sombríos de unos cuantos ataques como el que había presenciado, pero poco más. No esperaba que los anarkistas emitieran secretos militares, pero la ausencia de propaganda de aliento y proclamas de una inminente victoria para elevar la moral me pareció extraña y escalofriante. Quizá el silencio significara algo, pero si ése era el caso, no pude descifrarlo.

Me estaba quedando frío. Era reacio a pedir refugio en la tienda de un desconocido; no temía que me rechazaran, pero aún me sentía como un intruso a pesar de todos mis gestos de solidaridad. Aquellas personas estaban bajo asedio y no tenían motivos para confiar en mí.

Me senté en el restaurante a beber una sopa caliente y clara. Los otros comensales

hablaban entre ellos en voz baja y me miraban más con cautela estudiada que con hostilidad manifiesta, pero me excluían igualmente.

Había destrozado mi carrera por Mosala y la *technolibération*, pero no había conseguido nada. Mosala estaba en coma y Anarkia al borde de un declive largo y sangriento.

Me sentía atontado, paranoico e inútil.

Entonces recibí un mensaje de Akili. Había escapado de la ciudad sana y salva y estaba en otro campamento a menos de un kilómetro.

—Siéntate donde te sea más cómodo.

En la tienda sólo había una mochila y un saco de dormir extendido. El suelo transparente parecía seco a pesar del rocío de fuera, pero era tan fino que se notaba la arena a través del plástico. Un parche negro de la lona radiaba un calor agradable; funcionaba con la energía solar que se almacenaba en los polímeros de desplazamiento de carga entretejidos en todas las fibras del material de la tienda.

Me senté en un extremo del saco. Akili se sentó con las piernas cruzadas a mi lado. Miré alrededor agradecido; por muy sobria que fuera, era mucho mejor que la roca desnuda.

—¿Dónde has encontrado esto? No sé si disparan a los saqueadores en Anarkia, pero diría que vale la pena arriesgarse.

—No lo he robado —bufó Akili—. ¿Dónde crees que me he alojado durante las últimas dos semanas? No todos podemos permitirnos el Ritz.

Intercambiamos novedades. Akili ya había oído casi todas las mías de otras fuentes: la muerte de Buzzo, la evacuación de Mosala y su condición incierta. Pero ignoraba la broma que había preparado para CA: la difusión automática de su TOE por el mundo.

Akili frunció el ceño y se quedó en silencio un buen rato. Algo había cambiado en su rostro desde que le vi en el hospital. El profundo impacto que le causaron las noticias de la supuesta plaga de la información había dado paso a una mirada expectante, como si estuviera dispuesta a contraer Angustia en cualquier momento y casi deseosa de abrazar la experiencia a pesar de la ansiedad y el horror que mostraban todas sus víctimas. Incluso los pocos que, a su extraña manera, habían tenido momentos breves de calma y lucidez habían sufrido una recaída inmediata. Si yo creyera que el síndrome era nuestro destino, no querría seguir viviendo.

—Aún no hemos conseguido adaptar los modelos a los datos —confesó Akili—. Nadie sabe qué pasa. —Parecía resignada a que la plaga eludiera un análisis preciso a corto plazo, pero confiaba en que su explicación fuera correcta—. Los nuevos casos aparecen demasiado deprisa, a un ritmo más acelerado que el del crecimiento exponencial.

—Entonces puede que estéis equivocados con lo de la mezcla de la información. Hicisteis una predicción de crecimiento exponencial y ha fallado. Quizá habéis interpretado demasiada antropocosmología en los desvaríos de cuatro enfermos.

—Ya son diecisiete —dijo con un gesto que descartaba esa posibilidad—. Tu colega de SeeNet no es el único que ha presenciado el fenómeno; otros periodistas han empezado a informar sobre lo mismo. Y hay un modo de explicar la discrepancia en el número de casos.



—¿Cómo?

—Varias Piedras Angulares.

—¿Cuál sería el nombre colectivo? —Me reí cansado—. Seguro que no será un arco de Piedras Angulares. ¿Una cúpula? ¿La premisa de los antropocosmólogos no es una persona con una teoría que confiere existencia al universo por medio de su explicación?

—Una teoría, sí; y una persona siempre nos ha parecido lo más probable. Sabíamos que la TOE se transmitiría al mundo, pero pensábamos que el descubridor revelaría todos los detalles. Nunca nos habíamos planteado que pudiera estar en coma cuando la TOE completa se entregara a miles de personas a la vez. Es algo que no podemos adaptar a un modelo: las matemáticas se vuelven inmanejables. —Extendió los brazos en un gesto de resignación—. No importa. Todos averiguaremos la verdad muy pronto.

—¿Y cómo la averiguaremos? —dije, mientras se me ponía la piel de gallina. Cuando estaba con Akili no sabía en qué creía—. La TOE de Mosala no predice la telepatía de la Piedra Angular o de las Piedras Angulares más de lo que predice que se vaya a deshacer el universo. Si tiene razón, vosotros debéis estar equivocados.

—Depende de en qué tenga razón.

—¿En todo? ¿Como su teoría?

—Se podría deshacer el universo esta noche y casi ninguna TOE tendría nada que decir. Las reglas del ajedrez no aclaran si un tablero es bastante resistente para aguantar todas las configuraciones permitidas de las piezas.

—Pero una TOE tiene mucho que decir sobre la mente humana, ¿no? Es un vulgar trozo de materia sujeto a las leyes ordinarias de la física. No empieza a mezclarse con la información sólo porque alguien completa una Teoría del Todo al otro lado del planeta.

—Hace dos días habría estado de acuerdo —dijo Akili—. Pero si una TOE no puede aclarar su propia base informativa, es tan incompleta como la Teoría de la Relatividad General, que requería que tuviera lugar el Big Bang y más allá de ese punto se venía abajo. Fue necesaria la unificación de las cuatro fuerzas para solventar esa singularidad. Y parece que hará falta una unificación más para entender el Big Bang explicativo.

—Pero hace dos días...

—Estaba equivocada. La corriente principal siempre había asumido que una TOE incompleta era lo que tenía que haber. La Piedra Angular lo explicaría todo, salvo cómo podía entrar en vigor una TOE. La antropocosmología aclaraba la cuestión, pero esa parte de la ecuación nunca sería visible. —Akili extendió las dos manos con las palmas juntas en posición horizontal—. Creíamos que la física y la metafísica nunca se unirían. Parecía una premisa razonable porque siempre habían estado

separadas. Como la de que hubiera sólo una Piedra Angular. —Entrelazó los dedos y giró las manos en un ángulo de cuarenta y cinco grados—. Pero resulta que es una equivocación. Quizá porque la TOE que unifica la física y la información, la que mezcla ambos niveles y establece su propia autoridad, es la antítesis de lo que sería deshacer el universo. Es más estable que cualquier otra posibilidad porque se afirma a sí misma y estrecha el nudo.

De pronto me acordé de la noche en que visité a Amanda Conroy y le dije medio en broma que la separación de poderes entre Mosala y los Cosmólogos Antropológicos era algo positivo. Más tarde, Buzzo había postulado en tono de burla una teoría que se sustentaba a sí misma, se defendía, descartaba a todas las rivales y se negaba a que la absorbieran.

—Pero ¿de quién es la teoría que va a unificar la física y la información? —dije—. La TOE de Mosala no intenta «establecer su propia autoridad».

—Nunca fue su intención hacerlo —dijo Akili, sin que mi comentario le pareciera un obstáculo—, pero no entendió bien el alcance de su obra, o alguien de la red cogerá su TOE puramente física y la ampliará para que abarque la teoría de la información. Es cuestión de días o de horas.

Miré al suelo. De repente me sentí enfadado y me cayeron encima todos los horrores mundanos del día.

—¿Cómo puedes estar aquí sentada dando vueltas a todas esas sandeces? ¿Qué ha pasado con la *technolibération*? ¿Con la solidaridad con los renegados? ¿Con acabar con el bloqueo? —Mis habilidades y contactos insignificantes se habían quedado en nada ante la invasión, pero me imaginaba que Akili tendría mil veces más recursos, que desempeñaría un papel crucial en el núcleo de la resistencia y orquestaría un contraataque brillante.

—¿Qué esperas que haga? —dijo con calma—. No soy soldado ni sé cómo ganar la guerra de Anarkia. Pronto habrá más personas con Angustia que habitantes hay en la isla, y si CA no intenta analizar la plaga de la información, nadie más lo hará.

—¿Ahora estás dispuesta a creer que entenderlo todo nos enloquecerá? —Me reí con amargura—. ¿Que las sectas de la ignorancia tenían razón? ¿Que la TOE nos enviará al abismo entre gritos y pataleos? Justo cuando me había hecho a la idea de que algo así no podía ocurrir.

—No sé por qué la gente se lo toma tan mal. —Akili se agitó incómoda. Por primera vez detecté un rastro de miedo en su voz, abriéndose paso entre su resuelta aceptación—. Será que la mezcla antes del Instante Aleph es imperfecta y está distorsionada —añadió—. Porque si no hubiera un error de alguna clase, la primera víctima de Angustia lo habría explicado todo y se habría convertido en la Piedra Angular. No sé cuál será el fallo, qué es lo que falta ni qué hace que el entendimiento parcial sea tan traumático, pero cuando se complete la TOE... —Su voz se había ido

apagando. Si el Instante Aleph no ponía fin a la Angustia, las miserias de la guerra de Anarkia no significarían nada. Si no se podía afrontar la TOE, lo único que nos esperaba era la locura universal.

Los dos nos quedamos en silencio. El campamento estaba tranquilo salvo por los llantos distantes de algunos niños y el ruido apagado de los cacharros de cocina de las tiendas cercanas.

—¿Andrew? —dijo Akili.

—¿Sí?

—Mírame.

Volví la cara y le miré directamente por primera vez desde mi llegada. Sus ojos oscuros estaban más luminosos que nunca: inteligentes, curiosos y comprensivos. La belleza natural de su rostro provocaba una resonancia profunda y sorprendente en mi interior, un escalofrío de reconocimiento que reverberaba desde la oscuridad del cráneo hasta la base de la columna. Al mirarle, me dolía todo el cuerpo, todas las fibras musculares y los tendones. Pero era un dolor grato como si me hubieran golpeado hasta matarme y entonces descubriera que me despertaba de manera imposible.

Eso era Akili: mi última esperanza, mi resurrección.

—¿Qué quieres? —dijo.

—No sé a qué te refieres.

—Vamos, no estoy ciega. —Buscó algún indicio en mi cara frunciendo el ceño ligeramente, sorprendida pero no acusadora—. ¿He hecho algo para incitarte? ¿Te he dado una idea equivocada?

—No. —Quería que se me tragara la tierra y deseaba tocarle más que respirar.

—Les ásex neuronales pueden perder la pista de los mensajes que transmiten. Creía que lo había dejado todo claro, pero si te he confundido...

—Sí —interrumpí—. Claro que sí. —Oía cómo se me desintegraba la voz. Esperé un momento y me obligué a respirar profundamente; quería deshacer el nudo que tenía en la garganta—. No es culpa tuya. Perdona si te he ofendido. Me iré —dije mientras me levantaba.

—No. —Akili me puso una mano en el hombro y me detuvo con delicadeza—. Eres mi amigo y si sufres hemos de encontrar una solución juntos. —Se incorporó a medias y empezó a desatarse los zapatos.

—¿Qué haces?

—A veces crees que sabes algo, que lo has asumido. Pero no es así hasta que lo ves en realidad. —Se quitó la camiseta. Su torso era esbelto, ligeramente musculoso y perfectamente liso, sin pechos, pezones..., nada. Aparté la mirada y me puse en pie decidido a marcharme. En aquel momento estaba dispuesto a abandonarle sin ningún motivo mejor que el de preservar un deseo que siempre había sabido que no conducía

a ningún lado, pero me quedé paralizado, mareado de vértigo.

—No es necesario que lo hagas —dije aturdido.

Akili se levantó y se puso a mi lado. Yo mantenía la mirada fija al frente. Me cogió la mano derecha y se la llevó al estómago, que era plano, suave y sin vello; luego obligó a mis dedos sudorosos a bajar entre sus piernas. No había nada más que piel suave, fría y seca, y al final una diminuta abertura para la uretra.

Me solté. Ardía de humillación, pero conseguí tragarme a tiempo una pulla envenenada sobre las tradiciones africanas. Me retiré a la distancia máxima que permitía la tienda. Todavía me resistía a mirarle la cara y me barrió una oleada de dolor e ira.

—¿Por qué? ¿Cómo podías odiar tanto tu cuerpo?

—Nunca lo odié, pero tampoco lo adoraba. —Hablaba con suavidad y se esforzaba en ser paciente, pero parecía harto de la necesidad de justificarse—. No te tomo por un edenita. Las sectas de la ignorancia veneran las jaulas más pequeñas que encuentran: los accidentes del nacimiento, la biología, la historia y la cultura. Y luego se vuelven contra cualquiera que se atreve a enseñarles los barrotes de una jaula diez mil millones de veces mayor. Pero mi cuerpo no es un templo ni un estercolero. Ésas son las opciones de una mitología estúpida, no las de la *technolibération*. La verdad más profunda sobre el cuerpo es que lo único que lo domina, en última instancia, es la física. Podemos cambiar su forma por la de cualquier cosa que nos permita la TOE.

Aquella lógica fría solo hizo que retrocediera aún más. Estaba de acuerdo en todo, pero me aferraba a mi horror instintivo como a un clavo ardiendo.

—La verdad más profunda es que aún serías real si no hubieras sacrificado...

—No he sacrificado nada. Salvo unos patrones de comportamiento ancestrales inscritos en mi sistema límbico, que se activaban por ciertos impulsos visuales y por las feromonas, y la necesidad de sentir pequeños estallidos de opiáceos endógenos en el cerebro.

Me volví y le miré. Me devolvió una mirada desafiante. La cirugía era impecable, no parecía desequilibrada ni deforme. No tenía derecho a lamentarme por una pérdida que sólo existía en mi mente. Nadie le había mutilado por la fuerza; había tomado la decisión de forma consciente. No tenía derecho a desear devolverle la «salud».

Sin embargo, todavía me sentía afectado y enfadado. Aún quería castigarle por lo que me había arrebatado.

—¿Adónde te lleva eso? —pregunté con ironía—. ¿La extirpación de los instintos animales te confiere una visión interior más amplia y valiosa? No me digas que puedes conectar con la sabiduría perdida de los santos célibes medievales.

—No. —Akili sonrió divertida—. Pero el sexo tampoco ofrece más de lo que puede dar un chute de heroína, por mucho que las sectas sermoneen sobre los «misterios tántricos y la comunión de las almas». Dale a uno de RM un par de setas

mágicas y te diré, sinceramente, que acaba de tirarse a Dios. Porque el sexo, las drogas y la religión dependen de los mismos fenómenos neuroquímicos simples: la adicción, la euforia y la excitación; y todos son igualmente fútiles.

Era una verdad que me resultaba familiar, pero en aquel momento caló hondo. Porque todavía le deseaba y la droga a la que estaba enganchado no existía.

—Si casi todos eligen seguir siendo adictos al orgasmo —añadió Akili mientras levantaba las manos en señal de tregua; no quería hacerme daño, sólo defender su filosofía—, están en su derecho. Ni siquiera el ásex más radical soñaría con obligarlos a seguirnos, pero no quiero que mi vida gire en torno a unos cuantos trucos bioquímicos baratos.

—¿Ni siquiera para hacerte a imagen de tu amada Piedra Angular?

—Todavía no lo entiendes, ¿verdad? —Se rió cansada—. La Piedra Angular no es un punto final teológico ni un ideal cósmico. Dentro de mil años su cuerpo será el mismo chiste obsoleto que los nuestros.

—No me importa —dije. Se me había acabado la ira—. El sexo puede ser mucho más que la simple emisión de opiáceos endógenos.

—Por supuesto que sí. Puede ser una forma de comunicación, pero también lo contrario, con la misma biología en juego. Sólo he renunciado a lo que tienen en común el mejor y el peor sexo. ¿No te das cuenta? Lo único que he hecho es eliminar el ruido.

No encontraba sentido a aquellas palabras. Aparté la mirada derrotado. Sabía que el dolor, que creía fruto del deseo, se debía sólo a los golpes que había recibido de la multitud cuando huía del robot, la punzada de la herida del estómago y el peso del fracaso.

—Pero ¿no necesitas nunca algún tipo de contacto físico? —dije sin esperanza—. ¿No deseas que te acaricien, que te toquen?

—Sí —dijo con suavidad mientras se acercaba a mí—. Eso es lo que intentaba decirte. —Me quedé sin habla. Me puso una mano en el hombro y la otra en la mejilla, y me alzó la cara para encontrar mi mirada—. Si eso es lo que tú quieres y no te resulta frustrante. Si entiendes que no puede transformarse en nada parecido al sexo. Yo no...

—Comprendo —dije.

Me desvestí deprisa antes de que pudiera arrepentirme. Temblaba como un adolescente nervioso y quería que me bajara la erección; no lo conseguí. Akili subió la calefacción y nos tumbamos de lado en el saco de dormir; los ojos atrapados, prácticamente sin tocarnos. Estiré una mano y le acaricié tímidamente el hombro, el cuello y la espalda.

—¿Te gusta?

—Sí.

—¿Puedo besarte? —pregunté después de vacilar.

—Creo que no sería buena idea. Relájate. —Me rozó la mejilla con dedos fríos y bajó con el dorso de la mano por el pecho hacia la venda de mi abdomen.

—¿Todavía te duele la pierna? —le pregunté tembloroso.

—A veces. Relájate. —Me hizo un masaje en los hombros.

—¿Has estado así con... alguien que no fuera ásex?

—Sí.

—¿Masc o fem?

Se rió con suavidad.

—Fem. Deberías ver la cara que pones. Mira, el mundo no se va a acabar si te corres. Ella se corrió. No voy a vomitar de asco. —Deslizó una mano hasta mi cadera—. Sería mejor que lo hicieras; te relajarías un poco.

Me estremecí con su tacto, pero la erección iba reduciéndose poco a poco. Toqué la piel sin marcas donde debería haber un pezón, busqué la cicatriz con las yemas de los dedos y no encontré nada. Akili se estiró perezosamente. Empecé a masajearle el cuello.

—Estoy perdido —dije—. No sé qué hacemos ni adónde nos conduce esto.

—A ninguna parte. Podemos parar si quieres y sólo hablar. O podemos hablar sin detenernos. Se llama «libertad» y puede que te acostumbres a ella.

—Es muy extraño. —Nuestros ojos seguían atrapados y Akili parecía bastante satisfecha, pero yo todavía sentía que debía hacer que todo fuera mil veces más intenso—. Sé por qué me parece que esto está mal —añadí—. El placer físico sin sexo...

—Sigue.

—El placer físico sin sexo normalmente se considera...

—¿Qué?

—No te va a gustar.

—Escúpelo. —Me dio un golpe en las costillas.

—Infantil.

—De acuerdo. —Suspiró—. Es la hora del exorcismo. Repite conmigo: «Tío Sigmund, renuncio a ti por embaucador, bravucón y tergiversador. Por corruptor del lenguaje y destructor de vidas ajenas».

Accedí y le estreché entre mis brazos mientras yacíamos con las piernas entrelazadas; teníamos las cabezas apoyadas en los hombros y nos acariciábamos en la espalda. Toda la carga sexual fútil que había sentido desde el barco de pesca se disipó finalmente. El placer venía de la calidez de su cuerpo, los contornos desconocidos de su carne, la textura de su piel y la sensación de su presencia.

Y le encontraba tan bella como siempre. Le quería tanto como siempre.

¿Era lo que había buscado toda mi vida? ¿Amor asexual?

Una idea inquietante, pero la analicé con calma.

Quizá durante todo aquel tiempo me había tragado inconscientemente la mentira edenita de que todo en una relación moderna, perfecta y armoniosa manaba por arte de magia de la madre naturaleza. Que la monogamia, la igualdad, la sinceridad, el respeto, la ternura y el altruismo eran instintivos, biología sexual pura, y seguían su curso sin restricciones, a pesar del hecho de que los criterios de perfección habían cambiado radicalmente a través de los siglos y las culturas. Los edenitas afirmaban que cualquiera que no alcanzase el ideal resplandeciente y se opusiera a la madre Gea de forma perversa estaba corrompido por una niñez traumática, la manipulación de los medios de comunicación o las estructuras de poder profundas y antinaturales de la sociedad moderna.

De hecho, las fuerzas de la civilización coartaban los impulsos reproductores, las restricciones culturales los inhibían, y ambas los habían puesto al servicio de la creación de la cohesión social de maneras incontables, pero no habían cambiado en realidad en decenas de miles de años. Contradecían y silenciaban las convenciones actuales con la misma frecuencia con que las apoyaban. La infidelidad de Gina no había sido un crimen contra la biología y cualquier cosa que yo hubiera hecho para alejarla de mí había sido una falta de esfuerzo consciente, una falta de cortesía que a cualquier antepasado de la Edad de Piedra le habría parecido secundaria. Prácticamente todo lo que los humanos modernos valorábamos en las relaciones, por encima del acto sexual y cierto grado de protección hacia la pareja y la descendencia, surgía de una voluntad independiente. Había una cubierta maciza hecha de convenciones morales y sociales que envolvía el diminuto núcleo de comportamiento instintivo, y la semilla de arena se parecía muy poco a la perla.

Yo no había tenido intención de abandonar, pero si había fallado de forma tan estrepitosa una y otra vez a la hora de conciliar ambas cosas...

Si la elección se reducía a la biología o la civilización...

Ahora sabía cuál valoraba más.

Al cabo de un rato, nos metimos en el saco de dormir para no enfriarnos. Todavía estaba aturdido por la desesperación ante la tragedia de Anarkia, el medio asesinato sin sentido de Mosala y mi carrera arruinada. Pero Akili me besó en la frente y se esforzó por desentumecerme la espalda y los hombros doloridos. Hice lo mismo por él, con la esperanza de que pudiera sobrellevar mejor su temor a la gran plaga de la información en la que yo todavía no creía.

Me desperté confuso con el sonido de la respiración de Akili a mi lado. Una luz gris azulada sin sombras, como la del mediodía, bañaba la tienda. Vi el disco de la luna en lo alto, un foco de luz blanca orlado con un arco iris debido a la difracción que atravesaba el tejido del techo.

Pensé que Akili había ido a recibirme al aeropuerto. Podría haberme infectado con el cólera transgénico porque sabía que lo llevaría hasta Mosala.

Y cuando el arma falló me proporcionó el antídoto para ganarse mi confianza con la esperanza de utilizarme por segunda vez, pero los moderados no lo sabían, nos raptaron a los dos y no hubo necesidad de volver a atacar a Mosala.

Era pura paranoia. Cerré los ojos. ¿Para qué iba a fingir un extremista que creía en la plaga de la información? Y si la creencia era sincera, ¿por qué matar a Buzzo cuando el Instante Aleph era inevitable? En cualquier caso, ahora que Mosala estaba en Ciudad del Cabo y su trabajo seguiría en marcha con o sin ella, ¿qué utilidad podía tener yo para los extremistas?

Me separé y salí del saco. Akili se despertó mientras me vestía.

—La tienda de las letrinas está iluminada en rojo —murmuró medio dormida—, no tiene pérdida.

—No tardaré.

Anduve sin rumbo mientras intentaba aclarar las ideas. Era más temprano de lo que creía, apenas pasadas las nueve, pero hacía un frío sorprendente. Algunas tiendas todavía tenían la luz encendida, pero las calles estaban desiertas.

Pensar en Akili como asesino extremista no tenía sentido. ¿Por qué habría luchado por sacarnos del pesquero? Pero la duda que había sentido arrojaba una sombra sobre todo, como si mi desconfianza fuera igual de desastrosa que cualquier posibilidad de tener razón. ¿Cómo era posible que, después de que hubiéramos pasado juntos por tanto, al despertarme a su lado me preguntara si todo era mentira?

Llegué al extremo sur del campamento. Aquellas personas debían de haber sido las últimas en encaminarse al norte, porque a partir de allí no se veía nada excepto roca de arrecife desnuda hasta el horizonte.

Dudé y estuve a punto de regresar. Pero pasear por los callejones me había hecho sentir como un espía y no estaba preparado para volver a la tienda de Akili, a la calidez de su cuerpo ni a la esperanza que parecía ofrecerme. Media hora antes había considerado seriamente la posibilidad de emigrar a ásex total y extirparme los genitales y varios fragmentos vitales de materia gris como panacea para todas mis aflicciones. Necesitaba dar un largo paseo a solas.

Me dirigí hacia el desierto iluminado por la luna.

Volutas de trazos minerales brillaban por todas partes, y después de haber visto varios de aquellos jeroglíficos descifrados, el terreno había cambiado y estaba lleno de significado, aunque dados mis conocimientos, la mayor parte de los dibujos podía ser sólo una decoración aleatoria.

La ciudad abandonada estaba a oscuras o escondida tras una pendiente del terreno; no veía ninguna luz en el horizonte sur. Me imaginé un enjambre de insectos invisibles que salían correteando de sus nidos del centro, pero sabía que el



campamento no era más seguro y que aquellas cosas sólo mataban por el espectáculo, por el pánico que inspiraban. A solas corría menos peligro.

Me pareció que notaba un temblor de tierra, tan ligero que lo puse en duda de inmediato. ¿Todavía seguía el bombardeo? Creía que todos habían dejado la ciudad a merced de los soldados, aunque quizá unos cuantos disidentes no hubieran hecho caso del plan de evacuación, o era posible que la milicia se hubiera quedado oculta y por fin empezara la confrontación. Era una idea deprimente; no tenían ninguna oportunidad.

Volvió a suceder. No podía distinguir la dirección de la explosión ni oía ningún sonido; sólo notaba la vibración. Di una vuelta entera buscando humo en el horizonte. Quizá bombardeaban los campamentos. Por la mañana, las columnas de humo blanco de la ciudad se habían visto desde kilómetros, pero los proyectiles para las tiendas de la roca desnuda llevarían cargas distintas con efectos distintos.

Seguí andando hacia el sur con la esperanza de ver la ciudad junto con alguna señal de que la acción pirotécnica se restringía a ella. Intenté imaginarme que superaba la guerra sano y salvo pero acostumbrado a la mirada de tecnologías de la muerte, y que ofrecía a las cadenas a las que no importaba lo que hubiera falsificado una grabación completa con mi comentario experto sobre el sonido característico de un misil de seguimiento chino al dar en el blanco, o la traza inconfundible que dejaba un proyectil de Tecpacífica de cuarenta milímetros al estallar en campo abierto.

Noté que me barría una oleada de resignación. Me había tragado demasiados sueños en los últimos tres días: la *technolibération*, el final de las leyes de patentes, la felicidad personal y la dicha asexual. Era hora de despertar. La locura habitual del mundo había acabado por alcanzar Anarkia, así que, ¿por qué no mantenerme al margen, recuperar la perspectiva e intentar sacar algo de todo aquello para ganarme la vida? La invasión no era una tragedia mayor que diez mil conquistas sangrientas anteriores y siempre había sido inevitable. La guerra había llegado de una manera u otra a todas las culturas humanas conocidas.

—A la mierda todas las culturas humanas conocidas —susurré sin mucha convicción.

La tierra rugió y me derribó.

La roca de arrecife era blanda, pero me di de bruces y me hice sangre en la nariz; quizá me la había roto. Sin aliento y sorprendido, me incorporé sobre las manos y las rodillas, pero el suelo no había dejado de temblar y no me atrevía a ponerme en pie. Miré a mi alrededor en busca de la constancia de un impacto cercano, pero no había resplandor, humo, cráter ni nada.

¿Qué era aquel nuevo terror? ¿Después de robots invisibles, bombas invisibles?

Me arrodillé, esperé y me incorporé con inseguridad. La roca de arrecife todavía reverberaba. Caminaba en círculos, como un borracho, mientras miraba el horizonte y

me resistía a creer que no hubiera ninguna señal de la explosión.

Sin embargo el aire estaba en silencio. Era la roca la que había transmitido el sonido. ¿Una detonación subterránea?

¿O submarina, bajo la isla?

¿Ninguna detonación?

La tierra volvió a convulsionarse. Aterricé de mala manera y me torcí un brazo, pero el pánico lo arrastraba todo y convertía el dolor en una insignificancia. Clavé las uñas en el suelo e hice un esfuerzo para no hacer caso de mi instinto, que me gritaba que permaneciera quieto y no me arriesgara a moverme; sabía que si no me levantaba y corría sobre el coral muerto más deprisa de lo que había corrido en la vida, estaría perdido.

Los mercenarios habían matado los litófilos que dotaban de flotabilidad a la roca de arrecife. Nos habían sacado de la ciudad porque sólo se mantendría a flote el centro de la isla. Sin el sustento del *guyot*, el saliente se hundiría.

Me volví para examinar el estado del campamento. Los cuadrados verdes y naranja me devolvieron una mirada de incomprensión; casi todas las tiendas seguían en pie. No pude distinguir a nadie que corriera por el desierto: era demasiado temprano, pero no tenía ningún sentido regresar a avisarlos, ni siquiera a Akili. Seguro que los buceadores de tierra habían entendido lo que sucedía mucho antes que yo. Lo único que podía hacer era intentar ponerme a salvo.

Me puse de pie y empecé a correr. Recorrí unos diez metros antes de que la tierra se moviera y me derribara. Me levanté, di tres pasos, me torcí un tobillo y me volví a caer. Se oía un crujido constante y tortuoso que me inundaba la cabeza y me atravesaba el cuerpo. Iba desde la roca de arrecife hasta mis huesos mientras resonaba de un mineral vivo a otro. El mundo inferior llegaba hasta mí y compartía su desintegración.

Empecé a gatear gritando sin palabras, casi paralizado por la imagen del océano que se abalanzaba sobre los arrecifes hundidos, arrastraba cuerpos, los lanzaba tierra adentro y los estampaba contra el suelo que se abría. Miré atrás y sólo vi el plácido poblado de tiendas que seguía intacto en vano, mientras toda la isla rugía en mi cráneo; seguro que sólo faltaban unos minutos para el aluvión.

Me puse en pie de nuevo, corrí durante unos segundos a pesar de las estrellas que se balanceaban, aterricé bruscamente y se me abrieron los puntos. La sangre tibia empapó los vendajes. Descansé mientras me tapaba los oídos y me atrevía a preguntarme por vez primera si no sería mejor detenerme y morir. No sabía a qué distancia estaba del *guyot*. Y aunque llegara a tierra firme, tampoco sabía hasta dónde llegaría el océano. Busqué la agenda en el bolsillo, como si pudiera averiguar mi posición por el GPS, consultar unos mapas y tomar alguna decisión. Me dejé caer de espaldas y empecé a reírme. Las estrellas se convertían en estelas a intervalos.

Me levanté, volví la cabeza y vi que alguien corría por la roca detrás de mí. Me dejé caer a gatas, en parte de forma voluntaria, pero seguí mirando la figura. Tenía la piel oscura y era esbelta, pero no se trataba de Akili; llevaba el pelo demasiado largo. Forcé la vista; era una adolescente. La luz de la luna le iluminaba la cara, tenía los ojos como platos por el pánico, pero la boca cerrada con determinación. La tierra se arqueó y los dos nos caímos. La oí gritar de dolor.

Empecé a arrastrarme hacia ella. Si estaba herida lo único que podría hacer era sentarme a su lado hasta que el océano nos atrapara, pero no podía irme y dejarla atrás.

Cuando la alcancé estaba tumbada de lado, se frotaba una pantorrilla y murmuraba enfadada.

—¿Crees que podrás ponerte de pie? —grité agachado a su lado.

—¡Es mejor que nos quedemos aquí! —dijo negando con un gesto—. ¡Estaremos a salvo!

—¿No sabes qué pasa? —dije mirándola—. ¡Han matado los litófilos!

—¡No! Los han reprogramado y están absorbiendo gas de manera activa. Matarlos habría sido demasiado lento y los habría puesto sobre aviso.

Aquello era surrealista. No podía concentrarme en lo que me decía; la tierra temblaba con demasiada violencia.

—¡No podemos quedarnos aquí! ¿Es que no lo entiendes? ¡Nos vamos a hundir!

Volvió a hacer un gesto de negación. Durante un instante, dos oleadas de movimiento opuestas se cancelaron. Me sonreía como si yo fuera un niño asustado por una tormenta.

—¡No te preocupes! ¡No nos pasará nada!

¿Qué creía que ocurriría cuando el océano entrara bramando? ¿Que nos sujetaríamos el uno al otro? ¿Que un millón de refugiados unirían sus manos y lucharían juntos contra el agua?

Anarkia había hecho enloquecer a sus hijos.

Nos cubrió una lluvia de rocío. Me agaché y me cubrí la cabeza mientras me imaginaba el avance del agua de las profundidades a través de la roca despresurizada mientras hacía estallar fisuras en ella al salir a la superficie. Y cuando levanté la mirada estaba allí: en la distancia había un géiser que subía hasta el cielo, un terrible hilo de plata a la luz de la luna. Estaba unos cientos de metros al sur y significaba que se había socavado el camino hasta el *guyot* y que no teníamos posibilidades de escapar.

Me desplomé junto a la chica.

—¿Por qué corrías en sentido contrario? —me gritó—. ¿Te habías perdido? —Me incorporé y la cogí por un hombro para enfocar mejor su cara. Nos miramos con mutua incomprensión—. Estaba de vigilancia —insistió—. Debería haberte detenido

al final del campamento, pero pensé que sólo te alejarías un poco para obtener una vista mejor para la cámara.

Todavía llevaba la cámara del hombro. Ni siquiera había pensado en usarla para grabar el campamento mientras se inundaba y emitir el genocidio al mundo.

La llovizna se convirtió en lluvia durante un par de segundos y después se detuvo. Miré hacia el sur y vi que el géiser se hundía.

Por primera vez, noté que me temblaban las manos.

La tierra estaba quieta.

¿Qué significaba? ¿Que la zona sobre la que estábamos se había soltado de sus alrededores, como un iceberg que nacía gritando de un glaciar, y flotaba en relativa calma antes de que el agua lo inundara desde los bordes?

Me zumbaban los oídos y me temblaba el cuerpo, pero miré el cielo y las estrellas estaban firmes como rocas. O viceversa.

Entonces la chica me obsequió con una sonrisa vacilante, mareada, borracha de adrenalina, los ojos brillantes con lágrimas de alivio. Ella creía que se había terminado la dura prueba y a mí me habían advertido que no creyera que sabía más que ellos. La miré sorprendido; tenía el corazón desbocado por el terror y el pecho atenazado por la esperanza y la incredulidad. Me di cuenta de que sollozaba de forma profunda y entrecortada.

—¿Por qué no hemos muerto? —pregunté cuando recuperé la voz—. El saliente no puede flotar sin los litófilos. ¿Por qué no nos hemos hundido?

Se incorporó y se sentó con las piernas cruzadas para masajearse la pantorrilla herida, distraída durante un momento. Luego me miró, entendió el alcance de mi ignorancia y agitó la cabeza.

—Nadie ha tocado los litófilos del saliente —me explicó con paciencia—. La milicia ha mandado los buceadores al borde del *guyot* para bombear una imprimación que hace que los litófilos eliminen el gas de la roca de arrecife que hay justo encima del basalto. El agua ha entrado... y la roca de la superficie del centro es más pesada que el agua.

»Yo lo veo de esta manera —añadió con una amplia sonrisa—: hemos perdido una ciudad, pero hemos ganado una laguna.

# CUARTA PARTE

## 29

En el campamento reinaba el júbilo. Bajo la luz de la luna, miles de personas comprobaban si había alguien herido, alzaban las tiendas caídas, celebraban la victoria, se lamentaban por la pérdida de la ciudad o recordaban con seriedad a cualquiera que los escuchara que quizá la guerra no había terminado. Nadie sabía con certeza si los mercenarios habían ocultado efectivos y armamento fuera de la ciudad, a salvo de la devastación del hundimiento del centro, ni qué podía salir a rastras de la laguna.

Encontré a Akili ilesa. Estaba ayudando a levantar los toldos caídos de las bombas de agua. Nos abrazamos. Yo estaba lleno de heridas, tenía la cara cubierta de sangre y los puntos, que se me habían abierto por tercera vez, me enviaban descargas de dolor como si fueran arcos voltaicos, pero nunca me había sentido vivo con tanta intensidad.

—A las seis de la madrugada —dijo Akili mientras se separaba con delicadeza—, la TOE de Mosala se enviará a la red. ¿Te sentarás conmigo a esperar? —Me miró a los ojos sin ocultar que le asustaba la plaga y la perspectiva de enfrentarse a ella sola.

—Por supuesto —dije mientras le daba un apretón en el brazo.

Me fui a las letrinas a limpiarme. Afortunadamente, los conductos de aguas residuales seguían abiertos, y lo que se había vertido con anterioridad no había salido a la superficie empujado por las ondas sísmicas del terremoto. Me lavé la sangre de la cara y me quité el vendaje del estómago con cuidado.

La herida todavía sangraba un poco. El corte del láser del insecto era más profundo de lo que pensaba. Cuando me incliné sobre la pila noté que los segmentos de carne a ambos lados del tajo, que tenía unos siete u ocho centímetros de longitud, se rozaban entre sí y sólo estaban unidos por los extremos. La quemadura había cauterizado el tejido a lo largo de toda la pared abdominal y las costuras se habían abierto.

«No es una buena idea», pensé mirando alrededor; no había nadie a la vista. Pero dado que me habían atiborrado de antibióticos para prevenir una infección...

Cerré los ojos y metí tres dedos en la herida. Toqué el intestino delgado; estaba tibio como la sangre y no frío como una serpiente. Parecía un músculo elástico y no resultaba resbaladizo al tacto. Aquella parte del cuerpo era la que casi me había matado cuando estuvo socavada por enzimas extraños que me exprimían implacablemente hasta dejarme seco.

«Pero el cuerpo no es un traidor: sólo obedece las reglas necesarias para poder existir.»

El dolor casi me paralizó y pensé que tendría que pasarme el resto de la vida como Napoleón o un inquisitivo santo Tomás, pero saqué la mano, me apoyé en el lavabo de plástico y le di un puñetazo en un lado.

Quería mirarme al espejo y proclamar: «Esto es todo. Sé quién soy y acepto sin condiciones mi vida de máquina impulsada por sangre, de criatura de células y moléculas, de prisionero de la TOE».

Pero no había espejos. No en las letrinas de un campo de refugiados, ni siquiera en Anarkia.

Y si esperaba unas horas más, aquellas palabras tendrían más peso, porque al amanecer sabría por fin toda la verdad sobre la TOE que me permitiría pronunciarlas.

Mientras volvía al encuentro de Akili saqué la agenda y consulté las noticias de los medios de comunicación internacionales. En todas partes se hablaba sin cesar del contraataque de los anarkistas a los mercenarios.

Sin embargo, la mejor cobertura era la de SeeNet.

Empezaba con una imagen de la laguna. A la luz de la luna parecía enorme y en calma, de una manera extraña e inquietante. Era casi un círculo perfecto, como un antiguo cráter volcánico inundado, un eco del *guyot* que ocultaba debajo. A pesar de todo, sentí una punzada de pena por la muerte de los mercenarios cuyos rostros no había visto, a quienes la roca firme había traicionado y que se habían ahogado en el terror sólo por dinero y los derechos de los accionistas de InGenIo.

—Puede que tardemos décadas en saber exactamente quién financió la invasión de Anarkia y por qué —se oyó decir a la reportera, una profesional con implantes en el nervio óptico—. En este momento, ni siquiera está claro si el sacrificio que han hecho los residentes de la isla los salvará de los agresores.

»Pero hay algo que se sabe con certeza: Violet Mosala, la ganadora del premio Nobel que tuvo que ser evacuada a causa del estado crítico de su salud hace menos de veinticuatro horas, tenía la intención de hacer de esta isla su hogar. Esperaba dar a los renegados la suficiente respetabilidad para que el grupo de naciones que se oponen al bloqueo de la ONU pueda por fin hablar con libertad. Si la invasión ha sido un

intento de silenciar esas voces disidentes, parece condenada al fracaso. Violet Mosala está en coma, debatiéndose entre la vida y la muerte después de un ataque por parte de una secta violenta, y la población de Anarkia tendrá que luchar más que nunca para sobrevivir durante los años venideros aunque la paz le haya llegado esta noche, pero el asombroso coraje que han demostrado una y otros no caerá en el olvido.

Había más: parte de mi grabación de Mosala durante el congreso e imágenes de aquella periodista con el bombardeo, el éxodo digno de la ciudad, el establecimiento de los campamentos y un ataque de uno de los robots de los mercenarios.

Estaba filmado y montado de manera impecable. Tenía fuerza, pero no caía en el sensacionalismo. Y de principio a fin era abiertamente, pero de forma totalmente honrada, propaganda a favor de los renegados.

Yo no podría haberlo hecho ni la mitad de bien.

Sin embargo, lo mejor estaba por llegar.

La periodista se despidió con una imagen de las oscuras aguas de la laguna.

—Sarah Knight desde Anarkia para los servicios informativos de SeeNet.

Según la red de comunicaciones personales, Sarah Knight seguía incomunicada en Kyoto. Lydia no contestó a mis llamadas, pero encontré un ayudante de producción de SeeNet que accedió a pasarle un mensaje a Sarah. Me llamó media hora después, y Akili y yo le sacamos toda la historia.

—Cuando Nishide se puso enfermo en Kyoto, les dije a las autoridades japonesas lo que creía que estaba sucediendo exactamente, pero el ADN del neumococo era de una variedad natural y no quisieron creer que lo había inoculado un troyano. —Los troyanos eran microorganismos que podían reproducirse a sí mismos y a su carga patógena oculta sin provocar síntomas ni una respuesta inmunológica durante varias generaciones, y cuando una infección masiva pero aparentemente natural sobrecargaba las defensas corporales se destruían sin dejar rastro—. Después de montar tanto follón y que nadie me creyera, ni siquiera la familia de Nishide, pensé que sería sensato no llamar la atención.

No pudimos hablar mucho tiempo, ya que Sarah tenía que entrevistar a un buceador de la milicia.

—El documental de Mosala —dije con voz entrecortada cuando estaba a punto de cortar la conexión—. Te merecías el trabajo; deberían habértelo dado.

Hizo un amago de restarle importancia al tema entre risas como si fuera agua pasada.

—Es cierto —dijo luego, dejando de reírse—. Me pasé seis meses asegurándome de que estaba mejor preparada que nadie y aun así apareciste y me lo robaste en un día porque eras el niño bonito de Lydia y quería tenerte contento.

No podía creer lo difícil que me resultaba pronunciar aquello. La injusticia era

descaradamente obvia y a solas lo había admitido mil veces, pero una esquirra de orgullo y falso sentimiento de superioridad moral se me resistían en cada paso del camino.

—Abusé de mi posición —dije—. Lo siento.

—De acuerdo —asintió Sarah con los labios apretados—. Acepto tus disculpas, Andrew, pero con una condición: que Akili y tú dejéis que os entreviste. La invasión es sólo la mitad de la historia y no quiero que los mamones que dejaron en coma a Mosala queden impunes. Quiero saber exactamente qué pasó en el barco.

—Claro —dijo Akili cuando le miré.

Intercambiamos coordenadas. Sarah estaba al otro lado de la isla, pero iba recorriendo los campamentos en los vehículos de la milicia.

—¿A las cinco de la madrugada? —propuso Sarah.

—¿Por qué no? —dijo Akili con una carcajada mientras me lanzaba una mirada cómplice—. Nadie va a dormir esta noche en Anarkia.

Los sonidos de la celebración llenaban el campamento. No paraban de pasar personas por delante de la tienda entre risas y gritos, siluetas recortadas contra la luz de la luna. La música de los satélites, de Tonga, de Berlín o de Kinshasa, salía a todo volumen de la plaza principal, y alguien se las había apañado para encontrar o fabricar petardos. Todavía estaba eufórico por la adrenalina pero destrozado por la fatiga, y no sabía si quería unirme a la fiesta o acurrucarme e hibernar un par de semanas. Sin embargo, había prometido no hacer ninguna de las dos cosas.

Akili y yo nos sentamos en el saco, vestidos con ropa de abrigo y con la puerta de la tienda cerrada; se estaba acabando la electricidad. Nos pasamos las horas hablando, consultando la red o en silencios incómodos. Deseaba poder extender hasta él el aura de invulnerabilidad que había sentido después de sobrevivir a mi apocalipsis imaginario. Quería consolarle como fuera. Sin embargo, no me aclaraba; su lenguaje corporal se había tornado opaco y no sabía cómo ni cuándo tocarle. Habíamos estado tumbados juntos, desnudos, pero no lograba que aquel recuerdo, aquella imagen, significara más para mí de lo que podía significar para él. Así que nos sentamos separados.

Le pregunté por qué no le había mencionado la plaga de la información a Sarah.

—Porque podría tomársela en serio, divulgar la noticia y hacer cundir el pánico.

—¿No crees que habría menos pánico si se conociera la causa?

—Ni siquiera tú crees en lo que te he contado sobre la causa —gruñó Akili—. ¿Piensas que el público reaccionaría ante la noticia con algo que no fuese incomprensión o histeria? No importa, después del Instante Aleph, las víctimas sabrán mucho más de lo que les pueda decir cualquiera que no lo haya experimentado. Y no será una cuestión de pánico; la Angustia habrá desaparecido. —



Lo dijo casi todo con convicción absoluta y sólo pareció dudar en la última frase.

—¿Por qué estaban tan equivocados los moderados? —pregunté con precaución—. Disponían de superordenadores y parecían saber de antropocosmología tanto como el que más. Si se confundieron con el hecho de que el universo se desharía...

Akili me lanzó una mirada larga y dura; todavía no tenía claro hasta qué punto podía confiar en mí.

—No sé si han cometido un error en ese punto. Espero que sí, pero no estoy segura.

—¿Te refieres a que la distorsión en la mezcla antes del Instante Aleph podría haber evitado el final hasta el momento —dije después de analizar sus palabras—, pero que cuando la TOE esté completa...?

—Exacto.

—¿Y aun así intentaste salvar a Mosala? —Sentí un escalofrío, más de incompreensión que de miedo—. ¿Creyendo que podía acabar con todo?

—Si sucede —dijo Akili, que seguía mirando el suelo en busca de las palabras adecuadas—, no tendremos tiempo de saberlo, pero sigo pensando que matarla habría estado mal. A menos que tuviéramos la certeza de que el universo se desharía y no hubiera otra forma de evitarlo. Nadie puede tomar decisiones a partir de una posibilidad incierta de que el universo se acabe. ¿Cuántas personas se pueden asesinar por una causa como ésa? ¿Una? ¿Cien? ¿Un millón? Es como intentar manipular un objeto infinitamente pesado al final de una palanca infinitamente larga. Por mucho que afines el movimiento, sabes que no puedes ajustar lo suficiente. Lo único que puedes hacer es admitirlo y marcharte.

—Creo que querrás ver esto —dijo **Sísifo** antes de que pudiera decir nada.

Habían interceptado el barco de pesca de los moderados cerca de la costa de Nueva Zelanda. Las imágenes mostraban a varias personas esposadas con la mirada baja mientras las llevaban a tierra en una barca patrullera y las bajaban en muelles iluminados por focos. «Cinco», Giorgio, que me había instruido sobre la destrucción; «Veinte», que no me dejó abandonar el barco con su confesión en mi interior, pero faltaban otros.

Salieron unos marineros que llevaban los cadáveres en camillas. Estaban cubiertos por sábanas, pero «Tres», el umasc, era inconfundible. El periodista habló de un pacto de suicidio. Se mencionó que Helen Wu había muerto envenenada.

Las primeras escenas de la detención me llenaron de euforia justiciera ante la perspectiva de que aquellos fanáticos tuvieran que dar cuentas ante la justicia, pero luego, cuando intenté entender qué les había pasado por la cabeza en el último momento, sólo sentí horror. Quizá habían visto informes de las palabras de las víctimas de Angustia y unos habían llegado a la conclusión de que el fin era inevitable y otros de que era imposible. O quizá la lógica retorcida de sus acciones se

había puesto en evidencia y tuvieron que enfrentarse a la realidad de lo que habían hecho.

No podía juzgarlos. No sabía cómo me habría abierto camino de haber caído en la pesadilla de compartir sus creencias. Tal vez me habría esforzado en hacer desaparecer toda la antropocosmología por medio de la razón, pero si fallaba, ¿habría tenido la humildad (o la irresponsabilidad genocida) de desentenderme de las consecuencias y negarme a intervenir?

Fuera, la gente se reía a carcajadas. En la plaza alguien puso la música a un volumen de locura durante un instante y se distorsionó en una explosión de estática de graves que agitó la tierra.

Akili estuvo hablando con otros de la corriente principal de CA. Uno se había colado en un ordenador de la OMS para conseguir las últimas cifras extraoficiales de los casos de Angustia.

—Nueve mil veinte. —Se volvió hacia mí mientras inhalaba aire de forma brusca; no sabía si era pánico o la sensación de euforia de la caída libre—. Se ha triplicado en tres días. ¿Todavía piensas que es un virus?

—No. —Incluso sin aquel inexplicable estallido de contagios, sabía que mi teoría sobre un arma neuroactiva biológica mutante no superaría ningún análisis detallado—. Pero aún podemos estar los dos equivocados, ¿verdad?

—Quizá.

—Si ahora es tan rápido —dudé—, después del Instante Aleph...

—No sé. Podría barrer el planeta en una semana. O en una hora. Cuanto más deprisa mejor, menos sufrirán las personas que lo vean venir y no lo entiendan. — Akili cerró los ojos y se acercó las manos a la cara, pero se detuvo y apretó los puños—. Cuando llegue, más vale que esté bien. Si es inevitable, será mejor que nos guste.

Me acerqué, le rodeé con un brazo y acuné nuestros cuerpos con dulzura a un lado y a otro.

Sarah llegó apenas un minuto más tarde de lo prometido. Se sentó en mi maleta y hablamos para sus ojos cámara. A veces teníamos que gritar para oírnos nosotros mismos, pero el programa de montaje reduciría el ruido de las celebraciones a un murmullo de fondo.

Sarah y yo no nos conocíamos mucho; sólo había hablado con ella unas cuantas veces, pero para mí, representaba el mundo que estaba más allá de Anarkia y el tiempo anterior al congreso. Era la prueba viviente de aquella época de cordura. Y necesitaba a otra persona, de carne y hueso, para anclarme en la realidad, para tener la certeza, una vez más, de que Akili estaba equivocada. Angustia era un horror

comprensible, igual que el cólera. El universo era ajeno a la explicación humana. Las leyes de la física siempre habían sido y siempre serían firmes hasta el lecho de roca de la TOE, se entendieran o no.

Aunque no emitía en directo, ella representaba al público. Consciente de que podía estar hablando para diez millones de personas, ¿qué otra cosa podía hacer sino pensar lo que esperaban que pensara, rendirme ante su consenso y seguir las directrices?

Akili también pareció relajarse, pero no sabía si la presencia de Sarah le proporcionaba el mismo tipo de anclaje o simplemente le servía como una distracción oportuna.

Sarah nos guió con destreza en la interpretación de nuestros papeles en *Violet Mosala: Víctima de la Cosmología Antropológica*. La declaración que hice para Joe Kepa se había limitado a los hechos que afectaban a la ley; aquella entrevista pretendía mostrar la profundidad moral y filosófica de la conspiración de los CA. Pero Akili y yo hablamos del barco de pesca y de las locuras de los moderados como si no tuviéramos duda de que su visión del mundo y sus métodos violentos sólo eran dignos de desprecio, como si nada similar pudiera habernos pasado por la mente en mil años.

Y todo fue noticia. Todo se hizo historia. Sarah realizaba un trabajo perfecto, pero de cara a la galería, los tres enterramos a conciencia todos los miedos y los reparos que nos callábamos y cualquier sombra de duda de que el mundo podía ser distinto a la pálida imitación que la red ofrecía de él.

Casi habíamos acabado y estaba a punto de contar lo de la ambulancia cuando sonó mi agenda. Era un timbre que indicaba que la llamada era de carácter privado. Si contestaba, el programa de comunicaciones la descifraría de forma automática, pero si la agenda detectaba otras personas cerca, cortaría la conexión.

Me disculpé y salí de la tienda. El cielo mostraba una capa gris ante las estrellas. La música y las risas todavía salían a raudales de la plaza que estaba detrás de los mercados y los refugiados deambulaban por el campamento, pero encontré un rincón solitario no muy lejos.

—¿Andrew? —dijo De Groot—. ¿Te encuentras bien? ¿Puedes hablar? —Parecía ojerosa y tensa.

—Estoy bien. Algunas heridas sin importancia por el terremoto, nada más... —Dudé: no me atrevía a preguntárselo.

—Violet ha muerto. Hace unos veinte minutos. —Se le quebró la voz, pero se armó de valor y siguió de forma cansada—: Todavía se desconoce la causa exacta. Una especie de trampa que activó una de las balas mágicas antivíricas. Quizá una enzima en una concentración que no se detectaba y que se transformó en una toxina. —Hizo un gesto de incredulidad—. Convirtieron su cuerpo en un campo de minas.

¿Qué les hizo para merecer algo así? Intentaba encontrar unas cuantas verdades elementales, unos modelos sencillos para el mundo.

—Los han cogido —dije—. Irán a juicio. Y a Violet se la recordará durante siglos. —Era un consuelo vacuo, pero no sabía qué otra cosa decir.

Creía que estaba preparado para la noticia desde que supe que había entrado en coma, pero fue un golpe inesperado, como si el sorprendente cambio de suerte de los anarkistas y la reaparición milagrosa de Sarah hubieran cambiado las expectativas. Me cubrí los ojos con el antebrazo un momento y la vi sentada en la habitación del hotel bajo la luz del cielo cuando me cogió de la mano. «Incluso si estoy equivocada, tiene que haber algo allí abajo o ni siquiera podríamos tocarnos.»

—¿Cuándo podrás salir de la isla? —dijo De Groot. Parecía un poco preocupada. Era conmovedor pero extraño; no habíamos intimado tanto.

—¿Por qué? —Me reí sin ganas—. Los anarkistas han ganado. Estoy seguro de que lo peor ha pasado. —De Groot no parecía nada segura—. ¿Te has enterado de algo por tus contactos políticos? —Noté un escalofrío en el intestino, como la incredulidad que había sentido antes de cada espasmo del cólera: no podía suceder de nuevo.

—No se trata de la guerra. Pero estás atrapado, ¿verdad?

—De momento. ¿Vas a decirme qué pasa?

—Hemos recibido un mensaje justo después de la muerte de Violet. Una amenaza de Cosmología Antropológica. —Se le contorsionó la cara de ira—. No de los del barco, obviamente. Así que han debido de ser los que mataron a Buzzo.

—¿Qué dicen?

—Que interrumpamos todos los cálculos de Violet y les presentemos un registro certificado de la cuenta del superordenador que demuestre que se han borrado todos los archivos de la TOE sin que se hayan copiado ni leído.

—¿Sí? —Hice un sonido de burla—. ¿Qué creen que van a conseguir con eso? Ya se han publicado todos sus métodos e ideas. Alguien lo duplicaría todo como mucho dentro de un año. —A De Groot parecían no importarle los motivos; sólo quería que terminase la violencia.

—He enseñado el mensaje a la policía de aquí, pero dicen que no se puede hacer nada tal y como está la situación en Anarkia. —Se calló; todavía no lo había dicho todo—. La amenaza es que si no les mandamos el registro certificado dentro de una hora, te matarán.

—Entiendo. —Me parecía lógico. De Groot y la familia de Mosala estarían demasiado vigilados para que fuera posible amenazarlos directamente, pero no iban a permitir que los extremistas me mataran después de lo que había hecho por la evacuación de Violet.

—Cuando me he conectado, los cálculos ya estaban acabados. Por suerte, Violet

programó la emisión a la red para las seis. —De Groot se rió con suavidad—. Quería que fuera un acontecimiento formal. Evidentemente, haremos lo que nos han pedido. La policía me ha aconsejado que no te avise y sé que la noticia no te ayuda, pero creo que tienes derecho a conocerla.

—No hagas nada —dije—; no borres ningún archivo. Te volveré a llamar en seguida. —Corté la comunicación.

Me quedé en aquel lugar durante un momento analizándolo todo a conciencia mientras escuchaba la música salvaje y el viento me dejaba helado.

Cuando entré en la tienda, Sarah y Akili estaban riéndose. Quería inventarme una excusa para salir con Sarah tranquilamente y marcharme con ella, pero pensé que no me serviría de nada. Habían matado a Buzzo de un disparo, pero los métodos que preferían eran los biológicos. Si me iba, lo más probable era que llevara el arma dentro.

Estiré los brazos, cogí a Akili de la chaqueta y le estampé contra el suelo. Me miró fingiendo sorpresa, confusión y enfado. Me arrodillé y le di un puñetazo en la cara con torpeza, sorprendido de haber llegado tan lejos. No se me daba bien la violencia y esperaba que se defendiera con la misma agilidad que había demostrado en el barco antes de que pudiera ponerle un dedo encima.

—¡Andrew! —Sarah estaba indignada—. ¿Qué haces? —Akili me miraba sin decir nada; parecía dolida y seguía haciéndose el loco. Le levanté con una mano. No se resistió y le volví a pegar.

—Quiero el antídoto —dije—. ¡Ya! ¿Entiendes? No más amenazas a De Groot, archivos destruidos ni negociaciones. Vas a tener que dármelo.

Akili me escrutaba la cara y se aferraba a su representación con una mirada de inocencia en los ojos de amante injustamente acusada. Durante un instante, quise hacerle mucho daño y tuve visiones estúpidas de una catarsis sangrienta que arrastrara el dolor de la traición. Pero cuando pensé que Sarah lo estaba grabando todo me controlé. No sabía qué podría haber hecho de haber estado a solas.

Poco a poco se me pasó la ira. Me había infectado con el cólera, había asesinado a tres personas, había manipulado mis patéticas necesidades emocionales y me había usado como rehén, pero ni remotamente me había traicionado. Todo había sido una actuación desde el principio; nunca había existido entre nosotros nada que se pudiera sacrificar por la causa. Y si el consuelo que nos habíamos ofrecido sólo existía en mi mente, la humillación también.

Lo superaría.

—¡Andrew! —dijo Sarah de forma cortante. Me volví para mirarla. Estaba pálida; debía de pensar que me había vuelto loco.

—Era una llamada de De Groot —expliqué con impaciencia—. Violet ha muerto y los extremistas amenazan con matarme si no destruye los cálculos de la TOE. —

Akili fingió estar consternada. Me reí en su cara.

—Comprendo, pero ¿por qué piensas que Akili trabaja para los extremistas? Podría ser cualquiera del campamento.

—Akili es la única persona aparte de De Groot y de mí que estaba al tanto de la broma que preparó Mosala para los CA.

—¿Qué broma?

—Fue en la ambulancia. —Casi me había olvidado de que no le había contado el final de la historia a Sarah—. Violet preparó un programa para que escribiera los cálculos, puliera la TOE y la enviara a la red. Y el trabajo se ha completado; De Groot lo ha detenido antes de que se envíe.

Sarah se calló. Me volví hacia ella con cautela porque aún esperaba que Akili hiciera algún movimiento si bajaba la guardia.

—Levántate, por favor, Andrew. —Sarah empuñaba una pistola.

—¿Todavía no me crees? —Me reí cansado—. ¿Prefieres confiar en esta mierda porque fue tu fuente de información?

—Sé que él no le ha mandado el mensaje a De Groot.

—¿Sí? ¿Por qué?

—Porque se lo he mandado yo. —Me levanté despacio y me encaré a ella; me negaba a creer aquella idea ridícula. La música de la plaza sonó altísima de nuevo e hizo vibrar la tienda—. Sabía que se estaban llevando a cabo los cálculos —prosiguió—, pero creía que faltaban días para su conclusión. No tenía ni idea de que fuéramos tan justos de tiempo.

Me zumbaban los oídos. Sarah me miraba con calma y me apuntaba con la pistola, con convicción inquebrantable. Debía de haberse puesto en contacto con los extremistas cuando investigó *Sujetando el cielo*, y sin duda pensaba desenmascararlos en cuanto tuviera la historia acabada. Pero se dieron cuenta de lo valiosa que podía ser para ellos y antes de recurrir a matarla, seguro que hicieron todo lo posible por convencerla de su punto de vista.

Y tuvieron éxito. Al final, la habían convencido para que se lo tragara todo: «Cualquier TOE sería una atrocidad, un crimen contra el espíritu humano y una jaula insufrible para el alma».

Por eso se había esforzado tanto por conseguir el reportaje de Violet Mosala, y cuando lo perdió hizo que alguien me infectara con el cólera para realizar su tarea de forma indirecta. Pero se habían equivocado con la previsión temporal al tenerse que adaptar a un cambio de planes de última hora.

Ella se encargó de Nishide y de Buzzo personalmente.

Yo acababa de destrozar cualquier atisbo de confianza, de amistad y de amor que pudiera haber encontrado en Akili. Lo había echado todo a perder. Me cubrí la cara con las manos y me quedé envuelto en la oscuridad de la soledad, haciendo caso

omiso de sus órdenes. No me importaba lo que hiciera; no tenía motivos para seguir viviendo.

—Andrew —dijo Akili—, haz lo que dice. Todo irá bien.

Miré a Sarah, que me apuntaba con el arma y no paraba de repetirme enfadada que llamara a De Groot.

Saqué la agenda y la llamé. Hice un barrido con la cámara para ilustrar la situación. Sarah dio instrucciones detalladas a De Groot del procedimiento que le transferiría los privilegios de la cuenta del superordenador de Mosala.

Al principio, De Groot estaba tan impresionada y asombrada de enterarse de la colaboración de Sarah que obedeció sin decir una palabra, pero después su ira bulló hasta desbordarse.

—¿Tantos recursos y experiencia y ni siquiera podéis entrar en la cuenta de una académica? —dijo con ironía.

—No es que no lo hayamos intentado. —Sarah casi se disculpaba—. Pero Violet era una paranoica y tenía una protección muy buena.

—¿Mejor que la de Artesanía del Pensamiento? —De Groot no se lo creía.

—¿Cómo?

—Intentaron un truco infantil cuando Wendy estaba en Toronto. —De Groot se dirigía a mí—. Se colaron en **Kaspar** e hicieron que escupiera sus teorías estúpidas. ¿Para qué? ¿Para intimidarnos? Los programadores tuvieron que cerrarlo y recurrir a las copias de seguridad. Wendy ni siquiera sabía qué significaba hasta que le expliqué quién intentaba matar a su hija.

Oí que Akili, sentada en el suelo a mis pies, hacía una profunda inhalación. Y entonces yo también lo entendí.

«Caída libre.»

Sarah frunció el ceño irritada por la distracción.

—Miente. —Sacó la agenda y comprobó algo mientras me apuntaba con la pistola—. Corta la comunicación, Andrew. —Lo hice.

—¿Sarah? —dijo Akili—. ¿Has seguido las noticias sobre Angustia?

—No, he estado ocupada. —Examinó su agenda con cautela, como si fuera una bomba que tenía que desactivar. La obra de Mosala estaba en sus manos y tenía que asegurarse de destruirla por completo y de forma irrevocable sin que la contaminara.

—Habéis perdido, Sarah —insistió Akili—. El Instante Aleph ya ha pasado.

—¿Quieres hacerle callar? —me dijo, levantando la mirada de la pantalla—. No quiero hacerle daño, pero...

—El origen de la plaga de Angustia es la mezcla de la información —dije—. Creía que era un virus orgánico, pero **Kaspar** es la prueba de que estaba equivocado.

—¿Qué dices? —soltó con cara de pocos amigos—. ¿Crees que De Groot ha leído la TOE acabada y se ha convertido en la Piedra Angular? —Elevó la agenda

con un gesto triunfal, se veía el sello de autenticidad del registro certificado—. Nadie ha leído el resultado. Nadie ha accedido a la información.

—Excepto el autor. Wendy mandó a Mosala un clonelet de **Kaspar** que ha escrito la ponencia, ha unificado los cálculos y se ha convertido en la Piedra Angular.

—¿Un programa informático? —dijo incrédula.

—Busca en la red las víctimas lúcidas de Angustia —dijo Akili—. Escucha lo que dicen.

—Si es un farol ridículo, perdéis el tiempo.

—Hay que codificar la pautas de información en cristales de fosfuro de germanio —interrumpió **Sísifo** alegremente—, en un artefacto diseñado con la colaboración de seres orgánicos...

Sarah me gritó sin palabras mientras agitaba el arma sobre la cabeza y proyectaba sombras beligerantes en las paredes de la tienda. Apagué el sonido con una tecla y la declaración continuó en silencio con un texto que pasaba por la pantalla. Mi mente sentía vértigo ante lo que significaba aquello, pero había perdido las ganas de morir y Sarah requería toda mi atención.

—Escúchame —dijo Akili con calma pero apremiante—. Las cifras de Angustia ya deben de haberse disparado. Con una Piedra Angular informática y la visión del mundo de una máquina, las personas seguirán enloqueciendo hasta que alguien lea el artículo de la TOE.

—Estás equivocado. —Sarah no se inmutó—. No hay Piedra Angular. Hemos ganado, hemos logrado dejar la última pregunta sin respuesta. —De pronto me dirigió una sonrisa radiante, perdida en una apoteosis privada—. Da igual lo pequeña que sea la fisura o el residuo de incertidumbre; en el futuro sabremos cómo agrandarlo. Y no seremos simples máquinas ni meros entes físicos mientras nos quede la esperanza de la trascendencia.

Puse cara de póker. Aumentó el volumen de la música. Las dos fems polinesias altas, ¿miembros de la milicia?, que habían entrado sigilosamente a su espalda alzaron las porras y golpearon al unísono; Sarah cayó de golpe.

—¿Cuál era el problema? —me preguntó una de ellas con curiosidad mientras la otra se arrodillaba para registrarla.

—Ha tomado algo fuerte. —Akili se incorporó a mi lado.

—Ha entrado aquí diciendo incoherencias y le ha robado la agenda —dije—. No hemos entendido nada de lo que decía.

—¿Es verdad?

Akili asintió dócilmente. Las milicianas parecían desconfiar. Cogieron la pistola con desagrado patente, pero le dieron la agenda a Akili.

—De acuerdo. Nos la llevaremos a la tienda de primeros auxilios. Algunas personas no saben divertirse.



—Hemos de reiniciar el procedimiento de envío de Mosala y dispersar la TOE por la red. —Akili se sentó a mi lado, tensa por la urgencia, con la agenda en una mano.

Me esforcé por centrarme. La situación eclipsaba todo lo que había sucedido entre nosotros, pero no podía mirarle a los ojos. En cinco minutos, el buscador de Akili había encontrado más de cien nuevos casos de Angustia en los informes de las personas que caían en las calles.

—No podemos difundirlo hasta que sepamos si mejorará o empeorará las cosas —dije—. Todos vuestros modelos y predicciones han fallado. Quizá **Kaspar** demuestra que la mezcla es real, pero el resto son suposiciones. ¿Quieres que enloquezcan todos los teóricos de las TOE del planeta?

—¡No provocaré eso! —Akili se volvió hacia mí enfadada—. Es la causa, pero también la curación. Sólo falta el último paso: la interpretación de un humano. — Pero no sonaba convencida. Quizá la verdad era peor que la visión distorsionada que provocaba Angustia. Puede que sólo nos aguardara la locura—. ¿Quieres que te lo demuestre? —añadió—. ¿Quieres que la lea primero?

—¡No seas estúpida! —dije sujetándole el brazo cuando alzó la agenda—. Hay muy pocas personas que entienden qué está pasando; no podemos arriesgarnos a perder una de ellas.

Nos sentamos inmóviles. Miré la mano con la que le sujetaba y vi que me había rasgado la piel cuando le pegué.

—¿Crees que la visión de **Kaspar** es demasiado intensa para que se la traguen las personas? ¿Crees que alguien ha de entrometerse e interpretarla para establecer un puente entre las distintas perspectivas?

»Entonces no necesitas a un experto en TOE o en antropocosmología. Necesitas a un periodista científico.

Akili dejó que le quitara la agenda.

Pensé en la fem de Miami que gritaba desesperada en el suelo y en las víctimas con breves momentos de lucidez que se aferraban a la cordura durante unos minutos. No quería seguir su ejemplo.

Sin embargo, si me quedaba un propósito en la vida, era demostrar que siempre se puede afrontar la verdad, explicarla, desmitificarla y aceptarla. Aquélla era mi profesión, mi vocación. Tenía una última oportunidad de estar a la altura.

—He de irme del campamento. —Me mantuve firme—. No puedo concentrarme con todo este ruido, pero lo haré.

Akili estaba acurrucada en el suelo con la cabeza gacha.

—Sé que lo harás —dijo con calma sin levantar la mirada—. Confío en ti.

Dejé la tienda de inmediato y me dirigí hacia el sur. Las estrellas todavía brillaban tenuemente en parte del cielo claro y el viento que soplaba del arrecife era más frío

que nunca.

Cuando me hube adentrado unos cien metros en el desierto, paré y alcé la agenda.

—Enséñame *Una Teoría del Todo provisional*, de Violet Mosala.

Me quité la venda de los ojos.

Seguí andando mientras leía, volviendo sobre los pasos que había dado unas ocho horas antes, casi sin darme cuenta. El terremoto no había agrietado la roca de arrecife, pero me parecía que había modificado sutilmente la textura del terreno. Quizá las ondas sísmicas habían reajustado las cadenas de polímeros y forjado un nuevo tipo de material; la primera metamorfosis geológica de la isla.

En pleno desierto, lejos de las facciones de antropocosmólogos, del regocijo inconsciente de los anarkistas y de los informes que se amontonaban sobre Angustia, no sabía en qué creía. Si hubiera sentido el peso de diez mil millones de personas que enloquecían a mi alrededor, me habría quedado paralizado. Me debió de salvar por una parte un escepticismo persistente y por otra la pura curiosidad. Si me hubiera rendido a los «sentimientos humanos apropiados», el pánico ciego y la humildad atemorizada ante la magnitud de todo lo que supuestamente pendía en equilibrio, habría tirado el cáliz envenenado de la agenda.

Así que me olvidé de todo lo demás y dejé que las palabras y las ecuaciones tomaran el control. El clonelet de **Kaspar** había hecho un buen trabajo y no tuve ningún problema para entender el artículo.

La primera parte no contenía ninguna sorpresa. Hacía un resumen de los diez experimentos canónicos de Mosala y de la manera en que había calculado las propiedades de la ruptura de la simetría. Terminaba con la ecuación de la TOE, en la que se asociaban los diez parámetros de la ruptura de la simetría al sumatorio sobre todas las topologías. La medida que Mosala había elegido para dar peso a cada topología era la más sencilla, la más elegante y la más obvia de todas las elecciones posibles. Su ecuación no aseguraba que el universo se hubiera materializado de manera «inevitable» a partir del preespacio, como habían intentado demostrar Buzzo y Nishide, sino que mostraba cómo los diez experimentos, y por extensión todo, desde los mosquitos hasta las estrellas que chocaban, estaba relacionado y podía coexistir. En un espacio imaginario de gran abstracción, todo ello ocupaba exactamente el mismo punto.

El pasado y el futuro también estaban enlazados. Desde el propio nivel de la aleatoriedad cuántica, la ecuación de Mosala codificaba el orden compartido que se encontraba en todos los procesos, desde la estructura de una proteína hasta el despliegue de las alas de un águila. Delineaba el abanico de posibilidades que relacionaban cualquier sistema, en cualquier momento, con cualquier cosa en la que pudiera devenir.

En la segunda parte, **Kaspar** había buscado en las bases de datos otras referencias para los mismos cálculos matemáticos y similitudes para las mismas abstracciones. En aquella búsqueda escrupulosa y exhaustiva había encontrado bastantes

paralelismos con la teoría de la información para llevar la TOE un paso más allá. **Kaspar** había unido con serenidad todo lo que Mosala había desdeñado y lo que Helen Wu había temido combinar.

No podía haber información sin física. El conocimiento siempre tenía que codificarse de alguna forma. Marcas en un papel, nudos en un hilo o fracciones de carga en un semiconductor.

Pero no podía haber física sin información. Un universo de sucesos totalmente aleatorios no sería un universo en absoluto. Las pautas profundas y las regularidades decisivas eran la base de la existencia.

Así que cuando hubo determinado qué sistemas físicos podía compartir un universo, **Kaspar** preguntó: «¿Qué pautas de información pueden contener esos sistemas?».

Una segunda ecuación análoga surgía de las mismas matemáticas casi sin esfuerzo. La TOE de la información era la otra cara de la moneda de la TOE de la física, un corolario inevitable.

Entonces **Kaspar** unificaba las dos ecuaciones y las hacía encajar como imágenes de un espejo que se entrelazan (a pesar de todo, me quedé con la sensación de que la Defensora de la Simetría se habría sentido orgullosa), y todas las predicciones de la Cosmología Antropológica salieron a la luz. La terminología era distinta; **Kaspar** había acuñado nuevos términos con ingenuidad porque no estaba al corriente de los precedentes no publicados, pero los conceptos eran inconfundibles.

El Instante Aleph era tan necesario como el Big Bang. El universo no podría haber existido sin él. **Kaspar** había rehuido reclamar el honor de ser la Piedra Angular e incluso se había negado a garantizar la primacía del Big Bang explicativo sobre el físico, pero la ponencia dejaba claro que la TOE tenía que divulgarse y ser entendida para poder entrar en vigor.

La «mezcla» también era inevitable. El conocimiento latente de la TOE infectaba el tiempo y el espacio y todos los sistemas de este universo lo codificaban, pero cuando se entendía de forma explícita, aquella información oculta cristalizaba dondequiera que surgiera una posibilidad y se filtraba a través de la espuma de la aleatoriedad cuántica. Se parecía más a la siembra de nubes que a la telepatía; nadie leería la mente de la Piedra Angular, pero la seguirían cuando leyeran la TOE que ya estaba codificada en sus mentes y sus cuerpos.

Y la mezcla tendría lugar incluso antes del Instante Aleph, si bien es cierto que de forma imperfecta.

Pero no durante mucho tiempo.

En la última parte, **Kaspar** predecía que el universo se desharía. El Instante Aleph estaría seguido, en cuestión de segundos, por la degeneración de la física en matemáticas puras. Al igual que el Big Bang implicaba el preespacio anterior, una

abstracción infinitamente simétrica y turbulenta en la que nada existía ni sucedía en realidad, el Instante Aleph traería otra infinita tierra baldía sin tiempo ni espacio a la imagen especular de la información.

Estas palabras que profetizaban el final del universo se habían escrito media hora antes de que yo las leyera.

**Kaspar** no se había convertido en la Piedra Angular.

Bajé la agenda y miré a mi alrededor. Podía ver la laguna en la distancia, gris plata con la luz del amanecer. Quedaban algunas estrellas brillantes en el oeste y todavía oía la música de la celebración, un murmullo apenas perceptible, distante y poco melódico.

La mezcla tuvo lugar de forma tan fluida que casi no noté su inicio. Cuando escuché a las víctimas de Angustia de Reynolds, supuse que estaban dotadas de visión de rayos X y algo más, asaltadas por imágenes de moléculas y galaxias que giraban en torno al universo en cada grano de arena; y ellos eran los afortunados. Me preparé para lo peor: que los cielos se abrieran y me revelaran alguna paja mental de Renacimiento Místico de estupefacción sobre una puerta estelar en un viaje de ácido, el final del pensamiento y la incineración confitada de la razón.

La realidad no podía ser más distinta. Al igual que las marcas codificadas de la roca de arrecife, la superficie del mundo empezó a hablar de sus profundidades y sus conexiones ocultas. Era como aprender a leer un lenguaje nuevo en segundos y ver la caligrafía preciosa, pero hasta entonces sólo decorativa, de un alfabeto extranjero que se transformaba ante los ojos y adquiría significado sin cambiar su aspecto en absoluto. Las estrellas se consumían en fuegos de fusión, la atracción gravitatoria compensada por la liberación de energía nuclear. El aire pálido que se enrojecía en el Este retrataba hábilmente su peculiar dispersión de los fotones. El agua cuya leve agitación insinuaba la presencia de las fuerzas intermoleculares, la intensidad del enlace covalente y la suave elasticidad de una superficie que intenta minimizar el contacto con el aire.

Y todos aquellos mensajes estaban escritos en un lenguaje común. De una mirada quedaba claro que estaban hechos el uno para el otro.

No eran ruedas dentro de ruedas, tecnoporno cósmico asombroso ni diagramas infernales.

No eran visiones. Sólo comprensión.

Me guardé la agenda en el bolsillo y di vueltas riéndome. No había sobrecarga ni inundación agobiante de información. Los mensajes estaban ahí y podía tomarlos o dejarlos. Al principio, era como leer por encima un texto con los ojos vidriosos; requería un esfuerzo constante para enfocar, pero después de un poco de práctica se convertía en algo natural.

Aquél era el mundo que siempre me había esforzado en ver: de una belleza majestuosa, intrincado y singular, pero con un núcleo armonioso y, por tanto, comprensible en última instancia.

No era un motivo para aterrorizarse ni para sobrecogerse.

La mezcla empezó a alcanzar niveles profundos.

Fui consciente de mi cualidad física, de mi naturaleza escrita en la TOE. Las conexiones que había presenciado en el mundo me alcanzaron y me unieron con todo lo que estaba a la vista. Seguía sin tener visión de rayos X ni sueños de doble hélice, pero sentía la inmutable gramática de la TOE en los miembros, en la sangre y en el oscuro planeo de la consciencia.

Era la lección del cólera, pero más dura y más clara. Yo era materia, como todo lo demás.

Podía sentir el lento declive del cuerpo y la certeza absoluta de la muerte. Todos los latidos del corazón hablaban de una nueva prueba de mortalidad. Todos los instantes eran un entierro prematuro.

Inspiré a fondo mientras estudiaba los sucesos que provocaba la entrada del aire y pude trazar la dulzura del olor y el enfriamiento de las membranas nasales, la plenitud satisfecha de los pulmones, la oleada de sangre y la claridad que llegaba al cerebro... todo hasta llegar de nuevo a la TOE.

La claustrofobia desapareció. Para habitar el universo y coexistir con todo, tenía que ser materia. La física no era una jaula. Su delineación entre lo posible y lo imposible era la mínima que requería la existencia, y la simetría rota de la TOE, extirpada de las infinitas opciones paralizantes del preespacio, era la base de roca sobre la que me asentaba.

Era una máquina que se moría compuesta de células y moléculas. No podría volver a dudarlo.

Pero no suponía un camino hacia la locura.

La mezcla tenía más que enseñarme y los mensajes de introspección se hicieron más complejos. Había leído los hilos explicativos que se abrían en abanico desde la TOE y me unían al mundo, pero en aquel momento, los que explicaban mis pensamientos empezaron a volverse hacia su origen. Así que los seguí en el descenso y entendí lo que la mente creaba a partir de la comprensión:

Los símbolos interactivos codificados como modelos de activación en las vías neuronales. Las reglas del crecimiento y conexión de las dendritas, el ajuste del peso sináptico, la difusión por los neurotransmisores. Una química de membranas, bombas de iones, proteínas, aminos... Todo el comportamiento detallado de las moléculas y

los átomos, todas las leyes que regulaban sus constituyentes necesarios. Capa tras capa de regularidad convergente...

Hasta llegar a la TOE.

No había espacio alguno para la física imparcial. No había una capa firme de leyes objetivas. Sólo una corriente explicativa de convección que circulaba por las profundidades, un magma causal que ascendía del mundo inferior, volvía a sumergirse en la oscuridad, pasaba arremolinándose de la TOE al cuerpo a la mente a la TOE, y sólo lo sustentaba el motor de la comprensión.

No había lecho de roca, punto fijo ni lugar para descansar.

Era un agua que corría sin fin.

Caí de rodillas luchando contra la sensación de vértigo. Me tumbé boca abajo y me agarré a la roca de arrecife. La solidez fría de la tierra no refutó nada.

Pero ¿era necesario? Se mantenía, y daba igual que estuviera sujeta por leyes intemporales y distantes o por la secuencia de instrucciones iniciales de la explicación.

Pensé en los buceadores de tierra adentro que descendían a través de todas las capas del ecosistema artificial que mantenía esta isla a flote y que habían presenciado cómo el océano corroía sin cesar la roca desde abajo.

Salieron aturcidos, pero llenos de entusiasmo.

Yo podía hacer lo mismo.

Me puse de pie con inseguridad. Pensé que se había terminado, que había salido indemne de la mezcla. **Kaspar** no había podido convertirse en la Piedra Angular, pero aun así, el Instante Aleph debía de haber pasado sin peligro, había eliminado la distorsión y la Angustia había desaparecido. Quizá alguien de la corriente principal de la CA se había colado en el sistema de Mosala al enterarse de su muerte y había corregido un error crucial en el análisis de **Kaspar** antes de que yo lo leyera.

Akili se acercaba; era sólo una figura indistinguible en la distancia, pero sabía que no podía ser nadie más. Levanté una mano con timidez y la agité triunfalmente. La figura me devolvió el saludo y su sombra gigante se alargó hacia el oeste a través del desierto.

Y todo lo que había averiguado se reunió como un trueno, como una emboscada.

Yo era la Piedra Angular. Había conferido existencia al universo mediante su explicación, había envuelto la semilla de aquel momento con una capa tras otra de preciosa y enrevesada necesidad. La tierra baldía deslumbrante de las galaxias, veinte mil millones de años de evolución cósmica, diez mil millones de primos humanos, cuarenta mil millones de especies... Toda la ascendencia elaborada de la consciencia manó de aquella singularidad. No necesitaba alcanzar y explicar hasta la última molécula, planeta ni rostro. El momento los codificaba a todos.

Mis padres, mis amigos, mis amantes, Gina, Angelo, Lydia, Sarah, Violet Mosala, Bill Munroe, Adelle Vunibobo, Karin De Groot. Akili. Incluso los desconocidos indefensos que gritaban, víctimas de la misma revelación, sólo habían articulado los ecos distorsionados del horror que sentí al entender que los había creado a todos.

Aquella era la locura solipsista que había visto reflejada en la cara de aquella pobre fem. Eso era la Angustia: no el miedo a la maquinaria gloriosa de la TOE, sino la comprensión de que estaba solo en la oscuridad con cien mil millones de telas de araña deslumbrantes que envolvían mis ojos inexistentes...

Y ahora que lo sabía, el aliento de mi comprensión las barrería todas.

No se podría haber creado nada sin el conocimiento pleno de cómo se hacía: sin la TOE unificada, la de la física y la de la información. Ninguna Piedra Angular podía actuar desde la inocencia y forjar el universo sin saberlo.

Pero aquel conocimiento no se podía contener. **Kaspar** tenía razón. Los moderados tenían razón. Todo lo que insuflaba fuego en las ecuaciones se desharía en una tautología vacía.

Elevé la cara hacia el cielo vacío, dispuesto a apartar el velo del mundo y descubrir que no había nada detrás.

Entonces Akili me llamó y me quedé inmóvil. Le miré; tan bella como siempre, tan inalcanzable como siempre.

Incognoscible como siempre.

Y vi el camino.

Vi el fallo del razonamiento de **Kaspar** que le había impedido convertirse en la Piedra Angular: un supuesto sin examinar, una pregunta sin contestar que aún no era verdad ni mentira.

¿Podía una mente conferir existencia a otra por medio de su explicación?

La ecuación de la TOE no decía nada. Los experimentos canónicos no decían nada. No tenía ningún lugar en el que buscar la respuesta salvo en mis recuerdos, en mi vida.

Y todo lo que tenía que hacer para arrancarme del centro del universo, todo lo que tenía que hacer para evitar que éste se deshiciera, era renunciar a una última falsedad.



# EPÍLOGO

Empiezo a grabar mientras el avión aterriza.

—Ciudad del Cabo, miércoles quince de abril de dos mil ciento cinco. Siete horas, doce minutos, diez segundos GMT —confirma **Sísifo**.

Karin De Groot ha venido al aeropuerto a recogerme. Tiene un aspecto sorprendentemente saludable, mucho más en persona, aunque todos los viejos tenemos las pérdidas grabadas en lo más profundo. Intercambiamos saludos y miro alrededor para intentar captar la profusión de estilos en la anatomía y en la forma de vestir. No hay más variedad que en otras partes, pero cada lugar tiene una mezcla distinta, un conjunto de modas diferente. Parece que las capuchas retráctiles llenas de simbiontes fotosintéticos morados se llevan mucho en el sur de África. En Anarkia abundan más las elegantes adaptaciones anfibias para respirar y alimentarse debajo del agua.

Después del Instante Aleph, la gente temió que la mezcla impusiera la uniformidad. Pero no sucedió, al igual que en la Edad de la Ignorancia las verdades brutales ineludibles, como que el agua estaba mojada y que el cielo era azul, no habían obligado a todos los del planeta a pensar y actuar de manera idéntica. Hay infinitas formas de responder ante la verdad única de la TOE. Lo que ha resultado imposible ha sido mantener la pretensión de que cada cultura podía crear una realidad independiente, mientras todos respirábamos el mismo aire y andábamos por la misma tierra.

—Así que no has venido directamente desde Anarkia —dice De Groot después de hacer unas comprobaciones con el ojo de la mente.

—No. De Malawi. Tenía que ver a alguien, quería despedirme.

Bajamos al metro, donde nos espera un tren que enciende un camino para nuestros ojos que nos guía hasta la puerta del vagón. Han pasado casi cincuenta años desde la última vez que estuve en esta ciudad y casi todas las infraestructuras han cambiado. En entornos no familiares, la TOE resplandece en todas las superficies, espontáneamente, como un niño desbordante de vida y entusiasmo que presume de las cosas nuevas y brillantes que ha hecho. Incluso las novedades más sencillas, como la cubierta antideslizante que se come la suciedad de los azulejos del suelo o los pigmentos luminosos de las esculturas vivientes, captan mi atención mientras describen sus maneras únicas de coexistencia.

Nada es incomprensible. Nada se puede confundir con la magia.

—Cuando oí que construían un jardín de infancia en memoria de Violet Mosala —digo—, pensé que se habría sentido insultada. Lo cual demuestra lo poco que la conocí. No sé por qué me han invitado.

—Me alegro de que no hayas hecho un viaje tan largo sólo por la ceremonia —se

rie De Groot—. Podrías haber participado desde la red; no le habría molestado a nadie.

—No hay nada como estar aquí.

El tren nos recuerda la parada y nos abre las puertas. Paseamos por las impecables afueras de la ciudad, no muy lejos de la casa donde Mosala pasó su niñez, aunque las calles están bordeadas con especies de plantas que ella no habría reconocido. Tampoco vio árboles en Anarkia. Los transeúntes nos adelantan con paso enérgico, contemplando la lógica elegante del cielo azul y despejado.

El jardín de infancia es un edificio pequeño convertido en auditorio para la ocasión. Hay media docena de oradores para los cincuenta niños. Me quedo medio dormido hasta que una de las biznietas de Violet, que trabaja en el proyecto Alción, explica el sistema de propulsión de la nave estelar. Los principios básicos, cercanos a la TOE, son fáciles de entender. Karin De Groot habla sobre Violet y cuenta anécdotas de generosidad y de intransigencia. Uno de los niños prepara mi intervención y les habla a los demás de la Edad de la Ignorancia.

—Cuelga como una estalactita del cosmos de la información. —El uso del presente es sofisticación, no solecismo; la relatividad lo exige—. No es autónomo, no se explica a sí mismo; necesita unirse al cosmos de la información para existir. Nosotros también lo necesitamos. Es una historia necesaria, un producto lógico si intentáis remontaros a la época anterior al Instante Aleph.

Evoca ecuaciones y diagramas intensos en el aire. El grupo estelar brillante del cosmos de la información, densamente envuelto en hilos explicativos, sostiene el cono simple y apagado de la Edad de la Ignorancia que nos lleva de vuelta al Big Bang físico. El público de niños de cuatro años menos precoces se pelea con los conceptos. ¿Tiempo antes del Instante Aleph? A pesar de los abuelos, es casi un contrasentido.

Me pongo en pie y recito la versión de los hechos de hace cincuenta años que he preparado y consigo estallidos de risas incrédulas en los momentos adecuados. ¿Propiedad de los genes? ¿Autoridad centralizada? ¿Sectas de la Ignorancia?

La historia antigua siempre suena pintoresca, y las viejas victorias predestinadas, pero intento transmitirles lo larga y dura que fue la lucha de sus antepasados para aprender lo que todos dan por supuesto: que la ley y la moralidad, la física y la metafísica, el espacio y el tiempo, el placer, el amor y el significado son la dura carga de los participantes. No hay centros inamovibles que nos concedan absolutos como si fueran maná: no hay Dios, Gea ni soberanos caritativos. Ninguna realidad salvo el universo al que se ha conferido existencia por medio de su explicación. Ningún propósito en la vida a menos que lo creemos, juntos o solos.

Alguien me pregunta sobre la confusión en los días siguientes al Instante Aleph.

—A todos les costó digerir la verdad —digo—. A los científicos ortodoxos

porque resultó que la TOE no se basaba en nada más que en su poder explicativo. A las Sectas de la Ignorancia porque incluso el universo participativo, la realidad más subjetiva posible, no era la síntesis de sus mitos favoritos, que no habrían podido crear nada, sino el producto de la comprensión científica universal de lo que significaba realmente la coexistencia. Incluso la Cosmología Antropológica estaba equivocada: estaba tan obsesionada con la idea de una Piedra Angular que apenas reparó en la posibilidad de que todos pudieran desempeñar ese papel por igual. Había pasado por alto la solución más simétrica y estable, en la que todas las mentes obedecen la TOE pero necesitan crearla juntas.

Un oyente astuto ve que estoy eludiendo la cuestión, un niño del que habría dicho que tenía «sentimientos» antes de que la palabra «S» estallara y se entendiera al fin: la TOE es lo que todos tenemos en común.

—La mayoría de las personas no eran científicos, no pertenecían a sectas ni eran de Cosmología Antropológica, ¿verdad? A ellos no les afectaban esas ideas, así que, ¿por qué estaban tan tristes?

Tristes. Hubo nueve millones de suicidios. Nueve millones de personas que no pudieron soportar que todas las apariencias de solidez se desvanecieran. Y todavía no estoy seguro de que no hubiera otra manera, de haber encontrado el único enlace posible con el cosmos de la información. Si me hubiera dejado llevar por la locura de la Angustia, ¿habría planteado alguien una última pregunta distinta y habría encontrado otro camino?

Nadie me ha acusado ni juzgado. Nunca me han maldecido como criminal ni aclamado como salvador. Ahora se considera absurda la idea de que una única Piedra Angular pudiera haber conferido existencia a diez mil millones de personas por medio de su explicación. La Angustia no se ve de forma distinta a la ilusión vana de que todas las galaxias se alejan de nosotros, cuando en verdad no hay ni puede haber ningún centro.

Hablo con titubeos del área de Lamont.

—Hacía que las personas pensaran que se conocían, que podían hablar en nombre de otras y entenderlas mucho más de lo que es posible en realidad. Puede que algunos todavía la tengáis en el cerebro, pero ante la evidencia, resulta fácil pasarla por alto.

Intento explicarles la falsa impresión de intimidad y cuánto se había dependido de ella en el pasado. Me escuchan con educación, pero veo que no tiene sentido para ellos porque saben demasiado bien que no han perdido nada. El amor ante la verdad ha resultado ser más fuerte que nunca. La felicidad nunca dependió realmente de las viejas mentiras.

No para estos niños que han nacido sin muletas.

En su casa, en medio de la selva transgénica pródiga y deslumbrante de Malawi, le dije a Akili que estaba muriéndome. «Después de ti no ha habido nadie.» Y nos

tocamos por última vez.

Sigo hablando deprisa.

—Otras personas lamentaron el final del misterio —añado—. Como si no fuera a quedar nada por descubrir cuando entendiéramos lo que había bajo nuestros pies. Y es verdad que no hay más sorpresas profundas ni queda nada por averiguar sobre las razones de la TOE y de nuestra existencia. Pero no habrá límite al descubrimiento de lo que puede contener el universo; siempre habrá historias nuevas que se escriban en la TOE, sistemas y estructuras nuevos a los que se dará la existencia por medio de su explicación. Podría incluso haber otras mentes en otros mundos, cocreadores cuya naturaleza no alcanzamos a imaginar.

»Violet Mosala dijo una vez: "Alcanzar los cimientos no significa tocar techo". Nos ayudó a todos a tocar los cimientos; sólo deseo que hubiera vivido para veros edificar sobre ellos hasta más altura de lo que nadie había hecho antes.

Vuelvo a sentarme. Los niños aplauden con educación, pero me siento como un tonto senil por decirles que el futuro no tiene límites.

Ya lo sabían, por supuesto.

# NOTA DEL AUTOR

Entre las muchas obras que me inspiraron al escribir esta novela debo destacar *El sueño de una teoría final* de Steven Weinberg, *Cultura e imperialismo* de Edward W. Said y "Out of the Light, Back Into the Cave" de Andy Robertson (*Interzone* 65, noviembre de 1992). El extracto del poema «Technolibération» se inspira en un pasaje de *Cahier d'un retour au pays natal* de Aimé Césaire.

# Notas

[1]Greg Egan introduce en particular un género «neutro» que ha comportado numerosos problemas de traducción, dada la imposibilidad de verterlo de forma natural al castellano. Se ha optado finalmente por la introducción del artículo determinado «eil», el pronombre «éil» y un tratamiento gramatical mixto: adjetivos en femenino, construcciones leístas y los demás casos en masculino. (N. del E.)